HÉRCULES,

EL HÉROE QUE NO QUISO SERLO

POL GISE

temas de hoy

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
Agradecimientos
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

La nueva novela mitológica de Pol Gise, creador de contenido con más de 3 millones de seguidores en redes, después del éxito conseguido con su primera novela *Hades, el dios menos malo*.

En una época en la que todos los hombres sueñan con ser héroes, algunos nacen predestinados a serlo… aunque no quieran. Esta es la historia de un semidios con un don y una maldición que lo persiguieron toda la vida, pero también es la historia de una madre que hizo todo lo posible para proteger a su hijo de su destino, una diosa capaz de lo que sea por vengar las infidelidades de su marido y un rey tan temible como envidioso.

Hércules, el hijo más famoso de Zeus, fue un niño engañado y un hombre maldito que se desvivió por lo que creía justo. Su historia se ha intentado simplificar ignorando sus sentimientos y su punto de vista, pero ahora ha llegado el momento de que sea él quien nos la cuente.

Hércules, el héroe que no quiso serlo

Pol Gise

temas de hoy

Para Aran, que tu héroe seas tú

Prólogo

¿Te imaginas tener la responsabilidad de proteger a la humanidad, pero no poder cometer ni un solo error? Pues así eran los héroes griegos: semidioses, sí —hijos o hijas de un ser mortal y un ser divino —, pero con las mismas probabilidades de morir que cualquiera, sin otro poder que una fuerza sobrehumana y sin ninguna educación que les ayudase a que no se les fuera la pinza. Aun así, la exigencia por parte de la gente era máxima con ellos y mínima con quienes los habían puesto allí.

Para lo bueno y para lo malo, a los héroes de hoy también los tratamos como dioses: cuando hacen algo bueno los alabamos y cuando hacen algo malo los hundimos. Seguimos teniendo héroes porque queremos tener a quien ensalzar y porque necesitamos referentes con los que sentirnos identificados, alguien que sea como nosotros y que nos permita sentir que no somos raros simplemente por no encajar del todo. Ahora bien, este libro no va sobre nosotros, sino sobre los que llevan todo ese peso a sus espaldas.

Los héroes griegos eran las estrellas infantiles del cine, la televisión e internet de la antigua Grecia. O, al menos, así lo veo yo. Me explico: la mayoría de ellos renunciaron a su infancia y adolescencia para cumplir el sueño de sus padres, eran idolatrados y alabados por miles de desconocidos, nadie les ayudó a gestionar ese nivel de fama y sus finales acabaron siendo terribles y solitarios. Ser un héroe, al igual que ser una estrella del entretenimiento, significaba sacrificar todo tu ser por los demás. Unos te salvaban del monstruo que te mata y los otros nos salvan de otro monstruo, el aburrimiento.

Hércules es el héroe por excelencia porque hizo las dos cosas. Lo mismo te protegía de la furia de una bestia terrible que te daba chismes durante un mes después de que su vida diera otro trágico

giro. Pero ¿a él lo protegía alguien? Será mejor que os lo cuente él mismo. Preparaos un buen té, café, mate o brebaje similar y tomad asiento, que se viene chismecito mitológico del héroe más importante de todos los tiempos.

1

Tenía doce años cuando mi madre me contó quién era mi verdadero padre. Era casi la hora de irme a dormir, estaba nervioso, el día siguiente sería mi primer día de instituto y nunca me había relacionado con chicos de mi edad. Mi madre quiso mantenerme en una especie de burbuja y ojalá lo hubiera conseguido, pero el que hasta entonces consideraba mi padre, Anfitrión, estaba empeñado en reventarla.

—¡Hasta los huevos de que el niño esté todo el día en casa! —gritaba día sí, día también.

—Déjalo tranquilo —me defendía ella.

—¡Lo estás malcriando, Alcmena! Están todos los chavales de su edad jugando en la calle y Hércules sigue sin despegarse de tu túnica.

—No está preparado, Anfi. No es como los demás...

Llegados a este punto solían encerrarse en su habitación y yo me quedaba sin saber por qué era diferente. Al no estar nunca con gente de mi edad, no me podía comparar. Solo me relacionaba con mi madre y, a veces, con Anfitrión. Pero aquella noche todo cambió.

Mi madre siempre venía a darme un beso antes de dormir, pero esa noche tardó más de lo normal. No sé vosotros, pero yo no podía dormirme sin un beso de mi madre, así que salí de mi cuarto a buscarla. Oí unos sollozos que venían de la cocina y fui hacia allí. La encontré sentada en el suelo, con las rodillas encogidas, llorando desconsoladamente.

—¿Qué ocurre, mamá?

Intentó esconder su tristeza secándose las lágrimas con las mangas de su vestido.

—Hércules, mi vida, ven.

—Ven tú. No quiero sentarme en el suelo.

Fui un poco egoísta, pero a mi madre le hizo gracia. Sonrió.

—Tienes razón, vamos a tu habitación —dijo levantándose.

Me agarró de la mano y volvimos a mi cuarto. Me metí en la cama y ella se sentó en el borde, como siempre hacía.

—Hércules...

—¿Por qué soy diferente? —la interrumpí.

Mi madre inspiró hondo. Siempre respiraba así cuando iba a decir algo importante, como si el aire le diera las fuerzas para hacerlo.

—Todos somos diferentes, hijo mío, no hay dos personas iguales, pero tú...

—¿Yo qué?

Se quedó en silencio unos segundos que a mí me parecieron horas, pero no la culpo, no era nada fácil para ella.

—Dame las manos —dijo.

Se las mostré con la palma mirando hacia el suelo. Ella, con mucha delicadeza, las giró y puso las suyas al lado de las mías, en la misma posición: palmas hacia arriba. Las líneas de mis manos eran muy distintas a las de mi madre. Ella tenía, principalmente, tres: una que hacía una curva que iba desde la separación entre el pulgar y el índice, que se perdía intentando llegar a la muñeca, y dos más, prácticamente horizontales, por encima de esa. Si os miráis las manos veréis que también las tenéis, pero no es mi caso. Las mías tienen cientos de líneas que se cruzan entre sí formando figuras geométricas perfectas. Nunca le había dado importancia, no es una parte del cuerpo que se suela ver muy a menudo si no es a propósito y, como ya os he dicho, no podía compararme mucho.

—Las hechiceras suelen ver nuestro futuro en las líneas de las manos, pero las tuyas, en cambio, muestran tu pasado. —La escuchaba embobado mientras paseaba las yemas de sus dedos por mis palmas—. Tú no te acordarás, pero cuando eras tan solo un bebé, dos serpientes entraron en tu habitación...

—¡¿SERPIENTES?! —pregunté exaltado.

—Así es. Intentaron hacerte daño, pero te defendiste.

—¿Cómo...?

—Agarraste a cada una con una mano y las estrangulaste hasta

matarlas. Las líneas de tus manos son la marca de sus pieles.

Mi madre me lo dijo con un tono muy cariñoso y esbozando media sonrisa de orgullo, pero yo solo pude pensar en que había matado dos serpientes con mis propias manos y que tenía sus siluetas grabadas para recordarlo toda la vida. Lloré a moco tendido.

—¿Por... por qué las maté? ¡Pobrecitas serpientes! ¡Soy un monstruo!

—Hércules, cariño, no eres ningún monstruo, te estabas defendiendo. Esas serpientes querían matarte...

—¡No te creo! ¡Eso lo dices para que no me sienta mal! ¿Por qué iban a querer matarme?

Nadie quiere tantísima información la víspera de su primer día de instituto. Mis gritos y lloros llegaron a oídos de Anfitrión, quien vino a la habitación. Entró dando un golpecito en el marco de la puerta y se apoyó con una mano en esta, mirándonos con esos ojos verdes saltones.

—¿Ya le has dicho que no soy su padre?

En la habitación se produjo un silencio absoluto. Los vientos, los pájaros y mi corazón se detuvieron para que nada me distrajera de digerir bien esas palabras.

—¿Que no... qué? —pregunté incorporándome.

Anfitrión no respondió, se dio cuenta de que, claramente, aún no me lo había dicho. Mi madre tenía la mirada clavada en el suelo fantaseando con incrustarle la cabeza en el suelo. Como nadie decía nada empecé a ponerme nervioso. Me levanté de la cama. Con doce años medía lo mismo que Anfitrión, y eso que él era alto.

—Papá... ¿por qué dices que no eres mi padre?

—Emm... no, a ver, Hércules... quería decir que...

—Has dicho que no eres mi padre...

Una nueva emoción invadió mi cuerpo, concentrándose en mi estómago y expandiéndose por el resto de mi ser. La voz me temblaba y las nuevas lágrimas que brotaban de mis ojos quemaban al llegar a mis mejillas. Eran muy distintas a las anteriores. Anfitrión se acercó a mí y puso las manos sobre mis hombros para intentar consolarme, pero eso no hizo más que acelerar este sentimiento desconocido. Sentí

un impulso casi eléctrico de quitármelo de encima y le aparté los brazos con las manos. De pronto, se oyó un crujido, como si alguien hubiese pisado una tostada. Anfitrión cayó de espaldas al suelo y gritó de dolor.

—¡Anfi! ¿Estás bien? —exclamó mi madre saltando hacia él.

—¡Mis brazos!

No podía moverlos. Anfitrión estaba tumbado boca arriba sacudiendo todo su cuerpo, pero parecía que había perdido el dominio de estos. Sus gritos de angustia y dolor inundaron las calles de Tebas. No hizo falta llamar al médico, pues los gritos ya lo habían alertado tanto a él como al centenar de vecinos chismosos que lo acompañaban. Mi madre insistió en que Anfitrión se había hecho daño al caer, quería protegerme, pero por mucho que el médico la creyera, este me miraba de reojo, pero no era el único. Todos lo hacían, incluso cuchicheaban, y algunos hasta se atrevían a señalarme como si no estuviera allí, como si yo fuera una publicación y ellos la sección de comentarios. Ahí fue cuando me di cuenta de que todos sabían quién verdaderamente era yo. Todos, menos yo.

2

Hay quien se pasa la vida viajando y buscando experiencias bajo el lema de «conocerse a uno mismo», «encontrarse a sí mismo» o algo así, y me parece que están saltando desde una avioneta usando una bolsa de plástico de paracaídas. Es que, a ver... ¿os habéis planteado la posibilidad de que quizá no os caéis bien? De ser así, ¿seríais capaces de aceptaros? ¿En serio creéis que estáis preparados para conoceros? Si tú, que me estás leyendo, tienes pensado hacer este viaje aparentemente revelador, hazte estas preguntas y ten en cuenta que puede que no seas un ser de luz. Además, me provoca bastante rechazo la gente que hace eso. Lo siento, pero me genera un malestar tremendo que haya alguien capaz de esforzarse tanto en descubrir algo que yo hubiese preferido ignorar toda la vida.

Evidentemente, la mañana siguiente no empezó mi primer día de instituto. La noche anterior habían sucedido demasiadas cosas como para enfrentarme a mi nueva vida. Tardé una semana más en empezar las clases. Durante ese tiempo, mi madre me lo contó todo.

—Hércules, tu padre es Zeus —se sinceró mi madre conmigo en la cocina. Al escucharlo, di un paso atrás, golpeé el talón con el armario de las especias y lo partí en cuatro trozos. Me lo creí, claro, ¿cómo iba a bromear con eso? No le dije nada, estaba impactado, no sabía cómo tomármelo. Ser hijo de un dios era algo muy importante, pero no tenía por qué ser bueno, ni muchísimo menos—. Zeus apareció un día, transformado de Anfitrión, pensé que era él, ¡era igual a él!, así que yo, tonta de mí, pues...

Le hice un gesto con la cabeza pidiéndole que no entrara en detalles y se detuvo. Quizá debía haberla consolado. Sé que para ella tampoco estaba siendo fácil contármelo, pero yo solo podía pensar en mí. A ella le había engañado Zeus, pero a mí todo el mundo.

—¿Ha venido alguna vez a verme? —pregunté.

Negó suavemente con la cabeza.

—¿Cómo estás tan segura? Podría haber venido transformado en Anfitrión y no te habrías dado cuenta, ¿no?

—Siento no habértelo contado antes, hijo, quería protegerte...

—¿De qué? ¿De las serpientes? —exclamé molesto.

A mi madre se le cambió la cara, nunca la había visto así de dolida. Me agarró el brazo con fuerza, ahora el que tenía miedo era yo, sentí como me encogía ante ella, la única persona a la que sería incapaz de levantarle la mano por mucha ira que sintiera.

—¿De dónde crees que salieron esas serpientes? ¿Eh? ¿Quién crees que las envió?

—¿Enviarlas?

—Fue la diosa Her... —se interrumpió a sí misma— la mujer de tu padre. Ella mandó esas serpientes para matarte.

Me quedé helado. Todo el mundo sabía que Hera perseguía a toda mujer que se acostara con Zeus, incluso las que habían sido violadas por él. La diosa no podía soportar que Zeus tuviera descendientes con otras que no fueran ella. Para que os hagáis una idea de la cantidad de hijos e hijas que Zeus tuvo fuera de su matrimonio: si hubiese sido fiel a Hera, ahora mismo el mundo estaría vacío. Me callé.

—Intentó evitar que nacieras con ayuda de su hija Ilitía, la diosa de los nacimientos, pero Galantis, nuestra querida criada a la que tanto echamos de menos... —Pasó un dedo por el costado de una estantería y me lo mostró lleno de polvo. Puso cara de asco por un instante— la distrajo y naciste. Como aquel plan suyo fracasó, urdió otro nuevo que tampoco le funcionó, porque infravaloró tu fuerza. —Me dio un leve golpe en el bíceps—. Lo que más odias de ti es lo que te mantuvo con vida, Hércules... Bueno y que te cambiamos el nombre, claro —añadió.

—¿Qué? ¿Mi nombre? —pregunté volviendo en mí.

—Cuando naciste decidimos llamarte Alcides, en honor a tu abuelo Alceo. Pero cuando Anfitrión y yo fuimos al oráculo a preguntar qué podíamos hacer para que la diosa dejara de intentar hacerte daño, dijo que te cambiásemos el nombre.

—Pero ¿qué tiene que ver?

—Tu nombre, Hércules, significa «gloria a...».

—¡¿Hera?! —grité.

Me hizo un gesto para que bajara el volumen, como si tuviera miedo de invocarla. Asintió. Me daba bastante rabia que mi nombre fuera un homenaje, un piropo, a la diosa que me quería ver muerto. No se lo dije a mi madre, pero me lo vio en la cara. Me soltó el brazo y abrió un cajón, el de los cubiertos, que estaban en una bandeja con separadores. La levantó y sacó un papel de debajo de esta.

—He estado guardando esto para cuando llegara el momento —dijo al tiempo que me lo entregaba.

—¿Qué es?

—Si Hércules te parece un mal nombre, estos son algunos de los que te quería poner Anfitrión...

Abrí el papel con tanta intriga como lentitud, estaba bien doblado. Quedé horrorizado. Era una lista de nombres, sorprendentemente larga, entre los que ponía: «Heraguapa», «Heralamejor», «Heralamásmejor», «Heralamáschula», «Hera < 3»... Tuve que apoyarme en mi madre porque me mareaba al pensar que uno de estos podría haber sido mi nombre. Dejé caer el papel al suelo y la abracé. Menos mal que se le ocurrió algo más discreto, pero igual de eficaz. Vale que había que contentar a la diosa, pero hubiese preferido morir antes que llamarme Heralamáschula; aunque, bueno, en el instituto nada me habría salvado de una experiencia peor de la que tuve.

3

Yo era lo que llamaban un mestizo: madre mortal y padre inmortal. Lo curioso es que todos los mestizos éramos mortales, como nuestras madres, solo conseguíamos la inmortalidad si Zeus quería. En definitiva, quedaba en sus manos la decisión. Si la inmortalidad fuese automática, imaginaos la sobrepoblación que habría con tanto inmortal suelto y la crisis que generaría en el inframundo, pues el nacimiento de mestizos comportaba más violencia, más guerras y, por lo tanto, más muertos.

Lo único divino que solíamos heredar de nacimiento eran unas aptitudes físicas dignas de un dios: nacíamos con más abdominales que pestañas. Si hubieran existido las ecografías, habría sido difícil diferenciar las cabezas de los bíceps. Por suerte para las madres, los sacos gestacionales eran, prácticamente, búnkeres antibombas nucleares que amortiguaban nuestras patadas, porque si no nuestras madres habrían muerto antes de llegar al segundo trimestre de gestación. Gracias a mi fuerza olímpica, al poco de nacer, pude matar a las serpientes que me envió Hera y, por desgracia, también partir los brazos al pobre desgraciado de Anfitrión con un empujoncito.

Por aquel entonces la mayoría de los hombres deseaban tener el físico de los mestizos. Nos envidiaban y habrían sido capaces de sacrificar a sus propias madres si con ello hubiesen conseguido un granito de nuestra fuerza. Los jóvenes se pasaban la vida entrenando porque sus padres los presionaban desde pequeños para que cuando crecieran fueran los mejores. Si no lo lograban, serían la vergüenza de su familia. Para la mayoría, todos los hombres debían lograr cosas épicas, pasar a la historia, ser héroes. Lo paradójico es que los padres, que no habían logrado ni lavar un vaso sin perder los nervios, vertían todos sus complejos y frustraciones en sus pobres hijos por no haber

conseguido hacerse un nombre luchando, como si estos tuvieran que alcanzar los méritos que sus progenitores no habían llegado ni acariciar con los dedos. En definitiva, una cadena de presiones que pasaba de generación en generación hasta hoy.

Ahora bien, es cierto que siendo un héroe no solo conseguías la aprobación de tu padre, sino una vida llena de gloria, poder, dinero, amantes, descendientes que seguirían tu legado hasta morir en batalla y pasar el resto de la eternidad en el mejor sitio del inframundo: los campos Elíseos, el destino *post mortem* de los héroes. ¿Qué clase de hombre no iba a querer tener una vida así? Yo.

En mi caso, estaba dispuesto a regalar mi fuerza a cualquiera de esos hombres ansiosos, para mí ese don era una condena. Estar muy pendiente de todos y cada uno de mis movimientos, no tener ni un solo descuido porque a la mínima brusquedad podía hacer mucho daño a alguien o, incluso, matarlo era agotador. Ahora entiendo por qué mi madre me mantuvo en esa burbuja. Como hasta entonces solo me relacionaba con ella y, a veces, con Anfitrión, no me enfrentaba a situaciones violentas en las que pudiera perder los estribos. Estaba rodeado de puro amor y, de vez en cuando, usaba mi fuerza para ayudarla a limpiar levantando muebles, nada más. Ya es mala suerte que los mestizos estemos predestinados e incluso obligados a ser héroes.

Mi madre me encargó unas sandalias y una túnica a medida para mi primer día de clases. No era fácil encontrar ropa y calzado para un preadolescente de mi tamaño, pero teníamos la suerte de que no nos faltaba dinero. Primero me calcé las sandalias y luego me puse la túnica. Sí, siempre me ponía primero el calzado. Mi madre siempre me decía: «Hércules, vístete primero por los pies, nunca sabes cuándo tendrás que echar a correr». Y yo me grabé a fuego aquel consejo. Ella se había criado siendo una princesa, pero tuvo que enfrentarse a varias guerras, a la muerte de sus hermanos y a los ataques de Hera, así que en su cabeza se activó un *modo supervivencia* que nunca se apagaba. Me quedé un rato en frente del espejo del pasillo, cambiando de perfil, de postura, mirándome los pies, si los dedos de la derecha sobresalían más que los de la izquierda, me recoloqué los espesos

mechones castaño claro del felpudo que tenía por cabello, inspeccioné con detenimiento los agujeros de mi nariz por si había algún moco preparado para boicotearme y me miré las uñas, mi madre siempre se las miraba antes de salir. Vi que tenía un poco de suciedad en una de ellas y al intentar limpiarla topé con las marcas de las palmas de las manos. Fue como un aviso, como un pequeño recordatorio de que, por mucho que me acicalara, siempre estaría mi pasado para fastidiarme.

Me despedí de mi madre con un beso en la mejilla, ella me estiró de las manos y se puso de puntillas para besarme la frente.

—¿Por qué no quieres acompañarme? —le pregunté.

—Me encantaría hacerlo, cariño, pero debes ir solo.

—No lo entiendo...

—Si vas conmigo en tu primer día, se reirán de ti.

—¿Pero por qué? ¿Es gracioso que tu madre te quiera? ¿Cuál es el chiste? —Se rio.

—Los chicos de tu edad ven como una muestra de debilidad ir con sus madres, y como una fortaleza hacerlo solos.

—¡Pues son unos tontos si creen que soy débil por ir contigo! ¡Como se rían de mí les haré lo mismo que a...!

Me enfadé. Iba a decir «Anfitrión», pero lo vi asomando la cabeza por el pasillo. Era la primera vez que cruzábamos miradas desde el incidente, me tenía miedo. Volvió a esconderse en su habitación, estaba deseando que me fuera para poder pasearse por casa sin que yo estuviera. El médico nos explicó que podía recuperar la movilidad del brazo izquierdo, pero del otro no lo tenía nada claro. No me caía bien Anfitrión, pero nunca quise hacerle daño. Intenté pedirle perdón, pero él no quería verme y eso me enfadaba aún más porque me hacía sentir un monstruo, una bestia, un ser al que hay que odiar si no quieres que los demás te hagan el vacío. Mi mayor miedo era perder el control, quitarle la vida a alguien y convertirme en eso: en alguien a quien estaba bien visto matar.

Ahora, la historia de cómo Medusa se convirtió en la gorgona a la que si mirabas directamente a los ojos te transformabas en piedra se puede contar, pero en esa época... Medusa era una sacerdotisa de la diosa Atenea y fue violada por Poseidón en un templo sagrado de esta.

Y Atenea, en vez de culpar a su tío, no solo por violar a una de sus siervas, sino también por mancillar uno de sus templos sagrados, culpó a Medusa y la condenó con aquel poder. Muchos héroes *wannabes* intentaron matarla, pero a Medusa le bastaba con mirar a esos tontos a los ojos para convertirlos en rocas, así que como quien mataba era ella, pues la gente dijo: «¡Medusa, monstruo asesino!», sin considerar la autodefensa.

Por otro lado, el castigo que le puso Atenea gana más sentido si sabes que Medusa era muy hermosa y la mayoría de las personas que subían a los templos a rezarle a la diosa realmente lo hacían para ver a la sacerdotisa. Atenea lo sabía y no le hacía mucha gracia, así que con la violación de Poseidón vio una oportunidad para librarse de ella. Es decir, que si tú, en vez de hacer *victim blaming* a Medusa, responsabilizabas a Atenea y a Pose, la gente te consideraba cómplice de los asesinatos de la gorgona y vertían en ti todo el odio que no podían lanzarle a ella. Sin ir más lejos, a una vecina de Tebas se le ocurrió comentarlo con la frutera del mercado y, al día siguiente, ambas fueron desahuciadas de sus hogares y desterradas del reino.

Estaba seguro de que nadie me iba a proteger si cometía un error.

—Mírame... —dijo mi madre. La miré. Le brillaban los ojos. Parecía que estaba conteniendo las lágrimas. Realmente, estaba asustada, pero no tanto como yo—. Cariño, si te dicen algo que te duela, te enfade, te haga sentir mal o te haga pensar cosas malas, no pierdas los nervios, haz como las tortugas —añadió.

—¿Las tortugas?

—Claro, ¿no sabes lo que hacen?

Negué con la cabeza. Ella carraspeó y siguió.

—Cuando las tortugas sienten enfado, rabia o ira, se meten en su caparazón, hacen tres respiraciones profundas y cuentan hasta diez.

—Pero, mamá, yo no soy una tortuga... No tengo caparazón.

En cuanto dije eso puso las manos en mis mejillas.

—Pero eres hijo de Zeus... —Sentí cada una de estas palabras cómo pellizcos en el corazón—. Tu piel es dura como un roble: por mucho que te golpeen no lo sentirás —añadió—. Y si te duele, concéntrate en tus pensamientos. Tu cerebro es tu auténtico caparazón. ¿De acuerdo?

Asentí orgulloso.

—Seré una tortuga, mamá.

—Eres una tortuga, hijo.

Nos miramos con lágrimas en los ojos y me abrazó.

4

No todos los chicos de mi edad podían recibir clases, solo los que descendíamos de la realeza. Si tu padre era carpintero, tenías que quedarte en casa y aprender rápidamente su oficio para ayudarlo; pero si tu madre era hija de un rey, como era mi caso, debías ir al instituto para convertirte en un héroe y así mantener la falsa creencia de que los de la nobleza no lo son por nepotismo, sino porque sus genes son mejores. Por ello, más valía instruirse antes de que el hijo del carpintero le diera un sopapo al principito de turno, lo dejara sin dientes y demostrara lo contrario.

A las chicas, directamente, no se les permitía estudiar, fuera cual fuera su rango, cosa que me parecía muy injusta, que conste. Las chicas pueden ser tan hábiles en batalla como cualquier chico, mirad a Atalanta: nada más nacer fue abandonada en un monte por su padre con la excusa de que quería un niño en vez de una niña; pero, por suerte, la diosa Artemisa la vio y le envió una osa para que la criara hasta que una tribu la encontró y la adoptó. Atalanta se convirtió en toda una heroína. No hubo hombre más rápido y hábil con el arco que ella. Yo siempre he sido un fiel defensor de la igualdad, aunque también es verdad que nunca llegué a hacer nada al respecto, pero porque el machismo era algo que estaba tan inculcado en la sociedad que todo el mundo se hubiera puesto en mi contra y yo, como os he dicho, intentaba evitar enfrentamientos que pudieran hacerme perder el control. Y tampoco considero que hubiese estado bien apropiarme de vuestra lucha.

A lo lejos veía el instituto, aún faltaban unos minutos para que abrieran las puertas, pero fuera estaba lleno. Había decenas de chicos, parecían nerviosos. Corrían para arriba y para abajo hablando todos con todos y mirando a todas partes. Supuse que tendrían muchas

ganas de empezar las clases o que estarían estresados por algún examen importante que debían hacer... hasta que uno de ellos se fijó en mí. Nunca había visto unos ojos mortales abrirse tanto. Alzó la mano, que le temblaba como un flan, me señaló y gritó: «¡Ahí!». Todos se giraron hacia mí y se quedaron en silencio, quietos como estatuas. Me entró el pánico y me quedé petrificado. Yo pensando que tenían ganas de empezar las lecciones del día y resulta que se mostraban así porque estaban ansiosos por ver al nuevo, al mestizo, a mí. ¡¿Seré tonto?! Quería huir, y me lo planteé: dar media vuelta y empezar a correr hasta que se acabara la tierra y nadar hasta que se acabara el mar, así hasta morir. Sus miradas desprendían miedo, pero del que se transforma en odio. Podía sentir que, sin ni siquiera haber puesto un pie dentro, ya estaban orquestando planes para boicotearme. Decenas de ojos se clavaban en mí, intimidándome, y yo respondía con la misma mirada con la que una presa observa a su depredador. Puede parecer raro porque, si los tuviera en fila y le diera un bofetón al primero, los demás saldrían volando por la onda expansiva, pero en este caso el depredador no es quien mata. Lo que me intimidaba era que estos chicos tuvieran tanto poder sobre mí, que con solo mirarme de esa manera ya quisiera despedazarlos. Ese sentimiento, que se había despertado con Anfitrión, volvió a visitarme, empezó a dar vueltas por mi estómago cada vez más rápido, hizo que me moviera de nuevo y fui decidido hacia ellos. No sabía qué iba a hacer; por suerte, nunca lo sabré.

De pronto, di con un rostro que me miraba distinto, con afecto. Los ojos verdes de ese muchacho me calmaron, me resultaban familiares. Él se dio cuenta y, disimuladamente, movió los labios, me estaba diciendo algo: «Tor-tu-ga». ¿Tortuga? Eso era lo que me había dicho mi madre... ¿Por qué también me lo repetía él? Me distraje un momento, lo mismo que tardó el chico en esfumarse. Pensé que habría sido mi auténtico padre, pues Zeus puede transformarse en lo que quiera, desde una vaca hasta una pestaña. Puede que viera que necesitaba que me echaran un cable. En todo caso, me ayudó.

Levanté la cabeza, miré al frente y caminé hacia las puertas del instituto como si estuviera solo. Me fue fácil imaginarme sin nadie a

mi alrededor, ya que era el doble de grande que todos ellos y solo tenía que evitar mirar al suelo si no quería verlos. Las puertas se abrieron prácticamente a mi paso. Fui el primero en entrar. Me sentí orgulloso de haber podido refugiarme en mis pensamientos y no escuchar lo que me decían, aunque en cuanto los tuve a mis espaldas me di cuenta de que si no los había oído era porque no habían dicho nada, pero en cuanto empezaron a comentar todas y cada una de las partes de mi cuerpo me enteré de todo.

—¿Le has visto los brazos, *bro*? De locos... —susurró uno.

—¡Chocas los cinco y te deja manco! —gritó el que parecía el payaso de la clase.

Todos se rieron al escuchar los comentarios. Yo intentaba entrar en mi caparazón, pero no me resultó nada fácil. No solo por lo que decían, sino por cómo lo decían. Aunque apenas abrían la boca para hablar y hacían el mínimo esfuerzo para hacerse entender, era capaz de enterarme, y eso me daba más rabia aún. Como cuando le pides al de al lado que te acerque la sal y en vez de dejarla en frente de ti la deja a su lado —adonde llegas, pero haciendo un esfuerzo extra alargando el brazo—, simplemente, porque al otro no le ha dado la gana hacerlo y se le ha enseñado que son los demás los que deben esforzarse, no él.

—Si me da un cachete en el culo, ¿me dejará la marca de las serpientes? ¡Ja, ja, ja! —exclamó otro mucho menos gracioso.

No hubo caparazón que lograse silenciar eso.

—Si quieres, te lo doy en la cara —dije girándome hacia él.

—¡Uuuuuuuuuuh! —gritaron todos. Pero, rápidamente, callaron y unos pasos se acercaron a mí.

—Hércules, imagino...

Me volví al frente. Era un señor mayor. Tenía media cabeza calva y una barba frondosa y blanca. Era alto, no tanto como yo, pero su voz grave imponía respeto. Me miró solo una vez. Parecía que le daba pereza mantener contacto visual.

—Sí... soy yo. Sí —dije nervioso.

—Señor.

—¿Señor? —pregunté confuso.

Los demás rieron, pero a ese hombre le bastó con arquear una ceja para que dejaran de hacerlo.

—Cuando yo o algún profesor te haga una pregunta, debes responder con un «señor». ¿Entiendes?

—¿Se... ñor?

Todos mis compañeros se aguantaban la risa como si les fuera la vida en ello. El hombre mayor suspiró.

—Se nota que te ha criado tu madre. Sígueme —dijo con sarcasmo.

Aquí lo hubiese hecho desaparecer de la faz de la tierra de un puñetazo en el pecho, pero al ser un viejo logré contenerme. Lo seguí. El instituto parecía un templo. Por fuera se veía el típico techo triangular sujetado por las famosas columnas, y por dentro más de lo mismo. Era todo de un color blanco que dolía verlo. Había varias salas cerradas, pero también había zonas al aire libre con diferentes terrenos: césped, tierra, gravilla... El lugar era gigantesco. Este hombre resultó ser el director del centro. ¡Con razón intimidaba tanto a los demás chicos! Me hizo un *tour* rápido y me explicó que en las salas cubiertas se impartían las clases de música, escultura, poesía y demás artes, y en las zonas abiertas, tiro con arco, lucha con espadas, montar a caballo, etc. No, no dábamos clase de ciencias, ni física, ni química, ni cosas de estas que hacen que la humanidad tenga más poder sobre el mundo. Eso se lo dejábamos a los dioses y, si me permitís, os recomiendo que hagáis lo mismo. Si se está calentando el planeta, es porque lleváis un tiempecito calentando a los dioses. Creedme, sé de lo que hablo. En mi época se centraban en matarse unos a otros para expandir territorios y poco más... Bueno, eso también lo hacéis ahora, es verdad, pero en mis tiempos no se usaban bombas, ni aviones, ni moderneces que hacen temblar a la mismísima Gea. Se conquistaba a espada limpia, sin molestar a los dioses, más *god friendly* —o *eco friendly* como lo llamáis vosotros—. Se sufría más, claro, porque no es lo mismo que te atraviesen con un hierro y agonices durante horas hasta morir a que te explote una bomba y te desintegres al instante. Al igual que tampoco es lo mismo conquistar territorios por tierra y cielo con vehículos motorizados que entrar a pie por la mismísima puerta del reino. Ahora bien, si lo que queréis es hacerlo todo más rápido y

sufrir lo menos posible, todo se acabará antes, porque ser mortal y jugar a ser dios es como ser un gusano y jugar a ser un pájaro: te acabarán comiendo.

—¿Sabes pelear? —me preguntó el señor.

—No lo sé...

—... señor.

—Se... señor —añadí rápidamente—. Mi madre no me enseñó, pero...

Se rio.

—Las mujeres no pelean. Eso es cosa de hombres.

—¿Por qué? ¿No quieren?

—¡Claro que no! Las mujeres son más de hablar o de callar, pero no de pelear —respondió con exagerada seguridad.

—Qué envidia... A mí también me gustaría no pelear... —murmuré con toda sinceridad.

Me miró a los ojos. Era la segunda vez que lo hacía desde que nos habíamos conocido. Parecía muy molesto, como si lo hubiera insultado. Me señaló con el dedo.

—¿Eres consciente del privilegio que supone tener tus cualidades físicas? —No respondí, estaba bastante confuso por su reacción—. Cualquiera de esos chicos sacrificaría a toda su familia solo por tener tus piernas. ¡Qué digo piernas! ¡Tus gemelos! —añadió frustrado.

—Créame, señor, no hace falta que hagan daño a sus familias. Si pudiera hacerlo, les daría mis músculos. Yo encantado —le dije con una media sonrisa.

Pero al director no le hizo gracia. Tampoco se enfadó más; simplemente, su expresión cambió. Parecía decepcionado. De nuevo, apartó su mirada de mí y, sin decirme nada, dio media vuelta y se fue. Lo acababa de conocer y ya hubiera querido fulminarlo, pero me supo muy mal que se fuera así, me hizo sentir como si le debiera alguna cosa, como si tuviera que demostrarle algo. ¿Por qué todo el mundo es capaz de hacerme sentir mal? ¡Qué frustrante!

—¡Psst! —me chistó alguien.

Me giré, era ese chico, el de la tortuga. Estaba asomado desde una de esas salas. Me hizo un gesto con la mano invitándome a entrar. Era

justo lo que necesitaba en ese momento. Sonreí como un niño pequeño y caminé hacia él.

—¿Papá?

5

Las tortugas marinas son incapaces de esconder la cabeza dentro de su caparazón, pero las terrestres sí pueden. «Yo debo ser como las tortugas de mar», pensaba. Mi padre, en cambio, podía ser cualquiera, porque tanto unas como otras ponían sus huevos y se iban sin volver a saber nada de sus crías.

—¿Me has llamado «papá»? —preguntó al tiempo que cerraba la puerta de la sala.

Lo hizo dando por hecho que no lo había oído bien, y la esperanza de que fuera mi padre disfrazado se desvaneció.

—¿Y tú me has llamado «tortuga»?

Ambos reímos por debajo de la nariz.

—Alcmena me pidió que hablara contigo...

—¿Conoces a mi madre?

—Tú madre y la mía... Vamos, tú madre y la mujer que me cuida son amigas.

«¿La mujer que me cuida?», me pregunté.

—¿Quieres decir que nuestras madres son amigas?

Se lo pensó.

—La verdad es que... yo no tengo madre.

Miró al suelo avergonzado. Me dio pena.

—Eso es imposible. Si eres mortal, tienes que haber nacido de alguna mujer —dije para intentar animarlo.

Me miró esbozando una sonrisa.

—Sí, o sea, me refiero a que no la conozco.

—Vaya... lo siento.

—No te preocupes.

—Si te sirve de algo, yo no conozco a mi padre.

—¿Cómo que no? ¿A caso no es Zeus? —preguntó confuso.

—Sí, sí. Pero no lo conozco. Nunca hemos hablado ni nada.

—Ah... ya, bueno. Al menos sabes quién es, ¿no?

—Sí, pero quizá preferiría no saberlo.

Frunció el ceño, como si hubiera dicho una locura.

—¿Por qué? Yo daría lo que fuera por saber quién es mi madre.

—Pues porque, si no lo supiera, no pensaría que no quiere saber nada de mí, sino que no me conoce aún.

La puerta se abrió y entró un hombre que se sobresaltó al vernos.

—Qué puntuales... —murmuró mirándome de arriba abajo cómo si fuera un animal extinto.

—Buenos días, profesor Lino, le estaba enseñando la sala de música y poesía al chico nuevo, se llama...

—Hércules, hijo de Zeus, nieto de Cronos y bisnieto de la mismísima Gea —dijo con un tono desafiante.

Intentó mirar la palma de mis manos, pero las tenía pegadas al cuerpo y tampoco se las iba a enseñar. ¡Ni que fuera mi pasaporte! Había algo diferente en él. Era bastante corpulento para ser un mortal, sus ojos anaranjados no parecían muy comunes y su cabello rubio brillaba como una estrella.

—Sí... señor... Ese soy yo, profesor... ¿Lino? —respondí inseguro.

—Vaya, el semidiós forzudo no se ha molestado en investigar quiénes serán sus maestros... —respondió ofendido.

Carraspeó y miró de reojo a mi compañero, que entendió, de inmediato, lo que debía hacer.

—¡Hércules, el profesor Lino es hijo del mismísimo dios Apolo y de la musa Calíope! —gritó forzando fascinación.

Intenté hacer un gesto de asombro por su linaje, que no era usual ni mucho menos. Apolo era el dios de la música, entre otras muchas cosas, y Calíope era la musa de la poesía. Así que tenía sentido que su hijo fuera maestro de ambas artes. Además, Apolo era hijo de Zeus, como yo, así que se podía decir que el profesor Lino era mi sobrino. Aunque, obviamente, no se lo dije. No quería ofenderlo más creyéndome superior a él. Era un mestizo, como yo, su madre no era humana, pero tampoco era una diosa, y eso lo convertía, seguramente, en mi única esperanza de tener a alguien en el instituto capaz de

empatizar conmigo.

—¡Uau! No sabía que aparte de Orfeo habían tenido otro hijo —exclamé.

Mi misión de no volver a ofenderlo acababa de fracasar. No le gustó que dijera que solo conocía a su hermano, pero Orfeo era famosísimo por aquel entonces. Cuando su amada Eurídice murió, él bajó al inframundo a por ella. Le cantó a Cerbero, el perro de tres cabezas de Hades, para que lo dejara pasar y al barquero Caronte para que lo llevara con su barquita al otro lado del río Estigia, ambos se enamoraron de su voz y accedieron a sus peticiones con muchísimo gusto. Bueno, en realidad, Cerbero se quedó frito. Cuando estuvo delante de Hades, este le dijo que si le gustaba cómo cantaba le permitiría llevarse a Eurídice y devolverle la vida, así que Orfeo cantó como nunca lo había hecho y Hades quedó atónito.

Pero como seguía siendo el dios de los muertos y no estaba dispuesto a renunciar a un alma, por muy bonita que fuera la voz de Orfeo, le puso una condición, una prueba de confianza no apta para inseguros. Se ve que le dijo que para que Eurídice volviera a la vida debían salir de su reino en fila: él primero y ella detrás, con la condición de que, durante el trayecto hasta la superficie, Orfeo no mirase atrás en ningún momento para comprobar si Eurídice seguía allí, de lo contrario, ella se quedaría para siempre en el inframundo.

Para sorpresa de nadie, Orfeo se giró antes de tiempo. En su defensa diré que miró cuando pensaba que ambos ya estaban fuera, en la superficie, pero su amada aún tenía media pierna en el reino de Hades y, en cuanto la vio, fue absorbida por el inframundo. Así que Orfeo no consiguió resucitar a su gran amor, pero sí eclipsar a su hermano.

Lino me miró con odio y se fue a la otra punta de la sala que, por cierto, estaba vacía, cuatro paredes blancas, aunque no por mucho más tiempo, ya que el profesor chasqueó los dedos y del suelo emergieron preciosas liras doradas.

—¡Ostras! —exclamé.

De pronto, empezaron a entrar el resto de los compañeros. Venían hablando, pero en cuanto me veían se quedaban en silencio o

cuchicheaban entre ellos.

—Puedes ponerte a mi lado si quieres —me dijo el que parecía mi único amigo.

—Gracias...

Hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

—Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Ificles, pero todos me llaman Ifi.

—¿Y te gusta que te llamen Ifi?

Se lo pensó, parecía que nadie se lo había preguntado.

—Creo que no. Prefiero mi nombre entero.

—Pues te llamaré Ificles.

Ambos sonreímos.

—¡Mira! ¡Ahí están mis amigos!

6

Avanzamos entre las liras hasta llegar a un lado en el que había dos chicos que nos miraban a Ificles y a mí, muy incómodos.

—Hércules, estos son mis amigos: Admeto y Filoctetes.

Yo los saludé con una sonrisa genuina, pero la suya fue, claramente, impostada. Agarraron a Ificles, cada uno de un brazo, y lo arrastraron hasta ellos.

—¿Qué cojones crees que haces trayéndolo aquí, Ifi? —le susurró molesto Filoctetes.

—Nos están mirando como si fuéramos amigos del mestizo —añadió Admeto con voz temblorosa.

—¡No lo llames así! ¡Se llama Hércules! —me defendió.

—Me parece perfecto que quieras ser su amigo porque su madre le da dinero a la tuya, pero a nosotros no nos metas —sentenció Filoctetes muy molesto.

Lo escuché perfectamente e Ificles lo vio en mis ojos al girarse para comprobarlo. Sinceramente, no me enfadé, me puse triste y me sentí bastante tonto por pensar que un desconocido arriesgaría tanto para ser mi amigo sin ningún motivo.

—Será mejor que me vaya a otro sitio...

Parecía que iba a decirme algo, pero me alejé antes de que lo hiciera. Crucé el laberinto de miradas y cuchicheos de los demás chicos y me puse en la última fila, donde no había nadie y quedaba una lira libre.

—El silencio es una nota musical que pocos saben apreciar —pronunció el profesor Lino con mucho temple.

Todos callaron. El profesor mantuvo ese silencio durante unos segundos y lo rompió tocando una cuerda de su lira, luego otra, después otra y otra... De pronto, una preciosa melodía invadió la sala

entera. Quizá os parezca raro, pero era la primera vez en toda mi vida que escuchaba música como tal. En casa no había instrumentos, como mucho mamá tarareaba un poco, de vez en cuando, pero nada más. El sonido de ese instrumento entró en mi cabeza y rebotó por mis adentros. Me relajé por completo, me olvidé de dónde estaba, de lo que me preocupaba, de quién era esa gente... Simplemente estaba viviendo el momento sin importarme nada más. Fue una experiencia maravillosa que los idiotas de mis compañeros se encargaron de arruinar de inmediato.

—¡Está llorando! —gritó un chico señalándome.

El profesor dejó de tocar, todos se giraron hacia mí y la mayoría empezó a reír a carcajadas. Me puse las manos en las mejillas, que estaban empapadas. Lloraba a mares y ni siquiera me había dado cuenta. Me apresuré a secarme las lágrimas con la túnica. Si el director hubiese estado presente, habría dicho algo así como: «Se nota que lo ha criado su madre», y yo habría señalado a los que se reían de mí y hubiera contestado: «Se nota que los han criado sus padres». O quizá hubiese querido volver a agredirlo, también puede ser.

Esperaba que Lino dijera algo. No estaba bien que se rieran de mí, y menos por algo tan común como llorar. Pero no dijo nada. Se quedó quieto, observándome con una actitud victoriosa, como vengándose de que solo conociera a su hermano.

—¡¿No lloráis nunca vosotros o qué?! —exclamó Ificles.

Les cortó el rollo a todos. Se acabaron las risas. Por el momento, Ificles era el único héroe que había en esa sala. Admeto y Filoctetes lo miraban boquiabiertos.

—¡¿No tenéis emociones?! ¡¿Sois piedras?! —añadió con una valentía envidiable.

Se me escapó una carcajada. Me miró de reojo y sonrió aliviado. Si quería demostrarme que, a pesar de lo que hacía mi madre por la suya, su intención de ser amigos era real, lo había conseguido con aquel acto. El profesor Lino carraspeó y todos los chicos volvieron sus ojos hacia él.

—Para que la lira suene bien, no solo hay que saber tocarla. Hoy os enseñaré a afinarla —explicó la mar de tranquilo.

Hizo como si no hubiera pasado nada, pero no como el típico profesor que suda de que sus alumnos se maltraten unos a otros, no. Su actitud era de científico observando a las desafortunadas ratas de su laboratorio. Sin embargo, lo que más me sorprendió no fue él, sino yo. ¡No sentí ira! No tuve la necesidad de ir a hacer daño a los chicos que se estaban riendo de mí. La música me había relajado tanto que mi impulso agresivo se había perdido por el camino. De pronto, un soldado entró en la sala e interrumpió la clase.

—¡Su majestad, el príncipe Euristeo! ¡Hijo de Esténelo, rey de Micenas! ¡Y futuro rey de toda la Argólida! —gritó a pleno pulmón.

Todos mis compañeros, incluido el profesor Lino, agacharon la cabeza e hincaron la rodilla al suelo de inmediato. El soldado me miró como si estuviera insultando a su familia y entendí que debía hacer lo mismo que el resto, así que obedecí. Un séquito de soldados entró y rodearon toda la sala como si fueran una gran muralla. El ruido metálico de escudos y cascos era horrible. Tres soldados se situaron en una lira que estaba en una esquina y se pusieron delante, como si quisieran esconderla.

Acto seguido, una alfombra dorada rodó por detrás de los guardias y los suaves pasos del príncipe llegaron al aula acompañados de un sonido de joyas chocando unas con otras. Me recordó a la campana que llevan las vacas en el cuello. Con la cabeza agachada, alcé un poco la mirada para verle el rostro, pero lo tapaban sus guardias. Entre las piernas de estos, solo alcanzaba a ver su calzado. Para que os hagáis una idea, eran como unos calcetines blancos y sin suela, una acertada metáfora de lo cómodo y liso que era el camino de su vida.

Anduvo hasta la lira custodiada por aquellos soldados y tocó una cuerda. Después acarició otra cuerda distinta, luego otra, también distinta, y, por último, volvió a tocar la primera. Hubo un silencio de pocos segundos y el príncipe carraspeó. El profesor Lino y los demás, sin moverse ni un milímetro de su posición, comenzaron a aplaudir como locos, como auténticos fanáticos. Yo estaba flipando en colores ante semejante ovación. Había tocado un par de cuerdas, literalmente, y lo estaban vitoreando como si hubiera salvado a la humanidad de algún castigo de Zeus.

Después de saborear su incomprensible éxito, el príncipe deshizo el camino dando pasos victoriosos con sus limpísimos calcetines y se fue. La alfombra se enrolló aparentemente sola y las cuatro docenas de hombres de hojalata que venían con él lo siguieron. Salió el último, pero nos mantuvimos en silencio hasta que el sonido de las joyas del príncipe desapareció por completo, entonces los chicos y el profesor se levantaron como si nada hubiera pasado y la clase transcurrió con normalidad.

Lino nos explicó cómo afinar una lira, pero yo no me enteré ni de la mitad. No podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder. Terminó la clase y esperé a que todos se fueran, no quería ser el primero en salir. El profesor se fue y cruzó la puerta mirándome de reojo con un gesto de superioridad. Me habría encantado que se la hubiera comido por no mirar hacia delante, pero ese día la suerte no estaba de mi lado, si es que alguna vez la estuvo.

7

Salí de la clase de las liras y vi que fuera me estaba esperando Ificles. Estaba cabizbajo, solo podía ver su pelo oscuro, espeso y rizado como una tormenta. Estaba solo. Alzó la mirada y se acercó a mí.

—Es cierto, tu madre siempre ha ayudado a mi familia. Y, por una vez, me gustaría agradecérselo. Aunque, en realidad, solo estoy haciendo lo mismo que me gustaría que hicieran conmigo si estuviera en tu situación.

Me gustó mucho que dijera eso. Asentí agradecido y ambos sonreímos de nuevo.

—Qué raro lo del príncipe este, ¿no? —le pregunté.

Se sobresaltó e hizo un gesto con la mano para que me callase.

—¡No debes hablar así del príncipe Euristeo! —me susurró mientras miraba a ambos lados.

—¿Por qué? —pregunté imitando su tono.

—La gente habla...

—¿Y de qué hablan...?

Suspiró agobiado y volvió a mirar a su alrededor.

—La gente dice que el príncipe está... un poco... loco.

—¿Loco? ¿Por qué?

—Dicen que le arrancó los ojos a su criado con una cuchara, ordenó que los cubrieran de oro y desde entonces los lleva en un collar.

—Joder... sí que está loco, sí... —respondí asustado.

—¿No te has fijado en que cuando ha entrado hacía bastante ruido al caminar?

Recordé nítidamente ese sonido bovino. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, desde la nuca hasta los pies.

—¿Estás diciendo que eso eran los ojos de su criado? —pregunté

horrorizado.

Hizo un gesto con las manos dando por hecho que la respuesta era evidente.

—Pero eso no puede ser, Ificles, hacía mucho ruido para ser solo dos ojos.

—Es que no son solo dos —se interrumpió al oír a unos chicos corriendo por otro pasillo. Volvió a mirar a su alrededor y siguió—: ¿Conoces la historia de Argos, el gigante de cien ojos y fiel servidor de la diosa Hera?

Retrocedí un poco al escuchar el nombre de la diosa. Mi madre no la mencionaba por miedo a invocarla y yo no estaba muy cómodo tentando a la suerte. Ificles se dio cuenta.

—Perdón —añadió—. Argos, fiel servidor de la diosa-que-ya-sabes...

Solté una risita ahogada.

—No, no conozco esa historia —respondí.

—Verás, la diosa-que-ya-sabes tenía una sacerdotisa que se llamaba Ío. Un día, Zeus la vio, le gustó y decidió secuestrarla. Pero no podía hacerlo de cualquier manera porque al ser una sacerdotisa de su esposa, esta se daría cuenta, así que la transformó en una vaca y la puso con el resto de sus vacas.

—¿Mi padre tiene vacas?

—Sí, y la diosa-que-ya-sabes también, cada uno las suyas, pero la diosa siempre ha tenido muy buen ojo con estos animales. Ella se dio cuenta de que Zeus tenía una vaca nueva con la que se comportaba de manera distinta con respecto a las demás, así, al sospechar que se trataba de una nueva amante, se las apañó para que Zeus se la regalara para su cumpleaños. La diosa se la quedó y la puso con el resto de las suyas, pero ordenó a Argos, que era un gigante con ojos por todo el cuerpo, que la vigilara día y noche. Zeus quería recuperar a Ío, y para ello envió a su hijo, el dios Hermes. Este tocó un poco de música para el gigante y lo durmió. Cuando se le cerró el último ojo, Hermes lo mató.

—Oh... pobre Argos...

—A la diosa-que-ya-sabes también le dio mucha pena. Para

homenajearlo, recogió todos sus ojos y los puso en la cola de un pájaro que tenía por ahí. Pavo real se llama.

—Oh... qué bonito...

—Sí... y por eso a Euristeo le gustan los ojos.

Eso me revolvió el estómago, qué cortada de rollo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le pasa a Euristeo con ese gigante? ¿No tiene suficiente con lo del pavo real?

—Pensaba que lo habrías entendido.

Lo miré extrañado.

—No lo hace por el gigante, lo hace por la diosa-que-ya-sabes, porque se considera su siervo —añadió.

—¿Y eso? ¿Es muy fan? —pregunté.

Ificles se acercó a mí y puso su mano en mi brazo.

—Hércules, Euristeo será el rey de la Argólida gracias a ella porque avanzó su nacimiento y retrasó el tuyo.

—Pero ¡espera un momento! Me estoy perdiendo. ¿Qué tiene que ver que yo naciera más tarde con que Euristeo vaya a ser rey?

Me miró muy confuso y retrocedió un par de pasos.

—¿No lo sabes?

—¿No sé el qué?

No respondió. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a dar vueltas por el pasillo.

—¿Que no sé el qué? —insistí, nervioso.

Se detuvo.

—Cuando estabas a punto de nacer, Zeus hizo una promesa delante de los demás dioses del Olimpo: que el siguiente niño en nacer, del linaje de Perseo, sería el futuro rey de toda la Argólida. —Hizo una pausa—. Y ese niño, Hércules, eras tú.

8

Aún faltaban algunas clases más para terminar, pero decidí saltármelas e irme a casa. Ya había tenido suficiente. Estaba furioso y no podía seguir allí, o a la mínima que alguien me hubiera dicho algo lo habría usado como flecha para mi clase de tiro con arco. Tenía que hablar con mi madre, necesitaba explicaciones. Ni me despedí de Ificles, simplemente me fui, sin más. Anfitrión estaba sentado en el porche de casa. Cuando me vio, se pegó tal susto que casi le sale el corazón por la boca. Yo lo ignoré, no le dije nada. Ni siquiera lo miré. Entré en casa en busca de mi madre.

—¡Mamá! —grité—. ¡MAMÁ! —grité de nuevo.

No había pasado ni medio segundo entre grito y grito. Mi madre salió del baño a toda prisa.

—¡Hércules, cariño! ¿Qué haces aquí? ¿Todo bien? ¿Has hecho daño a alguien? —preguntó asustadísima.

—¿Eso es lo único que te preocupa?

No respondió.

—Puedes estar tranquila que no he hecho daño nadie. Solo me han hecho daño a mí —añadí.

Rompí a llorar y corrió a abrazarme.

—Lo siento mucho, hijo.

Ella era mi lugar seguro. La única persona a la que le podía contar cómo me sentía porque sabía que me iba a entender. Los padres, en esa época, solían abandonar a sus hijos en montes y bosques alejados de la gente para que se convirtieran en comida para los animales salvajes, ya fuera porque querían tener un niño y nacía una niña, como hicieron con Atalanta, o porque el oráculo profetizaba que su hijo les traería la ruina o cualquier otra cosa que los incomodara lo más mínimo. Pero las madres no. Ellas protegían a sus descendientes

con todo lo que estaba a su alcance y se enfrentaban a lo que hiciera falta con tal de darles una vida decente. Eso hizo mi madre conmigo. Yo era hijo de un dios que no tenía ninguna intención de hacerse cargo de mí, así que para ella no iba a ser nada fácil, pero aun así decidió criarme y protegerme. Si alguien sabía lo que necesitaba, en ese momento de mi vida, era ella.

—Yo... no quiero esto, mamá... Nunca pedí esto...

—No podemos elegir lo que se nos da de nacimiento, cariño, pero sí lo que hacemos con ello.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Se separó, hizo una de sus típicas respiraciones y puso las manos en mis mejillas.

—Tú y solo tú tienes el poder de decidir si lo que se te ha dado es un don o un castigo. No es fácil, no lo ha sido hasta ahora, ni lo será. Lo sé. Pero si alguien puede decidirlo ese eres tú.

—Pero mamá... no me funciona lo de la tortuga. Los demás chicos son muy crueles.

—¿Todos? ¿No has conocido a alguien? —preguntó como si ya supiera mi respuesta.

—¿Te refieres a Ificles?

Sonrió mucho.

—¡Sí! ¿Qué tal? ¿Te ha caído bien? ¿Habéis congeniado?

Estaba muy emocionada con que hubiera conocido a ese chico.

—Sí. La verdad es que es el único que se ha preocupado por mí. Aunque solo lo haya hecho porque es hijo de una mujer a la que ayudas, lo agradezco.

—No es su hijo —contestó de inmediato y un poco molesta.

—Bueno, pero él la considera su madre.

—¿Quieres comer algo? Tendrás hambre —me interrumpió mientras ponía rumbo a la cocina.

Parecía muy incómoda hablando de esto.

—¿Qué te pasa? —le pregunté siguiéndola.

—¿Te apetece un arrocito con verduras? ¿O prefieres potaje de garbanzos?

Estaba abriendo y cerrando cajones, sacando ollas, cubiertos,

verduras.

—¿Por qué parece que no eres sincera conmigo?

Se detuvo.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no me hablaste del príncipe Euristeo?

Suspiró, un poco aliviada.

—Claro que te hablé de Euristeo.

—¿Sí? ¿Seguro? ¿Antes o después de decirme que yo debía ser el rey de la Argólida?

Se agobió de nuevo.

—¿Quién te ha dicho eso?

No contesté, no me dio la gana.

—Eso son solo rumores, Hércules —añadió.

—Ya. ¿Y hay algún otro rumor que no me hayas contado?

Se quedó blanca como la nieve que nunca ha sido tocada, pero el sonido de la puerta de casa la salvó de mi insistencia. Me giré, era Creonte, el rey de Tebas. Mamá fue corriendo hacia él.

—Majestad... —dijo ella.

—No te preocupes, Alcmena, solo quiero hablar un momento con tu hijo —la interrumpió con su peculiar voz ronca.

El rey conocía de sobra a mi madre y a Anfitrión. Fue él quien exculpó a Anfitrión de haber matado a su suegro, sin querer, y les permitió exiliarse en Tebas. Además, estaba encantado de tener a un hijo de Zeus entre sus ciudadanos.

Mi madre lo dejó pasar y el rey vino hacia mí. Alargó su brazo para acariciarme el cogote. Me agaché un poco para ayudarlo. Era muy simpático conmigo, me caía bien.

—Me han contado que te has escapado de las clases... —dijo con un tono cariñoso.

Asentí.

—¿Siguen teniendo por director a ese viejo que no mira a los ojos? —añadió.

Solté una carcajada.

—Sí, sigue allí —respondí.

—¿Sabes? A mí tampoco me gustaba ir a las clases estas que te

convierten en héroe.

—Ah, ¿no?

Se acarició la barriga.

—Prefería quedarme en el palacio comiendo y durmiendo...

Volví a reír.

—Pero, por desgracia, no siempre podemos hacer lo que queremos, ¿entiendes? —pronunció con un tono más serio.

—Sí, entiendo.

—¿Qué te parece si hacemos un trato, Hércules? Si no te saltas ninguna de tus clases desde ahora hasta que cumplas dieciocho años, te concederé un deseo.

—¿Un deseo?

Se rio.

—Sí, pero de mortales, ¿eh? Que no soy ningún dios. Tendrás que pedirme algo que como rey te pueda dar.

En cuanto dijo eso, me vino a la mente algo que haría que sufrir el calvario de asistir a esas clases y soportar a los demás chicos valiese la pena.

—¿Podría pedir que me construyeran una casa en un monte de Tebas para vivir con mi madre y que nadie, salvo nosotros, pudiera acceder, y que quien se atreviera a hacerlo fuese encarcelado? —pregunté muy emocionado.

Creonte se rio aún más.

—Ese sería un deseo muy fácil de cumplir, chico. Entonces, ¿hay trato?

Sonreí todo lo que mis músculos faciales me dejaron y miré a mi madre, que también sonreía. Volví a mirar al rey y asentí. Había cerrado el primer trato de mi vida. Un acuerdo que me parecía el mejor del mundo y del que hoy en día aún me sigo arrepintiendo.

9

No a todos los alumnos les venía el rey a casa para convencerlos de que no dejaran las clases, pero si hacía tal cosa era cuestión de segundos de que toda la ciudad se enterara. El director tuvo que castigarme de alguna manera para que los padres de los demás chicos no se quejaran de que yo recibiera un trato de favor, ¡como si ellos fueran los únicos que pudieran estar por encima del resto! Al día siguiente teníamos clase de tiro con arco y mi castigo fue recoger las flechas después de cada ronda.

—Se mueren de ganas por atravesarme a flechazos —murmuré mientras observaba a los demás cuchicheando y mirándome de reojo.

—Tranqui, no se arriesgarán a ser expulsados —dijo Ificles.

Hacía un día espléndido, si lo que te gusta es que no haya nubes. El titán Helios paseaba el carro del sol por un cielo despejadísimo. Me daba la sensación de que iba más lento de lo normal, como si estuviera pendiente de lo que sucedía abajo, en la superficie. Lo miré y me pareció verlo asomado, con sus ojos enfocados en mí. ¿Me lo estaba imaginando? Sus rayos eran tan potentes que tuve que apartar la mirada rápidamente. Él podía verlo todo, pero casi nadie podía verlo a él. De hecho, fue el único que vio como Hades secuestró a Perséfone y mientras Deméter la buscaba desesperadamente. Helios no dijo nada. Se lo calló. Según él, no porque no quisiera decirlo, sino porque no se lo habían preguntado.

—Ya viene el profesor Folo —dijo Ificles.

Yo mantenía la mirada fija en el suelo, recuperándome de la luz cegadora del titán. Se escuchaban unos pasos idénticos al galope de un caballo. Alcé los ojos y vi cómo se acercaba la silueta de un caballo, aparentemente, sin jinete. Me hizo gracia.

—Pero ¿qué? ¿El profesor es un caballo? —pregunté entre risas.

Por mucho que pareciera el más sensato, seguía siendo un crío con brotes de inmadurez. El galope se detuvo y los cuchicheos cesaron. Incluso Ificles contuvo la respiración.

—En tu primer día te escapas y en el segundo haces mofa de un profesor por no ser de tu misma especie. ¿Qué harás mañana, joven Hércules? —preguntó una voz desconocida, con mucho temple.

Los demás se rieron. Mis ojos ya estaban casi recuperados y pude ver que el profesor no era un caballo, sino un centauro. Qué estúpido fui.

—¡Ostras! ¡No, no! Disculpe, señor, ha sido un malentendido, no lo había visto bien...

—Pues si no ves bien, suerte que hoy no te han dejado disparar. No me gustaría acabar con una flecha tuya en el pecho.

Volvieron a reír. No me enfadé. Todo lo contrario. Realmente me sentí muy mal por parecer que me estaba burlando de su aspecto. Imaginaos un malentendido así en la actualidad: «Hércules, el hijo de Zeus que odia a los centauros». Canceladísimo. Los centauros, para que lo visualicéis mejor, son hombres de cintura para arriba y caballos de cintura para abajo.

La mayoría de los centauros descendían de Ixión y Néfele. Ixión era un rey mortal que fue invitado a cenar en el Olimpo y no se le ocurrió otra cosa que tirarle la caña a la mismísima diosa Hera. Se insinuó, la piropeó e incluso ¡intentó tocarla! Dicen que Hera se pasó toda la cena mirando de reojo a Zeus y haciéndole gestos sutiles, pero este ni se enteró. Después se lo contó y Zeus le dijo que seguro que lo había malinterpretado, que era una exagerada y una ofendidita. Pero Hera no iba a permitir que se la tratase de mentirosa y le insistió tanto a Zeus que decidió enviar una nube con su forma a Ixión, como cebo, para comprobar si era cierto que el rey estaba interesado en la diosa. Y joder si estaba interesado, pues Ixión, en cuanto vio la nube, se abalanzó sobre ella como si fuera un koala y el nubarrón el último eucalipto del mundo. Y, bueno... La cuestión es que la dejó embarazada.

Esta nube, que hasta entonces no tenía nombre, se la llamó Néfele y dio a luz a la gran mayoría de centauros que han existido, pero no a

todos. El profesor Folo era hijo de Sileno, un sátiro que se pasaba día y noche fuera de casa divirtiéndose por los bosques borracho perdido. La madre de Folo era una encantadora ninfa de los fresnos que estuvo con Sileno porque ella, al igual que todos, también tuvo un mal día en el que tomó una mala decisión.

—¿Estás bien? —susurró Ificles.

Suerte que en esos momentos siempre estaba él para preocuparse por mí. No me dio tiempo a responderle, pues la clase ya había empezado.

—¡Ifi, ven! —exclamó Filoctetes.

Ificles me miró apenado y se fue con Admeto y con él, que me observaban molestos por pasar tanto rato con su amigo. ¡Ni que fuera de su propiedad! Como en la clase solo había tres dianas, había que hacer grupos de tres o cuatro por cada una. Cada grupo tenía un arco y una cesta con una docena de flechas, que, por si os lo preguntáis, eran de verdad, las mismas que se usaban en los campos de batalla.

—Haréis una ronda en la que cada uno dispararéis una flecha —decía Folo, galopando alrededor de mis compañeros—. Al tener a Hércules de recogedor hoy —se volvió a escuchar alguna risa— no se castigará con recoger las flechas a quien dispare más lejos del centro de la diana, sino que se premiará al que dé más cerca —añadió.

Todos se miraron contentos y ansiosos por saber cuál sería el premio, mientras que a mí no me podía importar menos. El profesor hizo un gesto para que se callaran. Obedecieron.

—Como ya sabéis, a los dioses les gusta estar al corriente de quiénes son los futuros héroes que batallarán en su honor, y de vez en cuando se pasan por aquí para reunirse con nosotros, los profesores, y hablar sobre algunos de los alumnos.

Los ojos de mis compañeros brillaban como estrellas recién nacidas. Los latidos de sus corazones retumbaban por todo el patio por el simple hecho de pensar que quizá su nombre habría sido mencionado en presencia de algún olímpico.

—Así que el mejor arquero tendrá el privilegio de saludar, hoy, a la mismísima diosa Atenea.

Sus reacciones fueron lo más cerca que estuve de ir al concierto de

un ídolo adolescente. Atenea es la diosa de la guerra, de la sabiduría y los inventos, entre otras muchas cosas. Una tía ultracompleja, vamos, pero su nacimiento fue de lo más raro. Zeus se enrolló con su tía Metis, la titánide consejera, pero la engañó para que se convirtiera en una mosca y se la comió. ¿Por qué? Pues porque Zeus se enteró de una profecía que decía que la hija que tuviera con Metis sería más poderosa que él, similar a la profecía que recibió su padre Cronos, pero en vez de comerse a su hija, como hubiese hecho este, pensó que era más eficaz comerse a la madre embarazada, así se aseguraba de cortar el problema de raíz.

Para mi padre el problema siempre eran los demás. Nunca había contemplado la posibilidad de que quizá debiese hacer un mínimo esfuerzo en contener alguno de sus impulsos. Ese pensamiento nunca aparecía en su cabeza, y alguien debía hacerlo por él. Un día sintió una migraña muy fuerte, pero mucho, un dolor de cabeza insoportable incluso para un dios. ¡Imaginad cómo fue de insufrible que mi padre le pidió ayuda a su hijo Hefesto, el dios herrero, para que le abriera la cabeza de un hachazo! Y así lo hizo. Le reventó su cráneo divino y del interior salió una mujer preparada para la guerra. Literalmente iba vestida con una armadura, un casco y sujetaba un escudo y una lanza. Absolutamente nadie sabe de dónde sacó todo eso. Hay quien llegó a pensar que Zeus tenía un centro comercial por cerebro, pero no se ha demostrado. La mujer guerrera era la hija que había tenido con Metis y que esta había parido en su interior. La llamaron Atenea. La titánide Metis no salió, decidió quedarse ahí dentro para intentar controlar los impulsos de mi padre susurrándole cosas al oído, como una especie de Pepito Grillo. Pero Zeus no siempre la escucha, por no decir nunca.

Estaba más que claro que Folo era el profesor guay. Los demás ni se hubieran molestado en pensar en eso, seguramente el premio que hubiese puesto el profesor Lino habría sido poder saludarlo a él. ¡Menudo fantasma! Los chicos discutieron un poco para ver quién disparaba primero, pero consiguieron ponerse de acuerdo. Cogieron los arcos y sacaron una flecha cada uno. Yo los observaba atentamente. Nunca había sujetado un arco ni nada similar, pero parecía fácil.

—¡Tensad! —gritó el profesor.

Tensaron los arcos, pero hubo un compañero al que se le disparó la flecha sin querer, Filoctetes, que obviamente quiso ser el primero de su grupo. Tenía siempre esa actitud de líder, de querer que todo saliera a su manera, pero cuando no era así se enfadaba mucho, especialmente si era por un fallo suyo. La flecha no llegó ni a la diana, cayó a mitad de camino. Folo bajó el brazo y los dos de los otros grupos dispararon clavándolas en la diana, pero ninguna en el centro. Acto seguido bajaron los arcos y empezaron a reírse de Filoctetes.

—¡Joder! Pero ¿por qué me pasa esto hoy? ¡Soy un inútil! —gritó aporreando el suelo con sus pies.

Folo no dijo nada, no parecía enfadado ni mucho menos, sentía pena por él. Me hizo un gesto con los ojos para que fuera a recoger las flechas. Asentí como un esclavo y corrí a por ellas, aún me sentía mal por mi comentario especista. Las recuperé y las devolví cada una a su cesta. Cuando llegué a la de Filoctetes, me acerqué a él.

—Toma, seguro que la próxima te sale mejor —le dije dándole su flecha.

Me miró extrañado, no estaba seguro de si se lo había dicho en serio o si me estaba burlando de él, pero yo se lo dije con toda la buena fe del mundo porque quería caerle bien, aunque tanto él como Admeto fueran bastante capullos conmigo porque no les gustaba que hablara tanto con Ificles.

—No habrá próxima vez hoy... —dijo un poco borde— pero gracias —añadió con un tono más amigable.

«Algo es algo», pensé. Asentí y volví a mi sitio, a un lado del campo de tiro. Filoctetes le dio el arco a Ificles, que nos miró a los dos esbozando una pequeña sonrisa. Folo alzó un brazo y los siguientes tiradores tensaron.

—¡Disparad! —gritó.

Las flechas salieron despedidas y todas se clavaron en las dianas. Ninguna dio en el centro, pero la que estaba más cerca era la de Ificles, que se quedó a medio palmo del círculo rojo.

—¡Muy bien! —exclamé dando un par de aplausos.

Pero ni siquiera Admeto o Filoctetes se alegraron por él.

—¡Este se piensa que, si gana Ifi, lo llevará con él a conocer a Atenea! —gritó uno de los que acababa de disparar.

Por un segundo me había olvidado de que aquí nadie era amigo de nadie y de que todos eran capaces de traicionar a quien hiciera falta para ganar. Era la tercera vez en el mismo día que esos desgraciados se burlaban de algo que yo decía o hacía, y no pude contenerme. Fui directo hacia ese chico dispuesto a volatilizarlo de un sopapo. Ificles gritó, agitó los brazos e intentó detenerme, pero esta vez no iba a conseguir desviar mi atención. Los demás compañeros se apartaban a mi paso mientras que el terror se apoderaba de ese chico. Folo reaccionó tarde, no vio venir mis intenciones y cuando arrancó el galope yo ya estaba a un metro de distancia. Sus ojos de súplica habrían hecho retroceder a cualquiera, pero la ira me cegaba, solo escuchaba sus risas y a él lo veía como una gran carcajada que necesitaba romper para poder seguir con mi vida. Tenía la mano alzada preparada para destrozarlo cuando, de pronto, algo pasó volando entre nosotros dos a tanta velocidad que me hizo caer de espaldas al suelo. Me di un fuerte golpe en la cabeza, me levanté lo más rápido que pude y vi que no había nadie. Estaba solo en el campo de tiro.

10

Todo estaba igual: las dianas en los postes, los arcos en el suelo, las flechas en su sitio... Pero mis compañeros y el profesor Folo habían desaparecido. «¿Me he quedado dormido? ¿Estoy soñando?», me preguntaba. No tenía ningún sentido.

—¡Bu! —gritó alguien con una voz muy suave.

Me giré asustado, pero no vi nada. Volví a recorrer todo el campo con la mirada sin localizar de dónde había podido venir ese ruido. Hasta que lo volví a escuchar.

—¡Bu!

Miré al suelo y vi un búho. Bueno, no era propiamente un búho, era un mochuelo, otra ave muy parecida. Tenía unos ojos amarillentos, muy brillantes, capaces de iluminar las cuevas más profundas del Tártaro. Estaba a mis pies, no me llegaba ni a los tobillos y me miraba atentamente moviendo la cabeza de izquierda a derecha. No había visto cosa más adorable en toda mi vida.

—Ay, por favor... —murmuré mientras me agachaba.

Extendí el brazo, con la mano abierta, y el mochuelito aceptó mi invitación. Se subió encima de las líneas de mi pasado haciendo que me olvidase de él durante un rato. Me incorporé poco a poco, con la mano estática, como si fuese a romper con el más leve movimiento una de sus patitas. No podía dejar de mirarlo, quería adoptarlo y no tener que hacer nada más con mi vida más que darle de comer y acariciarlo.

—Dispara... —susurró.

El animal habló. Casi se me cae del susto. «¿Que dispare el qué?», me pregunté. Aparté la mirada por un segundo. Cuando volví a mirar mi mano, en lugar del mochuelo, estaba sujetando un arco, en horizontal, con tres flechas apuntando a cada una de las dianas. No

me lo pensé. Tensé un poco la cuerda y, al soltarla, las flechas salieron disparadas, cortando el aire en su ruta, y se clavaron en el centro de las tres dianas. Había acertado en el medio de manera tan firme que la mitad de las flechas sobresalían por detrás.

—Pues sí que es fácil, sí —murmuré.

—Hércules...

Me giré y todos volvían a estar allí. El profesor Folo estaba a mi lado, era él quien acababa de decir mi nombre, estaba visiblemente asustado, igual que los demás.

—Te iba a dejar disparar después de que acabaran los de la última ronda. No hacía falta que le quitaras el arco así a tu compañero —apuntó señalando al chico al que casi fulmino.

Estaba en el suelo, hiperventilando. Me sentí muy mal, así que le di la mano para ayudarlo a levantarse; pero él, en vez de agarrarse, se quedó mirando las marcas de las serpientes de las que me había olvidado. Cerré la palma de inmediato y su mirada de miedo se volvió maliciosa, incluso se atrevió a sonreírme. Por suerte, estaba demasiado confuso como para que mis emociones se centraran en el tonto este. El profesor me agarró del brazo y se me acercó al oído.

—Buena puntería. Úsala bien. Ahora recoge las flechas y vuelve a tu sitio —dijo—. ¡Va! ¡Sigamos con la clase! ¡Los de la siguiente ronda! ¡Coged los arcos!

Me soltó y galopó hasta su lado. Yo fui a por mis flechas, las devolví a su cesta y volví hacia el mío, bajo la mirada de asombro de mis compañeros. Yo tenía la vista fija en el suelo. Solo alcé los ojos al pasar por delante de Ificles, que sonreía aliviado porque no había matado a ese compañero. Me quedé en mi sitio pensando en qué podía haber pasado, por qué habían desaparecido todos mis compañeros durante un rato y me había hablado un mochuelo. También le di vueltas a las palabras de Folo, pero no mucho: «Úsala bien». En fin, como si por arte de magia ya fuera capaz de controlar mis emociones.

Los siguientes compañeros dispararon sus flechas, pero solo una llegó a clavarse en el borde de una de las dianas, las otras se desviaron mucho. Me miraron de reojo, con rabia; se sentían humillados. Yo había clavado tres flechas a la vez, en el centro de la diana, sin haber

tocado un arco en mi vida ni nada que se le pareciera, cuando ellos llevaban siendo entrenados por sus padres desde que nacieron. Normal que se picaran.

De pronto, un horrible sonido de trompeta invadió nuestros oídos y decenas de soldados entraron en el campo de tiro.

—¡Su majestad, el príncipe Euristeo! ¡Hijo de Esténelo, rey de Micenas! ¡Y futuro rey de toda la Argólida! —gritó, como la vez anterior, uno de ellos.

«Lo que faltaba», pensé, y creo que el profesor pensó lo mismo.

—Chicos, venid aquí... —dijo Folo, hastiado.

Todos mis compañeros obedecieron y corrieron hasta donde estaba el profesor. Yo me había quedado en el lado opuesto, solo. Folo me miró e hizo un gesto para que fuera con ellos, pero los soldados empezaron a moverse hasta la zona de tiro, así que me quedé en mi sitio. Nos arrodillamos todos mientras los señores enlatados formaban un pasillo por el que volvió a rodar esa alfombra dorada seguida de los calcetines blanquísimos del príncipe Euristeo y el tenebroso sonido de sus joyas. Un escalofrío recorrió toda mi espalda erizando los pelitos de mi cogote. Los pies del *psycho*-príncipe se detuvieron al final del pasillo de soldados. Seguía siendo lo único que se podía ver de él. Hubo un silencio incómodo que duró varios segundos y que interrumpió el mismo Euristeo carraspeando muy suavemente.

—¡Por todos los dioses! ¡Que alguien limpie las dianas de vuestras sucias flechas! ¡Menuda falta de respeto a su alteza el príncipe Euristeo, hijo de Esténelo y futuro rey de toda la Argólida! —gritó un soldado con el rostro rojo como un tomate.

Al príncipe le bastaba con carraspear para que algún soldado supiera lo que quería. Me levanté de un salto y corrí hacia las dianas. Los soldados, al ver mi tamaño, sacaron sus escudos y cubrieron al príncipe como si fueran a lloverle flechas del cielo. Me detuve y levanté las manos mostrando que no era ningún peligro, pero me di cuenta de que no lo hacían para evitar que le hiciera daño, sino para que no lo viera. Yo estaba en plena época de crecimiento y cada día que pasaba era más alto. Hubiese podido ver a Euristeo por encima de los soldados, pero por algún extraño motivo su imagen no podía ser

desvelada. El mismo soldado que acababa de gritarnos se me acercó con paso firme, se detuvo a muy pocos centímetros de mí y señaló las dianas.

—¡Recoge las flechas! —gritó de nuevo.

No me llegaba ni al hombro, mi muñeca era más robusta que sus brazos y lo hubiese podido exprimir como un limón, pero no me tenía ningún miedo. No habría dudado en enfrentarse a mí con tal de proteger al hijo de su rey. Tanta lealtad asustaba, y más sabiendo el fetiche que tenía el príncipe con los ojos. Me pregunté si este soldado también habría estudiado aquí. Quizá mi destino podía ser este: servir y proteger a un rey despreciable. No me sentí violentado por su actitud, todo lo contrario, me dio pena, así que fui a recoger las flechas y volví a mi lugar.

—¡Su majestad, el príncipe, se dispone a realizar su disparo! —exclamó el soldado con mucho orgullo.

Pero Euristeo volvió a carraspear y el soldado corrió hacia él. Parecía que realmente le iba a decir algo. «Menos mal», pensé. Con tanto «ejem, ejem» debía tener la garganta en carne viva. ¡No había suficientes caramelos de limón para tanta irritación! Todos guardamos silencio, incluso agachamos un poco la cabeza para poder escuchar al príncipe, pero este carraspeó de nuevo y los demás soldados empezaron a hablar en voz alta de manera ininteligible para que no lo escucháramos. ¿Cómo de horrible debía ser para que lo escondieran tanto? ¿Quizá era un monstruo...? ¿Quizá no era hijo biológico del rey y lo era de algún dios? ¿Quizá algún titán había dejado embarazada a la reina, pero lo mantenían en secreto? No habría sido la primera vez. Lo que estaba claro es que había algo peligroso en ese príncipe. El soldado se separó del príncipe andando de espaldas, como un cangrejo y haciendo reverencias. Acto seguido se giró hacia el profesor y mis compañeros.

—¡Si alguien osa levantar la mirada del suelo durante el turno de su alteza, no volverá a usar los ojos!

Esa afirmación sonó como una bomba, y el miedo que se esparció por el campo de tiro fue la onda expansiva. Fui capaz de oír cómo todos mis compañeros se movían para mantener la cabeza bien abajo

y no dar lugar a dudas, e incluso algunos se tumbaron completamente boca abajo con la cara incrustada en el césped. Ante semejante castigo, toda precaución era poca. A mí me bastó con agachar bien la cabeza. No quería correr el riesgo de que mis ojos acabaran colgando de su cuello, pero tampoco parecer idiota. A los pocos segundos se oyó el sonido del impacto de una flecha seguido de unos pasos.

—¡Todos en pie para aplaudir la gloriosa puntería del futuro rey de la Argólida! —exclamó el soldado como si hubiesen ganado una batalla.

Obviamente, obedecimos y aplaudimos, pero lo primero que hice fue mirar la diana. No me lo esperaba. La flecha estaba maravillosamente clavada en todo el centro del círculo rojo. No por el hecho de ser el futuro rey debía ser buen tirador, dudo que el rey de Tebas lo fuera. Mis sospechas de que Euristeo podía ser especial cada vez tenían más fundamento. De entre todos mis compañeros, solo yo había acertado con tanta precisión.

—¡Enhorabuena majestad, ahora debe desempatar! —exclamó el profesor.

El soldado se giró hacia él.

—¿Cómo se atreve a dirigirse a su alteza?

Un carraspeo del príncipe interrumpió al soldado, que corrió de nuevo hacia él. Los demás soldados volvieron a hacer ruido para que no lo escucháramos.

—¿Desempatar? —preguntó el soldado alejándose un poco de donde estaba el príncipe.

—El alumno que más se acerque al centro de la diana podrá conocer a la diosa Atenea, majestad... y ha habido otro alumno que también ha dado en el centro de la diana.

¿Se refería a mí? No sabía ni que podía optar a ello. Pensé que al estar castigado y haberle quitado el arco a mi compañero no se me tendría en cuenta. Folo esbozaba una sonrisa sospechosa mientras que los soldados lo miraban boquiabiertos. Pude ver los pies del príncipe sacudiéndose contra el suelo. Parecía nervioso. Su soldado volvió corriendo hacia él, repitiendo todo el ritual para que no lo escucháramos y, de nuevo, salió hacia el profesor.

—¡La generosidad de su majestad, el príncipe, es tan grande como su futuro reino! Así que ha decidido ceder el primer puesto al otro alumno, que seguramente no tendrá más oportunidades para conocer a la magnífica y poderosa diosa Atenea.

Mis compañeros cuchichearon, debían estar cagándose en mí por ser el afortunado, pero el profesor no estaba de acuerdo con la respuesta del *psycho*-príncipe.

—¿Está seguro, majestad? —insistió el profesor.

—¡¿Cómo se atreve a cuestionar la seguridad del príncipe?! —respondió muy ofendido el soldado.

—Es que quizá el príncipe no sabe que el otro alumno es Hércules...

Todos los soldados soltaron un grito de asombro y miraron hacia donde estaba el profesor, buscándome; pero Folo hizo un gesto con la cabeza para que miraran al otro lado. Giraron sus cabezas metalizadas hacia mí y entonces entendieron el porqué de mi tamaño. Creo que se pensaban que no era un alumno más, sino una especie de gigante que ayudaba a Folo con sus clases de tiro.

Euristeo no decía nada. El soldado portavoz estaba esperando algún carraspeo, pero no hubo respuesta. El príncipe estaba quieto, lo delataban sus pies. Al cabo de unos segundos agónicos, dio un golpe en el suelo con el talón y el soldado corrió hacia él. Pero esta vez no hizo falta que los demás hicieran ruido. El príncipe no dijo nada. No sé qué pasó. Supongo que hizo un gesto o algo, porque el soldado tenía muy claro lo que tenía que hacer. Se separó de Euristeo y este deshizo el camino por el pasillo con sus impecables calcetines, seguido de la alfombra aparentemente mágica, pero esta vez los soldados no se marcharon con él, se quedaron allí, con los ojos clavados en el profesor.

—Queda usted arrestado por traición.

El soldado sacó unos grilletes y se los puso en las muñecas.

—¿Traición? ¡¿Pero qué dice?! —replicó el profesor.

Mis compañeros comenzaron a murmurar entre ellos, pero ninguno intentó ayudarlo.

—¡No proteste! —exclamó el soldado furioso.

—¡No he hecho nada!

Folo gritaba y se zarandeaba desesperado, incluso intentó huir dando coces, pero los demás soldados se abalanzaron sobre él y lo redujeron. No era justo lo que le estaban haciendo, no tenía sentido alguno y aquel despliegue era completamente desproporcionado. Por eso decidí ir a ayudarlo. Me daba igual si mis ojos podían acabar en el cuello del príncipe, mi intuición me decía que debía intervenir. Pero en cuanto di un paso lo volví a escuchar.

—¡Bu!

El mochuelo había vuelto. Estaba en mi pie y tuve que detenerme para no hacerle daño. Levanté la mirada y esta vez nadie desapareció. Los soldados seguían intentando contener al profesor mientras mis compañeros observaban atónitos. Yo quería hacer algo, salvarlo, pero no podía, tenía al pequeñín ahí y no pensé en apartarlo. Me quedé hipnotizado mirando sus brillantes ojos.

—Sígueme —me dijo el animal.

Echó a volar hacia el interior del instituto y yo lo seguí como si hubiese nacido para ello. Se me olvidó por completo lo que le estaban haciendo a Folo. El mochuelo se metió en una de las aulas de música. Yo iba unos pasos más atrás y pude ver cómo un gran destello surgió del aula. Entré de un salto y vi al animalito. No estaba solo, se había apoyado en el hombro de una mujer. Era muy alta, más que yo, iba vestida con una armadura dorada a juego con el casco y las botas. Tenía los ojos azules, como los míos, y la piel gris... El color de los dioses. Era ella.

11

—¿A... Atenea? —pregunté boquiabierto.

Dio un paso al frente y con su dedo índice me empujó en el pecho haciéndome retroceder varios pasos. Su fuerza era increíble.

—No siempre voy a estar aquí para protegerte —respondió visiblemente enfadada.

—¿Protegerme? ¿De quién?

Me dio otro golpe y choqué de espaldas contra la pared, marcando mis omóplatos en el muro.

—¡De ti!

Entonces lo entendí todo.

—La visión... el búho... ¿Eras tú?

Atenea, de la nada, desenvainó una espada dorada y me apuntó con ella colocando el filo en mi cuello, justo debajo de mi barbilla.

—No es un búho, ¡estúpido! Es un mochuelo —sentenció apretando los dientes.

No exagero si os digo que, de ser otro, me hubiese matado allí mismo. Pero yo era su hermano.

—Perdón... no... no lo sabía... —reconocí.

—Se llama Mochi.

—¡Bu! —exclamó Mochi.

—Solo responde a ese nombre, así que grábatelo en el tremendo frontón que tienes por cabeza —añadió envainando la espada.

Ese fue el primer insulto de mi hermana mayor. Lo recuerdo con mucho cariño. La verdad es que siempre me había sentido afortunado de ser hijo único porque así no tenía que compartir a mi madre con nadie, pero saber que tenía una hermana que cuidaba de mí y que encima era la mismísima diosa Atenea, pues, ¿qué queréis que os diga?, me hacía sentir seguro y, sobre todo, querido.

—Gracias... —le dije.

—Déjate de gracias. ¡Contrólate!

—Eso intento...

—Hoy te he podido ayudar porque ha dado la casualidad de que estaba por aquí, pero no voy a volver. Hércules, no basta con intentarlo.

—Joder... —resoplé—. ¿Por qué todos me decís lo mismo? ¡Como si fuera tan fácil hacerlo!

—Porque debe serlo. No puedes permitirte fallar.

—¿Y si fallo?

Mi hermana suspiró. Poco a poco había dejado a un lado su faceta de diosa de la guerra y estaba apareciendo la de la sabiduría. Eran como sutiles cambios de personalidad, parecidos a cambiarse de ropa varias veces durante un mismo día.

—Si un compañero tuyo tiene un arrebato y pega a otro, como mucho le recolocarán un hueso. Pero si lo tienes tú y pegas a alguien, lo recogerán con una escoba. Eres hijo de un dios, pero sigues siendo un mortal que se ha criado entre mortales. Para nosotros, los dioses, matar es fácil de gestionar, pero para ti... —suspiró—. No creo que seas capaz de perdonarte haber terminado con la vida de alguien porque te ha hablado mal. Ten por seguro que los que no te perdonarán serán los demás, y no te quedará otra que huir, aislarte y esperar el día que empiecen a venir los héroes a intentar derrotarte porque tu cabeza se habrá convertido en un trofeo.

—¡Bu! —exclamó Mochi, enfatizando las palabras de Atenea.

Me pareció curioso que ella me dijera aquello, ya que es exactamente lo que le pasó a Medusa. Sin embargo, ella, a diferencia de mí, no era una mujer violenta, al menos no hasta que empezaron a ir a por ella. Así que no me quería ni imaginar en qué me podía transformar yo. Mientras pensaba en sus palabras, me fijé en que en una esquina del aula en la que estábamos había una lira. Me acordé de mi primera clase con el profesor Lino.

—Aparte de Mochi, solo ha habido una cosa que ha conseguido evitar que haga daño a alguien —contesté.

—¿El qué?

Señalé el instrumento. Atenea siguió el recorrido de mi dedo y cuando vio la lira sonrió.

—Bendita música. El único poder que compartimos dioses y humanos. ¿Sabes tocar? —preguntó.

—¿El qué? ¿La lira?

—No, el techo —respondió con sarcasmo—. ¡Claro, tonto!

Me hizo gracia.

—Aún no... solo he tenido una clase con el profesor Lino.

—¿Y aprendes rápido?

—No lo sé... —Dije encogiéndome de hombros.

—Bueno... —Volvió a mirar el instrumento y luego a mí—. Te propongo una cosa. ¿Qué te parece si dejo que Mochi te visite los días que no tengas clase de música?

—¿En serio? —pregunté muy emocionado.

—¡Bu!

Atenea asintió con una sonrisa. Mochi también movió su pequeñita cabeza. Yo estaba que no cabía en mí de la felicidad. En clase de música, la música haría que no se me fuera la castaña, y en las demás clases se encargaría el adorable mochuelo. Era la solución a todos mis problemas. Solo quería abrazar a la mejor hermana del mundo, pero en cuanto extendí los brazos y avancé hacia ella, rápidamente, desenvainó la espada de nuevo.

—¡No te acerques! —gritó.

Paré en seco. Su arma volvía a estar en mi cuello, pero su mirada era diferente. En ese momento sí que temí por mi vida. Retrocedí varios pasos, pero ella avanzó sin bajar la espada.

—So... solo iba a abrazarte... —le dije.

Se detuvo haciendo que el filo se separara de mi garganta y se mantuvo estática durante unos pocos segundos, con la mirada perdida, hasta que por fin envainó la espada de nuevo y volvió sus ojos hacia mí. Parecía estar un poco arrepentida.

—Perdona, Hércules. Debía haberte avisado de que no consiento ningún tipo de contacto físico cariñoso por parte de ningún hombre, independientemente de su edad, tamaño, parentesco u orientación sexual.

Me quedé atónito. Lo dijo como si fuera una especie de ley escrita... y, de hecho, un poco sí que lo era.

—Ah, bueno... vale... ¿Puedo saber por qué?

—No.

—Pero ¿he hecho algo?

—No, no tiene nada que ver contigo...

—Entonces ¿por qué no me lo cuentas? —la interrumpí, ofendido.

—Pues porque no me da la gana, Hércules.

—¡¿Por qué no?! ¡¿Qué he hecho?! —me quejé.

Alcé mucho la voz y mi hermana estuvo a punto de volver a desenvainar su espada, pero se contuvo.

—Como me vuelvas a gritar tendremos un problema, ¿eh?

—Vale, vale, perdón por gritarte. Es que no entiendo por qué no...

—¡Porque no me apetece explicártelo! —me interrumpió—. ¡Y punto! Aprende a aceptar un no por respuesta.

Toda mi vida me habían ocultado cosas. Cada vez que hablaba con alguien, descubría algo nuevo, y por mucho que mi hermana me dijera que esto no tenía nada que ver conmigo no podía evitar sentirme engañado.

—Pero es que no entiendo por qué no me lo dices —insistí, frustrado.

—Mira, chico, si no eres capaz de entender que no tengo por qué explicártelo, es imposible que entiendas mis motivos.

—¡Bu! —añadió Mochi, enfadado.

Se formó un destello a su alrededor que emitió un *flash*, y un terrible estruendo que me tumbó al suelo de espaldas. Cuando me incorporé ya se habían ido. La había jodido, pero bien. Por pensar que mi hermana se había incomodado por algo mío, se acabó incomodando por algo mío. Una de mis *red flags* es que nunca he sabido gestionar que alguien a quien aprecio esté mal por mi culpa y se vaya sin darme la oportunidad de solucionarlo. ¿Había perdido a mi hermana mayor para siempre? ¿Ya no me iba a ayudar enviando a Mochi para evitar que se me fuera la pinza? Mi cabeza iba a mil. No podía permitirme perderla. Atenea era la única hermana que se había preocupado por mí, al menos que yo supiera.

Ificles entró en el aula de música, al haberme ido haciendo bomba de humo en el campo de tiro, fue a buscarme y al oír el estruendo vino corriendo a ver si tenía algo que ver conmigo. Obviamente, le expliqué todo lo que había pasado. Era mi único amigo y confiaba plenamente en él. No flipó tanto como me esperaba, pero porque venía de presenciar el arresto del profesor Folo, que a mí con todo esto se me había olvidado por completo. Ificles estaba muy afectado, conocía al profesor de hacía más tiempo que yo, naturalmente, y le tenía mucho aprecio. Así que no era nada fácil aceptar que la próxima vez que apareciera el príncipe Euristeo llevaría sus ojos colgando del cuello. No pude evitar pensar que podía haberlo salvado. Sí, hubiese sido una locura porque habría provocado una masacre y hubiese sido mi fin, pero empezaba a pensar que lo único que estaba haciendo era posponer lo inevitable.

12

Mi hermana no me canceló. Al día siguiente apareció Mochi por los alrededores del instituto y yo respiré aliviado. No estaba pegado a mi hombro ni mucho menos. Era muy cuidadoso. Aunque no era invisible, sí muy escurridizo, y solo se dejaba ver por quien él quería. Cada vez que alguien se acercaba o tenía intención de mirar hacia donde él estaba, se esfumaba. Volví a tener momentos en los que sentía que perdía los estribos, pero levantaba la mirada y siempre estaba allí, en mi pie, en mi mano, en la ventana... y me tranquilizaba al instante. Iban pasando los días y yo estaba más relajado. El hecho de saber que Mochi velaba por mí hizo que no me violentase tanto a la primera de cambio, que tuviera más poder sobre mí. Los demás compañeros empezaron a notar que cada vez era más difícil picarme. Parecía que habían aceptado que no les quedaba otra más que aceptar mi presencia y dejaron de intentar descontrolarme.

Los que también cambiaron su actitud conmigo fueron Filoctetes y Admeto. Ya no se molestaban por verme hablar tanto con Ificles, e incluso me invitaron a sentarme con ellos en clase. De hecho, esto también hizo que los demás me dejaran en paz. Más de una vez Filoctetes había salido en mi defensa, como ya había hecho Ificles, y un día hasta me defendió Admeto, ¡pobrecito...! En esa época era bastante miedoso y estuvo varias semanas sin poder dormir porque tenía miedo de que el chico al que se había enfrentado por defenderme fuera a entrar por la ventana de su habitación a lo serpientes de Hera y lo matara mientras dormía. Tuve que pedirle que no me ayudara más, le afectaba demasiado, pero agradecí inmensamente su valiente acto de amistad y me prometí devolverle el favor algún día.

El príncipe Euristeo no había vuelto a aparecer desde el incidente

con el profesor Folo. No sabíamos por qué, pero tampoco quisimos averiguarlo, simplemente, agradecimos su ausencia.

Las cosas con mi madre también estaban bien. Cuando llegaba a casa, nos sentábamos en el sofá y le contaba cómo había ido el día, lo que había aprendido. Ella me explicaba los chismes de los que se había enterado en el mercado y hablábamos hasta la hora de cenar. Entonces aparecía Anfitrión y nos quedábamos en silencio hasta que él acababa de comer y volvía a su habitación como si fuera un espíritu desubicado. Solo se había recuperado de un brazo, así que era más que evidente que lo nuestro no se iba a arreglar nunca.

A pesar de esto, estaba en mi mejor momento, y eso se veía reflejado en mi disposición para aprender, especialmente en la clase que más me costaba, la de música. Mi oído musical era horrible. No solo no sabía diferenciar un do de un la, sino que confundía el sonido de los instrumentos. Podía sonar una flauta y yo estar convencido de haber oído un tambor. A veces llegaba a ser muy frustrante, pero era la clase en la que más tranquilo estaba. El profesor estaba muy lejos de ser mi favorito y yo tampoco es que le cayera bien, sobre todo desde que le herí el ego, pero nos soportábamos. Lo más importante era que las canciones que tocaban eran sedantes para mí. No necesitaba a Mochi. Hacía bien en tomarse esos días libres y desconectar un poco de mí, ¡pobre criatura!

Sin embargo, todo cambió el día que el profesor Lino nos puso un examen. Teníamos que componer una melodía y tocarla delante de él y de todos los compañeros. Estaba muy nervioso. Era la primera vez en mi vida que hacia un examen y me había pasado la semana practicando para que me saliera perfecto. Mi canción era muy sencilla, solo tenía cuatro notas, fáciles de intercalar, y la melodía era bonita. Estaba contento con mi trabajo. Si la asignatura me costaba tanto, lo mejor era ir a lo seguro, en vez de arriesgar y que saliera un churro.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Ificles.

—Las veces que he practicado me ha salido bien, pero tampoco me quiero confiar...

—¿Sabéis si se pueden intercambiar los dones? —soltó Admeto.

Ificles y yo nos lo quedamos mirando con cara de circunstancia.

—O sea, a ver, yo no tengo ningún don; pero, sin pasarme de listo ni nada, me atrevería a decir que soy un poco mejor que tú tocando la lira, Hércules, y me preguntaba si podría darte todo mi talento musical a cambio de lo que vendría a ser la parte proporcional de tu talento disparando flechas. Estoy seguro de que apenas significaría nada para ti, pero mucho para mí, ¿sabes? —añadió.

Se nos escapó una carcajada. Admeto era muy gracioso sin pretenderlo. Tenía unas ocurrencias que te las decía con tanta confianza que, si no lo conocías, podías pensar que te estaba vacilando. Nosotros tres ya estábamos en el aula de música desde hacía rato, pero Filoctetes no llegó hasta pocos minutos antes de que empezara el examen.

—¡Que nadie me hable hasta que haga la prueba, por favor, estoy agobiadísimo! —exclamó mientras se acercaba a nosotros.

—Tranqui, Filo. Lo harás bien —le dijo Admeto.

—Muchas gracias, Adme. Pero ¿qué no entiendes de «que nadie me hable»?

—Bueno, bueno, tampoco te pongas así... —apuntó Ificles.

—¡¿Pero por qué me habláis?!

Filoctetes se ponía muy gracioso cuando se enfadaba.

—¿Te podemos responder a esta pregunta o sigues sin querer que te hablemos? —pregunté.

Filoctetes se rio con sarcasmo. De pronto, la puerta del aula se abrió y entró el profesor Lino. Se detuvo justo debajo del marco y nos miró a todos detenidamente: Sentí como si me estuviera haciendo una radiografía, qué intensito era.

Una vez dentro, se dirigió al frente. Estábamos todos en silencio, siguiendo su recorrido, expectantes. Llegó a su sitio, chasqueó los dedos y apareció una reluciente lira dorada.

—¡Uaaaaaaaau! —exclamó la mayoría casi al unísiono.

El instrumento flotaba en el aire dando vueltas sobre sí mismo, parecía que estábamos en una subasta.

—Esta lira me la regaló mi padre, Apolo, poco después de nacer yo. La forjó el dios Hefesto en la mismísima isla de Lemnos. Y hoy tendréis el privilegio de usarla para examinaros.

Mis compañeros enloquecieron. Para ellos tocar un instrumento fabricado por un dios era un sueño hecho realidad. Aunque, realmente, poder acariciar cualquier cosa que hubiera tocado un dios ya era motivo de euforia para cualquiera de ellos. Si hubiese sido un calcetín con sudor olímpico, se hubieran vuelto igual de locos o más. Yo me rayé muchísimo: lo primero que pensé fue que no se parecía a la lira con la que había estado practicando, o sea, era el mismo instrumento, pero el color era distinto, el material también... y yo necesitaba que todo fuera exactamente igual. Temía horrores equivocarme. Miré de reojo a Ificles e incliné la cabeza hacia su oreja.

—¿Es obligatorio hacer el examen con eso? —le pregunté.

Pero ni siquiera tuvo tiempo de procesar mi pregunta. El profesor acababa de pillarme.

—¿Por qué no haces la pregunta en voz alta, Hércules? Puede que otro compañero tenga la misma duda.

¡La musa que lo parió! Sabía perfectamente lo que había dicho. Su oído musical era nivel divino: podía escuchar hasta mi digestión si se lo proponía. Me miraba con cierto odio contenido. Había vuelto a menospreciarle.

—Disculpe, señor, no volverá a suceder —le dije.

Lino levantó las cejas y se escucharon unas cuantas risas. «No, por favor, otra vez no», pensé.

—Pero, Hércules, por favor, comparte tu duda con tus compañeros... no seas egoísta... —insistió con un tono pasivo-agresivo.

No quería entrar en un bucle, así que accedí.

—A ver... solo he preguntado si era obligatorio hacer el examen con esa lira o podíamos hacerlo con una normal...

Todos mis compañeros me miraron estupefactos, como si acabara de agredir a un cachorro. También murmuraron entre ellos: «Pero ¿qué dice?», «¿Está loco?», «¡Maldito Hercutonto!». Filoctetes, Admeto e Ificles me hacían muecas para que me diera cuenta de la gravedad de lo que había dicho, pero ya era demasiado tarde. Lino mostró una leve sonrisa al ver la reacción de los demás alumnos y siguió.

—Así que esta lira de oro creada por el mismísimo dios Hefesto y tocada por, ni más ni menos, que el dios Apolo, mi padre... ¿no es

suficiente para ti?

Habló muy lento para que todos fueran conscientes de la tremenda falta de respeto que era preferir una lira cualquiera antes que la suya dorada, que, por cierto, me parecía una horterada, así de claro os lo digo. Mis compañeros resoplaban, hacían gestos de desaprobación y yo me estaba empezando a calentar, pero quería hacer el examen, así que me concentré en eso y logré tragarme un poco el enfado.

—No quería decir eso, señor, disculpe. Es todo un honor poder hacer la prueba de música con un instrumento esculpido por los mismísimos dioses. No me he expresado bien.

Intenté fingir que lo sentía y miré a mis únicos tres amigos, a ver si había colado. Por sus miradas supuse que mi actuación había sido de un cinco y medio sobre diez. Me bastaba con sacar esa misma nota en el examen. Entre lo nervioso que estaba y lo mucho que me había estresado esta situación, necesitaba que las pruebas empezaran ya para poder relajarme con las melodías de mis compañeros.

—Bueno, pues adelante, todo tuyo —dijo el profesor señalando el instrumento.

—¿Cómo? ¿Yo primero?

—Claro. ¿Qué pasa? ¿No quieres?

—No... o sea, sí, pero...

—No te entiendo, Hércules... ¿es o no es un honor?

—Sí, sí, claro, señor...

—¿Entonces?

¡Maldita sea, no había contemplado esa posibilidad! Realmente era un problema ser el primero, porque ya estaba muy nervioso y necesitaba mi dosis de música; pero si me negaba volvería a ser objeto de burla de la clase y podría ponerme peor. En ese momento creí que la mejor decisión era aceptar ser el primero e intentar que fuera mi propia música la que me relajara. Ificles, Admeto y Filoctetes me dieron unos golpecitos cariñosos en la espalda para darme ánimos. Me alejé de mi sitio y pasé en medio del resto de compañeros hasta llegar donde estaba la lira dorada. La miré durante unos segundos y el profesor hizo un gesto con la mano para que la cogiera. Obviamente pesaba más que una normal. Toqué un par de cuerdas y también

costaba más hacerlas sonar. No era nada que no pudiera hacer, pero era diferente a la que yo estaba acostumbrado y no contaba con eso.

—Siéntate, Hércules.

Chasqueó los dedos y apareció un taburete de madera, normal y corriente, creando un contraste muy extraño. Me senté.

—A ver qué nos tienes preparado —añadió con cierto sarcasmo—. Cuando quieras —apuntó.

Mi madre me preparó para este momento. Me dijo que intentara no mirar a mis compañeros, ni siquiera a Ificles, que me concentrara en la lira y en sus cuerdas. Ya está, no existía nada más. Respiré hondo, cerré los ojos, solté el aire agachando la cabeza y los abrí. Solo veía las cuerdas, no sentía que hubiera nadie mirando. Estaba preparado para tocar.

—¡La postura es muy importante chicos! —exclamó el profesor—. ¡Hércules está tan encogido que parece un escarabajo con una guitarra!

Toda la clase estalló en una gran carcajada. Sí, solo una, pues no les di tiempo a más. Creo que al haber estado tantos días sin intentos de humillaciones que me violentaran, con Mochi velando por mí, mis tres amigos defendiéndome... Mi mente se relajó, estaba desentrenado y no supe gestionarlo. En cuanto me dijo lo del escarabajo, me levanté del taburete como si quemara, giré la lira, la agarré como si fuera una raqueta de tenis y se la estampé en la barriga con tantísima fuerza que el profesor salió despedido atravesando la pared del aula de música, la de escultura, la de pintura, la del instituto que daba a la calle, las dos de la frutería y una de la panadería. Luego era todo bosque; pero, por suerte, el mar estaba cerca y no perdimos muchos árboles. A quien sí perdimos fue al profesor Lino, por si no ha quedado claro. No solo de manera metafórica, sino también física. En plan, que murió. Creemos que no se deshizo por el camino, sino que todo su cuerpo se mantuvo unido y que se perdió por el mar. Los mestizos éramos mortales, pero nuestro cuerpo era fuerte y aguantaba más sin desintegrarse que el del resto. Pero la cuestión es que había pasado lo que más temía que pasara: había matado a alguien.

13

Toda la ciudad de Tebas quedó conmocionada por lo sucedido. Mi madre estaba comprando cuando pasó el profesor volando por la frutería. No chocó con ella de milagro. Eso sí que no me lo hubiese perdonado en la vida. Cuando le contaron que había sido yo el responsable, se desmayó en mitad de la calle. No se enteró por mí; no me dejaron explicárselo. Tuve que quedarme en el instituto custodiado por, prácticamente, todo el ejército del rey Creonte, que me apuntaba con espadas, lanzas y flechas dispuestas a dispararse en cualquier momento, mientras el director interrogaba a todos mis compañeros, que habían presenciado lo sucedido. Sentí que, ahora sí, me había convertido en un monstruo. Tenía mucho miedo del castigo que me fueran a imponer; pero, sobre todo, de cómo me podía afectar. Así que empecé a imaginarme todos los escenarios posibles, para estar preparado: encerrarme en una mazmorra en la cueva de una isla en mitad de la nada, en un agujero tan profundo que pudiese oír las aguas del inframundo...

De pronto, los soldados se apartaron formando un pasillo por el que se acercaban el rey Creonte y el director. Estaban discutiendo.

—Majestad, con todo el respeto, merece ser castigado severamente...

—¡Cállese! —gritó el rey—. ¡Que sea la última vez que me dice lo que tengo que hacer o no volverá a pisar Tebas en lo que le queda de vida! ¡No se olvide de que ya hace tiempo que dejé de ser su alumno, viejo!

El director asintió resignado y dio media vuelta.

—Hércules, hijo, ¿cómo estás?

El rey fue la primera persona que se preocupó por mí después del incidente con el profesor. Todos los demás me habían tratado de

asesino, de bestia salvaje, pero él no. Vino hacia mí, me abrazó y empecé a llorar desconsoladamente en su hombro.

—No te preocupes, chico, tus amigos me han contado lo que ha pasado y lo mucho que has sufrido desde que llegaste al instituto. Todos cometemos errores —me tranquilizó.

Me esperaba de todo menos que el rey Creonte estuviera de mi lado. Tanta empatía me hacía sentir mal.

—Pero... he matado... a una persona...

—Cuando naciste, heredaste una fuerza y una ira que ninguno de los profesores de este instituto es capaz de enseñarte a manejar. La culpa es nuestra por no haber estado a la altura de tus circunstancias.

—Ma... majestad, ¿no me considera un monstruo?

—Por supuesto que no, Hércules —respondió frotando la mano en mi espalda.

Mis palabras se peleaban con mis sollozos, que cada vez eran más de alivio que de miedo.

—Mu... mu... muchas gra... gra... gracias...

—No me las des aún. —Retrocedió un paso para poder mirarme a los ojos—. Siento decirte que a partir de ahora el resto de tu aprendizaje será con clases particulares, con nuevos profesores y no será aquí.

—No se preocupe, majestad, entiendo perfectamente que no siga en el instituto.

—No me refiero al instituto. Me refiero a Tebas.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué...?

—Hay una cabaña abandonada en las montañas y deberás mudarte allí... solo. Los profesores asignados irán cada día a entrenarte. Lo siento mucho, Hércules. He tenido que ceder a alguna de las demandas de los tebanos.

No podía enfadarme con él, había hecho muchísimo más de lo que me esperaba por mí. Entendí que la gente de Tebas tuviera miedo y que si él no los tranquilizaba de alguna manera podía correr el riesgo de que hubiera una revuelta en su contra. Lo verdaderamente sorprendente era que se jugara el pescuezo tanto por mí, que me

protegiera aun habiéndome convertido en persona non grata para sus ciudadanos. Pero estaba claro que algo tramaba... no lo hacía porque sí.

—¿Y mi madre...?

—Tú madre está un poco impactada, pero se pondrá bien. Cuando se reponga, le contaré lo que hemos hablado.

Me hablaba con muchísimo cuidado para no exaltarme, como si estuviera intentando desactivar una bomba.

—Pero podré despedirme de ella, ¿verdad?

El rey suspiró.

—Alcmena no puede venir ahora y no es buena idea que te pasees por Tebas para ir a su encuentro. No te preocupes porque tendrá un día al mes para visitarte, ¿de acuerdo? —Agaché la cabeza muy apenado. Me puso la mano en la barbilla y señaló tras él. Estaban Filoctetes, Admeto e Ificles—. Sé que no son tu madre, pero los amigos son la familia que uno escoge. De ellos sí que puedes despedirte —añadió esbozando una sonrisa fraternal.

Corrí hacia ellos y quise rodearlos a los tres con mis brazos, levantarlos un metro del suelo, abrazarlos fuerte y reírnos entre lágrimas, pero me detuve al ver cómo intentaban esconder sus emociones con extrema incomodidad. Filoctetes y Admeto estaban librando una auténtica batalla con ellos mismos para evitar llorar, mientras que las lágrimas de Ificles caían como si de un diluvio enviado por mi padre se tratara, pero tampoco estaba nada cómodo con esta situación.

No es ninguna novedad que los chicos nunca hayamos sido capaces de expresar nuestros sentimientos entre nosotros con normalidad. Se notaba que los encargados de convertirnos en héroes nunca lo habían sido, de lo contrario hubieran incorporado clases de terapia de grupo. Les interesaba más que tuviéramos un descontrol absoluto, sino no habría guerras, y las necesitaban.

Fue muy triste. Nos despedimos dándonos la mano cuando era evidente que nos moríamos de ganas de abrazarnos, pero nadie se atrevió, ni siquiera yo.

—Muchas gracias, sois... —sollocé— los mejores amigos que uno

podría tener.

Filoctetes y Admeto no pudieron contenerse más y se rompieron en un llanto. Se fueron corriendo como si fuera desagradable que alguien presenciara su pena. Ificles me miró una última vez y me agarró fuerte la mano. Acto seguido se fue tras ellos y yo me quedé allí con las ganas de decirles más cosas, pero con la esperanza de volver a verlos. Dicen que a la salida del instituto me estaban esperando ciudadanos formando un pasillo con la intención de gritarme e insultarme, pero el rey ordenó a sus soldados que los echaran. Al principio pensé que lo hacía para que yo no lo pasara mal, pero después caí en que lo hizo para que no se me fuera la pinza de nuevo y me cargara a más gente. Fui escoltado por el ejército hasta las afueras de Tebas. Allí me subieron a un carruaje, acompañado por el rey, quien me llevaría a mi nuevo hogar.

—Mi promesa sigue en pie, ¿eh?

—¿Promesa? —pregunté.

—Aunque hagas tu aprendizaje fuera del instituto, si lo acabas, te sigo guardando una casa en lo alto de una montaña en la que vivir con tu madre. —Sonrió—. Si para entonces sigues queriendo, claro.

Ya ni me acordaba.

—¡Muchas gracias, majestad! —exclamé—. Y por supuesto que querré...

—Bueno, nunca se sabe, chico, quizá conozcas a alguien.

—Nunca conoceré a nadie con quien prefiera vivir antes que con mi madre.

El rey se empezó a reír como si no lo hubiera hecho en años, tosiendo y dando golpes en el suelo del carruaje. No paró hasta que llegamos a mi destino. No entendí la gracia que tenía aquello hasta años más tarde.

14

La cabaña era bonita, también pequeña, pero tenía todo lo que necesitaba. Estaba en medio de un bosque de pinos gigantes, más anchos que mi nueva casa. Me dejaron allí con una cesta llena de comida y me explicaron que cada día me llegaría una. Por suerte, habían tenido en cuenta mi gran apetito. Esa noche me costó horrores dormir; echaba mucho de menos a mi madre, nuestra charla diaria, su beso de buenas noches... Estuve mirando el techo durante horas, con un millón de pensamientos entrando, saliendo y mezclándose en mi cabeza hasta que en algún momento me dormí.

Cuando me desperté, vi el rostro de un hombre que estaba a menos de un palmo de mi cara, observándome con los ojos abiertos de par en par. Me asusté tanto que le enchufé tal puñetazo en la boca que atravesó el techo como si fuera un cohete. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no estaba soñando y que acababa de agredir a otra persona. Me levanté de la cama de un salto y salí corriendo a ver si estaba a tiempo de salvar la vida de este desconocido al que le acababa de atizar semejante golpe. No podía permitirme matar a otra persona y menos cuando aún no habían transcurrido ni veinticuatro horas y porque «me había asustado». Estaría a una víctima más de convertirme en un asesino en serie. La parte positiva es que esta vez había salido despedido hacia arriba. Por lo tanto, tenía que bajar en algún momento. Mi fuerza podía mandarlo a las estrellas, si me lo proponía; pero este sopapo fue un acto reflejo y, por lo tanto, como mucho, lo habría alzado unos pocos kilometrillos, no mucho más. Miré al cielo, desesperado, buscándolo por todas partes, pero no lo veía. De pronto, por el rabillo del ojo, vi como algo descendía a toda velocidad, pero no tuve ni un segundo de margen para reaccionar. Impactó en el suelo, tumbando varios árboles y generando mucha humareda. Corrí

hacia a él, como si hubiera alguna posibilidad de que no estuviera muerto, atravesé el humo y llegué hasta el lugar en el que se había estampado. Se había formado un cráter del tamaño de mi antiguo instituto y, en todo el medio, había un cuerpo, sorprendentemente, unido. Por fortuna, se movía.

—¡Joder...! ¡Qué hostia...! Suerte que ya no puedo morir... —murmuró al tiempo que se ponía de pie.

—¡Hola! —grité moviendo el brazo.

—Un poco tarde para saludar, ¿no crees?

—¿Eres tú al que he pegado sin querer?

—Sin querer dice... ¡Sí!

Este hombre no era mortal, ni siquiera un mestizo cualquiera, sino no habría sobrevivido a mi repentino ataque. Era mayor que yo, pero no era tan grande, ni mucho menos. Vestía una armadura ligera y una especie de pantalón corto del mismo material que dejaban ver brazos y piernas, aparentemente normales, como los de cualquier soldado mortal. A medida que se iba acercando, vi que tenía varios cortes por todas partes; sin embargo, también me fijé en que cada vez que los miraba se volvían más pequeños, como si desapareciesen, hasta curarse solos.

—¿Eres inmortal? —pregunté sin reparos.

—¡Uau! Qué directo, ¿no?

—Uy, perdón si te ha molestado. Tus heridas. He visto que...

—Sí, soy inmortal —me interrumpió.

—Vale, vale. Disculpa, es que no sabía que no se podía preguntar eso.

—¿Me pides disculpas antes por hacerme la pregunta que por el puñetazo que me has metido? —me cortó de nuevo.

—Tienes razón. Lo siento... ¡Qué idiota soy! Perdona por hacerte daño, es que me he asustado al ver tu cara tan cerca de la mía... ¡Ha sido un acto reflejo!

—¿Y ahora me llamas feo? ¿Pero esto qué es?

—¿Qué?

Se empezó a reír.

—Te estoy vacilando, Hércules, no te rayes.

—Pero... ¿quién eres? —pregunté muy confuso.

—Soy tu nuevo profesor. —Extendió su mano y yo la mía—. Mi nombre es Cástor.

No sé si el rey había decidido que mi nuevo maestro fuera inmortal por si se me volvía a ir la cabeza, pero claramente fue una sabia elección. Caminamos hasta mi cabaña y me ayudó a arreglar el agujero del techo. Parecía simpático. Quizá se pasaba un poco de graciosillo, pero era soportable.

—Que sea inmortal no significa que te puedas columpiar con esto de tu ira descontrolada, ¿eh? A ver si te vas a mal acostumbrar... ¡Ja, ja, ja!

Cuando se reía de sus propias bromas, dejaba de ser soportable.

—No, no te preocupes. Hablando de eso: ¿eres un dios o...?

Tardó un poco en responder.

—Es complicado —respondió serio.

—Ah, vaya...

Dejó ir un suspiro y me miró fijamente a los ojos.

—Si quieres, te lo cuento; pero es una historia un poco triste.

Con tantas bromas y chistes, la verdad es que un buen dramón entraba perfecto.

—Por favor, me interesa mucho.

—Mi madre era una princesa, se llamaba Leda. Un día, mientras se bañaba en un lago, apareció un cisne blanco como una nube blanca, porque también hay nubes grises. —Se rio—. Leda quedó fascinada con el animal y se acercó para acariciarlo. Iba con cuidado para no asustarlo, porque pensaba que se podía ir; pero, sorprendentemente, no solo no se fue, sino que se acercó también y la cabeza del animal y la mano de mi madre se encontraron a medio camino.

—¡Oh, qué bonito!

—Precioso, sí. Pero la caricia duró apenas un segundo. El cisne se fue a toda hostia.

—Uy, ¿y eso?

—Mi madre salió del agua y le empezó a doler mucho la barriga. Corrió hacia el palacio, dándolo todo para contener sus ganas hasta llegar al baño. Sin embargo, nada más entrar a sus aposentos, sin que

le diera tiempo a dar un paso más, se fue patas para abajo...

—Ostras, pobrecita...

—Sacó dos huevos grandes como sillas.

—¡Uou! ¿Cómo? ¿Huevos? ¿Qué?

—Lo que te digo: dos huevazos enormes que en cuanto cayeron al suelo se abrieron, y de ellos salimos mis hermanos y yo.

—¡Joder! Pero ¿cómo es eso posible?

—El cisne.

—¿Cómo que el cisne? Pero si a penas se tocaron. Aparte de que era un cisne...

—¿Sí? ¿Tú crees? —me preguntó.

—¿No lo era?

Se rio y negó con la cabeza.

—Adivina, adivinanza, Hércules... ¿quién puede convertirse en cualquier cosa para hacer lo que le dé la gana porque es dueño de todo y de todos?

—¿Mi... padre... Zeus? ¿Tú y yo somos hermanos?

—Me hace gracia que te sorprenda conocer a un hermano. Con la de descendencia que tiene Zeus, lo raro es que te cruces con alguien que no sea pariente tuyo. Y este es uno de estos momentos. Porque no, técnicamente, no soy tu hermano.

Resoplé. Me estaba empezando a agobiar su manera de contarlo.

—No estoy entendiendo nada, «Castor»...

—«Cástor», no «castor», por favor. No soy un roedor.

—Joder. —Resoplé de nuevo—. No sé si te han hablado de mi poca paciencia... CÁS-tor...

—Vale, vale, te cuento. Mira, de un huevo nacimos mi hermana Clitemnestra y yo, y del otro nacieron mi hermana Helena y mi hermano Pólux. El día anterior al encuentro con el cisne, mi madre y su marido, Tindáreo, se acostaron. Después sucedió lo del lago y Zeus debió hacer algo para que lo de Tindáreo se fuera a un huevo y lo suyo a otro. Así que Clitemnestra y yo somo hijos de Tindáreo, mientras que Pólux y Helena lo son de Zeus.

—Pero, vamos a ver, si no eres hijo de Zeus, sino de un hombre mortal, y tu madre también es mortal, ¿cómo puede ser que seas

inmortal?

—Eso pasó después. Mi hermano Pólux recibió el don de la inmortalidad, al igual que tú el don de la fuerza. Él y yo éramos inseparables, nos encantaban las armas, luchar... íbamos a todas las guerras que podíamos y éramos los mejores. Lo hacíamos todo juntos porque siempre pensábamos igual, pero eso no tenía por qué ser algo bueno, ya que cuando se nos ocurría alguna una mala idea, no había nadie que nos parara los pies. —Suspiró—. Un día quisimos encontrar a dos mujeres para casarnos, pero en vez de intentar conocer a algunas y tratar de establecer una relación, pensamos que podíamos hacer como Zeus y secuestrar a las que quisiéramos.

—Y... ¿lo hicisteis?

Asintió avergonzado.

—Las dos chicas que nos llevamos tenían a dos hermanos que no dudaron en ir a por mí, porque yo era el único que podía morir. Y me mataron.

Me impactó muchísimo que me estuviera explicando su propia muerte como si fuera una anécdota de su vida.

—Pero ahora estás aquí. ¿Qué pasó? —pregunté impaciente.

—Yo no lo recuerdo. Tengo imágenes que me vienen a la mente de cuando descendí al inframundo, pero lo que me contó Pólux fue que le pidió a Zeus que le permitiera darme parte de su inmortalidad a cambio de él recibir parte de mi muerte. —Se tomó un segundo para intentar evitar emocionarse—. Y tu padre aceptó. Desde entonces, Pólux y yo pasamos la mitad del tiempo en el inframundo, como los muertos, y la otra mitad en la superficie, como los inmortales. Y como muestra de agradecimiento a tu padre por su clemencia, le ofrecí mi ayuda para convertirte en un guerrero. ¡Y para qué engañarte! ¡Así estoy más rato en la superficie, que disfruto más siendo inmortal que muerto!

Agradecí mucho que me hubiese contado esto. Me transmitió mucha confianza. ¿Tan difícil era poner profesores así en ese instituto, en vez de esos que parecía que venían a verter sus frustraciones encima de nuestras cabezas?

—Menuda historia, Cástor. Yo nunca he querido tener ningún

hermano de madre; pero, si hubiera tenido alguno, ojalá me hubiese llevado tan bien como tú con Pólux.

—¿Cómo que «si hubieras tenido»?

—Pues eso: yo soy hijo único.

—Pero ¿qué dices? ¡Si precisamente Zeus hizo algo parecido con tu madre!

Lo miré en silencio durante unos segundos, esperando a que dijera que era broma, pero Cástor estaba demasiado serio.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué hablas cómo si no lo supieras? ¡Si me dijeron que tú e Ificles os lleváis superbién!

—¡¿IFICLES?!

15

Corrí como si me persiguiera la muerte. Fui tan rápido que los colibrís parecían ir a cámara lenta. Entré en Tebas tan veloz que la gente me confundió con el viento. Llegué a casa de mi madre y a Anfitrión casi le da un infarto al verme aparecer. Se metió en su habitación asustado como un cervatillo, mientras que mi madre vino a abrazarme.

—¡Ay, hijo mío! No eres malo, no eres un monstruo, no hagas caso de la gente. No te conocen... —dijo entre lágrimas.

—¿Ificles es mi hermano?

Se le cortó el llanto de golpe, como si hubiera cerrado el grifo de sus lágrimas.

—¿Qué...? ¿Quién te lo ha...?

—Quiero escucharlo de ti, mamá —la interrumpí.

Hizo una de sus respiraciones, la más larga y profunda que había hecho nunca. Me agarró de la mano y nos sentamos en el sofá.

—Cuando Anfitrión y yo fuimos a consultar al oráculo...

—Mamá, por favor, mi pregunta es sencilla...

Dio un golpe en la mesita del comedor con toda la mano abierta.

—¡Pero mi respuesta no lo es! —gritó muy ofendida.

Me quedé helado. Era la primera vez en la vida que se ponía así conmigo. Guardé silencio.

—Gracias —añadió—. El oráculo no solo nos dijo que Zeus se había hecho pasar por Anfitrión y que me había dejado embarazada, sino que la noche en que llegó el verdadero Anfitrión también me quedé embarazada de él. Uno de cada.

»Después pasó lo de que la diosa, ya sabes cuál, intentó evitar vuestro nacimiento. Pero como no pudo os envió dos serpientes. —Me agarró las manos y me señaló las marcas—. Por eso eran dos, porque

no sabía cuál era el hijo de Zeus, y decidió mataros a ambos. Nosotros tampoco lo sabíamos, hasta que te vimos jugando con las dos serpientes, ya sin vida.

—Ificles estaba en peligro por mi culpa —murmuré intentando procesar lo que me estaba contando.

—Por tu culpa no, cariño —me interrumpió—. Tú no hiciste nada malo. Es más, lo salvaste. Pero tuvimos que protegerlo. Conocí a una mujer maravillosa, pero muy pobre, a la que le juré que, si cuidaba de Ificles como si fuera su hijo, nunca le faltaría de nada.

—Pero no querías que él pensara que era su madre.

—Es muy duro que tu propio hijo llame mamá a otra. Así que le pedí que se inventara algo: que su madre no podía cuidar de él, pero que lo quería mucho, y esas cosas.

—Jo, mamá, siento mucho que tuvieras que hacerlo.

—¡Ni se te ocurra disculparte! Nada de esto es tu culpa, ¿de acuerdo? —Puso sus manos en mis mejillas. Asentí tímidamente—. Y ni se te ocurra contárselo —aclaró.

—¿Por qué? Debe saberlo...

Negó con la cabeza.

—No lo entendería. Me pediría mil explicaciones, ninguna le bastaría y me odiaría hasta mi último aliento.

—Pero, mamá, él me dijo que daría lo que fuera por saber quién es su verdadera madre. No puedo ocultárselo.

Ella se puso muy seria y me apuntó con la uña, perfectamente cortada, del dedo índice.

—Hércules, te juro por ti, que eres lo más preciado de mi vida, que como le digas algo no te vuelvo a hablar jamás.

—¡Cómo que...! ¡No puedes jurar esto, mamá!

—No me pongas a prueba.

—¡Pero es que así te arriesgas a que sea mucho peor! ¿Y si se entera por otro como me he enterado yo?

—¿Quién te lo ha dicho a ti?

De pronto, alguien picó a la puerta de la entrada con mucha insistencia.

—¡Hércules! ¡Tienes que volver! —gritó alguien desde fuera.

Reconocí la voz, era Cástor. Me había seguido.

—Él es quien me lo ha dicho, mamá.

Se levantó del sofá a toda prisa y abrió la puerta de una manera muy agresiva.

—¡Uy! Disculpe señora, usted debe ser Alcmena, mucho gusto. Mi nombre es Cástor. Soy el nuevo profesor de su hijo y...

Mi madre le agarró de una oreja y lo metió dentro de casa.

—¡Ah! ¡Pero bueno, señora! ¡Ah! ¿Qué he hecho?

—Dime una cosa «Castor»...

—Es «Cástor»... ¡Ah! Con acento...

—¿A ti no te enseñaron de pequeño a no meterse en las cosas de los demás?

—Señora... ¡Ah! No sé de qué me habla. Hércules, dile algo, por favor.

No pude evitar reírme un poco.

—¿Cómo sabes tú lo de Ificles? —preguntó mi madre apretándole aún más la oreja.

—¡Ah! ¡Por favor! ¡Si me suelta, se lo digo! ¡Ah!

Mi madre lo dejó ir y Cástor se alejó varios pasos entre suspiros de alivio.

—¿Y bien? —insistió mi madre.

—Los inmortales nos enteramos de todo, señora. Piense que tenemos toda la eternidad por delante y el chisme es nuestra manera de matar el aburrimiento... —Se rio, pero a mi madre no le hizo ninguna gracia, así que se puso serio de nuevo—. Las ninfas están en todas partes, lo ven todo y después lo comentan entre ellas. Eso llega a oídos de los sátiros y estos hablan más que respiran —añadió.

—¡Pues ya les puedes ir diciendo que dejen de hablar sobre mis hijos o respiraran aún menos! —ordenó mi madre.

Cástor me miró de reojo, esperando que calmara a mi madre, pero obviamente no hice nada. Mi madre suponía el mismo peligro para los sátiros que un copo de nieve. De pronto, se empezó a oír el sonido enlatado del caminar de un grupo de soldados.

—¡Joder, ya están aquí! Son el rey y sus soldados. Los he visto venir desde lejos. Alguien te ha visto entrar en Tebas, debemos irnos

—exclamó Cástor, nervioso.

—¡Muy mal hablado eres tú para ser el profesor de mi hijo! —le recriminó mi madre.

—Mamá, tengo que irme...

Nos abrazamos y me besó toda la cara.

—¡Ten cuidado, por favor, y cuídate mucho! —Suspiró—. Espero que entiendas por qué no te lo pude decir antes.

Asentí y la abracé de nuevo. Salimos por la puerta del patio trasero y escapamos de Tebas sin ser vistos. No podía enfadarme con ella. Todas las decisiones que había tomado eran para protegernos. Aunque quizá ahora yo ya podía decidir por mí mismo.

16

Bastaron seis años para que los ciudadanos de Tebas olvidaran que maté a un profesor. Bueno, también tuvo que ver que me convirtiera en la esperanza de toda Grecia.

En esa época había muchos monstruos que atemorizaban pueblos, ciudades e incluso reinos enteros, y nadie había sido capaz de derrotarlos. Cástor me entrenó tan bien que me convirtió en su única opción para librarse de estas bestias. Me divertía, competía con él: a ver quién tenía mejor puntería, quién aguantaba más corriendo, quién saltaba más alto, quién lanzaba más lejos la jabalina... Él era tan competitivo que alguna vez había recurrido a su inmortalidad. Durante las últimas clases asistieron reyes a ver cómo entrenaba, pero no les hice ningún caso. Me aplaudían al final y se acercaban a saludarme muy excitados. Se empujaban unos a otros para ser los primeros en darme la mano y hablarme de sus dos propiedades más preciadas: sus territorios y sus hijas. Los reyes estaban obsesionados con tener descendencia masculina, básicamente, porque las mujeres no podían heredar nada, y resultaba que estos reyes en particular eran de los que solo habían tenido hijas y querían convencerme de que me casara con alguna de ellas para convertirme en su heredero.

—Mira, Hércules, este es un retrato de mi hija. Se ve un poco mal porque hace calor y la pintura se ha jodido, pero es muy guapa, ¿a que sí? ¡Puedes venir a conocerla cuando quieras! —decía uno.

—Lo más importante no es si es guapa, joven héroe. ¿Te importa si te llamo héroe? Es que para mí ya lo eres. Bueno, eso: lo verdaderamente importante es la cantidad de hijos que te pueda dar, y el oráculo de Delfos me ha dicho que mi hija tiene un útero que vale por cien... —argumentaba otro.

—Discúlpalos, Hércules. Hablan de sus hijas como si fueran tierras,

seguramente, porque no tienen muchas. Yo tengo montañas, valles y ríos para que hagas lo que te dé la gana. Ven unos días, unas semanas, unos meses... ¡el tiempo que quieras! Te presento a mis hijas, y si quieres casarte con una de ellas, todo eso será tuyo. Piénsatelo. Podemos negociar si quieres. Puedo darte más cosas.

Cástor se acercó y me agarró del brazo, amigablemente, para alejarme de todos esos reyes vendehijas.

—Con la de hijos que ha tenido mi padre y todos quieren que yo me case con sus hijas —murmuré.

—No seas ingenuo, chico, ninguno de los hijos mestizos de Zeus tiene un futuro tan prometedor cómo tú. Yo no lo tuve.

—No me gusta que habléis tan convencidos de mi futuro y de que seré un héroe, cuando ni siquiera me he enfrentado a un monstruo.

Sonrió.

—Tranqui, a eso vamos.

Fuimos de vuelta a la cabaña y ahí estaba Creonte, el rey de Tebas, acompañado de otro señor.

—Hércules, hijo, te presento a Tespio, el rey de Tespias —indicó Creonte.

¡Qué poca imaginación tienen algunos! ¡Imaginaos que me convierto en rey y llamó a mi reino Herculesias! Se me escapó un poco la risa, pero creo que pensó que le estaba sonriendo.

—Majestad —dije haciendo una tímida reverencia.

—Por favor, llámame Tespio. Es todo un honor conocerte.

Estaba igual de emocionado que el resto y, por lo tanto, me daba la misma pereza escucharlo. Pero como parecía que Creonte quería que lo conociera, hice un esfuerzo por agradarlo.

—Igualmente, majes... Tespio.

Creonte se acercó a mí. Intentó colocar su mano encima de mi hombro, pero yo ya había crecido mucho y se tuvo que conformar con mi codo. Intuí que quería decirme algo, así que bajé un poco la cabeza.

—¿Estás preparado, Hércules? —susurró.

—¿Preparado para qué?

—Para ser un héroe.

—¿Qué? ¿Un héroe? ¿Ya?

Me puse muy nervioso. Por muy estúpido que parezca, nunca pensé que este momento podía llegar.

—El rey Tespio tiene un trabajo para ti, hijo. Uno muy importante.

—¿Cómo de importante?

Creonte estaba empezando a molestarse por mi actitud. Él creía que estaría emocionado por tener la oportunidad de demostrar mi valía, pero yo estaba muerto de miedo por la incertidumbre.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó enfadado.

—Nada, nada, perdón. ¡Claro que estoy preparado, claro! Solo preguntaba.

Rectifiqué. Después de todo lo que había hecho por mí y por mi madre, no quería decepcionarlo. Suspiró y se giró hacia Tespio. Le hizo un gesto con la cabeza y este sonrió satisfecho.

—¡Oh, Hércules, cuánto me alegra que estés dispuesto a salvar mi reino y a los tespienses!

Se me volvió a escapar la risa. Herculsienses se llamarían mis ciudadanos. Ahora, por suerte, no os hace falta crear reinos para que un grupo de gente se llame como una variante de vuestro nombre. Os basta con ser cantantes y tener un *fandom*.

—Cerca de Tespias hay una montaña muy grande llamada Citerón —añadió—. Es un sitio maravilloso para que nuestros pastores lleven a sus animales a pastar, pero hace tiempo que ya... no... pueden.

Se llevó la mano a la boca, intentando contener sus labios temblorosos. Creonte le dio una palmadita en la espalda para animarlo. Suspiró profundamente y siguió.

—Una terrible y despiadada bestia se ha apropiado de esta montaña. Se come todo nuestro ganado y no hay nadie que consiga acabar con ella. ¡Ni siquiera herirla! Todos los que lo han intentado han acabado convirtiéndose en comida para el monstruo. Pensamos que, retirando a nuestros animales de Citerón, dejaría de comérselos; pero no, Hércules, ¡no! —Sus ojos se humedecieron—. ¡La bestia baja hasta Tespias y se come al primer animal o humano que se encuentra! ¡Ayúdanos! ¡Por favor! ¡Te lo suplico!

Se arrodilló ante mí y apoyó su frente en mis sucias sandalias. Me

dio muchísima pena. Parecía un rey que se preocupaba de verdad por sus ciudadanos. No como los que tenéis ahora, que ninguno tendría la valentía de mostrarse tan vulnerable como el rey Tespio. Miré a Creonte y a Cástor, ambos me observaban satisfechos, orgullosos de lo que habían logrado conmigo, de haberme convertido en lo que soy. Y entonces me di cuenta, lo entendí. A partir de ahora, mi vida iba a ser esto: reyes, reinos, ciudades enteras depositando todas sus esperanzas en mí, cuando nunca pedí esto. Me sentía utilizado. Creonte me había protegido, ¡pero no lo había hecho por mí! Yo nunca quise esto. De pronto me habían otorgado una responsabilidad inmensa. ¿Y qué se supone que debía hacer? ¿Decirle a Tespias que no? ¿Que se jodiese? ¿Que se buscase a otro hijo de Zeus? Por supuesto que no, y menos después de transmitirme todo su sufrimiento. Quería ayudar a ese señor y a sus ciudadanos, aunque no hubiese heredado ni un solo poder de mi padre, pero eso era algo que no valoraba nadie.

—No te preocupes, Tespio, mataré a esa bestia.

17

Estaba a punto de irme a dormir, destrozado por el largo y estresante día que había tenido, cuando tuve una visita de última hora. Bueno, varias.

—¡Bu!

Mochi estaba apoyado en el pomo de la puerta de mi habitación. Me levanté de la cama de un salto. Era la primera vez que lo veía desde que me echaron del instituto. En cuanto me puse de pie, echó a volar y lo seguí. La cabaña solo tenía dos habitaciones, donde dormía y un comedor que también era cocina y recibidor. Salí de mi cuarto y ahí estaba Mochi, encima del hombro de mi hermana.

—¡Atenea! —exclamé muy contento.

—Feliz cumpleaños, cabezón.

Con todo el lío de los reyes atosigándome, me había olvidado de que mañana era mi cumpleaños. Cumplía dieciocho y podía ir a Tebas, por fin, a pasar el día con mi madre, que ya me dejaban entrar. Atenea sonrió y extendió su brazo. Sujetaba una tela perfectamente doblada y atada con un hilillo dorado. La última vez que hablamos se fue enfadada, pero había pasado mucho tiempo y parecía estar más amable. Así que yo también hice como si nada.

—¡Uau! Es mañana, pero muchas gracias...

—Ya lo sé, bobo, pero quería ser la primera.

Desaté el hilo y desplegué la tela. Era una túnica preciosa de color blanco.

—Qué bonita —admiré.

—La he hecho yo.

—¿En serio?

—Claro, ¿qué te piensas? ¿Que las diosas vamos de compras?

—¡Bu! —exclamó Mochi.

—Ah, no sé...

Se rio.

—Va, ¡pruébatela!

Asentí y me desnudé a toda prisa.

—¡Pero bueno! ¡Avisa! —gritó Atenea dándose la vuelta.

—¿Qué pasa?

—Nunca te desnudes delante de una mujer sin avisar o preguntar, Hércules...

—Vale, vale. Perdón.

—¿Tu madre no te ha hablado de estas cosas?

—¿De qué?

Atenea suspiró y se giró hacia mí, pero yo aún seguía desnudo.

—¡PERO BUENO! —volvió a gritar tapándose los ojos.

—¡Bu!

—¡Ay! ¡Perdona, perdona! Es que... —empecé a ponerme la túnica— no me ha dado tiempo. Estaba pendiente de lo que me decías.

Mi hermana apartó la mano poco a poco. Se acercó y acabó de colocarme bien la túnica, la remangó por algunos bordes.

—Te queda perfecta —dijo satisfecha.

De pronto, la puerta de la cabaña se abrió y aparecieron tres siluetas que no reconocí. Parecían hombres, pero a medida que entraron en la estancia su piel grisácea me confirmó que, en efecto, se trataba de dioses.

—¿Ves como era aquí, Apolo? —preguntó con retintín el que parecía más joven.

—¡Qué manía con intentar quedar por encima de mí, Hermes! —respondió Apolo.

—Hola, hermano, como la manzana al gusano, te saludo sin darte la mano —me dijo el último en entrar.

Se produjo un silencio bastante incómodo.

—Hefesto, por favor, cállate... —añadió Hermes.

Eran hermanos míos por parte de padre. Apolo, el dios de la música; Hermes, el dios de la mentira, aunque vosotros lo conoceréis como el dios mensajero, y Hefesto, el dios herrero.

—¡¿Hermanos?! —exclamé emocionado.

—Veo que ya le has dado tu regalo... —apuntó Hermes a Atenea.

Mi hermana sonrió victoriosa.

—Yo también te he traído uno —dijo Apolo.

Me dio un paquete envuelto con un papel muy fino que desenvolví con cuidado. Era un arco dorado con veinte flechas, doradas también.

—Apolo, no sé qué decir... ¡Muchas gracias! —Entonces recordé al profesor Lino. Era su hijo. Había matado a un hijo de Apolo y él me estaba dando un regalo—. Pero no puedo aceptarlo —añadí.

—¡Uy! —exclamó Hermes.

—¿Qué dices? —preguntó Atenea.

—¿No te gusta mi regalo? —contestó ofendido.

—Apolo, tranquilo, aquí no hay ningún entresijo. Es por lo de tu hijo. Se siente mal por haber sido responsable de su muerte y haber roto paredes con su frente.

—¿Mi hijo? ¿Qué...? ¿Te refieres a Lino...?

Asentí avergonzado.

—No me lo perdonaré nunca —dije.

Hermes se rio.

—Bueno, pues ya te perdono yo. Pero haz el favor de aceptar mi regalo —insistió Apolo.

Su reacción me descolocó. Pensé que me atacaría o se enfadaría, pero apenas le dio importancia. Los dioses tenían hijos con tanta facilidad que perder a uno era como para los mortales perder un calcetín. Dependiendo de cuál sea, te duele más o menos, pero lo superas rápido. Acepté su regalo.

—Este es el mío, no lo he envuelto porque Apolo ha usado todo el papel —se quejó Hermes.

—¡No inventes, Hermes!

Era una espada bellísima. Tenía piedras preciosas de color verde incrustadas en la empuñadura.

—Son piedras del inframundo. De vez en cuando ayudo a Tánatos con el transporte de los muertos y cuando bajo, aprovecho para llevarme unas cuantas. Hades no se entera, solo tiene ojos para Perséfone.

—Muchísimas gracias, me gusta mucho.

—El último regalo no tiene por qué ser el mejor, pero sí el más protector...

—Cada vez hace peores rimas... —contestó Hermes.

—... de oro puro es mi ofrenda, una armadura que no se vende en ninguna tienda.

Me entregó una coraza de oro.

—No tengo palabras, Hefesto. ¡Gracias, de verdad! ¡Muchas gracias a los cuatro! Todo esto me va genial para ir a Citerón. Tengo que acabar con un monstruo que aterroriza a la gente de allí. Lo que no sé es cómo voy a llevar todo esto.

De pronto, la puerta de la entrada volvió a abrirse, pero esta vez lo que entró fue agua, mucha agua. Una ola enorme se abalanzó sobre mí y como la orilla del mar, que se encoge y te arrastra para después escupirte, me agarró de pies y manos y salí rodando fuera de la cabaña. El agua se esparció y pude respirar de nuevo. Tosí tan fuerte que creí que los pulmones se me iban a ir por la boca. Cuando me recuperé, alcé la mirada y, delante de mí, había dos preciosos caballos de color azul.

—Pues ya sabes cómo —respondió Apolo.

—¿De dónde han salido estos caballos? —pregunté.

—Vaya... parece que Poseidón también se ha acordado de tu cumple —apuntó Atenea con cierto desprecio.

Me levanté eufórico y miré a todos lados buscando al dios del mar, pero no lo vi.

—Pose no se presenta así cómo así, hermanito —dijo Hermes—. Es como papá...

—No —lo interrumpí—. Papá nunca se ha acordado de mí. — Todos guardaron silencio—. Para él solo soy uno más de sus tropecientos hijos.

—Bueno —añadió con un tono misterioso—, eso no es del todo cierto.

—¿A qué te refieres?

—Tú no te acordarás, pero Zeus intentó que fueras inmortal.

Hermes era un mentiroso nato, así que miré a Atenea para ver si hacía algún gesto o alguna expresión que lo contradijera, pero se

mantuvo inmóvil. Mi hermana asintió dando veracidad a lo que decía.

—¿Que mi padre qué? ¿Cómo?

Hermes brincó y sus sandalias desplegaron dos pequeñas alas que lo mantenían levitando a un metro del suelo.

—No había pasado ni una semana desde que naciste —dijo revoloteando alrededor de nosotros— cuando mataste a las serpientes. Zeus temió por tu vida. —Me emocioné solo de imaginármelo preocupado por mí—. Me pidió que esperara a que He... —se interrumpió—, ya sabes a qué diosa me refiero, se durmiera. Entonces fui a buscarte a casa de tu madre y te llevé al Olimpo. Concretamente a los aposentos de la diosa. Más concretamente a su cama. Mucho más concretamente...

—¡Hermes, por favor, deja de recrearte! —le llamó la atención Apolo.

—... a su teta. Hércules, tu padre quería que te alimentaras, aunque solo fuera una vez, con la leche de su esposa. Aquello habría bastado para que te volvieras inmortal. —Casi se me cae la mandíbula al suelo—. Y así lo hice, cumplí la misión, al menos mi parte. ¡Pero tú la cagaste! —me acusó.

—¿Yo? —pregunté asustado.

—A un bebé no se le puede culpar. ¡Si no sabe ni hablar! —me defendió Hefesto.

—¡Bu!

También Mochi.

—Vale, vale, era broma. No eras consciente.

—Pero ¿qué hice? —insistí impaciente.

—Te coloqué a la altura de su pecho y en cuanto viste el pezón ¡te agarraste a él como una sanguijuela olímpica! Nunca había visto nada igual. Imagínate la fuerza con la que empezaste a chupar que, del dolor, la despertaste y te metió una hostia en toda la cara que saliste disparado. ¡Casi no te pillo! Pero por suerte pude devolverte a casa sano y salvo.

—Uau... pero ¿y qué pasó? ¿No bebí nada? ¿Ni una gota de su leche?

—¡Y tanto! Succionaste cómo una aspiradora, pero todo lo que

bebiste lo vomitaste de la bofetada que te dio —respondió Hermes simulando el golpe.

Pequeño inciso, esta leche que escupí se convirtió en lo que llamáis «Vía Lactea».

—Nunca has sido uno más para él, Hércules. Se preocupa por ti y te protege —dijo Atenea.

—Como nosotros —añadió Apolo.

—¡Qué empalagosos que sois! —se burló Hermes—. Pero sí, eso.

—La familia lo primero ser, lo único que no poderse perder —concluyó Hefesto.

Me puse muy feliz. Me habían ocultado muchas cosas a lo largo de mi vida y esta era la primera que no me dolió, al contrario. Saber eso fue el mejor regalo de cumpleaños.

18

Cástor me regaló un carro de batalla en el que poder atar a los caballos de Poseidón y viajar hasta mi primer destino como héroe. Pero antes hice una pequeña parada para ver a mi madre y celebrar mi cumpleaños. No se me ocurrió otra cosa que entrar por la puerta de Tebas en hora punta, vistiendo la blanquísima túnica de Atenea, la armadura que me había regalado Hefesto y, por si no fuera suficiente oro, mostrar las flechas y el arco de Apolo atados a mi espalda. Solo me faltó empuñar la espada de Hermes y apuntar al cielo como si ya hubiese derrotado al monstruo.

Toda la ciudad dejó lo que estaba haciendo para mirarme. Pensé que se reirían de mí, insisto, me sentí muy ridículo, daba mucho el cante. En lugar de eso, me aclamaron: «¡Ánimo con el monstruo de Citerón, Hércules!», «¡Estamos contigo!», «¡Eres nuestra esperanza!»... La noticia de mi primera misión había corrido como la pólvora. Nunca pensé que la gente que en su momento me quería fuera de su ciudad se alegraría de verme y me darían ánimos. También había otras personas que chillaban como si las estuvieran quemando vivas y me gritaban cosas bastante violentas que no entendía: «¡Voy a quemar mi casa para que me rescates con esos brazos!», «¡Ojalá ser un monstruo para que me claves tu espada!», «¡Te como entero!»... Hubo una mujer que intentó saltar encima del carro. Suerte que conseguí agarrarla al vuelo, pues iba de cabeza a los adoquines.

—¡AH! ¡ME HA TOCADO! ¡ME HA TOCADO! ¡VOY A TENER HIJOS SUYOS! —gritó a pleno pulmón mientras la volvía a bajar.

De pronto, toda esa gente empezó a correr hacia mí como si les fuera la vida en ello. Yo no entendía nada, pero por suerte mis caballos sí y pegaron un acelerón que casi me caigo yo del carro. No hizo falta ni que los guiara, ya sabían dónde estaba la casa de mi

madre. Un montón de soldados rodeaban la vivienda y abrieron paso al vernos llegar, pero volvieron a juntarse de inmediato. Mi madre me estaba esperando en el porche.

—¡Feliz cumpleaños, hijo! ¡Uy! ¿Qué son todas estas cosas que llevas? ¿Y estos caballos? ¿Por qué los has pintado de color azul? Pobrecitos, no creo que sea bueno para su piel, eh...

Aún no había bajado del carro y ya me estaba avasallando a preguntas.

—Son así, mamá. No te preocupes.

—Pero ¿cómo van a ser así, cariño?

—Ahora te lo explico. Pero ¿me puedes decir qué hacen todos estos soldados aquí?

Los gritos de los que había huido aumentaron. Era como si alguien les hubiera subido el volumen de golpe.

—Por eso —respondió señalando a los soldados.

Me giré y vi a un tumulto de personas que intentaba llegar hasta nosotros sin éxito, por suerte.

—¿Qué le pasa a esta gente, mamá?

Me invitó a entrar, con tanto ruido era imposible hablar fuera. La casa estaba cómo siempre, no había cambiado nada; normal, solo se ocupaba mi madre. Anfitrión, con la excusa del brazo, no limpiaba ni sin querer, así que un cambio de decoración era imposible. Me quité las armas y la coraza. Lo dejé todo en la entrada y nos sentamos en el sofá.

—Estás guapísimo, Hércules.

—¿Es por eso por lo que me gritan?

Se rio.

—Me temo que sí.

—Pues no me gusta. Prefiero ser feo.

—No te gusta ser fuerte, no te gusta ser guapo... ¿Hay algo de ti que te guste?

Lo pensé, pero no se me ocurrió nada.

—Quizá mi problema es este, mamá, que no me gusto.

—No, hijo, no. Tu problema es que te basas en lo que provocas en los demás. —Se puso seria—. Si alguien te incomoda porque le gusta

tu nariz, odias tu nariz. Si otro te dice no sé qué por tu pelo, odias tu pelo. Toda la fuerza que tienes en el exterior te falta en el interior, Hércules. No tienes que dejar de ser nada. Tampoco tienes que gustarte. Lo que debes hacer es aceptarte. ¿Es que no te ha enseñado nada el «Castor» ese?

—Bueno, me ha enseñado a luchar.

Hizo varias de sus respiraciones profundas. Estaba molesta; frustrada, más bien. Yo iba a ir a Citerón a enfrentarme a mi primera misión y ella estaba muy preocupada.

—Te he hecho un regalo.

—¿Me lo vas a dar enfadada?

Se rio un poco y me dio una cajita de madera.

—Ábrela.

Lo hice. Dentro había un collar, estaba hecho de cuerda, y de él colgaba una pequeñísima ánfora de cerámica con una flor dibujada. Era muy bonito.

—¿Te gusta?

—Mucho, mamá, gracias.

—Lo he hecho yo.

—¿En serio? —pregunté sorprendido—. ¿Desde cuándo sabes hacer estas cosas?

—Cuando te fuiste empecé a ir a clases de manualidades. Al principio era solo para distraerme, hasta que le encontré el gustillo.

—Qué fuerte, mamá... menuda *crack* estás hecha.

Se rio.

—¿Qué flor es? —pregunté señalando el dibujo de la miniánfora.

—Es un narciso.

—¡Oh! ¿Como el chico guapo de esa historia que me contabas de pequeño?

—Exacto, pensé que no te acordarías. Ha pasado mucho tiempo. —Nos pusimos un poco nostálgicos. Habían pasado tantas cosas que esos momentos con mi madre parecían recuerdos de una vida pasada—. Te he regalado esto por un motivo, hijo —añadió—, la flor representa a Narciso y el ánfora a Ganimedes.

—¿Ganimedes?

—Ganimedes era un chico tan hermoso como Narciso, pero a diferencia de este, Ganimedes era un príncipe y la gente lo respetaba. No se tiraban encima de él...

—Como a mí ahora —la interrumpí.

Asintió.

—Tenías que estar loco para abalanzarte encima de un príncipe —siguió—. En el mejor de los casos te condenaban a muerte. A Narciso lo atosigaban porque era un ciudadano más. No tenía ese privilegio. Eso le afectó tanto que se convirtió en alguien solitario. No confiaba en nadie porque todos los que se le acercaban lo hacían por su belleza. Pero Ganimedes se convirtió en una persona encantadora y tuvo la suerte de vivir la parte buena de ser hermoso. Cuando la gente de tu alrededor te trata con amor y cariño, desarrollas una belleza interior tan poderosa como la exterior. Yo quise criarte así, Hércules. Tenías que haber sido un príncipe y tener esa protección, pero mi padre murió por culpa de Anfitrión, la corona pasó a mi tío y... —sollozó— lo siento.

La abracé y le di varios besos ruidosos en la mejilla.

—Eres la mejor madre del mundo, mamá.

—No eres el primero en pasar por esto —dijo secándose las lágrimas—. Lo bueno es que puedes aprender de los que no tuvieron la misma suerte. Es posible que ahora te sientas como Narciso; pero, si aprovechas el privilegio de que todos los reyes te quieran de yerno, puedes sentirte como Ganimedes.

—¿A qué te refieres?

El tono de mi madre había cambiado. Me estaba hablando como si tuviera un plan para fugarme de mi sufrimiento.

—Encárgate de conocer a una princesa que te guste y te caiga bien. Cuando te cases, serás intocable.

—Pero yo pensaba que para casarme con alguien debía estar enamorado...

— Sí, cariño, ¿pero acaso el amor no es felicidad?

—Sí...

—¿Y no te haría muy feliz que la gente te tratara más como a Ganimedes y menos como a Narciso? —preguntó mientras me ponía el

collar.

—Pero mi padre es Zeus. —Mi madre se apartó un poco—. Me refiero a que eso debería significar más que ser hijo de un rey, ¿no? —apunté.

—Si se tuviese que tratar a todos los hijos de Zeus como si fueran príncipes...

—¡Ya sé que hay muchos! —la interrumpí—. ¡Pero yo soy especial, mamá! ¡Él me protege!

Me miró con mucha pena.

—Hércules, tesoro...

—No me hables así, mamá. Te lo estoy diciendo en serio, intentó hacerme inmortal. Me lo dijo el dios Hermes.

—¿Que te lo dijo quién?

No me creía, así que se lo expliqué todo. Desde la primera visita de Atenea hasta el origen de todos mis regalos. Los ojos de mi madre se iban abriendo a medida que se lo iba contando. Yo estaba ilusionado por tener más familia que se preocupaba por mí, pero ella no parecía verlo de la misma manera.

—¿Por qué no te alegras por mí?

—No lo sé, hijo, no me fío... Tengo un mal presentimiento.

—¿Un mal presentimiento de qué? Los dioses están de mi lado.

—Eso es lo que me preocupa.

—Pero ¿por qué?

—Porque a quien tú ya sabes quizá le moleste este repentino apoyo por parte de otros olímpicos.

No había pensado en eso. ¿La diosa Hera podía molestarse? ¿Después de todo ese tiempo? No había vuelto a atacarme desde lo de las serpientes y había dejado pasar el intento de Zeus de volverme inmortal poniéndome en su pecho. ¿Por qué ahora? No lo veía posible. De pronto, alguien llamó a la puerta de casa. Mi madre se frotó un poco la cara y se retocó torpemente el pelo, como si así cambiara su estado de ánimo. Abrió la puerta sin preguntar quién era. Parecía que esperaba a alguien.

—Bienvenido, majestad.

—Gracias, Alcmena. ¿Dónde está el cumpleañero?

Era Creonte, el rey de Tebas.

—Vaya, majestad, qué sorpresa —respondí confuso.

—Te regalaría algo, pero ya veo que vas servido de todo... —dijo señalando mis armas.

—Sí, bueno...

Sonreí falsamente.

—No quiero quitaros mucho tiempo. Solo venía a desearte suerte, Hércules, y a decirte que, si triunfas en Citerón, que estoy convencido de que así será, ven a verme a palacio nada más llegar a Tebas. ¿De acuerdo?

—Claro... sí.

Me dio un toque cariñoso en el brazo y se despidió de mi madre con un leve movimiento con la cabeza. Esta le hizo una tímida reverencia y el rey se fue.

—¿Tú sabes por qué quiere que vaya? —le pregunté.

Mi madre negó con la cabeza.

—Solo me dijo que se pasaría para desearte suerte.

—¡Qué intriga! Pues ahora sí que sí tengo derrotar al monstruo. Ja, ja, ja.

—Tu padre se convirtió en un águila y secuestró a Ganimedes.

—¿Qué...? —pregunté descolocado.

—Se lo llevó al Olimpo y desde entonces lo tiene de copero. El príncipe se encarga de rellenarle la copa cuando se le acaba el néctar.

—¿Y por qué me cuentas esto?

—Porque los dioses nunca se han portado bien con los mortales.

—Yo creo que te equivocas —dije contrariado—. Hasta ahora no ha hecho más que protegerme.

Se quedó un poco perpleja ante mi respuesta.

—Mira, Hércules. Ya eres mayorcito y no puedo prohibirte nada. Pero, por favor, acuérdate de los que hemos estado contigo desde el principio y duda de los que vengan después. —Prácticamente me lo suplicó. Me pareció que estaba exagerando, pero entendí su miedo. Le dije que sí, que no se preocupara, que lo tendría en cuenta y que confiara en mí. Nos abrazamos—. Ten cuidado con el monstruo.

—Lo tendré.

—Y come bien.
—Vale...
—Y descansa, que tienes unas ojeras, hijo...
—Que sí, mamá.
—Y vístete siempre por los pies...
—... que nunca sé cuándo tendré que echar a correr. Lo sé.
Sonrió y me dio un beso en la mejilla.

19

Dejé Tebas atrás y conduje hasta Tespias. Tenía que pasar por allí antes de ir al monte Citerón. Llegué a la ciudad poco antes de que anocheciera. Me estaban esperando. Los ciudadanos hicieron un pasillo kilométrico que iba desde la entrada de la ciudad hasta el palacio del rey. A diferencia de los tebanos, estos estaban en silencio, cabizbajos. Lanzaban flores al camino y a mi carro, supuse que como muestra de agradecimiento, para desearme suerte o ambas cosas. Los caballos se detuvieron en la escalinata que llevaba a la puerta del palacio, donde me estaba esperando el rey Tespio. Me hizo un gesto para que subiera. Acaricié a los caballos y subí las escaleras de mármol.

—Tus caballos no pasan muy desapercibidos que digamos... —Fingí que me hizo gracia—. Gracias por venir, Hércules, estamos muy agradecidos —añadió—. ¿Tienes hambre?

—Siempre.

Sonrió.

—Pues venga, entremos. Llevad a Hércules a sus aposentos —ordenó a unos guardias—. Deja tus armas y tus cosas. Báñate si quieres, tómate tu tiempo y yo te espero en el comedor para cenar. ¿Te parece?

Me hablaba con tanta amabilidad que parecía tener miedo de que en cualquier momento cambiara de opinión.

—Me parece perfecto, majes...

—Llámame Tespio, por favor —me interrumpió.

—Tespio, sí. Muchas gracias.

Un soldado me acompañó. El sitio era gigantesco. Había una moqueta de color granate interminable que cubría cada paso que dábamos. Las paredes estaban llenas de cuadros de paisajes y de

retratos del rey junto a una mujer, que, supuse, era la reina. Subimos unas escaleras de caracol y llegamos a un pasillo larguísimo que también tenía las paredes llenas de retratos, concretamente cincuenta, todos de mujeres. No supe adivinar quiénes eran. Se parecían unas a otras, pero no tanto como para que fueran la misma persona. Había algunas más jóvenes que debían tener mi edad, otras más mayores... Todas eran muy guapas, eso sí. Al final del pasillo había una puerta y el soldado la abrió, me indicó que era mi habitación.

Flipé con la cama, era enorme; cabían tres como yo, no exagero. La dichosa moqueta seguía en el suelo. Pensé en pedirle al rey que me avisara si algún día la quitaban. Tenía curiosidad por saber la de suciedad qué habría debajo.

La habitación era tan grande como la casa de mi madre y Anfitrión, el baño era del tamaño del porche y la bañera parecía una piscina pequeña. Me quité la túnica, la colgué de un gancho que había en la pared y me metí en la bañera, que ya estaba preparada. El rey me estaba esperando para cenar, pero me tomé muy en serio lo de «tómate tu tiempo». Cuando me empecé a arrugar como una pasa, salí y cogí una toalla que me habían dejado, bien plegadita, en un taburete de madera. Mientras me secaba me topé con el espejo de encima de la pica. Me asusté. Hacía tiempo que no me miraba, pues en la cabaña donde me entrenaba Cástor no tenía espejo ni tampoco lo echaba en falta. Me vi muy grande, muy musculado, mi torso parecía las montañas que albergaban al monstruo. A riesgo de parecer un creído, tengo que confesaros que me gusté un poco, pero no porque mi cuerpo fuera el ideal, pues creo que no existe tal cosa: todos los cuerpos son diferentes, pero el mío era así y por fin me empezaba a agradar. Me observé durante un buen rato, hice todo tipo de posturas como si fuera una competición de culturismo hasta que, de pronto, alguien llamó a la puerta.

—Disculpe, señor Hércules, él rey pregunta si bajará usted a cenar —dijo una voz grave que venía del pasillo.

—¡Sí, sí! ¡Dile que ya voy! —grité secándome a toda prisa.

Primero me puse las sandalias y luego, de nuevo, la túnica que me regaló mi hermana. Sorprendentemente, olía muy bien. Era como si se

hubiera lavado sola. Quizá era uno de los poderes de la prenda, pensé. Salí al pasillo de los retratos de mujeres y el soldado de antes me acompañó hasta el comedor. Ahí estaba el rey junto a la mujer con la que salía en los retratos.

—Perdón, que me he tumbado en la bañera y me he despistado...

Ambos rieron.

—Te conté que era simpático —dijo Tespias a la mujer—. Hércules, te presento a mi esposa, la reina Megamede.

—Encantado de saludarla, majestad —dije inclinando un poco la cabeza.

Megamede me dedicó una cariñosa sonrisa maternal y se levantó de su asiento.

—Acércate, chico.

Obedecí. Cuando estuve en frente de ella, me agarró de ambas manos con fuerza y de sus ojos color miel brotaron un par de lágrimas.

—No sabes lo mucho que te agradecemos que hayas venido a salvarnos —añadió—. Mi marido, yo y todos los ciudadanos de Tespias.

—Tespienses —la corrigió el rey.

La mirada de la reina se desvió muy sutilmente hacia él, pasando del agradecimiento al odio a la velocidad de uno de los rayos de mi padre.

—Ciudadanos de Tespias —remarcó ella apretando los dientes.

El rey se mordió la lengua y Megamede volvió a mirarme recuperando esa emoción, como si la hubiera dejado tendida en el aire.

—Estamos en deuda contigo, Hércules —concluyó.

«Qué señora más agradable», me dije. Parecía tener la misma edad que mi madre y, a decir verdad, me recordaba un poco a ella.

—Es un placer poder ayudar, majestad —dije agachando de nuevo la cabeza.

Sonrió y señaló el asiento que estaba al otro lado. Era una mesa de esas larguísimas, alrededor de la cual nos distribuimos: Tespio a la cabeza de mesa, la reina a un costado y yo iba a sentarme en frente de

ella, al lado del rey. Me di la vuelta y fui hacia mi sitio; pero, antes de llegar, me giré un momento para sonreírle de nuevo y vi cómo sus ojos me miraban distinto, como si estuviera escaneándome. En cuanto se percató, volvió a su actitud maternal.

—Espero que estés hambriento. Hemos preparado todo tipo de platos para que estés lo más a gusto posible —indicó la reina.

Acto seguido hizo un ademán y las puertas del comedor se abrieron. Entraron sirvientes con carros llenos de bandejas con comida y bebida que impidieron que le diera más importancia a ese breve cambio de actitud de la reina. Me senté y empecé a comer de todo. Tenía una pinta increíble, y sabía aún mejor. Megamede apenas probó bocado, solo me miraba. Notaba sus ojos clavados en mí, observando detenidamente cada uno de mis movimientos. Pero cada vez que alzaba la vista me dedicaba una sonrisa.

—¿Quieres un poco de vino? —me preguntó.

—No. —Hice una pausa para tragar una patata asada—. Pero gracias.

—Me da a mí que nunca ha bebido alcohol —dijo el rey.

Era cierto. Había visto lo que hacía el alcohol en las personas y, siendo yo tan impulsivo, me daba mucho miedo probarlo y descontrolarme aún más y con más facilidad. De pronto, uno de sus criados entró en el comedor interrumpiendo la conversación y la reina se levantó de golpe.

—Majestades... —dijo inclinando el tronco superior hasta casi tocar el suelo con la cabeza.

—¿Ya están preparadas? —preguntó ella.

Parecía nerviosa.

—Sí, alteza.

Tespio alzó el dedo índice al criado en señal de que se esperase y dirigió sus ojos hacia mí.

—Verás, Hércules, como es tu primera misión y queremos que sea exitosa, hemos pensado que lo mejor será que te lo tomes con calma.

—¿Con calma? —pregunté confuso—. ¡Pero el monstruo de Citerón es una amenaza diaria para vuestra gente!

—Tampoco mucho —interrumpió la reina impaciente.

—Lo que mi esposa quiere decir...

—Lo que yo quiero decir lo digo yo, Tespio. No hace falta que le traduzcas nada.

La tensión era tal que parecía un plato más del menú. Discutieron un poco en voz baja y aproveché para observar al criado y a los soldados intentando buscar una mirada cómplice, alguien que estuviera flipando tanto como yo; pero todos tenían los ojos clavados al frente, mirando a la nada o a un punto fijo, no lo sé. Parecían estatuas.

—Queremos que te lo tomes con calma y que disfrutes de la experiencia, Hércules —apuntó la reina haciéndole un gesto al criado.

Este volvió a doblarse hasta el suelo e hizo una señal a los soldados que aguardaban en una gran puerta situada en el lado opuesto de donde estábamos sentados. La abrieron y un sinfín de mujeres entraron en el comedor, una detrás de otra, colocándose de pie, detrás y alrededor de toda la mesa. Todas me miraban, algunas ruborizadas, algunas con deseo y otras con curiosidad. Me puse nervioso, me sentía muy intimidado, eran guapísimas. Quería mirarlas detenidamente a todas, pero me daba vergüenza, así que intentaba hacerlo de manera disimulada, aunque creo que quedaba más raro aún. De pronto, me di cuenta: ¡eran las mujeres de los retratos, los del pasillo de mi habitación! Las conté, eran cincuenta.

—Te presento a mis hijas, Hércules —dijo Tespio, orgulloso.

Acto seguido miré a la reina sorprendido y se rio disimuladamente.

—No todas son mías, no te preocupes —susurró.

Al parecer, la reina Megamede llevaba más que bien las infidelidades de su marido, seguramente porque ella también tendría amantes.

—¿Cuál te parece más atractiva? —añadió la reina.

—¿Perdón?

—Que escojas una princesa con la que quieras pasar la noche —dijo el rey.

—Como vuelvas a hablar por mí, vamos a tener un problema, Tespio.

Discutieron de nuevo en voz baja. No podía creer lo que estaba

pasando. Estaban tratando a sus hijas como si fueran el postre de esa rocambolesca cena. En ese momento me pareció surrealista; pero ahora, viéndolo con perspectiva, me parece horrible. No solo porque me presentaran de esta manera a sus hijas, sino por el hecho de que yo aceptara. Las hormonas me iban a mil y no fui capaz de pensar que quizá esas chicas solo querían estar conmigo por la presión social de tener que querer estar conmigo. Por mucho que me arrepienta, debo confesaros que escogí una.

—La del pelo oscuro rizado y ojos verdes, que tiene una peca en el moflete — respondí sin que ella se diera cuenta.

La reina la buscó con la mirada y la señaló como si fuera un concurso de talentos y ella fuese la ganadora, o al menos así pareció sentirse. Hizo un gesto de victoria con las manos, seguido de un par de saltitos, mientras que algunas resoplaron e hicieron aspavientos.

—¡No os enfadéis, chicas, mañana podéis volver a probar!

—¿Cómo que mañana...? —murmuré.

—¡Pero, papá, si mañana captura al monstruo ya no se quedará más! —gritó una.

—¡Es verdad, no es justo! —exclamó otra.

—¡Yo quería pasar la noche con él! —apuntó una tercera.

El rey les pidió un momento de calma y se dirigió hacia mí.

—¿Cómo lo ves, Hércules?

—¿Cómo veo el qué?

—Pues esto. ¿Te apetece quedarte unos días de más y así puedes estar con todas?

—¿Cómo que con todas? ¿Todas quieren pasar la noche conmigo? —pregunté sorprendido.

—¡Por supuesto!

—¡Claro!

Respondieron el rey y la reina casi al unísono.

Observé a sus hijas y vi cómo algunas miraban incómodas al suelo, mientras que otras me comían con los ojos. Claramente, no todas querían estar conmigo, pero parecían demasiado asustadas para decirlo.

—Pero... a ver... o sea... ¿qué he venido a hacer aquí? —dije.

La reina, que estaba peinando a la chica que había elegido, dejó de hacerlo y se acercó a mí con la mejor de sus sonrisas.

—Perdóname, Hércules —me susurró—. El motivo de tu llegada es liberarnos del monstruo. El resto es opcional. Lo que pasa es que yo había pensado que tú, un chico tan hermoso e inteligente, no sería tan tonto como para dejar escapar la oportunidad de estar con todas estas bellas chicas que se mueren de ganas por pasar la noche contigo...

—No, no, a ver —la interrumpí—. No es que no quiera estar con ellas.

—¿Entonces?

Ni fui inteligente ni ella creía de verdad que yo lo fuera. Me manipuló como una marioneta, se aprovechó de mi inocencia y de que iba más salido que el pico de mi espada.

—Sin entrar en detalles, ¿podríais avisar al rey Creonte de que tardaré más de lo previsto? —acepté.

La reina me acarició una mejilla y asintió.

20

Entramos en la habitación y, en cuanto se cerró la puerta, se desnudó a toda prisa y saltó encima de la cama. Nunca pensé que la primera vez que vería a una mujer desnuda sería en esas circunstancias. Me quedé de piedra en frente de la puerta. Ella estaba bocarriba, completamente abierta de piernas, mirándome sonriente, cómo si esperara a que hiciera algo. Estuvimos así durante varios agónicos segundos, hasta que se reincorporó un poco.

—¿Por qué no vienes?

—¿Adónde?

Se rio.

—Aquí —respondió dando unos golpecitos en la cama.

Estaba bastante descolocado, así que opté por hacer lo que me decía.

—¡Pero quítate la ropa!

—Ah, claro, sí...

Me quité la túnica muy torpemente y la dejé mal plegada en un sillón que había cerca de la cama. Me volví hacia ella y vi que me estaba mirando muy atenta ahí abajo. Le salió una carcajada y me tapé al instante. Se asustó.

—¡Uy! ¿Por qué te tapas?

—Porque te has reído —contesté ofendido.

—Ay, no, perdona. No era en plan mal. A ver, te imaginaba así, ¡pero no tanto! Y al verlo...

—Me da igual —corté—. No te vuelvas a reír.

—Vale, vale.

Los dos estábamos incómodos, pero ella hizo como si nada y volvió a dar dos toques a la cama. Yo intenté hacer lo mismo y me tumbé a su lado. Estuvimos en silencio, mirando al techo durante un par de

minutos.

—Oye... —dijo ella.

—¿Qué?

—No tengo prisa, pero puedes empezar cuando quieras.

Me giré hacia la chica y la miré muy confundido.

—¿Que empiece el qué?

Se volvió de nuevo hacia mí y me miró aún más extrañada.

—¿Qué no vamos a...?

—Ah, sí. Supongo.

Suspiró aliviada.

—Ah, vale, qué susto...

—Pero ¿qué quieres que empiece? —insistí.

Alzó los hombros.

—No sé. Tú sabrás lo que se suele hacer.

En ese momento entendí la actitud de la princesa. Se pensaba que yo tenía una carrera, un máster y un doctorado en sexo.

—Yo nunca he hecho esto, eh —le confesé.

—Ya, claro...

—Te lo digo en serio.

Se incorporó de nuevo y me miró incrédula.

—¡Pero si eres Hércules, hijo de Zeus, la esperanza de Grecia! No conozco a ninguna mujer que no te desee.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—No sé. Creí que ya lo habrías hecho antes.

—Pues no. Siento decepcionarte.

—No me decepciona. También es mi primera vez.

—Pero yo no tenía ningún tipo de expectativa.

Lo estaba pasando muy mal. Me sentía cómo si se hubiera hecho una campaña de promoción para endiosarme cuando ni siquiera era un héroe.

—Tienes razón. Es que corren muchos rumores, demasiados, y yo me los creí. Perdóname, me siento como una estúpida.

—¿Qué rumores?

—Quizá es mejor que no los sepas...

Puede que tuviera razón, pero era muy tentador. ¿Quién no quiere

saber lo que dicen de él? Hay muchos famosos que, día sí día también, buscan sus nombres en internet para saber qué se están inventando de ellos o qué han descubierto sobre sus vidas. Además, conocer lo que otros piensan de ti es poseer una información muy valiosa. El problema está en que se trata de ti y de tu vida, y eso duele.

—Quiero saberlo —insistí.

Suspiró.

—Prométeme que no te enfadarás conmigo.

No había pensado en eso.

—Que sí, que te lo prometo.

—Aún no te he dicho nada y ya estás borde.

Me senté encima de la cama con las piernas cruzadas e hice unas cuantas de las respiraciones que hacia mi madre.

—¿Te has dado cuenta de que tienes las sandalias puestas?

Miré mis pies y sí, efectivamente, ahí estaban. Me reí y ella también.

—Es que nunca me las quito.

—¿Y eso?

—Por si hay que salir corriendo.

—Sería curioso verte correr así...

Nos reímos de nuevo.

—¿Son muy malos los rumores? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Una de mis hermanas me dijo que le habían dicho que podías provocar orgasmos a una mujer con solo tocarla.

Por aquel entonces no tenía muy claro lo que era un orgasmo, pero por la manera en la que lo dijo lo intuí.

—A ver...

Le toqué el brazo con un dedo.

—¡OH! —gritó.

Me aparté asustado y se rio.

—Perdona, era una broma. ¡Ja, ja, ja!

—Madre mía, ¿así suenan los orgamsos?

—¡Orgasmos!

—¡Como se digan!

Me contó más rumores surrealistas: como que si mirabas fijamente a mis ojos podías ver lo que hacían los dioses en el Olimpo en tiempo real, como si fuera una especie de *reality show*. También que tenía tanta fuerza que podía desviar la lluvia de un bofetón al aire y que mis labios sabían al néctar de los dioses. Y entonces me besó, y yo me dejé llevar. Abrió un poco la boca y yo también. Torció la cabeza y yo la seguí, a merced de su mano. Incluso sacó la lengua y topó con la mía.

—¿Encuentras el néctar? —dije intentando no morderle la lengua.

Se meó de la risa, no literalmente, claro. Se rio mucho, tosió y todo. Pensé que se estaba ahogando. Luego la volví a besar y estuvimos riendo y besándonos durante horas. Parábamos para beber agua y seguíamos. En un momento dado la toqué y ella a mí, en diferentes sitios, primero con las manos, luego con los dedos, después con los labios y al final con lo que nos acariciábamos, pero sin quitarme las sandalias.

Fue intenso, bonito, raro, mágico, doloroso y más cosas, pero nos escuchamos e hicimos todo lo posible para que el otro estuviera cómodo. Se suele decir que las primeras veces son horribles y que luego el sexo mejora, pero en mi caso no fue del todo así. No hubo ninguna de las otras princesas con las que conectara tanto como con la primera. Y sí, pasé una noche con cada una de las princesas, pero no me acosté con todas. Con algunas solo hablé, porque por mucho que dijeran el rey y la reina, no todas me deseaban. Fue una experiencia increíble, aprendí muchísimo y tuvieron que cambiar la cama veinte veces. Más tarde me enteré de que la reina había ordenado a los leñadores de la corona que trabajaran más de la cuenta para recolectar madera con la que construir nuevas camas, por si se agotaban las de palacio. Estaban muy empeñados en que me acostara con sus hijas... demasiado. La mañana del día cincuenta y uno me despertó un criado, que golpeó la puerta y entró con un carro enorme lleno de comida.

—Su majestad el rey le envía el desayuno, señorito Hércules.

Miré a una de las ventanas, apenas había empezado el día.

—Dile que gracias, pero que prefiero seguir durmiendo.

Me volví a tumbar y el criado carraspeó.

—Su majestad me ha pedido que le recuerde que hoy debe asesinar

el monstruo.

Me levanté de la cama como si estuviera en llamas. Con tanto truski-truski se me había olvidado por completo el motivo por el que había venido.

21

Me zampé todo el desayuno, pero me sentó mal porque estaba muy nervioso y acabé pasando un buen rato en el baño. Cuando bajé, el rey y la reina estaban esperándome en la puerta, vestidos con sus mejores prendas, llenos de pieles de vete a saber qué pobre animal y las brillantes coronas bien encajadas en sus cabezas.

—¿Estás preparado, Hércules? —preguntó el rey.

Asentí y miré a mi alrededor en busca de las princesas.

—¿No vienen a despedirse? —pregunté.

—¿Te refieres a las princesas? —repreguntó la reina.

—Sí. ¿Dónde están?

—En su estado no es conveniente que vengan... —dijo el rey.

Megamede lo fusiló con la mirada.

—¿En qué estado? —inquirí preocupado—. ¿Qué les pasa?

Gritos de euforia y ovaciones del exterior interrumpieron nuestra conversación.

—Es la hora, querido —afirmó la reina—. Los ciudadanos de Tespias te esperan para desearte suerte.

Hizo un gesto a los soldados de las puertas de la entrada y las abrieron dejando entrar todo el clamor de la gente. Me acompañaron fuera y los tres bajamos las escaleras de mármol.

—Salúdalos, Hércules, les encanta —dijo el rey moviendo su mano como un ventilador estropeado.

Me uní a los saludos intentando imitar sus movimientos, pero hice lo que pude. La gente seguía aclamándome, así que supongo que les gustó. Los reyes me acompañaron hasta mi carro, que estaba al final de las escaleras y nos despedimos.

—Que los dioses te protejan —dijo la reina después de darme un largo abrazo.

—Gracias por todo. Nos vemos cuando lo hayas matado —añadió el rey acariciándome el hombro.

Acto seguido, me subí al carro y mis caballos emprendieron el viaje a través del pasillo formado entre la multitud, que volvía a tirarme a flores, pero esta vez de forma más animada. Supuse que porque ya iba a ponerme manos a la obra.

El viaje no fue muy largo, un par de horas atravesando bosques espesos y caminos empinados, pero para mis caballos eso era pan comido. «Menudos *cracks*», me dije. Y en cuanto lo pensé, un león del tamaño de un elefante se abalanzó sobre ellos. Grité del susto y luego de rabia. Los chafó como si fueran magdalenas y al impactar contra el suelo se convirtieron en charcos de agua. Salté del carro y, estúpidamente, intenté recoger el agua como si así pudiera hacer algo para devolverlos a la vida. El león rugió tan fuerte que tembló todo el monte. Me giré hacia él y volvió a emitir aquel sonido tan espantoso. Sus ojos amarillos me miraban con odio y a la par que salivaba sin cesar; parecía hambriento. Ese león era la bestia que atemorizaba a los ciudadanos de Tespias, era el monstruo de Citerón. Fui a desenfundar la espada, pero saltó encima de mí antes de que pudiera armarme. Caímos en los charcos de los caballos y forcejeamos. Intentó morderme, pero le agarré la mandíbula y se la partí. El león chilló de dolor. Pasó de ser un monstruo temible a un animal indefenso. Me dio mucha pena. El animal estaba sufriendo, así que desenvainé mi espada y le puse fin. Ya estaba hecho, ya me había convertido en un héroe.

Coloqué el cuerpo sin vida en el carro y, al no tener a mis caballos, yo mismo tiré de él. Me sorprendió haber sentido más lástima por el león que por mi profesor de música. Durante el camino de vuelta a Tespias no podía sacarme eso de la cabeza y lo cierto es que llegué a una conclusión: ese león no quería hacer daño, solo quería comer, como cualquier otro ser vivo, mientras que el profesor Lino, a no ser que se alimentara de mi sufrimiento, solo lo hacía por joder.

Tenía dieciocho años y esa reflexión en mi cabeza sonaba genial; pero, por suerte, no existían las redes sociales y no pude compartirlo con el resto del mundo, si lo hubiese podido hacer, a día de hoy, me lo seguirían recordando con capturas de pantalla. No debí matar al león

de Citerón. No me sentía orgulloso de ello y se lo hice saber al rey. Tampoco debí matar al profesor Lino, por si no ha quedado claro. Cuando llegué a las puertas de la ciudad y la gente vio al animal muerto, gritaron de euforia, aplaudieron, lloraron de alegría... Y yo los odié.

—¡Ha nacido un nuevo héroe! —gritó una señora.

—¡Hé-ro-e! ¡Hé-ro-e! ¡Hé-ro-e! —exclamó la muchedumbre.

Sus gritos y alabanzas me provocaron tanto rechazo que decidí no entrar. No estaba satisfecho de lo que había hecho y mucho menos quería que me felicitaran. Dejé el carro con el león en las puertas, y me fui caminando hasta Tebas, no sin antes acariciar la cabeza del pobre animal. Sus ojos vacíos me hacían saber que su alma había podido salir. No recuerdo cuánto tardé en volver a mi ciudad, puede que estuviera andando toda la noche. Llegué por la mañana, cuando apenas el titán Helios había comenzado su travesía con el carro del sol. Las calles de Tebas estaban vacías. Eso me relajó. El silencio y la ausencia de gente hacían que la ciudad fuera otra, una mejor, para mi gusto, y más teniendo en cuenta que si alguien me veía se pondría a gritar.

—¡AH! —escuché.

Si, antes lo pienso, antes sucede. Una chica apareció de la nada corriendo hacia mí. Gritaba y reía frenéticamente. Desde luego, para ellas era un juego y no se daban cuenta de que para mí podía ser muy duro. No hui ni me aparté. No tenía ganas de luchar ni de discutir. Simplemente, me quedé quieto, esperando a que me saltara encima e hiciera la tonta hasta cansarse. Resoplé y extendí los brazos para encajar mejor el impacto.

—¿Qué haces, pelele? ¡Quita del medio! —exclamó ella empujándome.

Me miró con menosprecio y unos ojos marrones preciosos. Pasó por mi lado y siguió corriendo. Su larga cabellera rojiza acarició mi mano y la dejó impregnada de un olor a fruta, no sé cuál, pero debía de ser una fruta, pues solo estas huelen así de bien. Me quedé con una cara de tonto que me cambió la fisonomía temporalmente. Desapareció de mi vista a la vez que un ruido de hojalata invadió mis

oídos. Dos soldados aparecieron por donde había venido ella.

—Mira, aquí hay un chico, preguntémosle si la ha visto.

—¿Qué dices? ¡Pero si es Hércules! No lo molestemos.

—Ah, es verdad, no lo había reconocido...

Disminuyeron el paso para saludarme con extrema educación y retomaron su marcha. Supuse que buscaban a la chica y les di una indicación errónea.

—Si buscáis a una chica, ha ido hacia allí.

No sé qué había hecho, pero quería verla de nuevo. Los soldados me creyeron y giraron hacia el lado opuesto.

—Pelele... Je, je, je —murmuré.

Al ver a los soldados recordé que el rey Creonte me dijo que fuera a visitarlo nada más llegar, pero no me apetecía en absoluto hacerlo. Necesitaba descansar un rato y ver a mi madre, así que seguí paseando por las calles de Tebas con toda la calma hasta llegar a su casa. Al entrar vi a Anfitrión, estaba en la cocina, tarareando mientras untaba unas tostadas con su brazo bueno. Parecía contento, me hizo feliz verlo así, ya era hora. En un momento dado levantó la cabeza y cruzamos miradas.

—¡HOSTIA! —gritó.

Del susto, pegó tal brinco que las tostadas salieron volando, y corrió hacia su habitación.

—¡¿Qué ha pasado, cariño?!

Mi madre abrió la puerta del dormitorio justo cuando Anfitrión iba a hacerlo y se dio con todo el marco en la frente, pero mi madre flipó tanto al verme que ni se dio cuenta.

—¡HÉRCULES! ¡HIJO MÍO!

Prácticamente saltó desde donde estaba y cayó en mis brazos.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Cómo ha ido? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño el monstruo?

—Estoy bien, mamá. El único que ha sufrido ha sido el león.

—¿Qué león? ¿El monstruo era un león?

Asentí.

—Ah —murmuró decepcionada—. ¿Pero un león con muchas cabezas o que escupía fuego o...?

—No. Era un león normal, muy grande, sin nada especial.

Anfitrión se levantó del suelo haciendo muchísimo ruido. Le sangraba la nariz. Mi madre se giró.

—¡Anfi! ¡Cariño! ¿Pero qué te ha pasado? —dijo levantando la voz y corriendo hacia él.

Anfitrión me miró con rabia y se encerró en la habitación con mi madre. Parecía que nunca me iba a perdonar. Ni en casa de mi madre me sentía bienvenido. Necesitaba amigos. Una vez los tuve, durante los meses que acudí a ese terrible instituto, pero desde que me echaron que nunca más volví a saber nada de Ificles, Admeto y Filoctetes. Nunca los fui a ver porque no pude, estaba recluido en esa cabaña con Cástor, y ellos tampoco vinieron a visitarme ni un solo día. Quizá se habían enfadado conmigo o, simplemente, habían seguido con su vida sin mí y me habían olvidado. No lo sabía. Pero los necesitaba, al menos a Ificles, que era con el que había tenido conversaciones más íntimas y, al fin y al cabo, era mi hermano.

22

Salí de casa de mi madre y fui a la de Ificles. Aún era pronto y no había salido casi nadie a la calle, pero tenía que ir con cuidado de que no me vieran, no quería que Creonte se enterara de mi llegada. Me vino a la mente la chica y los malditos soldados. Me habían reconocido y era más que probable que esparcieran la noticia de que ya estaba en Tebas, así que aceleré el paso y me planté en la casa de mi hermano secreto en cuestión de segundos. Estaba tan alterado que se me fue un poco la mano al llamar con el picaporte y atravesé la madera, haciendo un agujero del tamaño de mi cabeza. Al otro lado había un chico con la mano a medio metro de la puerta, preparado para abrirla. Nos quedamos mirando un rato boquiabiertos.

—¿Hércules? —preguntó rompiendo el silencio.

Su voz, su cara, su manera de hablar...

—No puede ser... ¿Ificles?

—¡Hércules!

—¡Ificles!

Abrí la puerta tan emocionado que no me di cuenta de que la estaba abriendo al revés y la acabé de destrozar, pero a ninguno de los dos nos importó. Fui a abrazarlo, él me dio la mano, pero lo rodeé igualmente. Estaba cambiadísimo. Claro, habían pasado seis años.

—Estás gigante, tío —dijo él.

—¡Tú también! —Me separé un poco para verlo mejor—. ¡Estás enorme!

Lo estaba. No tanto como yo, pero para ser un mortal era de los más fuertes que había visto. Me invitó a pasar y estuvimos hablando durante mucho rato. Me puso al día de todo. Se ve que ya había acabado el instituto y ahora los exalumnos debían invertir el tiempo en encontrar a una mujer con la que formar una familia lo antes

posible.

—Joder. Cuanta presión, ¿no? —señalé.

—Un poco, la verdad. Pero he conocido a alguien y creo que puede ser ella.

—¡¿Qué dices?! ¡¿Quién es?!

—Se llama Automedusa. —El nombre me resultó rarísimo. Si Medusa hubiese tenido un coche, se habría llamado así—. Es una princesa de Mégara —terminó de decir.

—¡Uau! No me suena ese sitio, pero me alegro mucho. ¿Cómo os conocisteis?

—Por el rey Creonte. Me eligió como uno de los mejores alumnos, junto con Filoctetes...

—Qué fuerte, qué guay —lo interrumpí.

—Sí. —Sonrió—. Nos invitó a los dos y a un par más a una cena en su palacio con varias princesas de Grecia. Me sentí como que estaban forzando algo que debía salir de forma espontánea, pero tuve suerte y conocí a Automedusa.

Es irónico porque la manera en la que él se sintió es como se sentían todas y cada una de las princesas durante toda su vida, ya que no tenían ningún poder de decisión para escoger a un marido.

—¿Y Filoctetes? ¿También tuvo suerte?

Negó con la cabeza.

—Ha vuelto con su familia a Tesalia, a pasar una temporada. Me habló de que quería pretender a una princesa llamada Helena, pero no sé nada más.

—Vaya... ¿y Admeto?

—Más de lo mismo, también ha vuelto con su padre, que es rey de Feras, otra ciudad que está en Tesalia. Creo que no le queda mucho tiempo y Admeto debe prepararse para reinar.

—Ostras, qué fuerte... ¡Admeto siendo rey! No me lo imagino.

Nos reímos.

—¿Y tú qué, Hércules? ¿Cómo va? ¿Cómo ha ido? Cuéntame.

Se lo expliqué todo, bueno, casi todo. Mis años entrenando con Cástor, los reyes pesados con presentarme a sus hijas, los regalos que me hicieron Atenea, Apolo, Hermes, Hefesto y Poseidón, mi estancia

en Tespias, el enfrentamiento con el león de Citerón, el terrible desvanecimiento de mis caballos... Lo de que éramos hermanos no; pero no por falta de ganas, sino por no traicionar a mi madre.

—¡¿Qué?! —exclamó confuso—. ¿Te has acostado con las cincuenta princesas de Tespias?

—Bueno, no con las cincuenta, pero con la mayoría sí.

—Pero ¿por qué? ¿Te han obligado? ¿Era un pacto que hicisteis? ¿Un juramento?

—Mmm... no...

—¿Tenías que escoger una para casarte con ella?

—¡No! —corté bastante molesto—. ¿Qué dices?

—¿Entonces? No entiendo.

—Simplemente, el rey y la reina me dijeron que sus hijas estaban muy emocionadas por conocerme y me invitaron a pasar una noche con cada una de ellas. Y ya está, sin más.

Ificles estaba flipando. Se llevó las manos a la cabeza y me miró con cierta condescendencia.

—Pero ¿cómo que ya está, Hércules? ¿Cómo que «sin más»?

—¿Qué pasa?

—¿Por qué accediste?

—Mmm... no sé... Porque a mí también me gustaban, supongo.

—Joder, Hércules, tío...

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué me hablas así?

—En el instituto nos avisaron de que esto podía pasar, que teníamos que ir con cuidado...

—¡¿De qué os avisaron?! —pregunté.

Ificles resopló.

—Siento decirte esto, pero estoy bastante seguro de que los reyes de Tespias te han utilizado.

—Pero ¿qué me estás diciendo, Ificles? —solté con incredulidad—. ¿Utilizarme? ¿Para qué?

—¡Para dejar embarazadas a sus hijas!

Caí de rodillas al suelo quebrando algunas baldosas. En ese momento lo entendí todo: la exagerada insistencia de los reyes, que me hicieran estar cada noche con una distinta, que no pudiera volver

a verlas y el comentario que hizo el rey: «En su estado no es conveniente que vengan». ¡En «su estado»! ¿Cómo pude ser tan tonto? ¡Tan estúpido! ¡Hasta el idiota más idiota de todos los malditos idiotas se habría dado cuenta de que todo eso era raro! ¿Pero por qué yo no? ¡Qué frustración! ¡Joder!

Mi ira comenzó a subir como el mercurio de un termómetro apuntando a una bombilla encendida. Era cuestión de segundos que explotase, que hiciera alguna locura, que hiriera a alguien o, peor, que lo matara. Ificles estaba a mi lado, quieto, mirándome asustado. Yo solo quería que se fuera, que no estuviera aquí cuando llegara a mi límite, pero se quedó. Cerré los ojos y, de pronto, mi enfado empezó a disminuir a la misma velocidad que había aumentado. «Ya puedo controlarlo, he madurado, he crecido y ya soy capaz de reprimir mis emociones», me dije. Pero al abrir los ojos me di cuenta de que mi hermano me estaba abrazando. Mis temblores cesaron y se dio cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó separándose despacio.

Ambos sonreímos.

—¡¿Pero qué le ha pasado a la puerta?! —exclamó alguien.

Nos giramos y vimos a nuestras madres.

—¡Uy! ¡Míralos! —dijo mi madre—. ¡Ostras, qué grande y guapo está Ificles!

Me mordí la lengua. Se parecía mucho a ella y estuve a punto de decirlo en voz alta.

—Qué guapos están los dos, tía... —añadió la madre de Ificles.

Estuvieron unos segundos mirándonos en silencio. Mi madre tenía los ojos vidriosos. Era la primera vez que nos veía juntos.

—Bueno, pero ¿queríais algo...? —preguntó Ificles incómodo.

—¡Claro! —respondió mi madre volviendo en sí—. Hércules, han venido unos soldados para llevarte a palacio. El rey Creonte quiere verte.

Suspiré.

—¡Uy! Eso es porque te querrá presentar a alguna princesa, seguro. A Ificles le hizo lo mismo —dijo su madre—. Alcmena, tienes que conocer a Automedusa, es un encanto...

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Mientras solo sea una princesa... —murmuró mi hermano.

23

Me bañé y me vestí con la túnica autolavable de Atenea; pero, antes de irme, mi madre quiso hablarme sobre lo que podía ser mi primera noche con una mujer. Iba tarde, muy tarde, pero no se lo dije. Tenía miedo de que se enfadara, pero a la vez temía que lo que dijo Ificles fuera cierto.

—Y, sobre todo, no seas como esos hombres que tienen hijos con cualquiera. —Señaló disimuladamente al cielo. Obviamente se refería a mi padre. ¿Es algo innato tener muchos hijos con distintas mujeres? ¿Esta es mi herencia? ¿Estoy condenado a convertirme en él? Estas preguntas retumbaban en mi cabeza mientras mi madre seguía hablándome—: Pero yo sé que tú no eres así —añadió—. No eres un picaflor de esos que están cada día con una mujer distinta. Tú eres de los que espera hasta conocer a su esposa.

Lo dijo tan convencida que dolió. Ahora sí que no podía contárselo. La habría matado del disgusto. No dije nada al respecto, lo ignoré por completo.

—¿Para qué crees que quiere verme el rey?

Sonrió como si ya lo supiera.

—Tú, cariño, no te preocupes. Ve allí, sé tú mismo y, si por lo que sea conoces a una princesa, trátala como si fuera muy frágil.

—¿Muy frágil? ¿Cómo si se fuera a romper?

—Mira, yo siempre tuve mucho miedo de con quién me iban a casar. No confiaba en que mi padre fuera a escoger un buen marido para mí. A él le interesaba tener un yerno amante de la guerra, violento y obediente. En esa época había muchas peleas entre reinos y quería tener un heredero al que poder confiarle batallones enteros. Enviarlo a emprender misiones en solitario y lo que hiciera falta, pero apareció Anfitrión.

Me reí.

—Te hace gracia, pero a mí me salvó la vida —apuntó—. Podría haber aparecido cualquier otro cafre con ganas de impresionar a mi padre, y no hubiese durado en una guerra ni lo que tarda el titán Helios en recorrer un cuarto de cielo.

—Perdona, mamá; pero es que a mí Anfitrión nunca me ha caído bien. Nunca me ha querido.

—¡Eso no es verdad! Él te quiere mucho.

—Yo no lo siento así...

—Pues lo sientes mal —me interrumpió.

—No, mamá. Anfitrión me odia porque por mi culpa tuvo que renunciar a su verdadero hijo, Ificles.

Se quedó pálida como una vela. Era la primera vez que llegaba a esa conclusión y lo dije en voz alta sin ni siquiera dejarla reposar en mi cabeza, pero era tan evidente que ni hizo falta.

—¿Se lo has contado? —preguntó una voz que venía de detrás de nosotros.

Era Anfitrión, estaba en la puerta de la entrada de casa. Mi madre se levantó del sofá de un salto.

—¡Anfi! ¿Cómo ha ido el paseo?

—¿Por qué no me dijiste que se lo habías contado? —insistió.

—Uy, vienes sudando, querido. Hay limonada en la nevera.

—Alcmena —la interrumpió sujetándola del brazo—. Por favor.

Mi madre hizo una de sus respiraciones.

—No se lo dije, lo descubrió él —respondió.

—¿Y no me lo ibas a contar?

—No quería que hubiera más odio en esta casa.

Anfitrión se hizo el ofendido.

—Yo nunca lo he odiado...

—Él dice que sí.

—Pues yo te digo que no.

—¿Lo estás llamando mentiroso?

Mi madre me señaló. Yo estaba observando atento desde el sofá; pero sin meterme, quizá por eso Anfitrión se envalentonó.

—¡Pues mira, quizá sí que lo odio! ¡Qué cojones! ¡Por supuesto que

lo odio! ¡Porque cada vez que lo veo me acuerdo de cómo te engañó su padre y de cómo priorizaste a su hijo antes que al nuestro!

—¡No prioricé a ninguno! ¡Hice lo que debía para protegerlos a ambos de quien tú ya sabes!

—¡La diosa Hera no le iba a hacer nada a Ificles!

—¡No pronuncies su nombre!

—¡HERA! ¡HERA! ¡HERA! —gritó Anfitrión como si fuera un niño pequeño.

Mi madre lo miró con asco, negando con la cabeza, mostrando su decepción.

—Eres un miserable.

—¡Y tú una guarra!

Antes de que esa tremenda falta de respeto llegara a procesarse en mi cerebro, mi madre se giró hacia mí previendo que iba a arrancarle la cabeza a Anfitrión como si fuera el currusco de una barra de pan e hizo un gesto con la mano para ordenarme que me quedara quieto. Sorprendentemente, obedecí. Acto seguido, se dirigió hacia él y se le plantó delante.

—Fui capaz de perdonar que mataras a mi padre. ¿Y ahora te atreves a llamarme «guarra» delante de mi hijo porque me acosté con un dios que se hizo pasar por ti?

—Me hubiera gustado verlo. Dudo de que se pareciera tanto a mí.

—¡Vete de esta casa! —exclamó.

Anfitrión se rio con prepotencia.

—No puedes vivir sin mí, Alcmena.

Mi madre le agarró la muñeca del brazo malo y tiró con fuerza hacia abajo como si fueran a sonar campanas. Anfitrión cayó al suelo gritando de dolor.

—Sí, claramente, de los dos, yo soy la menos autosuficiente —dijo con sarcasmo.

—¡No me eches, por favor! —suplicó.

—No me hagas llamar al rey, que ya sabes de qué lado se pondrá.

Puede que la fuerza bruta y la impulsividad la heredara de mi padre, pero la valentía seguro que era de mi madre. Esperamos en el sofá a que Anfitrión recogiera sus cuatro cosas y las guardara en lo

que un día fue un saco de patatas y se marchó resignado por la puerta de lo que durante aquel tiempo fue su casa. Entonces, mi madre se sujetó en mis brazos echa un mar de lágrimas. Por mucho que hubiera tomado una de las mejores decisiones de su vida, también fue de las más difíciles. «¿He hecho lo correcto?», no paraba de preguntar. Y yo le decía que sí, que se tranquilizase, que estaría mejor, pero ella seguía preguntando y yo seguía insistiendo.

—¿Qué hora es, Hércules? ¡Debes irte! ¡El rey te espera!

—No me voy a ir estando tú así, mamá.

Ella resopló.

—No seas tonto, hijo. Puedo cuidarme sola.

—Ya sé que puedes, pero no quiero dejarte sola.

—La madre que te parió que soy yo... ¿si me voy con Ificles y su madre te quedarás más tranquilo?

Asentí.

—Pues va, que llegarás tarde —añadió.

—¿Sigues queriendo que trate a las princesas como si se fueran a romper?

Se lo pensó.

—Mira, Hércules... obviamente, trátalas bien y respétalas; pero, sobre todo, sé tú desde el primer momento, así después no se llevarán ninguna sorpresa.

24

No tenía transporte para ir hasta el palacio. Mis caballos se habían convertido en agua y mi carro se quedó en Tespias, así que no me quedó otra que ir andando y sufrir a la muchedumbre. Me pararon, me saludaron, me hicieron preguntas incómodas, me pidieron que les enseñara las marcas de mis manos... Familias enteras o grupos de gente me suplicaron que los levantara en brazos a la vez por las risas, también me pidieron que les firmara sus túnicas con barro o incluso con sangre, algunos parecían muy desesperados. Ansiaban cualquier cosa que los hiciera sentir especiales durante un rato y, a poder ser, alguna prueba para después poder demostrar que han estado conmigo y vacilar de ello como si eso tuviera algún mérito más que el puro azar de haber coincidido en el mismo espacio-tiempo, o ser un acosador. Pero por mucho que odiara que la gente se comportara así conmigo, me ponía en su situación y podía llegar a entenderlos.

Yo nací siendo el centro de atención, de todas las miradas y el tema de todos los chismes, mientras que los demás tenían vidas más o menos normales y que, para bien o para mal, no interesaban a la mayoría de la gente. Es más, probablemente, mi vida era más relevante para ellos mismos, para sus familias y todo su entorno que la suya propia. Porque yo no era famoso por ser hijo de Zeus y ya está, yo lo era porque iba a tener la labor y la responsabilidad de protegerlos de todo tipo de peligros y, por lo tanto, mejorar sus vidas. De haber sido al revés, es probable que yo hubiera tenido un comportamiento similar; pero no era así y no por eso iba a dejar de molestarme.

Finalmente, llegué a la entrada del palacio de Tebas y dejé a la gente atrás. Unos soldados me abrieron las puertas y lo primero que vi fue una moqueta granate clavada a la del palacio de Tespias. «¿Es que

todos los palacios tienen la misma moqueta?», me pregunté. Levanté la mirada y me topé con el rey. Me estaba esperando.

—¡Hércules, el héroe de Tespias! —exclamó orgulloso—. Así te llaman ya, hijo. ¡Sabía que lo conseguirías! ¡Ven aquí, dame un abrazo!

Se lo di. Acto seguido, me llevó por los numerosos e interminables pasillos de su palacio mientras me preguntaba todo tipo de detalles sobre el león de Citerón y de cómo lo había matado, hasta que llegamos al gran comedor, que era exactamente igual que el de los reyes de Tespias. Lo único distinto eran las cortinas y los cuadros de las paredes, pero por lo demás era clavado. Puede que en esa época solo existiera un diseñador de interiores y, al no tener competencia, no se lo curraría mucho. Me pidió que me sentara en el mismo sitio en el que lo hice con el rey Tespio, era un *déjà vu* constante. Cuando él estaba a punto de sentarse en la silla de cabeza de mesa, las puertas del comedor se abrieron y entró corriendo un criado.

—¿Qué pasa? —preguntó Creonte al verlo.

—No la encuentran, majestad.

—Maldita sea... —dijo con fastidio—. Quédate aquí, Hércules. Come lo que quieras. Ahora vengo.

Hizo una señal a los soldados que estaban en el comedor y salieron con él. Me quedé solo en esa mesa llena de manjares que no tardé en empezar a zamparme. Estaba todo riquísimo, pero había demasiadas salsas y me estaba poniendo perdido. Me alegré de que mi túnica fuera antimanchas. Lo estaba disfrutando tanto que no me di cuenta de que alguien entró en mitad de mi orgasmo culinario.

—¿Pelele? —exclamó alguien.

Me giré sobresaltado y del susto se me escapó un garbanzo por la nariz. Era la chica que había visto esa misma mañana huyendo de aquellos soldados.

—¿Qué haces aquí? —pregunté confuso.

Se rio. Su carcajada era bastante escandalosa, una mezcla de gritos cortos y el ruido que hacen los cerdos. Obviamente, yo también me reí. Fue bastante gracioso.

—Pues he venido a comer. ¿Te importa? —preguntó con un tono

desafiante mientras se sentaba en la silla que estaba delante de mí.

Metió sus dos manos en el bol del potaje de los garbanzos y se sirvió en su plato lo que no se le cayó por el camino.

—Igual la cuchara te va mejor —le sugerí con cara de asco.

—Paso. Así puedo escoger mejor lo que pongo en mi plato.

Empezó a comer con las manos mientras me miraba intentando intimidarme. Esa situación era graciosa, asquerosa y, sobre todo, muy extraña. Pensé que debía ser una ladrona. Tenía todo el sentido del mundo. Por la mañana la perseguían unos soldados, seguramente por haber robado algo, y ahora se había colado en el palacio aprovechando que los soldados y el rey estaban ocupados con no sé qué.

—Veo que al final no te han pillado esta mañana —le dije.

—Con toda la chatarra que llevan encima, apenas pueden correr diez metros sin ahogarse.

Metió, de nuevo, la mano en su plato y se la llevó a la boca.

—Bueno, las mujeres tampoco es que vayáis muy ágiles con esos vestidos.

Se levantó de inmediato, saltó encima de la silla, sacudió sus manos empapadas de comida, esparciéndola por todo el suelo, y se subió el vestido verde bosque que llevaba, sin darme tiempo a taparme los ojos. Debajo, con la misma tela del vestido, se había cosido unos pantalones.

—Así no me pilla nadie —respondió orgullosa al tiempo que volvía a sentarse.

—Bueno, no creo que eso te sirva de mucho aquí, con tanto soldado... Si quieres, te ayudo a escapar.

Se volvió a reír de esa manera.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté incómodo.

—Nada, nada —contestó entre risas.

—¿Crees que no puedo echarte una mano? ¿Por eso te ríes? —respondí molesto.

—Que no, que no. Claro que puedes.

Se levantó y dio la vuelta a la mesa hasta donde estaba yo. Me agarró del brazo y me puse de pie.

—Por favor, ayúdame... —me rogó frotando sus manos en mis costados.

—¿Te estás limpiando con mi túnica?

Se le escapó una carcajada.

—No creo que se note por cómo te has puesto comiendo.

—Como se nota que no sabes quién soy...

—Claro que lo sé —me interrumpió—. Eres un hijo de Zeus que mató unos lagartos que le envió una diosa y también mataste a un profesor... y algo más tenías que matar hace poco... —Eso me dejó muy descolocado. Era la primera vez que alguien me hablaba como si mi vida fuera algo que hubiera tenido que estudiar para aprobar un examen, y no como algo apoteósico—. «Herculo» te llamas, ¿verdad? —dijo.

—¡Hércules! —respondí alzando un poco la voz.

—¡Vaya...! —murmuró mientras retrocedía un paso—. Y tienes problemillas de ira. Me acabo de acordar.

—¿Y tú cómo te llamas? —pregunté intentando alejarme del foco de atención.

De pronto, las puertas del comedor se abrieron y apareció el rey Creonte acompañado del criado y de varios soldados. Sus rostros se llenaron de odio en cuanto vieron a la chica.

—¡¿Se puede saber dónde estabas?! —gritó el rey.

Me había ofendido bastante con su exagerada falta de interés hacia mí, pero no podía permitir que le hicieran daño, así que me puse delante de ella, protegiéndola del rey y sus esbirros.

—Perdónala, Creonte —dije erguido como un palo.

Todos se miraron muy confusos.

—¿Qué dices, Hércules? —preguntó el rey.

—Sea lo que sea lo que haya robado, no la castiguéis. Deja que te lo devuelva. Te lo pido como un favor personal.

Hubo varios segundos de silencio hasta que la chica estalló de la risa, contagiándosela al criado y al resto de soldados. Me quedé muy loco, no comprendía sus reacciones. Creonte me sonrió como a un niño pequeño que está aprendiendo a escribir y se acercó.

—Hércules —susurró—, es mi hija.

25

Por muy fuerte que estuviera, por muy buen guerrero que fuera y por muchos monstruos que matara, hacer el ridículo era lo que mejor se me daba. El rey tuvo que pedir que sustituyeran a los soldados porque no conseguían dejar de reír. Unas criadas se llevaron a su hija y Creonte y yo nos quedamos en el comedor, esperándola en un silencio incómodo que el rey intentaba romper preguntando sobre la comida.

—¿Has probado el potaje?

Reprimí mi cara de asco y negué con la cabeza. Su hija había metido medio brazo ahí dentro como si fuera un animal salvaje y no iba a ser yo quien comiera de allí. Pensé que todo aquello era una especie de broma muy larga y pesada porque no podía ser que una princesa se comportara de esa manera. De pronto, un sonido de trompeta me pegó un susto que casi me tira de la silla. Me recordó al príncipe Euristeo, coleccionista de ojos. ¿Qué sería de aquel psicópata? Creonte se puso de pie y yo lo imité.

—¡La princesa Megara! —anunció el criado trompetero.

—¿Megara? ¿Como la ciudad? —murmuré.

—Que no te escuche decir eso... —me advirtió el rey.

Supuse que todo el mundo debía hacerle siempre el mismo comentario estúpido, y yo no iba a ser menos. Las puertas del comedor se abrieron de nuevo y apareció una chica que tenía la misma cara que la que se había limpiado las manos con mi túnica, pero que por lo demás no se parecía en nada. Le habían hecho un peinado de estos recogidos hacia arriba con un par de trenzas, y en cuanto entró en el comedor se quitó la aguja que lo sujetaba detrás de la cabeza, y su pelo castaño cayó como las hojas de los árboles en otoño, dejando las dos trenzas perfectamente alineadas una a cada

lado de su precioso rostro.

Quizá ocurrió todo más rápido, pero yo lo recuerdo a cámara lenta, así lo disfruto más en mi memoria. Ya era guapa de por sí, pero en aquel momento estaba... uf... otro rollo. Llevaba un vestido verde, como el de los pantalones, pero este brillaba. Se notaba que era su color. El traje era de tirantes, tenía un escote que dejaba ver su preciosa piel y ahí aparté un poco la mirada porque noté sus ojos apuntándome y me sentí un poco baboso, así que observé un rato el suelo. Caminó hacia nosotros y se sentó en frente de mí, en la misma silla de antes.

—Estás preciosa, hija.

Megara fingió una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, padre.

Creonte me miró esperando a que dijera algo, pero me daba mucha vergüenza. En esa época no podíamos dar «me gusta» al comentario de otro.

—Sí... —respondí con la boca pequeña.

El rey se dio cuenta de que estaba incómodo y se le volvió a escapar esa sonrisilla de antes. Él se sentó y yo hice lo mismo. Un criado se acercó y sirvió comida en el plato de la princesa, que con el vestido que llevaba no tenía mucha libertad de movimiento. A diferencia de antes, Megara usó los cubiertos para comer. Parecía que hubieran puesto su cabeza a otra persona, cortaba la comida con delicadeza, mientras yo la observaba anonadado como si estuviera viendo a una pantera comer con cuchillo y tenedor. Me miró de reojo y se le escapó un poco la risa por debajo de la nariz, claramente lo de antes lo había hecho a propósito.

—Te he pedido que vinieras para que os conocierais —me dijo el rey mirándonos.

Megara pareció no sorprenderse, pero a mí se me cortó la respiración momentáneamente.

—Creo que haríais una muy buena pareja —afirmó.

No sabía qué decir. Tenía la mirada fija en mi comida y estaba esperando a que cambiaran de tema. Pero Creonte quería una respuesta.

—Es mi única hija, Hércules, y te la estoy confiando a ti —insistió con seriedad.

A ver, Megara era preciosa, tenía una risa muy contagiosa y seguro que nos lo pasaríamos bien, pero la acababa de conocer y había sido todo muy raro. No había mostrado el más mínimo interés hacia mí, había fastidiado la comida metiendo sus zarpas hasta el codo, me había faltado al respeto limpiándose con mi túnica... Vale que se limpia sola, pero ella no lo hizo por eso; no lo sabía. Sin embargo, por otro lado, si me casaba con ella podría quedarme aquí, en Tebas; tendría a mi madre cerca, que me iba a necesitar más que nunca después de haber echado a Anfitrión, y también estaría cerca de Ificles, que había pasado demasiado tiempo sin ningún amigo con el que estar.

—Agradezco mucho tu proposición —dije.

—Pero... —me interrumpió Megara sonriendo, como si supiera lo que iba a decir.

—La acepto encantado —concluí.

A la princesa se le cayeron los cubiertos, que provocaron un ruido seco. No se esperaba mi respuesta y no parecía muy satisfecha. En cambio Creonte se levantó de golpe tirando su silla al suelo y, prácticamente, saltó encima de mí para abrazarme.

—¡Hay que organizar la boda! ¡Invitaremos a los reyes más importantes de toda Grecia! ¡Y a los dioses también, a tú padre, sobre todo, que seguro que está muy ocupado; pero por intentarlo no pasa nada! ¡¿Estás contenta hija?! —exclamó el rey, emocionadísimo.

Megara le regaló una sonrisa falsa a su padre, mientras me apuntaba con sus ojos rebosantes de odio.

—Tengo que hablar con los sastres para que empiecen a diseñar vestidos... —argumentó—. ¡Todos fuera! Dejadlos solos, que se acaban de prometer y tienen que hablar de muchas cosas.

El rey echó a todos los soldados y criados que pululaban por el comedor. Cuando salió el último y cerraron las puertas, Megara agarró la cazuela del potaje y me la tiró por encima.

—¿¡Qué haces!? —grité enfadado.

—¿Sigues queriéndote casar conmigo? ¡¿Eh?!

—¿Pero a ti se te ha ido la cabeza?

—¡Constantemente! —chilló—. Así que vete acostumbrando, que un día comeré con las manos, otro te escupiré en la cara y otro te morderé un pie mientras duermes. ¡Pelele!

Fue ahí cuando entendí el porqué de su actitud. Megara ya sabía que su padre iba a ofrecerme su mano y decidió comportarse de esa manera para asustarme y que yo dijera que no quería casarme con ella, pero no le había salido bien la jugada.

—Estate tranquila. Yo solo quiero casarme contigo para poder vivir en Tebas y estar cerca de mi madre, así que no te rayes —comenté para intentar calmarla.

—Ya, claro... ¡Pero si he visto cómo me mirabas! ¡Se te caía la baba, guarro!

—Tampoco te flipes, ¿eh?

—¿Me estás llamando mentirosa? ¿No me has mirado? —preguntó molesta.

—Claro que te he mirado, pero porque acababas de entrar... ¿Qué querías que hiciera? ¿Mirar al suelo? ¡Si hasta han tocado una trompeta!

—¡Eso es lo que tú quieres! ¡Que te toquen la trompeta! ¡Todos los tíos pensáis en lo mismo!

—Perdona, pero yo no...

—¿Qué te crees? ¿Que soy idiota? —me cortó—. Aquí, en el palacio, se ha comprometido mucha gente y yo he escuchado cómo los hombres comentaban el físico de las mujeres con las que se iban a casar, igual que si fueran caballos, mientras que las mujeres estaban ilusionadísimas pensando que sus futuros maridos eran ultrarrespetuosos porque las habían saludado con una reverencia. ¡A mí no me engañas!

Parecía que estaba muy enfadada, pero toda esa furia escondía un miedo terrible a lo que le podía pasar si se casaba conmigo. Para lo bueno y para lo malo, yo no había tenido un grupo de amigos con los que derrochar testosterona hablando sobre mujeres. No me había dado tiempo. Si no, seguramente, habría sido así, para qué engañarnos. A los chicos no nos enseñaban a contenernos. Todo lo contrario.

—Yo no soy así, Megara.

—Ah, bueno, entonces ya me quedo más tranquila. Si me dices que no eres así, segurísimo que es porque no eres así —respondió con sarcasmo.

Suspiré.

—¿Qué puedo hacer para que me creas?

—Renunciar a mí —respondió de inmediato—. Dile a mi padre que no te quieres casar conmigo.

—Pero eso no lo puedo hacer. Ya le he dado mi palabra. Además, yo quiero quedarme en Tebas.

Megara dio un manotazo en la mesa.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—No lo sé. Pensaba que me pedirías otra cosa.

—Pues no pienses tanto que ya ves de lo que te sirve —me dijo—. La única manera de ser libre es no casándome.

—Pero, si te casas conmigo, podrás ser libre.

—Si me caso contigo, tendré que hacer todo lo que tú me digas.

—¿Por qué? Mi madre está casada y hoy mismo ha echado a su marido de casa.

Se sorprendió mucho al oír eso. Esperé a que dijera algo, pero se quedó en silencio. Me miró con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

—No te creo.

—Pregúntaselo a ella si quieres. Está en casa de una amiga...

—¡Guardias! —los llamó al instante.

Dos soldados abrieron las puertas del comedor como si les fuera la vida en ello y se plantaron delante de Megara esperando órdenes.

—¡Preparad mi carruaje!

Los hombres de hojalata se miraron muy confusos y uno de ellos dio un tímido paso al frente.

—Ma... ma... majestad, el rey no quiere que salga.

—Decidle al rey que voy con mi prometido a visitar a mi futura suegra. —Me miró de reojo—. Me muero por conocerla.

26

Obviamente, el rey la dejó salir. Estaba encantado con que su hija ya tuviera ganas de conocer a mi madre. Me costó un poco subir al carruaje porque no cabía, pero al final lo conseguí. Eso sí, tuve que sentarme con la espalda encorvada para que mi cabeza no chocara con el techo. Le indiqué al conductor cómo llegar hasta la casa de Ificles, que era donde me había dicho mi madre que estaría y emprendimos el camino. La carroza de Megara era muy bonita, tenía unos acabados plateados con formas de flores y el resto era de su color, ¡cómo no!

—¿Por qué te gusta tanto el verde? —pregunté intentando ladear la cabeza para verla.

Me volvió a mirar como si estuviera escaneándome.

—¿Quién te ha dicho a ti que me guste el color verde?

—Nadie, pero me he fijado en que el vestido que llevas, el que usas para escaparte de los soldados y el carruaje en el que vamos son de este color verdoso... como de bosque.

Cuando dije «bosque» se le iluminó la mirada, pero rápidamente volvió a su posado reticente conmigo.

—Sí, bueno, me gusta la naturaleza.

—A mí también. Cuando me echaron del instituto, tu padre me envió a una cabaña en mitad del bosque con un profesor particular para seguir con mi formación.

—¿Falta mucho? —preguntó al cochero.

—No, majestad, estamos a dos calles.

Resopló.

—Como me hayas mentido y nos casemos, te voy a hacer la vida imposible —me advirtió.

No le dije nada. Estaba deseando llegar para que se lo contara ella misma y demostrarle que no le había engañado. El vehículo giró y

entramos en la calle donde estaba la casa, pero justo vi a mi madre salir. Pensé que ya estaba mejor y quería volver para su casa, pero empezó a caminar hacia el lado opuesto.

—Mamá... —murmuré.

—¡Detenga el carruaje! —ordenó Megara.

El cochero frenó en seco tirando fuerte de las correas de los pobres caballos. Abrí la puerta y bajé intentando no destrozarla con mi cabeza.

—¿Hércules? —exclamó sorprendida.

—¿Adónde vas, mamá?

—Emmm... ¡Uy! ¡Qué tonta soy, si mi casa está por ahí! —Mintió fatal—. ¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué hacías en un carruaje real? ¿Te lo ha dejado el rey?

Megara se asomó por la puerta dejándose ver.

—¿Es usted la madre de Hércules?

Mi madre se llevó una mano al pecho y con la otra me agarró del brazo.

—¿Esa es la princesa Megara? —me preguntó en voz baja.

—Sí, mamá —respondí al mismo volumen.

Volvió la mirada hacia la princesa e hizo una reverencia.

—Para servirla, alteza.

—¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Alcmena, princesa.

—Qué nombre más bonito.

Mi madre me apretó el brazo emocionada.

—El suyo también lo es.

—Se lo agradezco, Alcmena, pero yo tengo nombre de ciudad —respondió Megara.

—Si me lo permite, alteza, yo creo que es al revés: la ciudad tiene nombre de princesa.

Megara me miró de reojo y sonrió.

—¿Le apetece que demos una vuelta por Tebas con mi carruaje?

—Oh, por supuesto, alteza, me encantaría —contestó mi madre.

—No creo que quepamos los tres ahí dentro —afirmé.

—Es que tú no vienes —me interrumpió la princesa.

Mi madre se subió a la carroza, Megara cerró la puerta en mis narices y el carruaje se alejó dejándome en mitad de la calle con cara de tonto, pero no lo suficiente como para que los tebanos no me reconocieran.

Nunca supe qué pasó ahí dentro ni de qué hablaron, pero estuvieron horas. Al final me fui a casa de mi madre porque se hizo de noche y la gente no dejaba de venir a atosigarme. Me quedé sentado en el porche de brazos cruzados, como si yo fuera la madre y ella mi hijo de dieciocho años. Me quedé dormido y me despertó la luz del carro del titán Helios. Se había hecho de día y mi madre aún no había llegado. Entré en casa para ver si estaba en el sofá o en su habitación, pero no la encontré. De pronto, escuché el rebuzno de unos caballos y salí. Eran ellas, estaban bajando del carruaje.

—¡Qué bien me lo he pasado, Meg! —dijo mi madre.

—Yo también, tía... ¡Uy! Mira tu hijo cómo nos mira...

—Pobrecito —dijo mi madre acercándose a mí—. Hércules, cariño, perdona, es que primero dimos una vuelta, después me llevó a cenar, después dimos otra vuelta...

—Me tenías muy preocupado, mamá.

—Pues acostúmbrate —exclamó Megara—, que si tú y yo nos vamos a casar esto se va a repetir.

Miré a la princesa muy sorprendido y fui hacia ella.

—¿Nos vamos a casar? —le pregunté.

Megara me agarró del cuello de la túnica y me plantó un beso en todos los morros.

—Me gusta este verde porque me recuerda al bosque, y el bosque me transmite libertad. Solo me casaré contigo si me juras por tu madre que me harás sentir así.

Miré a mi madre, que nos observaba ilusionada, y asintió. Entonces, volví los ojos hacia la princesa y le dije:

—Te lo juro.

27

La noche después de prometerme con Megara, un recuerdo entró en mi mente como si alguien me lo hubiera quitado para después devolvérmelo. El rey Creonte había prometido construirme una casa en el monte más alto de Tebas, para mi madre y para mí, una vez acabada mi formación como héroe. ¿Cómo se me podía haber olvidado aquello? Era lo único que me motivó a seguir con toda esa estupidez. De haberlo recordado nada más cumplir la mayoría de edad, ya estaría construida y en cuanto hubiese acabado mi misión en el reino de Tespias me hubiera atrincherado allí y quizá no hubiese conocido a la princesa. Cuando se lo dije a Creonte, reconoció que tampoco se había acordado. Era todo muy raro, pero al no encontrarle ninguna explicación no le di más importancia.

Le pedí al rey que se pusieran manos a la obra, ya que seguía queriendo irme a vivir allí, pero ya no solo con mi madre, sino también con Megara. Mientras tanto, nos alojamos en un ala del palacio y mi madre dejó temporalmente su casa para instalarse en la otra ala, donde vivía Creonte. Megara y yo bromeábamos con que su padre y mi madre estaban liados, pero realmente no tenían ese nivel de conexión. Por suerte, Megara se llevaba muy bien con mi madre y en parte era porque ella nunca conoció a la suya. Murió durante el parto. Así que fue ella quien la acompañó durante todo el proceso de los preparativos de la boda: la aconsejó con el vestido, la música... A mí me daba miedo que la agobiara, pero ambas parecían estar encantadas. En aquella época era muy difícil saber si estabas enamorado; de hecho, a veces, soportar a tu pareja ya era un triunfo, teniendo en cuenta que eran los padres los que decidían con quién te casabas, no tú. Sin embargo, Megara y yo nos enamoramos, mucho. Empezamos contándonos nuestras vidas y acabamos siendo incapaces

de estar ni un segundo separados. Nuestros dramas nos unieron. Éramos bastante empalagosos y podíamos estar días sin salir de la cama. Sin apenas conocernos nos lo prometimos todo. Algo impensable ahora, para la mayoría de vosotros, que tenéis miedo hasta de comprometeros con alguien para ir a tomar un té. Esto le hubiera hecho gracia a Megara. Teníamos un sentido del humor muy parecido. A veces se enfadaba un poco cuando le hacía reír mucho porque sabía que lo hacía para escuchar su impresionante carcajada, pero se le pasaba rápido. Es que, si hubiesen existido los móviles, me habría puesto su risa de sonido de despertador. Y a riesgo de que suene a cliché, estar con ella me calmaba. Mi ira, mi enfado y mi odio desaparecían por completo, más que con la música. El amor, su amor, me hacía estar bien. Ojalá pudiera volver a esos días y quedarme allí para siempre. Pero por algún injusto motivo esos momentos se trasladan del presente al pasado y se anclan en un rincón de tu cabeza convirtiéndose en recuerdos.

Llegó el día de la boda. Fue un éxito. Megara estaba preciosa y yo me sentí el hombre más afortunado del mundo. Vinieron todos los invitados, al menos los mortales. Mis hermanos dioses no lo estaban, pero pude verlos sonreír escondidos detrás de unas columnas. Ifícles también acudió, obviamente, acompañado de su ya esposa, Automedusa, que estaba embarazada. También vinieron Filoctetes y Admeto. Me costó reconocerlos, estaban cambiadísimos, pero fueron encantadores.

En un momento dado escuché el chillido de un águila y perseguí el sonido con la mirada hasta que, a lo lejos, la vi encima de una gran roca. Extendió las alas en forma de cruz y al moverlas para alzar el vuelo soltó una chispa silenciosa que solo yo pude ver. Era él. Mi padre había venido. Fue el día más feliz de mi vida, al menos para mí... porque mi madre no disfrutó ni un solo segundo. Estuvo toda la boda mirando a todos lados, como si buscara a alguien. Cuando acabó la fiesta y volvimos a palacio, hablé con ella.

—¿Todo bien, mamá?

—Claro que sí, cariño —respondió fingiendo normalidad—. Contenta de que mis dos hijos ya estén casados.

—Ya... pues por Ificles no sé, pero por mí no te he visto muy contenta hoy. ¿A quién buscabas?

No respondió.

—¿A Anfitrión? —repregunté—. Porque ya sabías que no lo podía invitar, mamá. Pensaba que lo habíamos hablado y que estabas de acuerdo.

—No buscaba a Anfitrión —me respondió.

—¿Entonces?

Hizo una de sus profundas respiraciones y miró a su alrededor para comprobar que nadie nos estaba escuchando.

—No te enfades por lo que te voy a decir, pero tengo un muy mal presentimiento con vuestro matrimonio.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—¿Te acuerdas de que alguna vez te he hablado de Eros, el dios del amor?

Resoplé.

—Pero, vamos a ver... Primero te veo buscando a alguien, luego me dices que mi matrimonio no va a ir bien... ¿Y ahora me hablas del dios del amor? ¡Mamá, por favor, céntrate!

—No grites y escúchame. —Resoplé de nuevo. Me estaba agobiando—. Eros no es el único dios del amor —añadió—. Tiene hermanos y cada uno se encarga de un tipo de amor concreto. Por ejemplo, está Anteros, que es el dios del amor correspondido; pero también está Hímero, que es el del amor no correspondido.

—¿Adónde quieres llegar? —insistí.

—A Himeneo quiero llegar, hijo.

—¿Y quién cojones es Himeneo?

—Pues el dios que se encarga de asistir a todas las bodas.

—Muy bien. ¿Y qué ha pasado? —pregunté vacilón.

—Pues que no ha venido, Hércules.

—¿Y?

—Te lo estás tomando a broma y esto es muy serio —respondió molesta.

—No me lo estoy tomando a broma, mamá. Pero es que hoy estaba teniendo un día precioso, el más importante y probablemente el mejor

que he tenido en mi vida. Me acabo de casar con la mujer más maravillosa del mundo, ha salido todo perfecto y nadie se ha metido conmigo. Pero ahora resulta que no sé qué dios no ha venido.

—Lo siento mucho, hijo, no pretendía estropear nada, pero cuando el dios Himeneo no aparece en una boda...

—¡¿Sabes qué dios sí que ha venido?! ¿Eh? ¡Mi padre! ¿Lo has visto?

Alcé bastante la voz y se asustó.

—No —dijo con la mirada en el suelo.

—Exacto. Así que quizá el dios «Meneo» este, o cómo se llame, ha venido y tampoco lo has visto.

Asintió levemente intentando contener las lágrimas.

—Perdona, cariño, no quería fastidiarte el día.

Se levantó y se fue. Le hablé fatal, pero en ese momento no me importó lo más mínimo. Fuera cual fuera su intención, me estaba haciendo daño y yo solo quería acabar bien el día.

Subí a mis aposentos y ahí estaba Megara, esperándome para rematar la fiesta. Me quité la ropa como si quemara y me tumbé en la cama, pero ella se me quedó mirando confusa, insegura. No era por el sexo, ya lo habíamos hecho, prácticamente, cada día desde que nos prometimos, y era genial. Tenía que ser por otra cosa. Me incorporé y me senté en el borde de la cama. Ella se acercó y se colocó a mi lado. Estaba nerviosa, incluso podía escuchar su corazón. La rodeé con el brazo, dejó caer su cabeza en él y empezó a llorar.

—¿Qué te pasa, Meg, cariño? —pregunté preocupado.

Entonces, ella agarró mi otra mano y la puso en su tripa.

—Estoy embarazada.

28

Llevaba días de retraso y al final ordenó a una de sus criadas que infiltrara en el palacio a un médico o a alguien que supiera decir con exactitud si estaba embarazada. Así lo hicieron y se confirmó lo que más temía.

Como su madre murió al dar a luz, Megara tenía muchísimo miedo de que le sucediera lo mismo. Pasamos la noche en vela hablando de cómo se sentía y de lo que podíamos hacer, y ella me contó algo de un brebaje especial que solo sabían preparar algunas hechiceras y que si te lo tomabas antes de cumplir el primer mes de embarazo podía interrumpirlo. Yo quería tener un hijo con ella, pero quizá aún no era el momento. No se sentía preparada, así que la apoyé en su decisión de interrumpir el embarazo. Si algo le daba más miedo que parir, era que yo la presionara, pobrecita. Se emocionó tanto que saltó encima de mí como una ardilla voladora y nos revolcamos por la cama, el suelo y lo hicimos por toda la habitación. Pero la felicidad no le duró mucho. Al parecer, unos soldados interceptaron al médico y se vio obligado a decirles que Megara estaba embarazada. El rey se enteró y se puso tan contento que emitió un comunicado para todos los ciudadanos de Tebas, sin ni siquiera consultárselo a su hija. Cuando salimos de la habitación, después de nuestra noche de bodas, ya lo sabía toda Grecia.

—¿Que has hecho qué? —exclamó Megara, patidifusa.

—¿Por qué no te alegras? ¡Por fin tendré un heredero! Si sale niño, claro, sino tendréis que seguir intentándolo...

Me dio un par de codazos cómplices. Estábamos en el comedor y nos acababan de servir la comida. Mi madre estaba al otro lado de la mesa con una mezcla de emociones, aún estaba preocupada por lo del dios ese que no vino.

—¡Lo único que te preocupa es tener un sucesor! —le recriminó—. ¿Y si me muero como mamá? ¿Qué? ¿También te dará igual?

El rostro de Creonte cambió por completo. Nunca lo había visto así. Se puso rojo como un tomate y señaló a su hija con una agresividad que parecía que el dedo le iba a salir disparado.

—¡Ni una palabra más, Megara!

—¡O qué! —respondió ella poniéndose de pie.

—¡O te encierro en las mazmorras hasta que des a luz!

No me quería meter porque era una conversación entre padre e hija, pero no iba a permitir que encerraran a mi esposa como si fuera una prisionera. Me levanté de la silla con la intención de enfrentarme a Creonte, pero se me adelantó.

—Por cierto, Hércules, ha llegado una carta del rey Tespio deseándoos mucha suerte en vuestro matrimonio y también dice que te dejaste algunas cosas allí; concretamente, cincuenta. —Se me heló la sangre al oír el número—. Pero no te preocupes que están a buen recaudo y nadie nunca va a saber que son tuyas —concluyó.

Me quedé muy confundido. ¿Me estaba amenazando con decirle a Megara que me había acostado con las hijas del rey Tespio? Yo no se lo había contado por miedo a que se pensara que era como uno de esos príncipes a los que ella escuchaba por los pasillos del palacio; aunque quizá un poco sí lo era. En todo caso, si se enteraba ahora no solo me odiaría por ello, sino por no habérselo dicho. La había cagado, pero bien.

—Oye, si son tan importantes para ti esas cincuenta cosas, podemos ir a buscarlas, ¿eh? —dijo Megara al ver mi cara.

—¡No, no! —exclamé.

—Ahora no puede dejarte sola, debe cuidarte —dijo el rey.

—¡Papá! ¡No insistas! ¡No quiero ser madre!

—Igual no es tan mala idea —le dije.

Megara me miró como si fuera un desconocido.

—Haz caso a tu marido, hija —insistió su padre.

No podía mirarla a los ojos. El miedo a perderla por mentiroso me llevó a traicionarla y sentía que, por querer evitar un problema, lo estaba agrandando. Megara se fue corriendo del comedor entre

lágrimas. Yo hice el gesto de ir tras ella, pero mi madre me detuvo.

—No la fastidies más, Hércules. Ya voy a hablar yo con ella —contestó entre suspiros—. ¡Todos los hombres sois iguales!

Creonte y yo nos quedamos solos.

—En esta vida no te puedes fiar de nadie, Hércules. Tespio me dijo que quería que mataras al monstruo ese, no que preñaras a todas sus hijas. Si no, no te habría animado a ir.

—¡¿Preñarlas?! —respondí indignado.

—Baja la voz... —susurró mirando a su alrededor.

Ificles tenía razón: me engañaron.

—Pero no puede ser que todas estén embarazadas. No me acosté con todas sus hijas.

—¡Pues se lo habrá inventado! ¡Da lo mismo! La cosa es que él quería ser el primero en tener descendientes tuyos y tanto tú como yo no queremos eso.

—¿Qué me estás proponiendo? ¿Matarlos?

—No, hombre, no. ¡¿Qué dices, bruto?!

—¡Ay, no sé! ¡Me estoy poniendo nervioso!

Empecé a dar vueltas en círculos por todo el comedor frotándome la cabeza con las manos.

—A lo que me refiero, Hércules, es que nadie, nunca, sabrá esto... siempre y cuando me des un nieto.

Me detuve.

—¿Y cómo convencerás a los reyes de Tespias para que no vayan diciendo por ahí que tienen descendientes míos?

—Ya lo he hecho.

Cada palabra que salía de su boca desprendía más poder que la anterior.

—¿Cómo? —pregunté intrigado.

—Digamos que Tebas tiene más amigos que Tespias —respondió—. Así funcionan las cosas, hijo. Y más te vale acostumbrarte a ello, porque algún día tú serás el rey de Tebas y tendrás que enfrentarte a estos problemas constantemente.

—¿Es por eso por lo que desde pequeño me has tratado bien? —interrogué.

No respondió. Se le escapó una carcajada, como si mi pregunta fuera una locura, pero era más falsa que el cariño que me tuvo durante todo ese tiempo.

—Si algún día soy rey, solo espero no hacerle a ningún niño lo que me hiciste a mí.

—¿Y qué se supone que te hice? ¿Darte otra oportunidad cuando mataste al profesor Lino?

Cerré los puños y Creonte retrocedió despavorido.

—Hubo un tiempo en el que pensé que me ayudaste con todo aquello, pero nada de eso habría pasado si no me hubieras obligado a ir al instituto.

—¡Serás desagradecido! ¡Gracias a mí eres lo que todos los chicos desean ser! ¡Te he convertido en un héroe, Hércules!

Di un puñetazo en la mesa partiéndola en dos y tirando toda la comida al suelo. El ruido fue tan ensordecedor que un séquito de soldados armados entró por todas las puertas del comedor, pero se detuvieron al verme. Los rostros de todos los que estaban en esa sala se llenaron de pánico. Sabían quién era, lo que había hecho y lo que era capaz de hacer. No era de extrañar que pensaran que su vida podía terminar en cuestión de segundos. Pero no fue así. Mi ira no estaba desbocada. Dentro de mí estaba el amor de mi esposa y eso hacía que no se me fuera tanto la pinza. En lugar de reventarlos como si fueran pompas de jabón, los señalé sin dejar de mirar a Creonte.

—Si esto es ser un héroe, yo nunca quise serlo.

29

No sé de qué hablaron mi madre y Megara, pero logró convencerla de que siguiera adelante con el embarazo. El parto fue un poco largo y lo pasó bastante mal, pero al final todo salió bien. Era un niño, lo llamamos Terímaco. Nació con la cabeza algo hundida y me asusté. Los médicos me dijeron que era algo frecuente y que volvería a la normalidad. Así fue. Los primeros meses de Terímaco fueron horribles. Se pasaba el día y la noche llorando sin parar, no había manera de que se durmiera. Pero también os tengo que decir que lo bueno de ser miembros de la realeza era que quienes se encargaban del niño eran las criadas. Yo dormía plácidamente y a Megara solo la despertaban para que diera el pecho al niño. Cuando Terímaco cumplió un año, Megara parecía no recordar muy bien el sufrimiento del parto y le desapareció el miedo a que le pasara lo mismo que a su madre. Así que me propuso tener otro.

—Para que Terímaco tenga alguien con quien jugar —me dijo.

A mí no me parecía tan buena idea, con uno era suficiente, pero al haber sido yo el que insistió en seguir con el primer embarazo, accedí a tener un segundo.

Este nuevo parto fue mejor. Parecía que una vez superado el primero el siguiente ya iba solo. Fue otro niño, Creontiades. Lo llamamos así en honor a su abuelo. Megara tuvo la idea del nombre, pero no porque amara muchísimo a su padre y quisiera honrarlo de esa manera, sino porque Creonte no le hizo ni puñetero caso a su primer nieto, solo el día del nacimiento, que se puso eufórico al ver que era un niño; después, pasó por completo. Megara pensó que llamándolo así se involucraría más, pero ni de lejos. Mi madre, en cambio, estaba emocionadísima. Era como tenerme a mí y a mi hermano, de nuevo, me decía. Que, hablando de Ificles, él ya había

sido padre de otro niño al que llamaron Yolao.

—Me parece superinjusto que sea yo la que los lleve nueve meses en la barriga para que después se parezcan al padre —se quejaba Megara.

Yo me reía, pero entendía su frustración.

—Si tenemos una niña, quizá se parezca más a ti —le dije.

Se le iluminó la mirada.

—¡Intentémoslo!

Y lo intentamos. El tercer parto fue el peor de todos; pero no por el dolor físico, sino por el dolor emocional que sintió Megara al ver que era otro niño, al que llamamos Deicoonte. Por aquellos tiempos no había tanto conocimiento sobre las emociones. Ahora, viéndolo con perspectiva, estoy bastante seguro de que sufrió una depresión posparto muy bestia. Se pasaba el día llorando en la cama y había que hacer auténticos esfuerzos para conseguir que se levantara e hiciera cosas básicas, como comer. Era desesperante ver como pasaba el tiempo y ella seguía igual.

Un día, Terímaco y Creontiades hicieron algo al respecto.

—Echo de menos la risa de mamá.

—Yo también —dijo Creontiades.

—¡Tú te callas! —le gritó Terímaco.

—¡Oye, Teri, no le hables así a tu hermano! —respondí.

—Jo, es que siempre me copia.

—¡Claro que te copia! Eres su hermano mayor.

—¿Y hasta cuándo seré su hermano mayor?

Me reí.

—Mira, Teri, igual lo que necesita mamá es que la hagas reír, que se te da muy bien.

—¿A mí también se me da bien? —preguntó Creontiades.

Terímaco le iba a decir algo; pero lo agarré, lo puse bocabajo y se empezó a reír.

—¡Claro que sí! ¡Mira cómo se ríe tu hermano!

Creon empezó a dar saltitos de alegría y a aplaudir mientras se contagiaba de la risa de Terímaco. Quizá se parecían a mí, pero la risa era de su madre. Me los llevé a la habitación. Megara estaba tumbada

en la cama, pero al escuchar la puerta se giró hacia nosotros y los niños empezaron a saltar y a hacer tonterías.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

—¡Cosas para que te rías! —anunció Teri, dando una voltereta en el suelo.

—¡Para que te rías! —repitió el otro como si fuera su eco.

Megara puso cara de puchero e hizo un gesto rápido con las manos para que fuésemos con ella.

—Corred a darle un abrazo a mamá. ¡Venga! —los animé.

Saltaron encima de la cama y la abrazaron como si fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Avisa a la criada, cariño —me pidió.

—¿Para qué? ¿Qué necesitas?

Señaló a los niños con la cabeza.

—Me falta uno.

Era la primera vez que pedía estar con Deicoonte desde que nació. Verla abrazando a nuestros tres hijos era lo más bonito que iba a presenciar en toda mi vida. Solo faltaba una cosa para que fuera perfecto: estar en nuestra casa. Hacía tiempo que la habían acabado de construir, pero quisimos pasar los primeros meses de vida de cada niño en el palacio para tener suficiente ayuda. Ahora que Teri y Creon ya tenían unos pocos añitos, era hora de mudarse.

Mi madre prefirió quedarse a vivir en el palacio. Estaba obsesionada con que pudiera ser una molestia, sobre todo para Megara. Sin embargo, venía a casa a visitarnos casi cada día y al atardecer se marchaba al palacio. Siempre la acompañaban un par de criadas y la verdad es que era de muchísima ayuda, y más teniendo en cuenta que yo tuve que empezar a trabajar. Por mucho que yo no quisiera, ser héroe era lo único que sabía hacer, y de algo teníamos que vivir. La única condición que nos puso el rey para que tuviéramos de todo y más era que rescatara ciudades de monstruos, intercediera en guerras estúpidas y moviera rocas gigantes de caminos que habían sufrido algún desprendimiento. Tampoco es que hubiera una opción intermedia de hacer menos y recibir menos. Era todo o nada. Así que lo hice todo.

Fue muy duro. Pasaba mucho tiempo lejos de casa y, aparte de echarlos de menos, me estaba perdiendo la crianza de mis hijos. Cuanto más me alababa la gente a la que ayudaba, más los odiaba por hacerme estar lejos de mi familia. Su felicidad suponía mi tristeza y ellos no lo veían. Estaban tan cegados por lo que creían que yo era que por mucho que me miraran a los ojos a un palmo de distancia, no veían mis lágrimas.

Llegar a casa era el mejor momento. La felicidad de mis hijos al verme superaba con creces la de cualquier ciudad al haber matado al bicho de turno. Mis hijos necesitaban un héroe que trajera a su padre de vuelta, pero nadie iba a hacer eso por ellos, así que un día me harté y decidí hacerlo yo.

Empecé a exigir dinero a los reyes que reclamaban mis servicios. Mucho dinero. Hasta entonces yo lo hacía a cambio del infinito abastecimiento por parte del rey Creonte, pero eso no nos daba ninguna independencia económica; al contrario, estábamos completamente atados. Al principio se negaban, pero yo no estaba por hostias, me bastaba con amenazarlos con irme o dar algún golpe en la pared y hacer temblar sus asquerosos palacios. De un puñetazo me podía cargar a toda una línea sucesoria al trono y se lo hacía saber. Para sorpresa de nadie, cuanto más violento me ponía, más dinero me daban. De esta manera pudimos empezar a ahorrar y mis días como héroe estaban a punto de llegar a su fin.

—He hecho cálculos y con todo lo que tenemos, si dosificamos un poco, podemos vivir durante el resto de nuestra vida —dijo Megara.

—¿Y los niños? —pregunté.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Tendrán suficiente para sus vidas?

—Hostia, cariño. No me jodas. Digo yo que trabajarán, ¿no?

—¿Y si no les dan trabajo por ser hijos míos? —Megara resopló. No había pensado en eso—. No quiero que hagas más encargos, Hércules. Les dijimos a los niños que esto se había acabado.

La rodeé con mis brazos y le di muchos besos en la cabeza.

—Solo uno más. Convenceré al siguiente rey de que me dé una buena recompensa —susurré.

—¡Júramelo! —suplicó.

—Te lo juro.

Y me fui. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá hubiese pensado en otra cosa, en otra manera de traer más dinero a casa sin separarme de ellos. Pero no. Tuve que ir a lo fácil, a lo que ya conocía. Fui idiota, estúpido, imbécil, cobarde... ¡Eso, un maldito cobarde! Y me odiaré siempre por ello.

30

Estuve fuera dos meses. La misión fue fácil: dos gigantes cortaban el camino de entrada a una ciudad provocando que no llegaran suministros y tuve que echarlos. No los maté, no hizo falta, huyeron al verme. El inconveniente fue que estaba muy lejos de casa y los nuevos caballos que tenía no eran tan fuertes como los de Poseidón. Aunque, pensándolo bien, tampoco lo serían tanto si con un golpe ya se convirtieron en un charco de agua. La vuelta a casa fue más lenta que la ida porque volví con cuatro sacos llenos de oro y dinero que pude rascarle al rey. Ahora bien, esa recompensa era más que suficiente para asegurar el futuro de nuestros hijos. La tardanza valía la pena. Llegué a casa de noche, así que me pareció normal que los niños no salieran corriendo a saludarme.

—¡Ya estoy aquí! —anuncié mientras descargaba los sacos del carruaje.

No obtuve respuesta. «Estarán durmiendo», me dije. Pero quise despertarlos, el momento lo valía.

—¡Cariño! ¡Niños! ¡Papá ha vuelto para quedarse! —grité aún más fuerte.

La felicidad que sentía podía notarse en mis palabras. Quería que vinieran a abrazarme y a rebozarnos con las monedas que iban a hacer que no volviera a separarme nunca más de ellos. Pero en lugar de eso oí un temible rugido. Solté los sacos, que cayeron al suelo, desenfundé mi espada y me quedé estático, a la espera de oírlo de nuevo.

No tenía claro de dónde provenía, ni siquiera si era real o me lo había imaginado. Hacía mucho viento y los sonidos viajaban de una punta a otra, así que podía ser cualquier cosa. De pronto, el rugido se repitió y después se escuchó otro seguido de otro diferente a los dos anteriores y luego otro, cada vez más seguidos y a la vez... venían de

casa. El pánico se apoderó de mí.

—¡Megara!

Grité tan fuerte que temblaron las montañas. Corrí a tanta velocidad que del suelo saltaron chispas y desintegré la puerta al atravesarla con la cabeza. Una neblina púrpura llenaba el interior de toda la casa. Estaba muy confundido. Los rugidos venían de todos lados, pero no veía casi nada. De pronto, la cabeza de lo que parecía una bestia gigantesca se abalanzó entre el espesor de ese humo. Tenía el morro de un dragón y unos dientes afiladísimos que parecían mil lanzas. Sacudí la espada en un acto desesperado por evitar que me atacara y lo maté.

—¡Megara! ¡Chicos!

Me temía lo peor. Subí corriendo a las habitaciones, que estaban en el piso de arriba. La neblina estaba por todas partes. Cuando llegué al cuarto de los niños, escuché nuevos rugidos. Venían de dentro. Derribé la puerta de una patada y tres monstruos como el de abajo saltaron encima de mí, pero logré defenderme antes de que llegaran a tocarme.

—¡Terímaco! ¡Deicoonte! ¡Creontiades!

Rebusqué por toda su habitación, disipando ese humo como podía, pero no los encontraba.

—¿Dónde estáis?

Salí corriendo para ir a nuestro dormitorio, pero me tropecé con los cuerpos de las bestias y caí al suelo. Intenté levantarme, pero los brazos me fallaron. Era como si no tuviese fuerzas.

—Pero ¿qué? ¿Qué me pasa? ¡Megara!

Incluso gritar me agotaba. Traté de levantarme de nuevo. Era imposible. Mis brazos no respondían, pero no me rendí. Me arrastré como pude por el pasillo, pero cada vez se me hacía más difícil. Notaba cómo se me cerraban los ojos; ¡hasta los párpados me pesaban! De pronto, la neblina empezó a desaparecer y alguien apareció al final del pasillo. No distinguía bien quién era, solo pude ver que llevaba un largo vestido y unos brillantes zapatos de tacón del mismo color que la bruma.

—Me... Megara...

—Dime, cariño.

Esa no era su voz. Empezó a caminar hacia mí, con muchísima calma.

—Los niños... ¿Dónde...? ¿Dónde están?

Se rio. Tampoco era su carcajada habitual. Cada vez estaba más cerca.

—Pero si los acabas de ver. ¿No te acuerdas?

—No... monstruos... He visto... monstruos.

La tenía en frente, a muy pocos centímetros. Se detuvo y extendió uno de sus pies hasta mi cabeza dejando entrever sus tobillos y el color de su piel. Era gris.

—Quizá no te has fijado bien, vuelve a mirar.

Movió mi cabeza con el pie y la dirigió hasta la entrada de la habitación de los chicos. Allí estaban, en el lugar de los monstruos, muertos. Había matado a mis hijos.

Grité. Grité tan fuerte que ni me salió la voz. La diosa de los tacones lila se agachó y me agarró de las muñecas.

—Te libraste de mis serpientes —me susurró acariciando las marcas de mis palmas. —No podía ser... ¿Hera? Intenté verle el rostro, pero no tenía fuerzas ni para mover el cuello—. Pero nunca te librarás de la culpa de haber matado a tu familia, Hércules.

—No... ¡No! ¡Megara!

Me soltó y se alejó de mí mientras se reía triunfante. Seguí llamando a Megara, pero no respondía. Cuando la diosa desapareció, la fuerza volvió a mí y pude levantarme. Recogí el cuerpo de mis hijos sin dejar de gritar el nombre de mi esposa. Entonces recordé el primer monstruo que había matado y até cabos. Corrí hacia las escaleras y en cuanto empecé a bajarlas la vi. Estaba tumbada en el suelo, encima de un enorme charco de sangre. ¡Mi mujer también estaba muerta! No era capaz de creérmelo. No podía asimilarlo.

Bajé las escaleras muy despacio, esperando que en cualquier momento me despertara en mi cama sudando. Esto debía ser una pesadilla. No podía ser real. Pero cuando llegué hasta ella no me desperté.

—Megara... cariño. Por favor, no... Levántate...

Megara no se movía. Dejé a mis hijos a su lado y les hablé como si sus almas no hubieran bajado ya al inframundo.

—Teri... haz reír a tu madre para que se levante. Va. Y tú, Creon, tú también eres gracioso. Y tú, Deico, cariño. ¡Venga! Haced reír a vuestra madre.

Tampoco se movieron. Entonces me di cuenta. Había pasado de verdad. Sus corazones habían dejado de latir y el único que se escuchaba era el mío rompiéndose en mil trozos.

—Monedas... —murmuré—. ¡Monedas! —grité.

Corrí hacia al carruaje y cogí cuatro monedas de las que se habían volcado de uno de los sacos, volví a entrar a casa y las coloqué en sus manos a toda prisa.

—Por favor... Hades, por favor. Si ha venido Tánatos, que regrese. Caronte, te lo suplico, acepta sus almas... Te daré todas las monedas que quieras... por favor...

Supliqué una y otra vez. No podía ser que después de todo sus almas vagaran cien años por los ríos del inframundo antes de llegar a su destino, ya que a los muertos que no llevaban una moneda, Caronte no los llevaba en su barca... los tiraba al agua. Pero eso no lo iba a saber, al menos por ahora.

Acaricié sus rostros, sus cabellos, los olí, los abracé, los besé. Mis niños, mi esposa... los amores de mi vida... Solo quedaban sus cuerpos vacíos. Estaban muertos y una gran parte de mí murió con ellos. La diosa Hera me había hechizado para ver monstruos en vez de mi familia. Todo este tiempo había estado esperando para ejecutar su venganza en el momento más oportuno y de la manera más cruel. Porque matarte no duele tanto como quitarte lo que más quieres.

Mi madre me había avisado. Ella lo vio venir y yo no le hice caso. Debería haberla escuchado, debería haber tenido en cuenta sus miedos, pero en lugar de eso me dejé llevar, cegado de amor, y ahora lo había perdido todo. Hera tenía razón: nada iba a poder librarme de esta culpa. En un acto de desesperación y como último intento, salí fuera y miré al cielo en busca de una nube, un rayo, un águila, algo que me pudiera comunicar con mi padre, pero no había nada.

—¡Padre! ¡Por favor! ¡Ayúdame!

Nada. Ni el más leve movimiento ni la más mínima respuesta. Insistí varias veces más, pero mis súplicas fueron en vano. Ni Zeus, ni Atenea, ni Hermes, ni Apolo, ni Hefesto... Ningún dios me ayudó. Ninguno. «Acuérdate de los que hemos estado contigo desde el principio y duda de los que vengan después», me dijo mi madre. Y tampoco le hice caso. Mis gritos y mis llantos desvelaron a toda Tebas y a la mañana siguiente Grecia entera se despertó con la noticia: Hércules había asesinado a su esposa y a sus hijos.

31

Pasé de héroe a asesino en una sola noche. La primera persona en subir a casa y ver el escenario del crimen fue mi madre. Su rostro lleno de horror al ver a sus nietos sin vida aún me persigue. Recuerdo que me agarró de la túnica y me sacudió mientras me gritaba qué había pasado. «¡Esto no puedes haberlo hecho tú, no puede ser!», me repetía llorando sin cesar. Se lo expliqué y al horror lo sustituyó el odio. Señaló al cielo y maldijo a Hera y a Zeus una y otra vez sin miedo a nada porque ya se lo habían quitado todo. Luego maldijo a todos los dioses y diosas que se acordaron de mi cumpleaños, pero que no fueron capaces de protegerme, ni siquiera de avisarme, de la venganza de Hera. Y también me maldijo a mí, porque era imposible no hacerlo. Luego me abrazó y lloró más y gritó más, hasta que se escucharon a tumultos de tebanos curiosos subir por la colina.

—Vete —me ordenó.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Lejos.

—Pero ha sido Hera, mamá...

—No puedes... —resopló—. Deja que se lo explique yo, hijo. ¡Vete! ¡Huye a las montañas de las afueras de Tebas y te encontraré! Solucionaremos esto.

El sonido de las ruedas de un gran carruaje se detuvo en frente de mi casa. Era el vehículo del rey.

—¿Megara? ¿Hércules? —llamó Creonte desde fuera.

—¡Márchate ya!

Miré por última vez a mi familia.

—¡Ahora! —insistió mi madre.

Obedecí. Sin mi espada, mi arco, mis flechas... Me levanté del suelo y al salir por la puerta me crucé con Creonte. Estaba confuso y

muy asustado. Intentó agarrarme de la mano, pero me aparté.

—Lo siento...

Corrí hacia mi carro, desaté a uno de los caballos y me subí encima. Vi de reojo cómo el rey entraba en la casa y empecé a cabalgar. Presioné al pobre caballo, que iba lo más rápido posible, para no escuchar los gritos del padre de Megara, pero fue inútil. Descendí la montaña como un rayo, bajo la mirada de la gente, que, con mi rostro de culpa y los alaridos del rey, sentí que ya sabían lo que había pasado. Crucé Tebas sin echar la vista atrás y me adentré en los bosques y en las montañas que me dijo mi madre hasta que el animal no pudo más. Entonces lo liberé y escapó, y yo me quedé allí, arrodillado, destrozado, muerto en vida.

No sé cuánto tiempo estuve ahí. La luz y la oscuridad iban y venían, así que debieron ser varios días. Tampoco recuerdo si dormí o me quedé despierto. De lo único de lo que estoy convencido es de que no me moví ni un centímetro. Me dolían muchísimo las piernas de estar con las rodillas clavadas en el suelo; pero ese dolor físico era lo único que podía competir con el horrible sentimiento de culpa y distraerme, aunque fuera por unos segundos, del dolor de mi corazón.

Pasaron días y noches, y apenas fui consciente de que seguía con las rodillas incrustadas en la tierra, con los ojos cegados por la acumulación de mis lágrimas y lamentándome con balbuceos, hasta que un día escuché que alguien gritaba mi nombre. Pensé que me había vuelto loco de tanto hablar conmigo mismo, pero una mano se posó en mi hombro y entonces, por primera vez en días, me moví. Era Ificles.

—Hércu... —se interrumpió—, hermano.

—¿Lo... lo sabes?

Asintió.

—Alcmena me lo ha contado todo. Me pidió que viniera a buscarte. Ella sabía que estarías por aquí.

Dentro de la catástrofe, esto me hizo sentir un enorme alivio.

—Mis hijos... Megara... Soy un asesino —dije entre sollozos.

Me abrazó.

—Nada de esto es culpa tuya, no has hecho nada malo.

—¿Los demás piensan igual que tú? —le interrumpí—. ¿Creonte? ¿La gente de Tebas? ¿Creen que no es mi culpa?

No respondió.

—Joder, Ifícles —seguí—. Al final me he convertido en un monstruo.

—No eres ningún monstruo.

—¡Para ellos sí! —exclamé.

—¡Pues demuéstrales que se equivocan!

—¿Cómo?

—Ve al oráculo de Delfos antes de que las Erinias vengan a buscarte.

Las Erinias eran tres seres terroríficos encargados de castigar y hacer sufrir con sus látigos, para el resto de la eternidad, a los mortales que cometían cierto tipo de crímenes. Alecto castigaba a los soberbios; Megera, tanto a los infieles como a los que engañaban a sus esposas o maridos, y Tisífone, a los que cometían crímenes de sangre, es decir, a los que asesinaban a miembros de su familia; como había hecho yo. Daba igual que la diosa Hera me hubiera manipulado. Lo único que importaba era que los había matado yo. Eran mis manos las que estaban manchadas con la sangre de mis hijos y de mi querida Megara.

—Quiero que vengan... —murmuré.

—¿Cómo dices?

—¡Que vengan! ¡Que me hagan daño! ¡Que me torturen!... ¡No merezco ningún perdón ni lo quiero!

—No sabes lo que dices, Hércules...

—¡No lo sabes tú! ¡Necesito sufrir! Es lo único que puede aliviar el dolor que siento.

Ifícles miró al suelo. Se le veía desesperado, decepcionado. Incluso cuando estaba en silencio se podían escuchar sus pensamientos dando vueltas en su cabeza.

—¿Y si pudieras recuperarlos? —soltó.

No respondí. Sacudí la cabeza en señal de que no entendía a qué se refería.

—A Megara, a vuestros hijos... —precisó.

—¿Qué estás diciendo?

—Orfeo... Orfeo casi lo consigue.

De pronto lo entendí todo.

—Ificles, por favor, no juegues con esto.

—No estoy jugando. Te lo estoy diciendo en serio. Si hay un mortal que puede bajar al inframundo e intentar recuperar a su familia, ese eres tú.

Resoplé ante el miedo de poder tener alguna esperanza y salir de la comodidad de la desesperación.

—¿Y si no lo consigo?

—No tienes nada que perder, hermano.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

—Primero debes ir al oráculo para que te guíe en busca del perdón. Después podrás pensar en eso.

—Antes quiero ver a mi... a nuestra madre.

—No puedes volver a Tebas.

—Pues tráela.

Suspiró y negó con la cabeza.

—Ha tenido que volver con Anfitrión.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—La echaron del palacio y la obligaron a volver con su marido para que no escapara. Pero está bien, no te preocupes. Mi madre... Bueno, ya me entiendes. Está cerca y me irá informando de todo. Hoy iré a verla y le diré que he hablado contigo y que irás al oráculo. Seguro que se pondrá contenta.

—¿Ella quiere que vaya?

—Por supuesto. Ya ha perdido a sus nietos. No tiene por qué perder a su hijo también.

Nos abrazamos de nuevo y me indicó el camino hacia Delfos. Quiso ayudarme a levantarme, pero me negué.

—Iré de rodillas —le contesté.

Y así lo hice.

32

Durante el camino a Delfos estuve pensando en la posibilidad de recuperar a mi familia. No conocía nada de Hades. La gente no hablaba de él porque temían que eso fuera a provocar que la muerte se los llevara antes de tiempo. Solo conocía los tres posibles destinos de los muertos: El Tártaro, donde iban los mortales que habían sido malos; los Campos de Asfódelos, donde iban los mortales que no habían sido malos, pero tampoco buenos, y los Campos Elíseos, donde iban los héroes. Allí hubiese acabado yo si no hubiera pasado nada de esto. Megara y nuestros hijos debían estar en los Campos de Asfódelos, en el caso de que hubiese puesto a tiempo las monedas, de lo contrario... no quería volver a pensarlo. Pero ¿cómo debía de ser Hades? La gente lo temía; pero, realmente, ¿qué había hecho comparable con otros dioses? Solo se me ocurre el secuestro de su sobrina Perséfone, que ahora era reina del inframundo y, sin ánimo de justificar el secuestro, se decía que estaba muy a gusto en su nueva posición. ¿Era Hades tan malo como la gente creía? ¿O me iba a dar una oportunidad para recuperar a mi familia como hizo con Orfeo? Sin duda, iba a averiguarlo.

A las pocas semanas llegué a Delfos, hambriento, deshidratado y exhausto. Las personas que hacían cola para hablar con la pitia, la sacerdotisa del oráculo encargada de responder a nuestras preguntas, se apartaron al verme. Huyeron entre gritos de pánico, e incluso algunos inconscientes se atrevieron a escupirme desde la distancia y a insultarme, pero sin dejar de correr.

Me quedé solo ante ella. Avancé lentamente, arrastrando las rodillas hasta situarme en el borde de su estrado. Era una mujer con la espalda curvada, envuelta en una tela roja color sangre por la que se intuía la parte inferior de su rostro y sus delgadas manos. Fui a

hacerle la pregunta, pero alzó uno de sus interminables dedos para que guardara silencio.

—Hércules, el futuro rey de la Argólida debiste ser, pero otro descendiente de Perseo se avanzó y ahora tú debes servirle diez veces si quieres recibir la inmortalidad y el perdón.

—¿La inmortalidad? —pregunté estupefacto.

—Diez veces, sea lo que sea, lo que pida, y deberás cumplir, aunque conlleve arriesgar tu vida —insistió con su voz aguda.

—Un momento, el rey de la Argólida... ¡es Euristeo, el de los ojos, el que fue conmigo al instituto!

—A Tirinto debes ir. Ahí vive el rey Euristeo. Te esperan. Debes partir.

—Pero, espera. ¿Te refieres a que debo servir a Euristeo? ¿Diez veces? ¿Es eso?

La pitia sin abrir la boca, asintió levemente. Acto seguido, movió el dedo y señaló al oeste.

—¿Qué hay ahí? No lo entiendo —pregunté confuso.

Alzó un poco la barbilla, mostrando parte de su boca. Vi cómo intentaba decirme algo moviendo los labios, pero no conseguía adivinar el qué.

—Es que no sé qué dices, ¿por qué no me hablas? Si hasta ahora lo estabas haciendo...

—¡Tirinto! —gritó—. ¡Por ahí se va a Tirinto, chico, que no te enteras!

—Ay, bueno, perdona. Es que no te estaba entendiendo. Vas con la capa esta y no se te ve del todo bien...

—¡Es que esa es la gracia! ¡Oh! Maldita sea. Tienes suerte de que me obliguen a ser más concreta con el hijo de un dios, que si no...

—¿Quién te obliga?

La sacerdotisa chasqueó los dedos y desapareció, dejándome con la intriga. Al menos sabía lo que tenía que hacer: servir al ya rey psicópata coleccionador de ojos. Me pregunté si eso significaba que iba a poder verlo. La última vez que coincidimos casi lo logro, pero los soldados me lo impidieron. ¡Cuánto misterio! ¿Y lo de inmortal? Era irónico que eso fuera una especie de premio cuando hacía nada que

me quería morir, aunque quizá ser inmortal pudiera ayudarme a recuperar a mi familia.

Mientras le daba vueltas a aquello, vi que a mi lado había una fuente. Consideré que ya me había castigado lo suficiente y ahora debía recuperar fuerzas para poder cumplir esas tareas, que lo mismo podía ser matar a monstruos o quitar ojos de gente para su colección. En todo caso, fuera lo que fuera, estaba dispuesto a hacerlo; todo por devolverle la vida a mi familia. Sumergí la cabeza en la fuente y estuve un rato bajo el agua, disfrutando de cómo reaccionaba mi piel después de haber estado días sin recibir una sola gota de algo que no fueran mis lágrimas o sudor. Saqué la cabeza y sacudí mi melena rizada.

—Es una pena que sea un asesino. Tiene un pelo precioso —susurró alguien.

Me giré y vi a toda la gente que se había marchado escondida detrás de árboles y columnas, cuchicheando. Estaban esperando a que me fuera.

—¡Ya me voy! —exclamé.

—¡A ver si es verdad! ¡Que tengo un pastel en el horno! —gritó una anciana.

—Anda que tú también, sabiendo la cola que hay aquí siempre... —le respondió otra señora que iba con ella.

Pensé en explicarles que todo había sido obra de la diosa Hera; pero, viendo cómo habían reaccionado desde un principio, no creí que fuera a ser fácil y necesitaba que lo fuera, así que decidí irme. Siguieron hablando y puse rumbo hacia la dirección que había indicado la pitia.

A los pocos días llegué a la entrada de la ciudad de Tirinto. Me sorprendió ver que las murallas estaban completamente desprotegidas y solo se escuchaba el sonido de la brisa. Desde fuera parecía una ciudad fantasma. Daba un poco de mal rollo. Avancé despacio hasta las puertas de la fortaleza y, cuando estuve a punto de golpearla con el picaporte, se abrieron. Al otro lado aparecieron centenares de soldados, como aquellos que acompañaban a Euristeo a las clases, que ahora debían haber estado completamente congelados e incluso

aguantando la respiración, porque en cuanto hacían el más leve movimiento sus armaduras hacían un ruido horrible que no te dejaba ni pensar, pero supongo que ellos ya debían estar acostumbrados. A no pensar, digo.

—¿Esto es Tirinto? —pregunté.

Uno de los soldados sacó una trompeta y la hizo sonar con tanta fuerza que sus pulmones debieron exprimirse como una naranja.

—¡Su majestad el rey Euristeo, dueño y señor de toda la Argólida, le espera! —anunció con lo que le quedaba de oxígeno.

El soldado hizo un gesto para que lo siguiera y obedecí. En cuanto crucé las puertas, las cerraron de inmediato. Después, los demás soldados colocaron sus manos en la empuñadura de sus espadas, me rodearon y empezaron a caminar conmigo, avanzando a mi ritmo, sin quitarme el ojo de encima.

Más hombres de hojalata aparecieron en los tejados de las casas, las torres y las murallas apuntándome con los arcos. Seguimos caminando por la ciudad. Parecía que no viviera nadie más que los soldados del rey. Las casas eran muy bonitas y no parecían estar abandonadas. Las ventanas estaban tapadas con cortinas, quizá la gente estuviera escondida tras ellas. Daba la sensación de que me tenían pánico. Un poco raro viniendo de la ciudad de un rey con un fetiche ocular. De pronto, giramos por una calle y al final de esta se alzaba el palacio de Euristeo. Era gigante, mucho más grande e imponente que el de Tespio y el de Creonte. No solo era una construcción ancha, sino que también era muy alta. Tenía muchas torres, incluso encima de algunas de estas había más torres pequeñitas, como si fueran tenedores. Todo el edificio era de un color blanco que daba miedo, debía ser la única estructura en la que los pájaros no se atrevían ni a sobrevolar. El soldado al que seguía se detuvo a pocos metros de las puertas. Los demás lo imitaron y mis oídos pudieron descansar del terrible estruendo de sus armaduras en movimiento, pero no por mucho tiempo, la maldita trompeta sonó de nuevo.

—¡Su majestad Euristeo! ¡Rey de toda la Argólida! —gritó.

Todos los soldados se arrodillaron al mismo tiempo de cara al

palacio, pero yo no. No entendía porque hincaban la rodilla si el rey no estaba.

—Arrodíllate ante tu rey —me ordenó en voz baja uno de los soldados que estaba a mi lado.

—Pero ¿qué rey?

—Su majestad Euristeo, rey de toda...

—Rey de toda la Argólida —lo interrumpí—. Que sí, pero ¿dónde está? Aquí no hay nadie.

El soldado resopló frustrado y señaló arriba.

—Está en lo alto de esa torre.

Alcé los ojos y vi una torre perfectamente alineada con la entrada al palacio, que destacaba por encima de las otras. Estaba muy lejos, pero se podía ver un balcón y lo que parecía ser la silueta de una persona.

—Pero ¿cómo sabéis que es él? Podría ser cualquiera, incluso un armario...

De pronto, mi nombre retumbó por toda la ciudad, como si un monstruo me hubiera hablado.

—¡HÉRCULES!

Me asusté tanto que me arrodillé de inmediato. La misteriosa voz se rio.

—¿Este es Euristeo? —pregunté.

El soldado asintió tembloroso. Miré arriba, al balcón, y vi cómo la silueta gesticulaba, como si estuviera hablando, pero no comprendía por qué se escuchaba de esta manera, su voz venía por todos lados.

—Es un placer tenerte como esclavo —añadió el rey—. Aunque es una pena que tu familia no viva para verlo. ¡Ja, ja, ja!

Me quedé congelado unos pocos segundos intentando digerir la barbaridad que me acababa de decir y reaccioné. Me puse en pie y corrí hacia el palacio, llevándome por delante a todos los soldados que estaban en mi camino.

—¿Adónde crees que vas! ¡Soldados! ¡Detenedlo! —gritó.

Los soldados salieron volando como si fueran balones de playa. Salté encima de la fachada, me clavé en ella con mis manos y mis pies y empecé a trepar a toda velocidad a base de agujerear la pared. Los

arqueros dispararon, pero yo iba tan rápido que no conseguían darme. Otros guardias intentaban sorprenderme desde las ventanas del propio palacio, pero tampoco llegaban a tiempo. Se escuchaban gritos de horror por todas partes, pero nada me detuvo. Conseguí llegar al balcón y, como era de esperar, Euristeo ya no estaba. Pasé al interior del palacio. Entré en un dormitorio gigantesco, con una cama enorme, incluso más grande que la de cuando estuve en Tespias; pero no todo iba a ser diferente... en el suelo había una moqueta, sí; pero no era una moqueta de cualquier color, no, era otra maldita moqueta de color granate.

—¡¿Es que no hacen moquetas de más colores?! —grité furioso.

Se escuchó un pequeño chillido y unos pasos que venían de detrás de una puerta, seguidos del singular sonido del collar de Euristeo. Era él. Corrí hacia esta y la reventé con el hombro. Había unas escaleras de caracol que descendían y los pasos no andaban lejos. Bajé a toda prisa haciendo temblar toda la estructura y cuando había dado no más de diez pasos me topé con un chico.

—¡Eh! —exclamé.

Estaba de espaldas, bajando a toda prisa. Lo agarré del cogote como una perra a sus crías y lo apoyé en la pared, pero al verle el rostro me contuve. Era un chico monísimo, con unos grandes y preciosos ojos verdes que parecían dos esmeraldas y una media melena rubia platino y lisa como un bloque de hielo. Tenía un rostro de lo más inocente y bondadoso, obviamente era más bajo que yo, pero dentro de la estatura media de los mortales no mestizos. Iba con una túnica holgada, pero se veía que era delgadito. Pensé que debía ser un criado del rey. Lo bajé con cuidado.

—Perdóname, no quiero hacerte daño...

—No me has hecho daño.

Tenía una voz preciosa, muy dulce, suave como la gente que hace sesiones de meditación guiada, vídeos de ASMR... Esa gente que tiene el don de relajarte, de hacerte sentir que todo va bien y que ningún problema es importante con solo hablar. Con esas cinco palabras mi ira disminuyó y, por primera vez, desde la muerte de mi familia, pude sentir un poco de calma.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Euristeo.

Se me escapó una risilla por debajo de la nariz.

—¿Acaso el rey os pone su nombre a todos los criados?

El chico introdujo su mano en el interior de su túnica, por la zona del cuello, y sacó un collar del que colgaban muchas bolas doradas. Sujetó unas cuantas y me las mostró.

—Estos son los criados. Yo soy el rey.

33

Me quedé en *shock*, incluso decepcionado. Me lo imaginaba de cualquier otra manera, pero así no. Fue como si hubiesen hecho una película horrible de mi libro favorito. Euristeo no podía ser así de bello. Tenía que ser asqueroso, sucio, feo como un arbusto quemado... ¿Y su voz? No podía sonar al canto de una musa. Debía parecer que en vez de cuerdas vocales tuviera una autopista con un perpetuo atasco de camiones.

—Me estás engañando. Tienes órdenes de hacerte pasar por él y protegerlo —le dije.

Resopló poniendo los ojos en blanco e hizo un gesto para que lo siguiera. Me llevó al balcón, extendió una especie de tubo de hierro que había escondido en el centro de este y acercó su boca.

—¡Soldados, vuelvan a sus puestos!

Era exactamente la misma voz que retumbó por todos lados.

—¿Cómo...? ¿Qué es eso? —pregunté confuso.

—Lo que hace que la gente me tome en serio —respondió—. Esto lleva a dos canales que están construidos en el interior del palacio para que no se vean desde fuera, y acaban en cada lado.

—¿Por eso parece que estás por todos lados?

Asintió. Los soldados salieron del palacio y volvieron a la muralla.

—Sabes que si intentas matarme jamás serás perdonado, ¿no?

Me costaba seguirle todas las frases. Era demasiado agradable escucharlo.

—¿Por qué iba a querer matarte?

Entonces señaló los agujeros que había hecho en la fachada del palacio y recordé lo que había dicho de mi familia. Intenté imaginármelo saliendo de él, pero me resultaba muy difícil.

—¿Puedes repetirme lo que has dicho, pero con tu voz? —añadí.

Euristeo retrocedió asustado.

—¿El qué?

—Lo de que quieres tenerme como esclavo, lo de mi familia. —Sus ojos se abrieron como dos enormes ventanales y negó con la cabeza. Me dio mucha pena. Fue como si hubiera pisado la cola de un perro sin querer—. Ay, no, no, perdón —añadí.

—¿Perdón por qué? —preguntó.

—No sé. Has puesto una cara que me ha dado como pena.

Se llevó las manos a la cabeza y gritó de frustración, aunque más bien sonó como una cajita de música para dormir.

—¡Por cosas como estas la gente no debe verme! —exclamó—. Tenías que haberte quedado ahí abajo y cumplir los trabajos que te ordenase.

—Bueno, bueno, tranquilo. Si quieres, vuelvo a bajar y hago como si no hubiera pasado nada, como si no te hubiera visto.

—Si le dices a alguien cómo soy, nunca terminarás los diez trabajos.

Me amenazó, pero sonó a consejo de abuela cariñosa. Mi objetivo era cumplir con lo que me mandara y recuperar a mi familia. Acepté. Descendí por los mismos huecos que había provocado, intenté no pisar los soldados que aún no se habían recuperado de mi placaje y volví a situarme en frente del palacio con la rodilla pegada al suelo.

—Hércules, el héroe que se convirtió en asesino. ¡Ja, ja, ja!

Estuve a punto de volver a subir a por él. Desde abajo no daba tanta pena, pero me contuve.

—Tienes bastantes trabajos por delante, así que empezaremos con uno fácil —siguió—. Nada que no hayas hecho antes. En Nemea hay un león. Mátalo.

¿Matarlo y ya está?, me pregunté. Parecía muy fácil. Hice el gesto de irme, pero un soldado me gritó para que aguardara. Vino hacia mí con algo grande envuelto en una manta y me lo entregó.

—De parte de su majestad, el rey Euristeo —dijo el soldado.

Quité la tela y en el interior estaban el arco, las flechas y la espada que me regalaron mis hermanos por mi cumpleaños. Sí, la espada con la que cometí el terrible crimen; pero no había ni rastro de aquello,

estaba limpia y brillante.

Euristeo tenía toda la pinta de querer ser un ser monstruoso de puertas para fuera, pero que hubiese recuperado mis armas para no dejar que me enfrentara a mi primer monstruo sin ellas demostraba que realmente era un trozo de pan. Lo del collar de ojos que llevaba en el cuello seguro que eran de mentira, otra falsa leyenda. Me armé y puse rumbo hacia Nemea, pero nada más salir de Tirinto, apareció otro soldado que me entregó un precioso caballo marrón.

—De parte de su majestad, el rey Euristeo.

Cada vez me caía mejor. Todo lo que me había dicho a través del tubo ese estaba más que olvidado. Solo lo decía para mantener el personajillo este de rey loco y cruel. Estos detalles, claramente, eran una disculpa por sus palabras. Estaba más que perdonado. Me subí encima del animal y fuimos a por ese león. El caballo tenía muchísima resistencia, tuve que obligarlo a descansar y a beber agua porque parecía que no se iba a detener hasta llegar a nuestro destino. Era muy hermoso, estaba muy bien cuidado y más que montarlo lo que daban ganas era de verlo correr y saltar en libertad. De hecho, eso era lo que iba a hacer en cuanto acabara este primer trabajo, ya que ahora era mío y podía tomar esa decisión.

A los pocos días llegamos a Nemea y enseguida nos topamos con el rastro del león. Unas huellas enormes de lo que parecían sus garras que se adentraban a una zona muy montañosa. Avanzamos cautelosos mientras intentaba pensar en una simple estrategia para atacarlo; pero, de pronto, a varios metros de distancia, tumbado encima de una roca que sobresalía a cierta altitud, estaba el león durmiendo plácidamente. Era gigante, mucho más grande que el de Citerón, pero aun así podía cargármelo incluso con los ojos cerrados. Quizá os parezca de cobarde, pero no me molesté ni en despertarlo. Aproveché la situación. Sin bajarme del caballo, preparé el arco, saqué una flecha y apunté a su cabeza para que tuviera una muerte rápida. Tensé la cuerda al máximo y disparé. Impactó a toda velocidad en el cráneo de la bestia, pero la flecha que me había regalado el dios Apolo se destruyó por completo. Fue como disparar a una pared con un garbanzo. El león abrió un ojo y me sonrió.

—No puede ser, no puede ser... —dije en alto.

Saqué otra de mis flechas y la palpé bien para asegurarme de que eran las mías y no me habían hecho el cambiazo, pero lo eran. Incluso intenté doblarlas y no pude. Eran mis flechas, las que me había regalado Apolo. La coloqué en el arco y le volví a disparar, esta vez en el lomo, pero la flecha se desintegró en cuanto tocó su piel. El león se levantó, orgulloso, y sin dejar de mirarme me dedicó un rugido que sonó como una carcajada. Me sentí humillado. Bajé del caballo y desenvainé mi espada.

—¡¿Crees que te puedes reír de mí?! —grité furioso.

El león volvió a sonreírme y saltó de la roca. Entonces corrí hacia él, pero aterrizó en el suelo antes de que yo llegara y brincó de nuevo. Voló por encima de mí y levanté la espada para intentar herirlo, pero en cuanto la punta de mi arma toco su piel, se escuchó un terrible chirrido y del choque salieron chispas.

El animal se abalanzó encima del caballo y lo aplastó como si fuera un pastel. Me quedé congelado, muerto de miedo, observando cómo esa bestia indestructible se comía a mi precioso nuevo caballo. Euristeo no había recuperado mis armas porque tuviera un buen corazón, sino porque no me iban a servir de nada. Me habían vuelto a engañar. Ese león no era inmortal, pero tampoco iba a poder acabar con él así como así. Debía hacerlo con mis propias manos y aún no estaba preparado. Tenía claro que no me iba a rendir. No le iba a dar el gusto a Euristeo de verme muerto. Así que aproveché que el león estaba distraído para irme. Tenía un largo entrenamiento por delante.

34

Estuve semanas arrancando árboles de los bosques de alrededor de Nemea. Pero no os preocupéis, que los volvía a plantar. Mi fuerza bruta aumentó y cuando me sentí preparado para volver a por el león, vi un árbol tan grande que hacían falta diez como yo para rodearlo, así que me puse el objetivo de arrancarlo antes de ir a por mi primer trabajo. Pasaron días y noches, mis brazos estaban en carne viva de tanto rozarlos con la corteza, pero al final lo conseguí. Lo saqué de cuajo. Ahora sí que estaba preparado.

Era un árbol muy robusto y viejo y al dejarlo de nuevo en el suelo una de sus gigantescas ramas se desprendió y cayó sin quebrarse ni un poquito. Mi espada y mis flechas no me habían servido, pero aparte de mis propias manos, un arma que funcionara a base de golpes me iba ser de gran de ayuda. Recogí ese trozo de árbol y me fabriqué un garrote. Dormí un día entero y a la mañana del siguiente puse rumbo a Nemea, con la espada a un lado, el arco y las flechas a mi espalda y el garrote en una mano. El león volvía a estar en la misma roca, parecía no haberse movido desde entonces. No iba a malgastar una flecha, así que le tiré una piedra del tamaño de mi cabeza que había en el camino. Le di en la cabeza y casi lo tiro de la roca.

—¡Buenos días! —le grité con burla.

Le tenía unas ganas tremendas y me tomé el privilegio de vacilarlo como él había hecho conmigo en nuestro primer encuentro. Sí, me estaba poniendo a la altura de un animal, pero es que en ese momento yo estaba hundido en la miseria más absoluta... No pretendo justificarme, simplemente, contextualizar. El león me reconoció, o eso creí yo. Me sonrió como la primera vez y volvió a rugir de aquella manera tan humillante.

—¡Va! ¡Ven aquí! ¡Cagón!

Hice aspavientos, intenté mostrarme desafiante y hasta gruñí. Desde fuera se vería superridículo. Bajó de la roca y nos pusimos frente a frente. Me di golpes en el pecho como un gorila enfurruñado y el león corrió hacia a mí. Entonces sujeté el garrote como si fuera un bate de béisbol y le pegué tremendo viaje en la cara que le debí reactivar recuerdos hasta de su infancia. El pobre animal cayó al suelo y se pasó sus garras por la cara como si aquel gesto le fuera a aliviar el dolor.

Aproveché que estaba trastocado y salté sobre él. Le rodeé el cuello con los dos brazos y apreté tan fuerte como lo hacía con los árboles. A los pocos minutos, el león dejó de respirar. Esta vez no sentí pena, no porque la pobre bestia se lo mereciera, sino porque era la única forma de lograr recuperar a mi familia y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Mientras observaba su cuerpo sin vida, me fijé en que alrededor del cuello tenía un corte que parecía bastante reciente y yo no se lo había hecho. Había sido él. La única manera de perforar su piel era con sus propias garras. Sentí envidia. Ojalá pudiera ser yo el único capaz de herirme a mí mismo, como el león de Nemea.

Estaba muy enfadado con Euristeo y quería arrancarle su preciosa cabeza, pero eso no podía ser posible, así que tuve una idea para asustarlo. Habían pasado un par de meses desde que salí de Tirinto y nadie me había vuelto a ver, así que probablemente me hubiesen dado por muerto, y más teniendo en cuenta que Euristeo no me había dicho que al león no se le podía matar con mis armas. Así que se me ocurrió volver a Tirinto por todo lo alto.

Despellejé a la bestia con sus propias garras y con la piel de su cabeza me hice un sombrero. Toda la majestuosa melena del león ondeaba en mi cogote y su morro y el resto de su rostro reposaban encima de la cabeza. No estoy a favor de vestir pieles de animales, pero eso sucedió en un contexto muy concreto y con ningún fin estético, que quede claro. Bueno, quizá un poco estético sí, pero la intención era asustar a Euristeo y a todos sus hombres de hojalata.

Cuando volví a Tirinto, la ciudad era otra. Había gente normal haciendo sus compras tranquilamente, hasta que me vieron entrar,

esta vez no me esperaban. La gente empezó a gritar como si fuera el final de sus vidas y corrían de vuelta a sus casas. Soldados aparecían de la nada, pero en cuanto me veían con el león en la cabeza se detenían e incluso algunos huían despavoridos.

—¡Ha vuelto! ¡Hércules ha vuelto y ha matado al león! —gritó uno de ellos corriendo hacia el palacio.

—¿Cómo sabes que lo ha matado? —le preguntó otro.

—¡Porque lo lleva encima!

El soldado me miró y chilló como una puerta oxidada.

Yo seguí avanzando con cara de mala hostia mientras que todos a mi alrededor se volvían locos. Llegué hasta el palacio y me planté en el mismo sitio que la otra vez, clavé la rodilla al suelo y miré hacia el balcón del rey.

—¡Siguiente! —grité.

—Vaya, vaya... ¡Menuda sorpresa, Hércules! Ya me había olvidado de ti... —exclamó con su falsa voz.

Intentaba mostrar seguridad, pero se podía notar su nerviosismo.

—Ya que te ha parecido tan fácil que hasta te has hecho un sombrerito, ¿qué te parece si subimos un poco el nivel?

Extendí los brazos y moví las manos en señal de que me ordenase lo que quisiera.

—Bien, Hércules, bien —añadió—. En el lago Lerna, hay un monstruo proveniente del inframundo al que la gente llama Hidra. ¡Acaba con ella! Si puedes... ¡Ja, ja, ja!

Los seres del inframundo eran los monstruos más terroríficos que existían, pero no le iba a mostrar ni un ápice de este miedo al desgraciado de Euristeo. Me levanté y me fui de Tirinto con la misma confianza con la que entré, aunque por dentro estuviera ahogándome en un mar de dudas. Esta vez ningún soldado me dio regalos de parte del rey, ni siquiera un caballo, así que me fui caminando.

Para mí, caminar por tantos reinos, montañas y bosques durante días y noches era algo posible, no solo por ser hombre, sino por ser yo. Desde siempre las mujeres han tenido miedo de ir solas por lo que les podía hacer un hombre, pero en esa época los hombres también tenían miedo de ir solos, por según qué sitios; no solo por lo que les podía

hacer algún otro, sino por lo que les podían hacer otros seres. En mi caso, el privilegio era mayor, pues el único peligro que había por donde paseaba era yo. A no ser que por mi camino se cruzara la diosa Hera.

No sabía nada de este monstruo, al menos no por el nombre; pero, cuando llegué a Lerna y lo vi, recordé alguna historia que me había contado mi madre de pequeño sobre dos bestias que protegían las entradas del inframundo. Uno era un perro de tres cabezas llamado Cerbero y el otro era una bestia grandiosa con varias cabezas de serpientes, la Hidra.

Siete cabezas tenía, concretamente, cuando la vi. Si esa historia era cierta, por ahí debía haber una entrada al reino de los muertos, pero solo vi rocas montañosas alrededor del lago sin ninguna entrada aparente. El monstruo me vio y empezó a gruñir. Dirigió todas sus largas cabezas hacia mí, pero sin ninguna actitud de ataque, más bien parecía que me estuviera oliendo. Yo era un intruso para ella, pero no parecía que me considerara una amenaza, ventaja que, obviamente, aproveché. Desenfundé mi espada y de un solo movimiento le corté las siete cabezas, que impactaron en el suelo haciéndolo temblar mientras el resto de su cuerpo se hundía en el lago. No tenía tiempo que perder, me esperaban más trabajos. Los cuellos soltaron un líquido verdoso del mismo color que su piel y me habían dejado la espada perdida. Me acerqué al agua y sumergí el filo para limpiarlo. Pero, de pronto, del lago emergieron burbujas.

—¡Hércules! ¡Detrás de ti! —gritó alguien.

Me giré y vi a un cangrejo gigante con las pinzas hacia arriba corriendo hacia mí. Lo esquivé de un salto y el bicho cayó al agua.

—¿Quién eres?

—Estoy aquí, tito Hércules.

Seguí el rastro de su voz y lo encontré detrás de una roca. Era mi sobrino Yolao, el hijo de Ificles.

—Pero ¡¿qué haces aquí, Yolao?! ¡¿Estás loco?!

—¡No estás en un combate justo, tito! ¡La diosa Hera está ayudando a Euristeo! ¡Ese cangrejo es de ella! ¡Cuidado!

El cangrejo volvió a aparecer y lo esquivé de nuevo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—La gente habla, las ninfas hablan... Y te he seguido, claro.

—¡Maldito niño inconsciente! ¡Cómo se entere tu padre...!

—¡Cuidado!

El cuerpo sin cabezas de la Hidra emergió del agua y empezó a sacudirse. Parecía que iba a explotar en cualquier momento. Unos bultos aparecían y desaparecían en su interior como si buscaran una salida y, de pronto, de cada herida de la bestia, en la que antes había una cabeza, aparecieron dos. Me quedé petrificado. No podía ser verdad. Yolao volvió a gritarme, pero no lo escuché. Salté encima de la Hidra y empecé a cortarle todos y cada uno de sus cuellos, una y otra vez; pero cuantas más cabezas cortaba, más salían.

—¡¡Euristeo!! —grité furioso.

El segundo trabajo tampoco iba a ser fácil.

35

En un momento dado, había tantas cabezas que era imposible contarlas. Me escapé como pude de encima de ella e intenté esconderme detrás de la misma roca que Yolao para pensar un plan para sacarlo de ahí; pero el maldito cangrejo no paraba de perseguirme. Por si fuera poco, la Hidra empezó a escupirme. Al principio pensé que lo hacía para humillarme, cosa que me pareció inmadura y asquerosa, pero uno de sus escupitajos cayó encima de uno de los pocos arbustos que había y en cuestión de segundos el árbol se había podrido. Su baba era venenosa.

—¡Encárgate del cangrejo! ¡Yo distraigo a la Hidra! —gritó Yolao disparándole flechas.

No podía permitir que le pasara nada a mi sobrino y cargar con más muertes familiares en mi conciencia; pero aquella era la única manera de concentrarme en deshacerme del maldito crustáceo, y así lo hice. Salté sobre él y lo aplasté. En ese momento sentí que era lo más cerca que estuve de matar a Hera, ya que había sido enviado por ella. Con el tiempo entendí que simplemente había sido manipulado para hacerme daño. Una vez eliminado uno de los dos enemigos, solo me tenía que preocupar del que faltaba. Le pedí a Yolao que se fuera, pero se negó.

—¡Creo que ya sé cómo acabar con la Hidra! —exclamó.

—¡Yolao! ¡Por favor te lo pido! ¡Lárgate! —le supliqué.

Mi sobrino obedeció y me volví a quedar solo frente al monstruo. No tenía ni idea de cómo acabar con él. No le podía cortar cabezas porque le salían más. Y si me quedaba quieto me tiraría uno de sus lapos venenosos. No se me ocurría nada para derrotarla, era imposible cumplir este trabajo.

—¡Tito Hércules!

No había manera de que se fuera el maldito Yolao. Me giré para echarle la bronca, pero me sorprendí al verlo con una antorcha en la mano.

—¡¿Qué haces con eso?!

—He pensado que mientras tú le cortas las cabezas yo puedo quemarle las heridas para que no le salgan más.

Mi sobrino acababa de tener una grandiosa idea que a mí no se me hubiera ocurrido en siglos.

—Pues oye... no está mal... —le dije intentando disimular mi sorpresa.

Nos pusimos a ello y lo conseguimos. Tardamos muchísimo, porque me había venido demasiado arriba con las decapitaciones, pero conseguimos derrotar a la Hidra.

—¡Qué guay tito! Hacemos un muy buen equipo...

—Muchas gracias, Yolao, pero debes volver con tu familia —sentencié.

—¿Estás seguro? Puedo ayudarte cuando quieras.

—Lo tendré en cuenta, pero ahora lo mejor es que lo dejemos aquí.

Me había salvado la vida, pero a costa de arriesgar la suya, y eso no podía repetirse. Precisamente, mi madre nos había separado a Ificles y a mí desde pequeños para que él no sufriera los daños colaterales de todo lo que me podía pasar, y no iba a permitir que los empezara a sufrir ahora.

Yolao volvió a su casa, a regañadientes, pero volvió. Yo me quedé un rato por ahí, limpiando mi espada mientras observaba cómo el cuerpo de la Hidra se hundía. Al irme, casi piso uno de sus escupitajos venenosos y se me ocurrió una idea casi tan buena como la de mi sobrino. Saqué todas mis flechas y, cuidadosamente, unté las puntas con su veneno. Si mis armas, en mi segundo trabajo, tampoco habían servido de mucho, mejorarlas, para hacerlas más letales, era una buena decisión... o eso creí en ese momento.

Regresé por donde había venido y entré en Tirinto con la misma seguridad que cuando maté al león. Los soldados corrieron a avisar al rey y los ciudadanos se metían en sus casas a medida que iba avanzando por sus calles.

—Parece que la suerte está de tu lado, Hércules —dijo Euristeo. Su voz me provocó un escalofrío. Era muy impactante escucharlo por todas partes. Aún no había llegado a mi posición y ya me estaba hablando—. Qué pena que esa misma suerte no la tuvieras cuando mataste...

No dejé que acabara la frase. Saqué una de mis flechas y la disparé justo en el centro del balcón antes de que ningún soldado se diera cuenta. La flecho impactó justo en el tubo por el cuál hablaba Euristeo y se podía escuchar el sonido del veneno de la Hidra deshaciéndolo.

—Pero ¡¿qué?! ¡Maldita sea! —gritó Euristeo—. ¡¿Te crees muy gracioso, Hércules?! ¿Por qué se está deshaciendo...? ¡Mierda! ¡Ahora sí que la has cagado! ¡Me vas a traer a la cierva de Cerinea! ¡Viva! ¡La quiero viva! —ordenó—. A ver cómo arreglo yo esto...

Mientras se quejaba, me marché de la ciudad satisfecho y orgulloso, pero porque no tenía la más remota idea de que la cierva que debía capturar no era una *ciervacualquiera*.

Caminé hasta Cerinea. Cuando llegué, me topé con la preciosa escultura de una cierva justo en la entrada de la ciudad y debajo había una placa con una inscripción en la que ponía: «Cuernos de oro, pezuñas de bronce y más veloz que una flecha. Si consigues verla, agradece a Artemisa, pues es ella quien la protege».

Sorpresa, tampoco iba a ser fácil. Un año estuve buscando a la cierva. ¡Un maldito año! Llegué a pensar que era mentira, que todo era un complot para volverme loco, que se habían puesto de acuerdo Euristeo y toda la ciudad de Cerinea y habían improvisado esa escultura. Empecé a hablarle a las piedras. Empaticé con los únicos seres no sintientes de todo el bosque. Llegué al punto de llorar por cada piedra que pisaba. Incluso algunas las recogía y formaba familias según las que me parecían que se llevaban mejor, porque la familia no se escoge, pero las piedras tenían suerte de contar conmigo y con mi buen gusto... Estuve un mes con esto de las piedras y luego me dio por las hojas que se caen de los árboles cuando llega el otoño.

Pero un día, estaba durmiendo en mitad del bosque y al despertarme la vi, comiendo hierba, a menos de quince metros de mis piedras. Era real, su cornamenta dorada, sus pezuñas... y era

hermosísima. No sé si porque pensé que sería imposible verla o porque de verdad lo era, pero estaba ahí mismo y no iba a volver a tener una oportunidad así en la vida. Me incorporé exageradamente despacio, igual tardé diez minutos en levantar el tronco superior de lo extremadamente lento que iba. Acto seguido, apoyé un brazo en el suelo para ponerme de pie, pero me resbaló la mano y caí. La cierva se dio cuenta y levantó la cabeza. Entonces me levanté lo más rápido que pude y salté a por ella, pero la cierva se esfumó. Se fue a tanta velocidad que creí que nunca había estado en aquel lugar, que me la había imaginado.

Me enfadé muchísimo, grité, golpeé el suelo, los pobres animales salieron de sus escondrijos porque pensaban que había un terremoto... En fin, un drama. Pero no me rendí ni me lo planteé. Al cabo de cinco meses la volví a ver y esta vez no me pilló durmiendo.

La encontré bebiendo agua a la orilla del río. Hacía bastante ruido al beber, así que lo aproveché para acercarme con un poco más de brío. Cuando estuve a poco menos de cinco metros, me tiré en plancha al suelo y le agarré las patas, dos con cada mano, para que no pudiera escapar. La pobre cierva lo intentó una vez, pero al ver que no podía paró. Me miraba tranquila. No parecía tener miedo. La levanté, la coloqué en mis hombros sin dejar de sujetarla por sus brillantes pezuñas y me la llevé. Me sentí bastante mal. El pobre animal no tenía culpa de mis problemas y encima no me atacó como el resto de animales y bestias, que tampoco merecían morir, pero al intentar matarme me lo ponían más fácil.

—Perdóname, cierva, es que quiero recuperar a mi familia y, aunque no te lo creas, esta es la única manera. ¿Tú tienes familia?

Como era de esperar, la cierva no dijo nada.

—Si quieres, podemos ir a verlos antes de que te lleve con Euristeo. He estado un año y medio para pillarte, así que ya no viene de aquí. Tú solo dime dónde está tu familia y nos pasamos.

De pronto, una flecha voló por delante de mí, pasó a pocos centímetros de mi cara y se clavó en un árbol que estaba rodeando, obligándome a detenerme. De detrás de unos arbustos apareció una mujer muy alta y fuerte con una melena larga y oscura como la noche

y unos brillantes ojos amarillos que sujetaba un gran arco plateado con sus grisáceas manos.

—Su familia soy yo.

36

Sentí el mismo miedo que cuando mi hermana Atenea desenvainó su espada y la puso en mi cuello. Esta diosa no podía ser otra que Artemisa.

—No sé cómo has conseguido capturar a mi cierva, pero ya la estás soltando y despidiéndote de tu vida —dijo colocando una flecha en su arco.

—Lo siento mucho, Artemisa. No puedo soltarla, pero puedo explicártelo.

—No sé si sufres de algún tipo de locura, pero como no sueltes inmediatamente a la cierva te dispararé tantas flechas que parecerás un erizo de mar.

—Artemisa, por favor, mi nombre es...

—¡Que no me cuentes tu vida! —gritó apuntándome en la cara.

—¡Hércules! —escuché gritar.

De detrás de Artemisa apareció Apolo. Venía corriendo.

—¿Tú? ¿Eres Hércules? —preguntó la diosa mirándome de arriba abajo.

—Sí —respondí rápidamente—. El oráculo me dijo que debo hacer diez trabajos para el rey Euristeo si quiero ser perdonado. Llevarle la cierva es uno de ellos.

Artemisa miró a Apolo y se rio con menosprecio.

—¡Más motivos aún para soltarla! No pienso ayudarte a vivir en paz después de lo que le hiciste a tu familia.

—¡Yo no les hice nada!

—Hércules, por favor —dijo Apolo—. Todos sabemos que los mataste.

—¡Porque Hera me engañó!

Se quedaron en silencio. Intercambiaron miradas de confusión y

volvieron sus ojos hacia mí esperando explicaciones. Se las di. Cuando escucharon todo lo que sucedió se llevaron las manos a la cabeza.

—Siento mucho que te haya pasado esto —dijo Artemisa—. También quiso deshacerse de mi hermano y de mí, pero Zeus nos abrió las puertas del Olimpo y Hera no tuvo más remedio que aceptarnos. Espero que haga lo mismo contigo.

Asentí agradecido. Apolo había empezado a llorar. Se sentía fatal.

—No pasa nada, Apolo. No lo sabías —lo tranquilicé.

Me miró arrepentido, pero siguió en silencio.

—¿Qué es exactamente lo que te ha pedido ese rey? —me preguntó Artemisa.

—Que capturara a la cierva... a tu cierva, perdón, y se la llevara... viva.

La diosa se acercó y acarició la cabecita del animal.

—Te propongo una cosa, Hércules. Voy a dejar que te la lleves, pero con una condición...

—Claro, la que sea, dime.

—Cuando te pida que se la entregues, suéltala justo antes de que nadie la sujete. De esta manera, habrás cumplido tu trabajo y mi cierva tendrá tiempo de escaparse. ¿Te parece bien?

—¡Más que bien! —exclamé—. Muchas gracias, Artemisa... Te debo una.

—Espero que puedas perdonarme por haber pensado que eras capaz de hacer algo así —dijo Apolo.

Artemisa resopló.

—Hércules, dile que lo perdonas, por favor, que si no va a estar así años, que es muy dramático...

—Por supuesto que lo perdono. ¡Claro que te perdono, Apolo, hermano!

—¿Seguro? —insistió.

—¡Que te ha dicho que sí! —exclamó Artemisa.

Me despedí de ellos y puse rumbo a Tirinto. Me hizo gracia su relación fraternal. Artemisa y Apolo eran gemelos, pero no nacieron a la vez, ni siquiera el mismo día. Su madre, Leto, tuvo que refugiarse en una isla flotante porque la diosa Hera, celosa porque su marido

había dejado embarazada a otra que no era ella, se las arregló para que su abuela, Gea, la tierra, prohibiera a Leto dar a luz en tierra firme. Así que esa isla era su única salvación. Primero nació Artemisa, que prácticamente salió sola; pero Apolo tardó mucho. Parecía que no podía salir. Venía de culo, con vueltas de cordón o vete a saber cómo. Total, lo que pasó fue que la propia Artemisa, con apenas una semana de vida, tuvo que hacer de comadrona y ayudar a su madre a parir, por fin, a Apolo. Y por ese motivo Artemisa decidió ser virgen, para no tener que pasar nunca por esto. Cuando estaba llegando a Tirinto, varios soldados que custodiaban los alrededores, al verme, pusieron los ojos en blanco e hicieron sonar sus trompetas. Debían estar hartos de mis idas y venidas. Subieron a sus caballos y cabalgaron hacia el interior de la ciudad. Las puertas se cerraron a su paso y yo me quedé fuera, sin poder entrar.

—¡Traigo a la cierva! —exclamé.

De pronto, una pequeña puerta que estaba dentro de una de las grandes se abrió y empezaron a salir soldados, uno detrás de otro. Formaron un cuadrado enorme y de entre sus pies apareció una alfombra, la misma de cuando íbamos al instituto, y los calcetines blancos del rey.

—Qué recuerdos... —murmuré.

Los soldados que estaban al frente se separaron y pude ver, de nuevo, el estúpido y perfecto rostro del pedazo de miserable de Euristeo.

—Dame a la cierva.

Hasta los pelitos del animal se erizaron al oír su dulce voz. Los hermosos ojos del rey brillaban como dos faros en la oscuridad más profunda al ver la belleza de la cierva de Artemisa.

—¿Por qué me recibes aquí? Has tenido tiempo para arreglar el tubo, ¿eh?

—No quiero que entres en mi ciudad...

—¿Y eso?

—Costó mucho arreglar los destrozos que provocaste en la fachada de mi palacio. ¡Va! ¡Deja de preguntar y dame a la cierva! —ordenó.

Estaba enfadado, pero era como ver a un aguacate furioso. Caminé

despacio hacia él.

—Ten cuidado, si no la agarras bien se puede escapar...

—Ya lo sé —me interrumpió con insistencia—. Déjala en el suelo.

—Está bien, como quieras.

Me detuve, la dejé en el suelo y, sin esperarme a que Euristeo y los soldados llegaran a tocarla, la solté. La cierva salió disparada delante las narices de todos ellos y se quedaron con una cara de tontos que aún me río al recordarlo.

—Pero ¿qué has hecho, Euristeo? ¡Se te ha escapado! —grité.

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¿A mí...? —preguntó confuso.

—Suerte que el trabajo era capturarla y traerla, no dártela.

Qué bien me sentí. Me merecía saborear un poco de venganza después de que él intentara que me mataran en cada trabajo.

—Te crees muy listo, Hércules, pero no olvides que quien decide tus trabajos soy yo.

—Si me lo dices con esa voz, hago los que quieras —dije vacilándolo.

A uno de los soldados se le escapó una carcajada y Euristeo y los demás se giraron hacia él. El rey extendió su mano y uno de los soldados se acercó y le entregó una cuchara dorada.

—Majestad... no, por favor, no me he reído, he estornudado... —suplicó el soldado.

—Sujetadlo —ordenó Euristeo.

Cinco de sus hombres agarraron al soldado y lo inmovilizaron en el suelo entre gritos de terror.

—¡Esto es por tu culpa, Hércules! —añadió.

—Ni se te ocurra hacerle daño...

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? Me necesitas vivo. —Tenía razón. No podía hacerle nada—. Hagamos una cosa —añadió—: Si cumples tu cuarto trabajo en menos de un mes, no le saco los ojos. Pero si tardas, aunque sea, un día más, acabarán en mi collar.

¿Euristeo dándome una oportunidad? No podía ser... Aquí había algo que no me cuadraba. El trabajo debía ser imposible de cumplir en ese periodo o había algo más turbio que, obviamente, no me iba a decir.

—Acepto. ¿Qué hay que hacer?

—Tienes que capturar al jabalí de Erimanto y traérmelo.

Seguro que este animal debía escupir fuego, volar o disparar veneno con sus colmillos. En todo caso, no se lo pregunté. Esta vez iba a ser yo el que fuera un paso por delante.

37

Viajé hasta Erimanto a toda prisa. Apenas tardé una semana en llegar. Era un monte que estaba en la región de Arcadia, en una zona muy poco habitada, seguramente por lo peligroso que era ese jabalí.

Nada más llegar me puse a buscarlo, di con un rastro y lo seguí. No tenía tiempo que perder, solo me quedaban tres semanas para capturar a esta misteriosa bestia y llevársela al rey psicodulce.

Mientras seguía las huellas de sus grandes pezuñas me topé con otras más pequeñas que iban hacia un borde de la montaña. Parecían huellas de caballo y eran muy recientes. Podía ser inofensivo, pero teniendo en cuenta las sorpresas de los anteriores trabajos, decidí ir a investigar. Me salí del camino del jabalí y avancé hacia el costado por el que había ido esa nueva criatura hasta que, a lo lejos, vi lo que parecía una persona paseándose entre unos arbustos. Me escondí detrás de un gran árbol para que no me viera y preparé el arco, por si acaso. Saqué un poco la cabeza y menuda sorpresa me llevé al ver que no era un humano o un caballo... ¡era un centauro! Pero no era un centauro cualquiera, ¡era Folo, mi profesor de tiro con arco!, el que se llevaron los soldados de Euristeo... lo daba por muerto.

—¡Profesor! —grité eufórico.

Folo se pegó un susto terrible y al verme no es que se sintiera aliviado, precisamente.

—¿Hér...? ¿Hércules?

—¡Profesor! ¡Está vivo!

Extendí los brazos y caminé hacia él para darle un abrazo, pero Folo retrocedió tanto que con sus patas traseras llegó a colocarse justo al borde del precipicio. Me miraba atemorizado, su temple y seguridad de cuando lo conocí no estaban por ningún lado.

—¿Te envía Euristeo? ¿Soy uno de tus trabajos? —preguntó.

—¿Qué? No... O sea, sí que me envía, pero no a por usted... ¿qué dice? Tengo que capturar a un jabalí que hay por aquí y llevárselo —le respondí con un tono tranquilizador.

Su rostro, arrugado por el pánico, se relajó un poco y pudo respirar tranquilo.

—¿Qué hace aquí? Pensé que había muerto... o que estaba sin ojos —añadí preocupado.

—Logré escaparme antes, de lo contrario... —respondió—. Desde entonces vivo aquí.

—¿Solo?

Negó con la cabeza.

—En mitad de estas montañas hay una cueva que se extiende por el interior y en la que viven centauros. Cuando llegué, me encontré cara a cara con el jabalí, una bestia gigante...

—¿Que echa fuego? —le interrumpí.

—Mmm... no.

—¿Veneno?

—Tampoco.

—¿Vuela? ¿Explota? ¿Dispara colmillos?

—¡Claro que no! ¿Qué estás diciendo? Es un jabalí normal. Bueno, es muy grande y es muy rápido, pero todo lo otro es normal.

—Qué raro... —dije extrañado.

—La cuestión es que me salvaron y me acogieron como a uno más de la familia. —Le sonreí, como muestra de que me alegraba por él, pero volví a sumergirme en mi imaginación para intentar averiguar cuál podía ser el truco de este trabajo—. ¿Qué te pasó, Hércules? —me preguntó.

Lo miré.

—Aquel día en clase vi cómo te abalanzaste sobre ese compañero tuyo, pero incluso ahí te detuviste. Me cuesta creer que pudieras hacer a tu familia lo que dicen por ahí. —Tengo que reconocer que estaba harto de explicar una y otra vez lo que había sucedido, pero me conmovió que él sospechara de lo que se me culpaba, cuando toda Grecia estaba convencida de que lo había hecho. Me permití abrirme y lo conté una vez más, pero ahora sin la necesidad de convencer a

nadie. De hecho, lo doloroso no solo era recordarlo, también lo era ver sus rostros rompiéndose a medida que les explicaba lo que sucedió—. No sé qué decirte. Lo siento muchísimo...

Estuve a punto de contarle mi plan de bajar al inframundo para recuperarlos, pero nada podía asegurarme que la diosa Hera no estuviese escuchando.

—¿Por qué no vienes conmigo a la cueva? —propuso.

—Le agradezco la invitación, pero tengo que capturar al jabalí y llevárselo. Apenas me quedan tres semanas.

Folo recorrió todo el paisaje y el cielo con los ojos. Me miró de nuevo.

—En doce días nevará. Te aconsejo que esperes hasta entonces para intentar capturarlo. Aparte de ser muy rápido, sus pezuñas le permiten subir y bajar por las paredes más verticales de la montaña sin esfuerzo. Si esperas a que llegue la nieve, perderá agilidad, rapidez y será más fácil de atrapar.

Tardé un poco en calcular los días. Cástor se centró más en enseñarme a pelear que a sumar, pero me salía que me sobraban nueve para volver, en el caso de que lo capturara el primer día de invierno, claro. Confiaba en que lo conseguiría y necesitaba esos doce días para distraerme y conocer a gente nueva. Acepté la invitación. Folo me llevó hasta la cueva y me presentó a los demás centauros. Yo estaba emocionado. Pensé que me recibirían con los brazos abiertos, pero fui un ingenuo.

—Este debe ser un lugar libre de humanos —dijo uno.

—¡Los centauros necesitamos un lugar seguro y tú nos traes a Hércules! —gritó otro.

Folo les contó todo lo que le había explicado y les suplicó que me dejaran quedarme. Quizá debería haberme ido al ver todo el debate y las discusiones que tuvieron para tomar una decisión, pero no lo hice. Al final, la mayoría cedió y me permitieron estar durante aquellos doce días, pero fue muy incómodo. No me dirigían la palabra, ni siquiera me miraban si no era estrictamente necesario. Solo hablaba con Folo, que todo el rato intentaba hacerme sentir bienvenido, pero eso provocaba que tampoco le hablaran a él.

Pasaron los días y cuando parecía que nada grave iba a suceder y que mi estancia allí iba a quedar como una surrealista y desagradable anécdota, la víspera de mi marcha confundí una jarra de vino con una de agua y me la bebí de un trago. Era la primera vez que bebía alcohol.

38

Hacía poco que los centauros habían descubierto el vino. Hasta entonces eran seres sobrios que se hidrataban con agua, pero al esconderse en los bosques y montañas, empezaron a relacionarse con ninfas y sátiros. Estos últimos los introdujeron en el mundo del vino y desde entonces se volvieron unos alcohólicos.

Durante mi estancia tuvieron que controlarse, porque el alcohol siempre trae problemas, pero la víspera de mi marcha, unos cuantos centauros decidieron sacar unas jarras bien llenas para celebrarlo durante la cena. Yo había salido a recoger frutos con Folo y llegué a la cueva sediento. Estaban todos cenando, no nos habían esperado, para variar. Molesto por la actitud que habían tenido durante todos esos días, decidí beberme el agua de una de sus jarras. El problema, como os decía antes, es que eso no era agua, sino vino, y yo no lo sabía. Me la bebí de un trago sin ni siquiera darles tiempo a detenerme.

—Pero ¡¿qué haces?! —gritó uno de los centauros.

—¡Era la última jarra de vino! —exclamó otro.

De pronto, me empezó a arder el pecho por dentro y sentí un mareo muy fuerte. Los centauros se levantaron y comenzaron a empujarme y a gritarme. No lo recuerdo muy bien, pero creo que Folo intentó ponerse en el medio y cayó al suelo al recibir un golpe de uno de ellos.

—¡Eh! ¡No hagáis daño al profesor! —grité arrastrando las palabras.

Los gritos y los insultos siguieron y me pareció ver a uno de ellos sacar un arma. Fue entonces cuando empujé a los que tenía encima y los estampé contra las paredes de la cueva, dejándolos muy malheridos. Los otros sacaron sus arcos, pero yo fui más rápido y en menos de lo que colocaban sus flechas, las mías ya los habían

atravesado. Disparé sin parar a todo lo que se movía hasta quedarme sin munición. Varios centauros consiguieron huir de la cueva, pero los que se quedaron murieron, y no por la herida de las flechas, sino por el veneno de la Hidra que había en su punta. Había provocado una masacre y de no ser porque algunos pudieron salir a tiempo, habría acabado con toda su especie.

Por desgracia y sin yo quererlo, el alcohol circulaba por todo mi cuerpo y aún no era consciente de lo que había hecho. Sé que no fue culpa mía, pero ojalá no hubiese bebido de esa jarra.

No se me ocurrió otra cosa que recuperar todas mis flechas, una por una, arrancándolas de sus cadáveres. Cuando llegué a la última me di cuenta de que era Folo. También lo había matado. Me deshice en un grito de horror e intenté reanimarlo inútilmente, pues ya llevaba bastante tiempo muerto.

Él había sido el único que me había ayudado, escuchado y creído. ¡Incluso había logrado escapar del rey Euristeo! No era justo que su final fuera este. Lloré toda lo noche, sujetándolo en mis brazos. Cuando llegó la mañana, con los primeros rayos de luz del carro del sol, los centauros que habían huido volvieron y me encontraron en frente de la cueva, con los cuerpos de todos sus amigos y familiares, cavando sus tumbas. Les pedí perdón, una y mil veces. Les ofrecí enterrarlos en señal de disculpa, pero no me dijeron nada. Se quedaron allí, llorando a mares, observando a sus seres queridos, menos uno, que no me quitaba ojo, lleno de odio.

—Mi nombre es Neso —me dijo.

Asentí con la cabeza agachada.

—Lo siento, Neso...

—Y más que lo sentirás, Hércules, hijo de Zeus —contestó con rabia.

No se lo tuve en cuenta. había matado a los suyos y si hubiera sido al revés ya os podéis imaginar cuál habría sido mi reacción, así que pasé por alto su amenaza.

Cuando los enterré, empezaron a caer los primeros copos de nieve. Entonces, acaricié la tumba del profesor y me fui. Cuando se me pasó la borrachera, por el único que quise sentir remordimiento fue Folo,

pero no pude librarme de la culpa de las demás muertes. Por un lado, tenía claro que lo que hice no fue algo premeditado y tampoco los ataqué. Fueron ellos los que me atacaron por beberme su maldito vino. Yo solo me defendí como pude. Si no lo hubiera hecho me habrían matado o como mínimo lo habrían intentado. Pero les había quitado la vida. Había asesinado a decenas de centauros. Ojalá hubiera declinado la invitación al ver que no era bienvenido. Ojalá me hubiera ido antes de que llegara el invierno, pero no... Me equivoqué de nuevo. Tenía muchas desgracias de las que culparme; pero, al parecer, mi sufrimiento no tenía límites.

De todos modos, tuve que tragarme ese dolor y seguir adelante para concentrarme en mi misión. Fui en busca del jabalí y antes de que llegara el atardecer ya lo había capturado. Euristeo no me dijo que se lo llevara vivo, pero tampoco concretó si lo quería muerto. Tenía muchas muertes en mis manos y no era necesario matar a otro ser inocente, así que lo atonté de un guantazo y me lo cargué a la espalda, igual que hice con la cierva de Artemisa. El viaje no fue ni la mitad de tranquilo que con la cierva, ya que el jabalí, en cuanto se despertó, se empezó a sacudir para intentar escaparse, pero conseguí retenerlo y llevarlo a Tirinto. Llegamos justo el día antes de que acabara el plazo. Había conseguido que ese soldado se librara de perder los ojos y todo gracias al profesor Folo.

Cuando estaba llegando a Tirinto, pude ver cómo sus puertas se cerraban y salían los soldados que custodiaban al rey para recibirme igual que la vez anterior. Me detuve en frente de él y los soldados retrocedieron asustados al ver que el animal estaba vivo.

—¿Dónde está Euristeo? —pregunté.

—Su majestad el rey está en sus aposentos —respondió un soldado.

—Ya... ¿Le habéis avisado de que he llegado a tiempo?

De pronto, el soldado me mostró una cabeza decapitada con un casco como el suyo, levantó la visera y, con los dedos, le abrió los párpados.

—El rey... ha cumplido... su... palabra. No le ha quitado los... ojos —respondió nervioso.

Los demás soldados estaban igual de asustados. Euristeo les había

enviado para decirme esto porque sabía que lo iba a pagar con ellos, pero no le iba a dar el gusto.

—Voy a entrar —les dije—. Tenéis dos opciones: intentar impedírmelo, y fracasar, o evacuar las calles de Tirinto y evitar que haya víctimas inocentes.

El jabalí gruñó. Los soldados retrocedieron de nuevo y el que llevaba la cabeza corrió hacia el interior de la ciudad.

—¡Apartaos! ¡Que todos vayan a sus casas! —gritó.

Los demás soldados se miraron confusos y lo siguieron. Esperé unos minutos y cuando los gritos de la gente cesaron, entré.

—¡Euristeo! —grité mientras me acercaba a su palacio.

Lo llamé varias veces y, finalmente, salió al balcón. Entonces frené, bajé al animal, lo agarré por sus inmensos colmillos y lo lancé con tan buena puntería que lo metí dentro de su habitación. Acto seguido, subí por su nueva fachada, asegurándome de que esta vez los agujeros fueran más difíciles de tapar, pero a toda prisa, pues Euristeo no podía morir. Cuando llegué arriba me encontré al animal sentado, tranquilo, dándole golpecitos a un gran jarrón que rodaba en círculos por el suelo.

—No, por favor, no me mates... —se escuchaba de dentro del jarrón.

—¿Euristeo?

—¡Hércules! —gritó—. ¡Maldito seas! ¡Llévatelo!

Me reí a carcajada limpia.

—¡Eres un inconsciente! —gritó de nuevo—. Te vas a arrepentir de esto. El siguiente trabajo te será imposible cumplirlo.

—Claro que sí, lo que tu digas. Pero cuéntamelo desde el jarrón o no me llevo al jabalí. ¡Ja, ja, ja!

—Tú lo has querido. Tu siguiente tarea será limpiar los establos del rey Augías, pero en este caso no tendrás tres semanas de tiempo. ¡Ni siquiera dos!

—¿Una semana para limpiar mierda de caballo? —pregunté riendo.

—¡Un día! —respondió—. ¡Y no de caballo! ¡De vaca! Pero no de cualquier vaca... ¡De las vacas del rey Augías, hijo de Helios!

39

El rey Augías recibió un regalo especial de parte de su padre, Helios, el encargado de conducir el carro del sol. Le regaló tres mil vacas inmortales, el sueño de cualquier ganadero. Al no poder morir, no se contagiaban de enfermedades y, por lo tanto, el rey decidió que no era necesario mantener las cuadras limpias. Así que nunca se limpió ni un solo centímetro del establo desde que llegaron, y de eso hacía muchísimos años.

Después de sacar al jabalí de Tirinto, fui hasta Elis, la ciudad en la que se supone que estaban estos establos. Digo que «se supone» porque los establos no se veían. Había tanta mierda que parecía una cordillera, montañas más altas que la de Erimanto. Las vacas se revolcaban y entraban y salían de esos montones tan tranquilas. Asqueroso. Estuve toda la mañana pensando en alguna manera de poder limpiar eso, pero lo veía imposible. Había demasiados excrementos. Tuve la idea de levantar uno de los montones, pero se me deshizo y acabé cubierto de heces. Por suerte, había un río justo al lado y me tiré de cabeza para limpiarme. Cuando salí del agua, me di cuenta de que estaba muy lejos de los establos, en los pocos minutos que había estado sumergido, la fuerte corriente me llevó hasta la ciudad. Eso me dio una maravillosa idea para cumplir mi quinto trabajo antes de que acabara el día. Pero como no solo me iba a dar tiempo, sino que me iba a sobrar, decidí ir a visitar al rey Augías.

—Pero bueno, el mismísimo Hércules en mi reino. ¿Qué te trae por aquí?

Era un señor muy desagradable. Iba vestido con un albornoz, sin nada debajo, y estaba sentado en su trono con las piernas abiertas. De vez en cuando se metía el dedo en la nariz como si fuera a sacar un tesoro de allí dentro. Al lado tenía a un chico, mucho más agradable y

elegante que él. Y, por si os lo preguntáis, sí, en su palacio también había una maldita moqueta granate.

—¿Cuántas vacas me daría si consigo limpiar todos sus establos antes de que su padre aparque el carro del sol? —pregunté directamente.

Empezó a reír y a dar codazos al chico de al lado, que seguía manteniendo la compostura.

—¿Has visto, hijo? ¡Ja, ja, ja! Espero que cuando seas rey también te lo pases tan bien como yo recibiendo a locos como este.

—A su hijo no le hace tanta gracia —le respondí.

—¿Cómo que no? Fileo, ríete, hijo. No me hagas quedar mal delante de este ingenuo.

Fileo forzó una sonrisa.

—¿Y bien? —insistí.

—Mira, chico. —Se detuvo un segundo para hurgarse la nariz y siguió—: Si en lo que queda de tarde limpias toda esa mierda, te doy quinientas vacas.

—Hecho.

Me di la vuelta y me fui directo a los establos. Me coloqué al otro lado del río, puse las manos en el suelo y empujé todo ese tramo de tierra hasta desviar el agua. Tal y como me había imaginado, el rio entró en los establos con tanta fuerza que se llevó por delante todas esas montañas de excrementos, y en menos de una hora el hogar de las vacas inmortales había quedado como nuevo. Fui corriendo a decirle al rey Augías que ya lo había hecho y que procedía a llevarme a las quinientas vacas que me había prometido, pero su respuesta no fue la que esperaba.

—No sé de qué me hablas, Hércules.

—Majestad —dije apretando los dientes—. Me lo ha prometido.

Soltó una carcajada.

—Prometido, dice. ¡Jamás prometería tal cosa! ¿Tú te crees lo que está diciendo, hijo?

Fileo lo miró de reojo.

—Claro que me lo creo, padre. Estaba delante.

Augías se incorporó. No estaba nada contento con la respuesta de

su retoño.

—Fileo... —le advirtió.

—Padre, dele las vacas. Usted siempre me ha dicho que no hay nada más importante que nuestra palabra.

Augías se puso de pie y le intentó dar una bofetada a su hijo, pero este la esquivó y el rey cayó al suelo, rodando por las escaleras que llevaban hasta su trono. Los guardias corrieron a ayudarlo a levantarse.

—¡Fileo! —gritó furioso—. ¿Cómo te atreves a humillarme delante de un enemigo? ¡¿Cómo?! ¡Eso es traición! ¡Yo te destierro! ¡Fuera de aquí! ¡Y tú también, maldito Hércules! ¡Fuera los dos!

Otros soldados agarraron a Fileo y se lo llevaron fuera del palacio. ¡Pobre chico!, pensé, pero qué valiente al enfrentarse así a su padre, sabiendo que estaba faltando a sus principios.

A mí no me echaron. No había hombre de hojalata que se atreviera. Salí del palacio con toda la parsimonia del mundo. Si hubiese querido, hubiera podido quedarme hasta a merendar. De lo que estuve más orgulloso fue de que ese rey asqueroso rompió su promesa y yo no tuve ganas de matarlo, principalmente, porque no había limpiado los establos por eso. De todas formas, estaba satisfecho, hasta contento, podría decirse. Además, acababa de cruzar el ecuador de los trabajos. Cinco tareas más y ya estaría, obtendría el perdón, sería inmortal e iría a buscar a mi familia. Me moría de ganas, no podía esperar a verlos de nuevo, a escuchar la risa de Megara, el corretear de los niños...

Mientras en mi interior aplaudía de alegría, fuera se escuchaban otros aplausos. Miré a mi alrededor y vi a una multitud de gente vitoreándome. Al parecer, no solo había limpiado los establos, sino que los excrementos se habían esparcido por campos haciendo de fertilizante y facilitando los futuros cultivos de toda esa gente. Me emocioné. Después de todo lo que había pasado, pensé que no volvería a ver a gente sonreírme, decirme cosas bonitas, agradables... Algo que siempre había odiado, ahora, lo agradecía; lo había echado de menos. Así que no pude llevarme quinientas vacas inmortales, pero sí el cariño de toda esa gente.

40

Euristeo volvió a recibirme fuera de Tirinto, a las puertas de la muralla. Estaba enfadadísimo porque aún no habían podido sacarlo del jarrón. Sí, seguía dentro. La imagen era graciosa: cincuenta soldados mordiéndose la lengua para evitar reírse, mientras rodeaban un jarrón que hablaba.

—Te queda bien —le dije.

—¡Imbécil!

—Si te sirve de algo, el eco del jarrón te pone una voz un poco más intimidatoria.

—Ah, ¿en serio?

—Sí, pero sigues siendo un jarrón.

—¡Idiota!

Los soldados lloraban de la risa, incluso algunos se agachaban porque no podían ni mantenerse en pie de la flojera.

—Bueno, va, dime, que estoy a tope.

—Hay un lago, llamado Estínfalo, que tiene una plaga de pájaros. Échalos.

—Joder, Euristeo, desde que estás ahí dentro los trabajos son más fáciles. Iré rápido para volver antes de que logren sacarte.

—Sí, disfruta mientras puedas, Hércules. Disfruta mientras puedas...

Me fui muy confiado. Solo tenía que echar a unos pájaros de un lago. Estaba seguro de que sería fácil. Nada más llegar, los vi sobrevolando el agua en círculos. Parecían una gran nube oscura. Estaban a mucha altura y no podía verlos bien.

Agarré un pedrusco que tenía cerca y lo lancé con todas mis fuerzas hacia donde estaban. La roca iba a impactar en todo el centro del grupo, cuando, de pronto, los pájaros del medio se separaron,

convirtiendo la nube en un dónut, y la piedra pasó sin rozarles ni siquiera una pluma. Las aves se detuvieron en el aire y, al localizarme, bajaron en picado, directas a por mí. Desenvainé la espada y me preparé para cargarme a la mitad de un solo movimiento, pero las subestimé. Al ver mi espada, todos los pájaros recuperaron altura a la vez y se colocaron sobre mí. Y ahí los pude ver con claridad: eran unos pajarracos enormes. Parecían grullas. Su color era negro como la noche. Sus picos y sus garras, de hierro.

Les disparé una flecha rápida y maté a dos. Respiré aliviado al ver que no eran inmortales; pero, de pronto, un excremento cayó justo a mi lado. No me tocó de milagro, ¡y menos mal!, porque en cuanto impactó en el suelo, las flores y toda la vida que había en ese trozo de tierra se desintegraron al instante. Estas aves te mataban a cagadas. Fue el segundo trabajo consecutivo sobre excrementos. Euristeo debía estar en su era escatológica.

Acto seguido empezaron a llover cacas por todos lados y empecé a correr como nunca. Podía escucharlas caer detrás de mí como si fueran bombas. Aunque, de momento, no me tocaban, el olor era más rápido que yo. Sentía cómo la muerte se metía en mi nariz y me pudría el cerebro. Por suerte, encontré una cueva, no muy profunda, pero lo suficiente como para estar fuera de peligro. Me adentré lo máximo que pude y me quedé allí toda la noche.

No dormí ni un segundo. Las aves hacían guardia. Se quedaban en los árboles esperando a que saliera. Las veía y oía el ruido de sus garras y picos. A la mañana siguiente volvieron al lago y dieron por hecho que ya había escarmentado.

La parte positiva de este trabajo era que no tenía límite de tiempo, pero tampoco tenía un plan. Conté las flechas, eran insuficientes para la cantidad de pájaros que había. Aunque los hubiese matado de dos en dos, incluso de tres en tres, no eran suficientes. Algo tenía que hacer. No me podía quedar allí dentro para siempre. Debía echar a los pájaros si quería poder ver a mi familia de nuevo.

Estuve todo ese día pensando en un plan que fuera lo menos peligroso posible, y se me ocurrió que lo único que podía hacer era atacarlos desde la zona boscosa más cercana al lago. Con suerte, los

árboles me protegerían de sus proyectiles. Una vez que hubiese matado a algunos, debía recuperar las flechas, volver al bosque y empezar otra vez. Así hasta acabar con todos.

A la mañana siguiente puse el plan en marcha. Disparé dos flechas. La primera mató a uno y la segunda a dos. Los pájaros cayeron y corrí a por estas, pero entonces los demás se colocaron encima de sus cadáveres, sobrevolándolos con sus horribles ojos puestos en mí. Estos pájaros no dominaban el mundo porque no querían; eran demasiado inteligentes. Me habían reventado el plan y, para variar, me enfadé mucho y me dejé llevar por la ira. Comencé a gritarles y hacerles aspavientos.

—¡Venid aquí! ¡Cobardes! ¡Asquerosos!

Mientras gritaba a las aves, no vi que varias de ellas se estaban trasladando a la entrada del bosque. Cuando las que tenía en frente vinieron a por mí y di la vuelta para volver a mi escondite, me di cuenta de que estaba rodeado. No tenía escapatoria. Fuera por donde fuera, había pájaros esperándome, preparados para liberar sus artefactos mortíferos encima de mi cabeza. Todo lo que había conseguido estaba a punto de irse a la mierda, literalmente. Este era mi humillante final.

Escuché cómo alguien gritaba mi nombre. Creí que era Tánatos, la muerte, que venía a por mí para bajar mi alma al inframundo. No iba a estar cerca de mi familia, ya que, al no haber logrado ser perdonado, me esperaba un terrible castigo en el Tártaro, y ellos no iban a estar ahí; pero, de alguna manera, me iba a tranquilizar saber que estábamos en el mismo reino. Escuché mi nombre hasta dos veces más, pensé que Tánatos me estaba buscando, pero no me encontraba, así que lo ayudé.

—¡Estoy aquí, muerte! —grité.

—¿Pero qué muerte ni qué muerte?

La voz vino de detrás de mí. Me giré y vi a mi hermana Atenea con un objeto en la mano.

—¿Hermana? ¿No estoy muerto?

—Aquí no va a morir nadie, Hércules. Toma. —Extendió su mano —. Agita esto.

Era una carraca de bronce. La agarré por el palo, le di vueltas y emitió un ruido tan insoportable que los pájaros gritaron del dolor y huyeron como si les fuera la vida en ello. Había realizado el sexto trabajo.

—Atenea, me has salvado la vida. —Fui a darle un abrazo, pero rectifiqué de inmediato al recordar lo que me dijo la última vez—. Gracias por ayudarme.

—¡Qué menos! Artemisa nos explicó todo lo que había pasado.

—Ya...

—Lo siento.

—No pasa nada... yo también lo siento por... —dije haciendo alusión a cuando me enfade con ella al no querer abrazarme.

—Hace años de eso.

—Ya, pero nunca llegué a decírtelo.

Atenea sonrió y me abrazó. Me pilló completamente desprevenido. Tardé en reaccionar, pero le devolví el abrazo.

—El primer hombre que quiso abrazarme fue Hefesto, nuestro hermano —dijo separándose—. Pero sus intenciones eran otras.

—¡¿Qué?! —exclamé escandalizado.

—Por suerte, yo era más fuerte que él y, cuando me di cuenta, lo aparté de un empujón.

—Maldito Hefesto... —dije furioso—. ¡Cuando lo vea...!

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Qué vas a hacer cuando lo veas que no pueda hacer yo?

—No... no lo sé... ¡Pero esto no puede quedar así!

—Eso no es asunto tuyo.

—Pero ¿cómo puedes verlo y estar en el mismo sitio que él haciendo como si no hubiese ocurrido nada?

Atenea resopló.

—He confiado en ti para contártelo. No hagas que me arrepienta... —Agaché la cabeza y asentí avergonzado—. Soy una diosa, Hércules. No necesito que seas mi héroe. Con que seas un buen hermano es suficiente —añadió.

—Tienes razón. Lo siento.

De pronto, Mochi apareció volando por encima del lago y aterrizó

en el hombro de Atenea.

—¡Mochi! —exclamé.

—Le he dicho que viniera más tarde para que no sufriera el ruido de la dichosa carraca —aclaró mientras le acariciaba la cabeza—. ¿Nos abrazamos los tres?

—¡Bu!

41

Euristeo consiguió salir del jarrón y, al no llegar con ningún monstruo a cuestas, me recibió en frente de su palacio. La fachada volvía a estar en obras. Había varios trabajadores subidos a los andamios intentando tapar los agujeros.

—¡Hércules!

Gritó tan fuerte a través de ese tubo que el suelo vibró y los andamios se desmoronaron, dejando a los pobres trabajadores colgando de sus arneses.

—No me lo puedo creer... —añadió—. ¡Que alguien arregle eso!

—¡Cuando quieras, eh! —grité.

Se escuchó cómo se apartó del tubo para refunfuñar.

—¡Tráeme al toro de Creta! —exclamó rabioso.

Se notaba que cada vez estaba más desquiciado.

—¿Seguro que quieres que lo traiga? ¡La última vez tuviste algún que otro problemilla!

—¡Que me lo traigas! —ordenó enfadado.

Le pegó un golpe al cacharro que resonó por todo Tirinto. Se le estaban acabando las ideas al psico-rey. Partí hacia mi nuevo destino con cierta ilusión. Iba a conocer el lugar en el que nació mi padre, la isla de Creta. Allí fue donde su madre, mi abuela, la titánide Rea, dio a luz a Zeus, para esconderlo de Cronos, su padre.

Cronos derrocó a su padre, mi bisabuelo, Urano, y este profetizó que sus hijos lo destruirían como había hecho con él. Cronos se rayó y decidió que lo mejor era comerse a sus hijos e hijas en cuanto nacieran. Mi abuela solo pudo salvar a Zeus, escondiéndolo en Creta y dejándolo a cargo de una cabra y unas ninfas que acabaron hartas de él. Al final mi padre pudo liberar a sus hermanos y hermanas, se enfrentaron a Cronos y ganaron.

Pero mi séptimo trabajo nada tenía que ver con eso. El actual rey de Creta era Minos. El trono se lo disputó con sus otros dos hermanos, pero ganó él, después de convencer a Poseidón de que hiciera aparecer en la orilla de la isla una bellísima criatura, un toro.

Los cretenses se volvieron locos por Minos al ver que un dios como Poseidón le hacía regalos de este tipo y decidieron que fuera él quien llevara la corona. Pero el dios del mar no le regaló ese toro blanco porque sí. Minos le prometió que lo sacrificaría en su honor.

Puede parecer estúpido, lo sé, pero a los dioses estas cosas de que la gente les sacrificara animales les hacía mucha ilusión. Y, en este caso, Poseidón había podido crear su propio sacrificio, que eso era aún mejor porque significaba que no le iban a sacrificar un toro del montón, como hacían siempre, sino el toro más bello y hermoso que había existido nunca. Pero el rey Minos y su esposa, la reina Pasífae, no cumplieron con su promesa, les pareció demasiado hermoso como para matarlo. A la pareja no se le ocurrió otra cosa que intentar engañar al dios matando, precisamente, a un toro del montón, del montón bueno, pero del montón. Imaginaos cómo de guapo debía ser el toro para que esos dos inconscientes se atrevieran a engañar a Poseidón.

Obviamente, hubo consecuencias. Es posible que penséis que la ira del dios del mar solo se manifestaba con tsunamis, remolinos, maremotos... No. No siempre era tan básico. Lo que hizo fue pedirle un favor a Afrodita, la diosa del amor. Como Minos y Pasífae estaban deslumbrados por la belleza del animal, decidió que se deslumbraran más aún, pero no los dos, solo Pasífae. Afrodita, que es más macabra de lo que algunos poetas os han hecho creer, aceptó y una mañana la reina Pasífae se despertó sintiendo una atracción incontrolable hacia el toro de Creta.

Por si eso fuera poco, Poseidón también provocó que la bestia se convirtiera en un animal muy violento y acabó escapándose del establo para pasearse por las calles de Creta. Mientras toda la isla estaba inmersa en un estado de pánico, Pasífae observaba a la bestia con deseo desde todas las ventanas y balcones del palacio, desde los cuales se podía ver cada rincón de la ciudad.

Un día no pudo contenerse más y le pidió un favor al arquitecto residente, Dédalo. En pocas palabras le dijo que quería que el toro y ella tuvieran una noche de pasión. El arquitecto pensó que a la reina se le había ido la castaña por completo, pero no estaba ahí para psicoanalizar, sino para obedecer. Dédalo era un genio y tuvo la gran idea de construir una vaca de hierro, hueca por dentro, con una compuerta por abajo y una zona destapada en la parte trasera... Los genios no tienen por qué hacer el bien.

Llevaron esa vaca de mentira a una plaza de Creta, Pasífae se metió dentro, apareció el toro... Y sucedió. De hecho, se quedó embarazada y nació lo que todos conocieron como el Minotauro, pero esa es otra historia.

Yo tenía que ir a por el toro, que seguía campando a sus anchas por Creta después de preñar a Pasífae, y llevármelo de allí. Llegué a Creta nadando y entré en la ciudad. No había nadie en las calles. Todos estaban encerrados en sus casas. Las puertas y ventanas estaban tapiadas con tablones de madera.

De pronto, escuché sus bramidos. Seguí andando hasta que llegué a una gran plaza, y entonces lo vi, ahí estaba, dando cabezazos al aire, jugando con sus cuernos. Sí que era bello, sí.

—¡Eh! —le grité.

Se asustó. No debía estar acostumbrado a que alguien lo llamara. Supongo que lo más común debía ser que huyeran de él. Di saltos y leves golpes en el suelo para atraerlo. El toro bramó y agitó una de sus patas delanteras. Le grité de nuevo y el animal salió disparado hacia mí. Entonces corrí hasta llevarlo a las afueras de Creta y, cuando salimos, frené de golpe, me giré hacia él y cuando impactó chocó contra mí, lo agarré por los cuernos y lo levanté, dejándolo bocabajo. Cuando se calmó, lo tumbé, me subí sobre él y volvimos nadando. Por fin un trabajo fácil de verdad. También es verdad que después de esos malditos pájaros cualquier cosa iba a ser fácil, pero este reto realmente lo fue. Pensé que había puesto los encargos más complicados al principio porque pensaba que no los superaría. Pero le callé la boquita al rey, quien se estaba quedando sin ideas.

Llegué a Tirinto y unos soldados me recibieron en la puerta con

cadenas para atar al toro.

—¿Para qué lo quiere el rey? —pregunté.

—Quiere sacrificarlo en honor a la diosa Hera —respondió uno de los guardias.

¡De ninguna de las maneras iba a permitir que Euristeo sacrificara a este pobre animal, y menos para la maldita diosa Hera!

—Dejad que os ayude con las cadenas, que esta bestia tiene más fuerza que todos vosotros juntos.

Los soldados me dieron agradecidos las cadenas y las rodeé por el cuello, las patas y el lomo del animal.

—¿Dónde hay que llevarlo? —pregunté.

Uno de los soldados señaló una argolla que había en la pared de la muralla. Yo tenía pensado dejarlo ir o hacer ver que se me escapaba; pero, si lo que había que hacer era dejarlo en esa anilla, no haría falta fingir. Lo conduje hasta allí, coloqué las cadenas bien atadas a la argolla y me despedí del toro dándole una palmada en la parte trasera. En cuanto lo hice, el animal salió despedido llevándose un trozo de muralla y provocando una grave brecha de seguridad en Tirinto. Los soldados se quedaron petrificados viendo a esa bestia arrastrar ese trozo de ciudad como si fuera una alcachofa.

—Vaya, tendréis que hacer más obras.

42

El rey Euristeo estaba muy furioso, o eso parecía por los gritos que salían del tubo.

—Tu siguiente trabajo será traerme las cuatro yeguas de Diomedes.

—¿Y ese quién es? —pregunté.

—La gracia es que no lo sepas, idiota —respondió—. Y esta vez, si se escapan, las liberas o sucede cualquier cosa que haga que estas yeguas no sean mías, no habrás cumplido la tarea. ¿Estamos?

—¿Te las lanzo al balcón como hice con el jabalí?

—¡No! ¡Maldito seas! ¡Las atas en un carro y ya!

—¡De acuerdo!

Levanté los pulgares y él dio un golpe en el tubo. Le pregunté a uno de sus soldados dónde estaba este señor de las yeguas y me dijo que era el rey de Tracia, que para llegar tenía que pasar cerca de la ciudad de Feras. Con Euristeo me llevaba fatal, pero parecía que sus soldados y yo estábamos empezando a congeniar, ya que ambos teníamos que obedecer órdenes del mismo rey y no hay nada que una más que el odio hacia una misma persona.

No quiero que penséis que en algún momento se me olvidó el motivo por el cual estaba haciendo estos trabajos ni mi claro objetivo de recuperar a mi familia por el hecho de permitirme el lujo de burlarme de Euristeo. Cada uno gestiona sus miserias como puede, y en ese momento yo estaba muy pasado de vueltas. Se me juntaba el cansancio con las ganas de acabar, e iba de un extremo a otro. Lo mismo me daba un ataque de llorera que me ponía a reír durante una hora al recordar al rey atascado en el jarrón.

Mientras caminaba hacia Tracia, pensé en mi madre: en si estaría bien con Anfitrión, si Ificles estaría pendiente de ella... También pensé en mi hermano, en su hijo Yolao y en que no me estuviera siguiendo.

Y en Filoctetes y Admeto. ¿Qué sería de ellos?, me preguntaba. Admeto debía ser rey. El día que llegué de Citerón, Ificles me dijo que a su padre le quedaba poco y pronto sería rey de Feras.

—¡Feras! —grité.

La ciudad por la que tenía que pasar para llegar hasta Tracia era la que reinaba Admeto. Al no tener un límite de tiempo para cumplir el trabajo, pensé que sería buena idea hacerle una visita.

Cuando llegué a Feras la gente se puso eufórica al verme. Me agradecieron todo lo que estaba haciendo con mis tareas, porque, aunque lo hiciera para conseguir el perdón, al luchar contra monstruos que les hacían la vida más difícil, los beneficiaba directamente. Lo que me molestó era que pasaran por alto mi crimen por lo que estaba haciendo y no porque supieran que todo había sido obra de la diosa Hera. Intenté ser amable con todos los que se acercaban y puse mi mejor cara hasta que conseguí llegar al palacio de Admeto y me despedí de todos ellos.

—Disculpe, señor Hércules, le agradecemos su visita, pero su majestad el rey Admeto no puede recibirlo —me dijo muy amablemente uno de sus soldados.

—¿Cómo que no? ¿Pero él sabe que estoy aquí?

—No, señor.

—Pues haz el favor de decírselo, que fuimos juntos al instituto y éramos buenos amigos.

El soldado se lo pensó, no estaba muy seguro. Supongo que le di un poco de miedo y al final accedió. Me invitó a pasar y pidió que me sentara en una elegante butaca que había en el recibidor. Ya acomodado, miré al suelo sin querer y me topé con la maldita moqueta. Tenía serias sospechas de que todo el mundo estaba rodeado con la misma moqueta, pero que solo emergía en los palacios de los reyes. Una especie de moqueta clasista que podía catalogarse de deidad. Mientras me comía la cabeza con eso, el sonido de unos acelerados pasos se acercó a mí. Levanté la mirada y vi a Admeto, corriendo con los brazos extendidos y llorando a raudales.

—¡Hércules...! ¡Qué alegría que estés aquí...! —dijo abrazándome.

—Pero, tío, ¿qué te ocurre?

—Nada, nada. Ven conmigo. Vamos a comer algo.

Me llevó hasta su gran comedor y ordenó a sus criados que trajeran distintos alimentos. En ningún momento pensé que estaba llorando de alegría por verme, era obvio que estaba mal por algo.

—Admeto, por favor, cuéntame qué te ocurre —le pedí.

—Oye, Ificles nos contó a Filo y a mí lo que pasó de verdad con tu familia —respondió con tristeza—. Siento mucho que hayas perdido al amor de tu vida.

Empezó a llorar aún más y se fue corriendo, haciéndome gestos para que me quedara. No entendía qué estaba sucediendo y tampoco parecía que me lo fuese a contar. Cuando llegaron los criados con las bandejas, le pedí a uno de ellos que me contara que le pasaba al rey.

—Es por la reina Alcestis —me confesó.

—¿Quién? ¿Su esposa?

—Acaba de morir.

Me levanté de mi silla de un salto.

—¿Cómo que ha muerto? ¿Cuándo?

—Justo antes de que usted llegara, señor Hércules.

Cómo ya habréis podido comprobar, yo no era muy ágil con las ideas, casi nunca las tenía. Me quedaba colapsado ante cualquier problema que no pudiera resolver con mi fuerza bruta. De no ser por mis hermanos divinos, que acudían en mi ayuda, me habría quedado atascado siempre en una. Pero las pocas veces que se me ocurría algo era increíblemente bueno.

—¿Dónde está? —pregunté.

—¿Dónde está el qué, señor?

—La reina, su cuerpo. ¿Dónde está?

—Ah, pues... No sé... Creo que aquí abajo, donde guardan los cadáveres hasta que los trasladan.

Lo agarré de su túnica y lo levanté un metro del suelo.

—¡¿Dónde, exactamente?!

—¡Hostia! ¡Saliendo, la tercera habitación de la derecha!

Lo bajé al suelo con delicadeza y salí corriendo, atravesando la puerta del comedor.

—Una, dos... y tres.

Abrí la puerta de la habitación que me había indicado y allí estaba, con su bello rostro, de pie, frente a mí, a punto de salir. No me refiero a la reina. No. Me refiero a la muerte.

—Deja el alma donde estaba, Tánatos.

43

Con mi familia no llegué a tiempo, pero no iba a permitir que Admeto pasara por lo mismo, al menos si podía evitarlo. Tánatos sujetaba el alma de su esposa en brazos, con mucha delicadeza.

—Quítate del medio, Hércules —ordenó con su solemne voz.

Entré en la habitación y cerré la puerta.

—No, hasta que la devuelvas a su cuerpo.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—No voy a permitir que te la lleves. Es muy joven para morir y su marido está sufriendo.

—Precisamente su marido fue quien accedió a esto.

—¿A qué? ¿Qué dices?

—El dios Apolo, por orden de Zeus, tuvo que servir al rey Admeto durante unos años y el dios se acabó enamorando de él.

—¡Uau! Mi hermano con mi compañero de instituto... El mundo es un pañuelo.

—Apolo tenía mucho miedo de que Admeto, al ser mortal, muriera. Entonces fue a hablar con las Moiras y les pidió que hicieran una excepción y pospusieran el día de su muerte de manera indefinida.

Las Moiras son las tres señoras que se encargan de decidir tu destino a través de un hilo, el de la vida. Cloto es la que lo fabrica, Láquesis lo mide y Átropos, con sus roñosas tijeras, decide por dónde cortarlo y, por lo tanto, hasta cuándo vivirás y cuándo terminarán tus días.

—¿Y eso qué tiene que ver con ella? —pregunté impaciente.

—Las hilanderas no quisieron cancelar el destino de Admeto, pero le dieron otra opción. Le dijeron que podía buscar a alguien que muriera por él, y la única que se ofreció fue ella —respondió mirando

a la reina.

—¿Y Admeto estaba de acuerdo con eso?

—Nunca lo supo. Apolo y Alcestis sentían el mismo amor por él y se pusieron de acuerdo para regalarle la inmortalidad.

Me pareció horrible que Apolo fuera capaz de atreverse a decidir sobre la vida de un mortal por miedo a perderlo. Darle la inmortalidad a un humano es obligarle a ver morir a todos sus seres queridos. Tánatos intentó apartarme de un empujón, pero lo agarré del brazo, obligándolo a soltar el alma de Alcestis.

—¡No le quitarás la esposa a mi amigo!

—No puedes luchar contra mí, Hércules. No soy un monstruo al que puedas derrotar. No puedes matar a la muerte.

Tenía razón; era inmortal, pero no indoloro. Abrí la puerta de la habitación y lo lancé al pasillo como si fuera una bolsa de basura. Se levantó e intentó enfrentarse a mí, pero se notaba que no había luchado nunca. Intentó pegarme, pero adelanté mi mano a la suya y lo estampé en el suelo de una bofetada.

—No es nada personal, Tánatos.

Salté sobre él y le pegué hasta que el inframundo abrió la tierra y se lo llevó de nuevo. Volví a entrar en la habitación, recogí el alma de la esposa de mi amigo, la devolví cuidadosamente a su cuerpo y este, poco a poco, volvió a respirar, pero dormía. La levanté en brazos y la llevé hasta el dormitorio real, que era donde Admeto lloraba desconsoladamente. Me acerqué y coloqué a Alcestis a su lado, que ya estaba abriendo los ojos. Admeto notó que alguien había entrado en sus aposentos y se incorporó para ver quién era. Entonces las miradas de ambos se cruzaron y el llanto de pena pasó a ser de alegría.

—Nunca tuve que aceptar que hicieras eso por mí —dijo Admeto.

—Lo hice porque creía que era lo que te haría feliz.

—No hay felicidad en vivir para siempre si no es contigo.

No pude presenciar eso teniendo a Megara lejos de mí. Me alegré mucho por Admeto y estoy muy orgulloso de haberlo ayudado. Y sobre todo sentir que por una vez no había traído muerte, sino vida. Me fui de Feras corriendo, esperando que el viento me librara de mis lágrimas, pero qué complicado es correr y llorar a la vez. Me detuve

en mitad del camino. Estaba a punto de empezar la noche y, por una vez, quería descansar. Lo necesitaba. Me encontraba en mitad de la nada y no esperaba dar con ningún sitio en el que refugiarme. Caminé un rato más para buscar un buen árbol en el que tumbarme y, a lo lejos, vi una modesta casa con luz dentro. Era consciente de que si llamaba a su puerta en mitad de la noche podía darles un susto de muerte. No solo por si me reconocían, sino por mi tamaño. Pero daba lo que fuera por tumbarme en una cama. Llamé lo más suave que pude y me alejé varios metros para que, al menos, el impacto no fuera tan grande. A los pocos segundos la puerta se abrió y de ella salió un chico que debía de tener mi edad.

—¿Hola?

—Hola —respondí moviendo la mano.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Poder puedes. Otra cosa es que quieras —respondí intentando hacerme el gracioso.

Sonrió un poco.

—¿Eres Hércules?

—Sí, pero no te asustes. No quiero hacerte daño.

—No te preocupes. Sé quién está detrás de tus desgracias.

—¿Lo sabes?

—Me llamo Abdero, soy hijo de Hermes... o de Poseidón. No lo tengo muy claro —contestó entre risas. Tenía el pelo muy rizado, como Hermes, pero era castaño. Por el rostro no se parecía mucho, quizá se diese un aire más a Poseidón, pero como aún no lo había visto... Era muy guapo, eso sí—. Siempre me acabo enterando de lo que se cuece en el Olimpo —terminó de decir.

No supe qué contestar. Me esperaba encontrar a una pareja de ancianos a los que les iba a dar un infarto nada más verme.

—¿Quieres pasar? —añadió.

Asentí disimulando mi ansia de poder dormir bajo un techo y entré. La casa era muy acogedora, incluso el sonido de la madera provocado por el viento era agradable.

—Siéntate. ¿Quieres comer algo?

—Lo que sea estará bien —respondí.

Me coloqué en la silla que me indicó y las cuatro patas se partieron por la mitad.

—¡Cuidado! —me advirtió.

Alargó la mano para evitar que me cayera, pero no era tan fuerte como yo. Lo agarré y acabó sobre mí. Nos reímos.

—Lo siento. No todas las sillas están hechas para mí...

—No te preocupes. Siempre podemos sentarnos en el suelo.

Seguimos riéndonos, tirados en el suelo, muy cerca el uno del otro y, de pronto, Abdero me besó.

44

Megara fue la última persona a la que había besado. Me sentí muy mal por ese beso de Abdero, pero no porque lo hiciera, sino porque me gustó.

Es probable que no me comprendáis, tampoco lo pretendo, pero necesitaba una muestra de cariño de este tipo y no lo sabía. No la busqué. Apareció sin que la pidiera y me dejé llevar. Pasé la noche con este chico y, siendo sincero, disfruté cada segundo. Pero a la mañana siguiente sentí que había traicionado a mi familia porque, aunque hubieran muerto, había la posibilidad de recuperarlos y eso hacía que para mí no lo estuvieran.

—Hércules, entiendo que te sientas así, pero no pasa nada por querer pasar página —me dijo acariciándome la espalda.

—No lo entiendes...

—Por supuesto que no, explícamelo si te hace sentir mejor.

No quería contárselo y que Hera se enterara de mi plan.

—No puedo.

—De acuerdo, no pasa nada. ¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —preguntó colocando su cabeza sobre mi hombro.

Su pelo olía a limón. Me hizo gracia. El mío debía oler supermal, pensé, pero no parecía importarle. Me acariciaba las piernas haciendo círculos mientras esperaba una respuesta. Había algo en Abdero que me hacía confiar en él, quizá el hecho de que, al igual que yo, era hijo de un dios y de una mortal y sabía cómo me podía sentir. O también que fuera la primera vez en mucho tiempo que pasaba la noche en una casa y me había hecho sentir como si viviera en ella.

Por dentro era preciosa, la casa, digo; él también, obvio. Estaba muy bien ordenada, pero no en plan maniático que da hasta miedo mover una silla para sentarte, sino más bien como si las cosas que

tenía quedaran bien en cualquier sitio. Parecía que su hogar, al igual que él, empatizaba con cualquiera que entrara. Quizá heredó ese poder, no lo sé; pero estar a su lado me hizo sentir muy bien en un momento en el que lo necesitaba.

—Bueno, tengo que ir a Tracia a buscar unas yeguas. Si no tienes nada que hacer...

Pude escuchar su sonrisa, se giró y me miró con sus tremendos ojos oscuros.

—Venga. Te acompaño. Así paseo un poco.

Y eso hicimos. Desayunamos y nos fuimos para Tracia. Durante el camino le conté todas las anécdotas de los trabajos que ya había hecho y él me escuchaba como si fuera lo más interesante que le hubieran explicado nunca. Estaba disfrutando cada segundo que pasábamos juntos, pero entonces llegamos a la ciudad de Tracia y todo se torció.

—¿Son estas? —preguntó Abdero.

Señaló a cuatro yeguas enormes que estaban encadenadas en una esquina de la muralla, rodeadas de suciedad y sin apenas suelo que pisar.

—Seguramente —respondí—. Iré a buscar al rey para preguntárselo.

—Yo me quedo aquí y aprovecho para limpiar un poco toda esta porquería.

Se lo agradecí y fui hacia su palacio, que estaba en medio de la ciudad. Al llegar, los soldados me abrieron las puertas.

—Su majestad, el rey Diomedes, le espera, Hércules.

Me acompañaron por unas larguísimas escaleras. No voy ni a molestarme en comentaros el color de la moqueta, y llegué a la sala del trono.

—¡Joven Hércules! —pronunció el rey con una voz muy cascada.

—Majestad, vengo a por cuatro de sus yeguas.

—Cuatro son todas las que tengo. —Se rio—. ¡Y menos mal que no tengo más!

Los soldados que custodiaban la sala se rieron con él.

—¿Menos mal? ¿Por qué? ¿Les pasa algo a las yeguas?

Se rieron de nuevo.

—Bueno, a ellas no. En todo caso, a los que se acercan demasiado... ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué quiere decir?

—Son carnívoras.

Me puse pálido como la nieve. Abdero se había quedado con unas yeguas que estaban en la entrada de la ciudad, pero de ninguna manera podían ser esas. Era una locura dejar a animales carnívoros en un sitio por el que pasaba tanta gente.

—¿Podrías decirme, exactamente, dónde están estas yeguas, por favor? —pregunté con delicadeza.

Diomedes sonrió.

—¿Sabes, Hércules? Hay veces en las que creo que somos demasiados. —Los soldados asentían con la cabeza—. Y que los dioses nos bendicen con seres como mis queridas yeguas, que pueden ayudarnos a solucionar este problema. ¡Ja, ja, ja!

Su discurso eugenésico me estaba empezando a cabrear.

—¿Dónde? ¿Están? ¿Las yeguas?

—En el mejor sitio de todos: en la entrada. —Se rio señalando a una ventana que había detrás de mí—. Así solo los que son tan ingenuos como para acercarse a ellas morirán.

Me di la vuelta y saqué la cabeza por la ventana con tanta rapidez que casi me caigo. Vi a las yeguas, pero de Abdero solo vi parte de la ropa que llevaba tirada en el suelo. Estaba muerto. Se lo habían comido. Mientras me rompía por dentro, Diomedes y sus soldados se reían orgullosos de tener ahí a esos animales. Me giré de nuevo hacia ellos y fui directo hasta el rey.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —preguntó confuso.

Lo agarré del cogote, lo saqué de su trono y lo arrastré por la horrible moqueta mientras me gritaba.

Los soldados sacaron sus armas para defender a su rey, pero yo desenvainé mi espada y me libré de todos los que se interpusieron en mi camino.

Lo saqué del palacio, lo arrastré por las sucias calles de Tirinto bajo las miradas de sus ciudadanos y lo lancé a la esquina de las

yeguas para que se lo comieran vivo y así yo poder recoger los restos de mi querido Abdero y darle un buen entierro.

Su terrible muerte me dejó aún más devastado, todo el que se acercaba a mí, de alguna manera u otra, acababa sufriendo. Las yeguas enfermaron después de comerse al rey y aproveché su vulnerabilidad para atarlas en un carro y marcharme de este horrible sitio.

Antes de llegar a Tirinto, paré en un hermoso lugar donde no había rastro de ninguna civilización y decidí enterrar ahí a Abdero. Clavé una gran piedra justo en frente de donde lo había enterrado y con mis propias manos gravé la siguiente inscripción: «Aquí yace Abdero, padre fundador de la ciudad de Abdera, lugar de gente honesta, generosa y humilde».

Esta ciudad aún existe y Abdero siempre existirá en mí.

45

Euristeo ofreció las yeguas a la diosa Hera y esta las aceptó encantada. De hecho, las cruzó con otros caballos y de allí salió una raza muy poderosa. De nuevo, volvía a estar arrodillado en frente del palacio de Euristeo recibiendo órdenes suyas desde su balcón.

—Se acerca el cumpleaños de mi hija... —dijo aparentemente emocionado. No sabía que tenía una hija, ni siquiera una esposa. Pensaba que solo convivía con ojos—. Va a cumplir dieciocho años y mi regalo es uno de tus trabajos.

—¡¿Va a hacer el noveno trabajo por mí?! —grité.

—¡Pero serás imbécil! ¡Por supuesto que no! Su regalo es decidir cuál va a ser tu noveno trabajo.

—Madre mía... —murmuré.

De pronto, las puertas del palacio se abrieron y cien soldados salieron en bloque custodiando a la que parecía que era la hija del rey.

—Apartad del medio, que no lo veo —ordenó una voz muy aguda.

—Alteza, su padre ha ordenado que...

—¡O sales del medio o le digo a mi padre que me has insultado!

El soldado se apartó de inmediato dejando que la princesa y yo nos viéramos cara a cara.

—Bueno, bueno, bueno... —murmuró pasándose un mechón de su cabellera rubia por detrás de la oreja—. No sé a qué músculo saludar primero...

Me hizo gracia, pero no lo demostré. Agaché la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por usted, princesa?

—Nada que no me haya imaginado ya... ¡Papáááá! —gritó.

—¿Qué? —preguntó Euristeo.

—¡¿Su trabajo puede ser casarse conmigo?!

—¡¿Qué?! ¡Por supuesto que no! —respondió enfadado—. El

trabajo tiene que ser peligroso.

—¡Puedo ser peligrosa, papá!

Euristeo golpeó el tubo y se le escuchó gritar a lo lejos.

—Admete, hija mía, no me pongas más nervioso de lo que estoy, por favor te lo pido —suplicó el rey.

—¡Vale! ¡Vale! En fin, lo siento, guapo. No podrás disfrutar de una vida intensa a mi lado... —me dijo la princesa. Yo asentí conteniéndome la risa como buenamente pude—. La reina amazona, Hipólita, tiene un cinturón precioso que le regaló su padre, el dios Ares, con unas piedras monísimas. Tráemelo. El cinturón, obvio. Aunque si quieres traerme a Ares también está bien.

Me guiñó un ojo y volvió hacia el interior del palacio contoneándose como una serpiente desubicada.

—¿Te ha pedido lo del cinturón? —preguntó Euristeo.

—¡No! ¡Me ha pedido un beso!

—¡¿Qué?!

—¡Es broma! Qué tonto que eres... ¡Oye, necesito una tripulación para ir hasta allí!

—¿Y a mí qué me cuentas? No te pienso dar un solo hombre...

—¡Pues tu hija no tendrá regalo!

Este trabajo no solo se trataba de mi obligación de cumplir una de las diez tareas, sino también de su obligación de cumplir como padre y darle a su hija el regalo que quería.

Las amazonas vivían al otro lado del mar y para llegar hasta allí necesitaba un barco que no podía tripular solo. Nadar era otra opción. Pero, ya que podía pedir, aproveché. Euristeo accedió a darme los hombres suficientes para poder navegar hasta allí, pero les ordenó que no hicieran nada para ayudarme a conseguir el cinturón.

El viaje en barco fue complicado. Todos sus hombres estaban muy asustados por lo que les esperaba al llegar. Las amazonas eran unas guerreras hijas de Ares, el dios de la guerra, y de la ninfa Harmonía, que no permitían la presencia de ni un solo hombre. Los inconscientes que se atrevían a pisar su tierra eran torturados y asesinados. De hecho, solo usaban a los hombres para procrear si sus genes eran buenos; pero, en cuanto acababan, los despedazaban. Y no solo eso.

Cuando las amazonas daban a luz, si el bebé resultaba ser un niño, también lo mataban.

Las amazonas hacían algo similar a aquellos hombres mortales que abandonaban a sus hijas recién nacidas por no ser niños. Estos últimos no las mataban porque era considerado un crimen de sangre, pero si no hubiese estado castigado casi seguro que lo habrían hecho. La cuestión es que había motivos para estar acojonados.

Según nos acercábamos, vimos un grupo de gente esperándonos en la orilla. Eran ellas. Mi tripulación se empezó a poner muy nerviosa, desenvainaron sus espadas e intentaron obligarme a saltar del barco para librarse de enfrentarse a ellas.

—Si os enfrentáis a mí, moriréis seguro. Si os enfrentáis a ellas conmigo, tendréis alguna posibilidad de sobrevivir —les dije.

Mientras discutían entre ellos para decidir cómo salían de este lío, se escucharon vítores y aplausos. Las amazonas no nos esperaban para atacarnos, nos estaban dando la bienvenida. Atracamos el barco y un pequeño bote vino a buscarnos para llevarnos hasta la orilla. Al llegar a tierra, había todo un comité de bienvenida. Nos hicieron un pasillo con honores y al final de este nos esperaba una hermosa amazona con una larga trenza pelirroja y un deslumbrante cinturón. Era la reina Hipólita.

—Bienvenido, Hércules.

Estaba nervioso, por muy positivo que fuera el recibimiento, las amazonas intimidaban mucho. Le sacaban una cabeza al resto de mi tripulación. Eran casi tan altas como yo, quizá alguna incluso más.

—Muchas gracias por la bienvenida. No nos la esperábamos así.

Se rio.

—¿Cómo no íbamos a dar una bienvenida al gran Hércules? ¡Eres un ídolo para muchas amazonas, un referente para nuestras guerreras! Pasad y sentaos. Hemos preparado comida y bebida.

—Yo no bebo, pero la comida siempre es bienvenida.

—Pues ya beberé yo por ti.

Me guiñó un ojo y me invitó a seguirla. Nos sentamos a una gran mesa al aire libre y me fijé en que todos mis hombres tenían a dos o incluso tres amazonas a su alrededor intentando seducirlos. En un

momento dado, Hipólita, que se sentó a mi lado, empezó a hacer lo mismo conmigo. Me acarició el pelo, el cuello, los brazos, el abdomen...

—¿Después de que os acostéis con nosotros nos mataréis? —pregunté en voz baja.

Se detuvo y me miró a los ojos.

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—¿No es lo habitual en vosotras?

Se rio incrédula.

—¡Chicas! ¡Me pregunta Hércules que si después de llevárnoslos a la cama los mataremos!

Todas se empezaron a reír mientras mis hombres me miraban asustados.

—¿Qué me he perdido? —pregunté.

—A ver... —respondió Hipólita—. No te diré que es una falsa leyenda, pero solo lo hemos hecho en contadas ocasiones, cuando los hombres en cuestión nos faltaban al respeto o porque mereciesen morir por varios motivos.

—¿Y no crees que yo merezco morir? Por lo que dicen que hice... —pregunté poniéndola a prueba.

Dio un sorbo a su copa de vino y levantó las cejas.

—Somos hijas de Ares. ¿Crees que no sabemos quién estaba detrás de aquello?

Suspiré aliviado. Por un momento pensé que todo eso era un paripé para intentar asesinarme. Pero no. Simplemente querían pasárselo bien con nosotros. A partir de aquí la tensión se desvaneció poco a poco. Hipólita me contó sus batallas y yo las mías. Había muy buen rollo. Congeniábamos muy bien. Entonces me preguntó si quería irme a la cama con ella y pensé en hacerlo para después quitarle el cinturón y huir, pero el mero hecho de pensarlo me hacía sentir horrible, y más después de la noche que pasé con Abdero.

—Tengo que ser sincero, Hipólita —le susurré.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Estoy en uno de los trabajos que me manda el rey Euristeo...

—Me lo imaginaba. ¿Se te está haciendo tarde? ¿Os tenéis que ir

pronto mañana? ¿Dónde tienes que hacer ese trabajo?

—Aquí.

Retrocedió.

—No te preocupes. No tengo que matar a nadie —la tranquilicé—. Se trata de tu cinturón.

—¿Qué le pasa? —preguntó mirándoselo.

—Mi noveno trabajo es llevárselo a la hija del rey Euristeo, que no sé por qué motivo lo desea... A ver, sí, porque es muy bonito, pero con el dinero que tienen pueden hacerse uno igual.

Hipólita sonrió.

—Supongo que también lo quiere porque llevar el cinturón te hace inmortal.

46

Eso la princesa no me lo dijo. No tenía ni idea de que el cinturón tuviera ese poder. La reina amazona se dio cuenta al ver mi cara después de que me lo dijera.

—¿Sabes, Hércules? Si las que descendemos de los dioses no nos ayudamos, ¿quién lo hará?

—¿A qué te refieres?

Hipólita se quitó el cinturón y lo puso en mi cintura.

—Ya lo tienes, noveno trabajo hecho.

Miré a mis compañeros, que me observaban atónitos.

—Pero... no puedo aceptarlo, Hipólita.

Fui a quitármelo, pero me sujetó las manos.

—Ni se te ocurra rechazar mi regalo —dijo con un tono muy serio.

—Pero ¿y tú inmortalidad?

—A ver, no te hace inmortal todo el rato, es solo en batalla: las flechas no te dan, las espadas tampoco...

—¿Para qué iba a querer eso la hija de Euristeo? No parecía dispuesta a luchar.

—¿Por qué no te lo pareció? ¿Tanto rato hablaste con ella?

Negué con la cabeza.

—Pues ahí lo tienes... Ahora relájate y disfruta de la noche —concluyó sonriendo.

Nos lo pasamos muy bien. Reímos, cantamos, bailamos y mi tripulación se fue con algunas amazonas a sus cabañas a seguir disfrutando. No os voy a engañar, en varios momentos de la noche, pensé en acostarme con Hipólita. Tuve muchas ganas y ella también. Tonteamos, nos abrazamos y no sé qué hubiera pasado si uno de los hombres de mi tripulación no hubiese venido corriendo cubierto de sangre.

—¡Hércules! ¡Nos están matando! ¡Es una trampa!

En cuanto lo dijo, una flecha le atravesó la cabeza delante de mis narices. Saqué mi espada y apunté a Hipólita.

—Me has engañado...

—¡Te juro que no sé qué está pasando! ¡Yo no tengo nada que ver con esto! ¡Hércules, por favor, créeme! ¡Si te he dado mi cinturón!

Me sentí manipulado y humillado como cuando Hera me engañó. No la creí, le atravesé el estómago con mi espada y la maté. Después fui a por las demás. Desbordé toda mi ira contra ellas, que huían al verme con el cinturón de su reina. Las perseguí y no tuve clemencia. Algunas se escaparon, pero las que no lo consiguieron sufrieron toda mi rabia. Mataron a toda mi tripulación. No quedó ni uno con vida, así que tuve que volver nadando.

Ahora os contaré lo que pasó, realmente, y que yo no supe hasta mucho más adelante.

En mitad de la noche, mientras todas y todos nos lo estábamos pasando bien, una de las amazonas decidió acercarse a la orilla del mar a mojarse los pies y a pasear bajo la luz de las estrellas. De pronto, vio a una compañera suya que venía corriendo hacia ella y le dijo: «¡Hércules quiere matar a la reina! ¡Lo del cinturón se lo ha inventado para que esté desprotegida! ¡Hay que matar a sus hombres en silencio y después a él!». En ningún momento dudó de las palabras de su compañera y corrió a avisar al resto mientras la que le había dicho eso desaparecía entre una niebla púrpura. Hera fue la culpable de todo eso y provocó que matara a más gente inocente. Pero esto, como os he dicho, no lo supe hasta más adelante, así que yo llegué a Tirinto dolido por haber sido engañado, pero orgulloso de haberme vengado. La hija de Euristeo salió corriendo del palacio y me abrazó.

—¡No lo toques! —gritó Euristeo desde su balcón.

Admete se separó del susto.

—¡Vale! ¡Perdón, papá! Ay, a ver... ¿Me lo das? ¿Me lo das?

Me desaté el cinturón y se lo entregué.

—¿Sabes que este cinturón es para no morir en batalla? —le pregunté.

Su expresión de adolescente risueña desapareció por unos instantes

y con un rostro serio agarró el cinturón y me miró fijamente a los ojos.

—¿Para qué crees que lo quiero? —me susurró.

Acto seguido volvió a su actitud previa y levantó el cinturón mostrándoselo a su padre.

—¡Gracias por el regalo, papá! ¡Me encanta!

Se puso el cinturón y volvió al interior del palacio moviendo la cintura como si eso fuera un *hula-hop*.

—Bueno, Hércules, el siguiente trabajo...

—¡Y último! —maticé.

—Sí, claro... —murmuró—. Me vas a traer a todas las vacas rojas de Gerión. ¡Todas! —remarcó.

—¡¿Y ese quién es?! —pregunté.

Pero Euristeo se metió de nuevo en sus aposentos y tuvo que contármelo un soldado.

Al parecer, Gerión era un ser triple, es decir, estaba formado por tres cuerpos humanos juntos, unidos por las espaldas. Era hijo de una oceánide llamada Calírroe y un caballero que poseía una espada de oro llamado Crisaor, que, por cierto, era hermano de Pegaso, el famoso caballo alado y que, para que quede claro, yo nunca llegué a cabalgar.

Pero yendo al grano: mi trabajo consistía en robarle las vacas a Gerión. Algo, *a priori*, sencillo; pero ¡sorpresa!, como siempre, no lo era. Se ve que las vacas también estaban protegidas por un perro gigante de dos cabezas llamado Ortro, hermano de Cerbero, el perro de Hades, y de un gigante llamado Euritión, hijo de Ares. Y para hacerlo todo aún más complicado, el sitio en el que vivía Gerión con las vacas rojas estaba a tomar por saco.

Pero era mi último trabajo. Después de este sería perdonado, inmortal y podría ir a buscar a mi mujer y a mis niños al reino de los muertos. Por lo tanto, puse rumbo a Eritea, que así se llamaba el sitio, con una sonrisa que me duró muy pocos días.

47

Llevaba semanas caminando bajo un cielo despejado, sufriendo el terrible calor que desprendía el titán Helios con su carro del sol. Tenía media cabeza y toda la espalda ardiendo y llegó a un punto en el que no podía más. Me giré hacia él, cubriéndome de sus rayos con una mano y le hablé.

—¡Helios!

No contestó.

—¡Helios! —insistí.

Tampoco obtuve respuesta.

—¡Helios, aléjate un poco! ¡Me estás achicharrando!

De nuevo, el silencio como contestación.

—Tú lo has querido... —me quejé.

Saqué mi arco, una flecha, apunté a un lado de lo que creía que era su carro y disparé. Helios desvió su carro dejándonos a oscuras durante pocos segundos para más tarde volver a su posición.

—¡Ten cuidado, Hércules! ¡Casi me das! —gritó Helios con una voz muy grave.

—¿Pero qué...? ¡Esa era la idea!

—Ah... ¿Y por qué? ¿Qué te he hecho?

—¡Te he pedido que te alejaras un poco! ¡Que desprendes mucho calor!

—Ah, ¿me lo decías a mí?

Resoplé.

—¡¿A quién sino?!

—No lo sé, joven Hércules. Llevo siguiendo tus pasos desde hace mucho tiempo y nunca me has dirigido la palabra.

—Tú a mí tampoco.

—Cierto. Bueno, si necesitas que me aleje, yo me alejo —dijo

alzando un poco el vuelo.

—Gracias. Es que este es mi último trabajo y no puedo tener contratiempos.

—Ah, muy bien. ¡Cada vez os jubiláis más pronto! ¡Qué suerte! ¡Enhorabuena!

—¿Qué? No me jubilo. ¡Este es el último trabajo que tengo que hacer para ser perdonado!

—¿Perdonado? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Me sorprendió que no lo supiera, si él lo veía todo desde ahí arriba, pero recordé que todo aquello sucedió de noche. Así que se lo expliqué.

—No me lo llegas a contar tú y no me entero nunca. Nadie me cuenta nada —dijo—. ¿Dónde tienes que ir ahora?

—A Eritea.

—Para llegar hasta allí deberás cruzar el mar. Te voy a dejar mi embarcación en la orilla más cercana a ti, para que puedas navegar sin complicaciones.

—¿Tu embarcación?

—No creerás que estoy siempre conduciendo el carro... —argumentó.

Alcé los hombros en señal de que no tenía ni puñetera idea.

—Cuando acaba mi jornada, me subo con el carro a mi barca, que tiene forma de plato hondo, y cruzó el mar hasta el otro lado, donde vuelvo a empezar el recorrido.

—Qué interesante, no lo sabía.

—No tardes, que la necesito antes de que acabe el día. Si no tendré que flotar y no me gusta.

—De acuerdo, muchas gracias, Helios.

Aceleré el paso y a las pocas horas llegué a la orilla. Era cierto: su barca tenía forma de plato hondo y era enorme. Me subí y el mismo artefacto aceleró sin que yo tuviera que hacer nada. Iba muy rápido. Nunca había navegado a tanta velocidad. Cuando estaba llegando a Eritea, vi cómo el perro de dos cabezas venía a recibirme. Ladraba, saltaba de un lado a otro, con sus lenguas afuera y movía la cola. «De ninguna de las maneras tengo que matar a esta preciosidad», me dije.

Pero entonces apareció el maldito gigante, Eurition. Apenas había pisado la orilla y no me había dado tiempo ni de acercarme al animal.

—¡Hércules! —gritó el gigante—. Estás loco si crees que te dejaremos pasar.

No tenía tiempo para estupideces, así que saqué una de mis flechas y atravesé el pecho del gigante matándolo al instante. Pero fui tonto. No pensé en que el perro, al ser su animal de compañía, podía sentirse amenazado por mí y me atacó.

—¡Para! ¡No! *Sit!* —gritaba esquivando sus cabezas.

No quería matarlo, pero no paraba. Al final tuve que defenderme, pero decidí usar el garrote para dejarlo inconsciente y así ganar un poco más de tiempo sin necesidad de quitarle la vida. Le golpeé las cabezas varias veces hasta que cayó al suelo. Entonces corrí a por Gerión. A los pocos minutos encontré las vacas. Eran rojas como tomates y estaban comiendo hierba tranquilamente. No había ni rastro de Gerión, así que las llevé en brazos, una por una, hasta la barca de Helios, antes de que se despertara el perro. Cuando subí la última a la embarcación, apareció Gerión.

—¡Hércules! ¡Devuélveme mis vacas! —respondió enfadado.

Estaba muy lejos y no suponía ninguna amenaza, por lo que me despedí moviendo la mano y me subí junto a las reses. La barca se puso en marcha, pero Gerión empezó a correr. Pensé que al ser tres cuerpos en uno moverse le resultaría muy complicado; pero todo lo contrario, se acercaba a gran velocidad, rotando como una hélice. Cada paso lo daba una pierna diferente y cuando llegó al agua se sumergió.

En ese momento lo perdí de vista y me asusté. Podía aparecer por cualquier lado. Incluso podía volcar la embarcación y que todas las vacas murieran ahogadas... No podía permitirlo, así que me tiré al agua y, en cuanto abrí los ojos, chocó contra mí.

Intenté rodearlo con mis brazos, pero era enorme y sus brazos y sus piernas me estaban golpeando sin parar, así que no me quedó otra que sacar una de mis flechas venenosas y clavársela en todos sus cuerpos como si fuera un puñal. Lo maté. A él también. Salí a la superficie y volví a la barca. Estaba agotado, dolorido pero satisfecho.

Tenía todas las vacas, el perro estaba vivo y yo también.

—Megara, Terímaco, Creontiades, Deicoonte... papá va a buscaros —dije.

Llegué a la orilla y bajé a los animales. La embarcación de Helios se levantó sola y voló hasta él. Le hice un gesto con el pulgar para mostrarle mi agradecimiento y mi triunfo. Ahora tenía que arreglármelas para atar todas las vacas y llevarlas hasta Tirinto. Eran tranquilas, pero eran bastantes e iba a ser costoso o, como mínimo, lento. Mientras pensaba qué podía hacer, vi una cuerda muy larga enrollada cerca de la orilla. Parecía que la suerte estaba de mi lado. Fui a por ella y, en cuanto la agarré, se deshizo en mis manos como si fuera arena, arena púrpura.

—No... Hera... —me lamenté.

De pronto, el cielo se tapó con unas nubes oscuras y de ellas salieron miles y miles de tábanos que bajaron en picado hacia las vacas.

—¡No, no, no, no...!

Las vacas empezaron a saltar y a correr asustadas. Intenté contenerlas, pero era imposible. Cada una iba hacia una dirección distinta. No podría recuperarlas todas.

—¡Maldita seas, Hera! ¡Maldita seas!

Caí de rodillas y golpeé en el suelo con todas mis fuerzas, una y otra vez. Toda la superficie temblaba y el trozo de tierra en el que estaba se empezó a romper. Seguí hiriendo el suelo hasta que el mismísimo Océano atravesó con sus temibles aguas e inundó lo que hasta entonces era tierra. Al separar el suelo, quedaron dos enormes trozos de piedra a los que llamáis las «columnas de Hércules» y decís que las erigí como si quisiera hacer un monumento, pero lamento deciros que yo solo estaba enfadado.

48

De vuelta a Tirinto solo pude recuperar a cuatro vacas rojas. Las caras de los soldados al verme llegar eran de preocupación. Esperaban que al menos yo pudiese librarme de servir a Euristeo, pero había fracasado.

—Una, dos, tres, cuatro... ¿y las otras? —preguntó el rey con un tono vacilón.

No respondí.

—¿Qué te ha pasado, Hércules? ¿Tan pocas ganas tienes de ser perdonado?

Se rio y cada carcajada era una puñalada en la espalda. Sentí mucha rabia y quise darle otro susto. Corrí hacia la fachada del palacio dispuesto a escalarla de nuevo; pero, de pronto, unas pequeñas compuertas se abrieron en mitad de la pared y liberaron un líquido espeso. Me detuve y cuando eso bajó toda la pared y llegó a mis pies, resbalé y me caí, era aceite.

—¡Bravo! —exclamó Euristeo aplaudiendo—. ¡Magnífico! ¡Qué alegría! ¡No más obras!

—¡¿Qué quieres que haga?! —grité.

—Lo que te dijo el oráculo, chico... te quedan dos trabajos.

—¡¿Cómo que dos?! —Intenté levantarme, pero resbalé de nuevo.

—Este último no lo has cumplido y en el de la Hidra de Lerna recibiste ayuda de tu sobrino Yolao. ¿Me equivoco?

No me lo podía creer, dos trabajos más. Estaba exhausto, física y mentalmente.

—¡A ti te ha ayudado la diosa Hera!

—¡Uy! ¿A mí? No sé de qué me hablas. ¿Quieres ser perdonado o prefieres quedarte en el suelo embadurnado en aceite?

No tenía otra opción que aceptar la realidad y enfrentarme a dos

nuevas tareas, así que guardé mi ira y mi odio para estas. Me apoyé con las manos en el suelo y poco a poco conseguí ponerme de pie.

—¡¿Cuál es mi siguiente trabajo?!

—Eso es, Hércules. Así me gusta —respondió satisfecho—. Tráeme las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides.

—¡Supongo que tampoco me dirás dónde está este jardín!

Euristeo se giró para irse, pero se detuvo y volvió hacia su tubo.

—Precisamente, la gracia del Jardín de las Hespérides es que nadie sabe dónde está...

Se dio la vuelta y se fue riéndose de vuelta a sus aposentos. Uno de sus soldados se acercó para darme un saco en el que guardar las manzanas y me confirmó lo que había dicho su rey: nadie sabía dónde estaba.

Por primera vez, salía de Tirinto sin rumbo alguno. Las Hespérides eran unas ninfas que cuidaban de este jardín en el que había un manzano del que salían las manzanas doradas que quería Euristeo. Estas frutas otorgaban la inmortalidad a quien fuera que las consumiera; pero, irónicamente, la única que se las comía era un ser inmortal, concretamente, la diosa Hera, que se comía una cada mañana para desayunar. Además, por si con esconder el jardín no fuera suficiente, estaba custodiado por Ladón, un dragón de cien cabezas dispuesto a destripar a cualquier intruso que pisara ese lugar.

Caminé hacia arriba y hacia abajo, por montañas, llanuras y bosques por si en algún momento, por el motivo que fuera, aparecía este dichoso jardín. Pasaron semanas e incluso meses en los que estuve vagando sin destino, hablando, de nuevo, con las piedras. Hasta que un día, mientras me mojaba los pies en la orilla de un río, una ninfa emergió del agua.

—Hola, Hércules —dijo mientras secaba su hermoso pelo azul con las manos.

Me quedé de piedra. Nunca había visto una ninfa de los ríos. Su piel marina brillaba como si le hubiesen pasado un pincel con los rayos del carro de Helios.

—¿Nos... conocemos?

—Todo el mundo te conoce... —respondió sentándose en la orilla.

Se sacudió el pelo y un numeroso grupo de mariposas volaron hacia ella y empezaron a trenzarle el cabello. Yo lo observaba todo con la mandíbula a punto de caérseme al suelo—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

Tardé en contestar, estaba maravillado observando a esos insectos intercalándose en su melena.

—Nada. Estoy buscando un sitio que nadie sabe dónde está.

—Alguien debe saberlo —me interrumpió.

—Pues más me vale encontrarlo, porque necesito llegar al Jardín de las Hespérides como sea. —La ninfa se rio—. ¿Qué pasa? ¿Sabes dónde está? —pregunté.

—Yo no, pero sí sé quién lo sabe y no sé qué va a ser más difícil de encontrar —respondió riéndose de nuevo.

Resoplé. Este trabajo me estaba exprimiendo.

—¿Puedes decírmelo? ¿Por favor?

—Claro que sí, querido. Nereo, un dios del mar muy antiguo, de los primeros. Vive por el primer mar que encuentras bajando en esa dirección.

Señaló al sureste.

—De acuerdo, muchas gracias. Pero ¿por qué es difícil de encontrar?

—Porque puede transformarse en cualquier ser o cosa.

Qué jodido que tuviera que llegar a un sitio que el único que sabía dónde estaba podía ser desde una ballena hasta un plátano. Pero al menos a este dios sabía por dónde empezar a buscarlo.

Dentro de todo lo malo de este trabajo, tuve un pequeño momento esperanzador al llegar al mar y ver una gaviota haciendo la croqueta en la arena. Me pareció un poco raro que una gaviota hiciera eso. Fingí que no la había visto y caminé hacia ella con la mirada fija en la arena para no levantar sospecha. El animal, al verme, dejó de moverse y se apoyó en sus dos patas siguiéndome con la mirada, pero sin huir. Cuando estuve cerca me agaché y fingí colocarme bien las sandalias, pero lo que hice fue agarrar un puñado de arena y se la tiré en la cara.

De pronto, la gaviota se convirtió en un elefante, luego en un perro, después en un gato y luego en una perdiz. Sí, sin duda era él.

Salté sobre él y lo agarré con las manos para que no se escapara volando, pero se convirtió en una gran morsa y aparecí en lo alto de su lomo. Luego se transformó en un pez y caí al suelo de bruces, pero conseguí agarrarlo. Después se convirtió en un pino, en una hormiga, en una chancla, en un rinoceronte, en un anillo y en una libélula. No se me escapó ni una sola vez. Tras muchas mutaciones, llegó al punto en el que se rindió y volvió a su forma de dios con aspecto humano. Era azul como el mar y sus ojos blancos como la nieve. Tenía una aleta en lo alto de la cabeza que iba de un lado a otro, como si nunca estuviera cómoda.

—Estoy muy mayor para estas cosas... —dijo con una voz ronca—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo sabes que quiero saber algo?

—Todos los que intentan atraparme buscan mi sabiduría. Habla, que no tengo todo el día.

—El Jardín de las Hespérides, ¿dónde está?

Levantó una de sus manos y señaló a una dirección.

—Ve hacia allí, sube las montañas que necesites, pero no te desvíes. Alguien gritará tu nombre y te ayudará.

—¿En serio? —pregunté decepcionado.

—¿Qué esperabas?

—Pues no sé, una ubicación más concreta. Pareces el oráculo de Delfos.

Se rio con soberbia.

—Yo estaba antes.

Se convirtió en un pez volador y se metió en el agua. Resoplé exhausto, frustrado, enfadado... Maldije un poco mi vida y sacudí los brazos y las piernas. Luego grité como si me hubieran apuñalado y entonces emprendí, de nuevo, el viaje. El recontramaldito viaje.

49

Seguí caminando y escalando. Más de lo mismo. Asqueado, desubicado. Sin embargo, cada vez que me entraban ganas de mandarlo todo a la mierda, recordaba a mi familia y seguía. Sacaba fuerzas de donde fuera, rendirse no era una opción. Hice caso de lo que dijo el dios Nereo y no me desvié ni un milímetro de la ruta. Crucé ríos y lagos, bajé montañas y escalé otras. No rodeé ni los charcos por miedo a equivocarme. Una tarde, después de trepar por una montaña altísima, alguien gritó.

—¡Hércules! ¡Ah!

Me detuve en seco.

—¡Hércules! ¡Socorro! —gritó alguien de nuevo.

Me giré hacia donde venía esa voz, pero no vi a nadie. Delante de mí solo había una gran roca.

—¡Detrás de la piedra! ¡Ah!

Tan concretos algunos y tan poco otros. Tenía narices la cosa. La rodeé y vi a un hombre encadenado a la roca de pies y manos, con el estómago completamente al descubierto y dos buitres comiéndole los intestinos. Menudo susto me llevé. Agarré a los buitres por las patas y los lancé tan lejos que se desvanecieron en el horizonte. Saqué mi garrote y rompí las cadenas de ese pobre hombre.

—No te muevas, por favor. Hay que intentar arreglarte esto. Puedo ir a buscar un médico a la ciudad más cercana.

—No te preocupes. Mira —dijo señalando su abdomen—, ya se me está regenerando.

Sus tripas se recomponían como si alguien estuviera rebobinando el tiempo.

—Pero ¿quién eres?

—Soy Prometeo... el del fuego.

Prometeo era el titán que, bajo las órdenes de mi padre, creó a la primera ronda de humanos. Zeus y él eran muy amigos, por eso le confió su creación. Sin embargo, todo se torció cuando Prometeo quiso darles fuego a los humanos. Mi padre se lo prohibió, y el titán no solo lo desobedeció, sino que les entregó el fuego del Olimpo, robándolo en mitad de la noche. Y el castigo fue este: encadenarlo en una roca con dos buitres comiendo de sus entrañas de día y dejando que se regeneraran de noche, hasta que llegué yo y lo liberé.

—Sé quién eres... me... ha dicho un dios del mar que si te ayudaba me salvarías —dije intentando asimilar lo sucedido.

—Lo sé. Sabía que vendrías.

Prometeo era capaz de prever el futuro, pero no previó el castigo que le puso mi padre.

—Estoy buscando un jardín...

—¿El de las Hespérides? —preguntó interrumpiéndome.

—¡Sí! —exclamé—. ¿Sabes dónde está?

Me lo contó. No os voy a decir dónde está por si se os ocurre ir, pero me lo dijo. Por fin sabía adónde tenía que ir. Después de todo este tiempo pateándome medio mundo y volviéndome loco, finalmente, lo encontré. Ahora solo tenía que llegar, matar al dragón ese de cien cabezas, recoger las manzanas y volver a Tirinto. Facilísimo.

—Pero no podrás coger las manzanas.

—No me jodas, Prometeo.

—Solo los inmortales pueden.

Me llevé las manos a la cabeza y me puse de cuclillas en el suelo, deseando que alguien me despertara de esta terrible pesadilla. O sea, tenía que conseguir unas manzanas que si las comes te vuelves inmortal, pero que solo las puedes coger si eres inmortal y yo no iba a ser inmortal hasta acabar todos los trabajos, incluido este. Maravilloso.

—No te preocupes, Hércules...

—¿Cómo no me voy a preocupar?

—Mi hermano, Atlas, te ayudará.

Me levanté de su lado. Atlas era el hermano malvado de Prometeo,

según mi padre, claro. Básicamente, porque, durante la Titanomaquia, Prometeo estuvo del lado de Zeus y Atlas del lado de los titanes. Pero Prometeo era un titán, así que, técnicamente, había traicionado a los suyos. Entonces, cuando los dioses ganaron, mi padre castigó a Atlas obligándolo a sujetar el cielo durante el resto de la eternidad.

—¿Tu hermano?

—No está muy lejos del jardín. Cuando pases por delante, sigue hacia el este y allí lo encontrarás.

—¿Estás seguro de que me ayudará?

—Te lo prometo.

De pronto, se empezó a reír solo. Me dejó muy confundido.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, no, perdona, Hércules. Es que me he acordado de una broma que tenía con tu padre —respondió entre risas—. Es una tontería nuestra que espero que le siga haciendo gracia. Mucha suerte, Hércules. Y muchas gracias.

Se despidió con la mano y se fue en una dirección y yo en otra. Estaba tan estresado por este undécimo trabajo que no fui del todo consciente de que acababa de conocer a la persona más importante de la historia de los humanos. Él era el creador de nuestra especie, parte de la mía, y el que nos hizo ser lo que somos. Confió en nosotros, nos dio sabiduría, conocimientos y la posibilidad de evolucionar, pero desde luego que no pensó en lo que os convertiríais. Con esto no quiero dar la razón a mi padre, porque los dioses han abusado de su poder desde el día que nacieron, pero parece que los humanos no os detendréis hasta convertiros en ellos. Y cuando lo hagáis cometeréis el mismo error: crearéis a nuevos seres, si no lo habéis hecho ya. Y entre vosotros habrá un Prometeo, porque siempre lo hay, y cuando les dé el fuego será demasiado tarde.

50

Estaba tan acostumbrado a caminar que los días parecían minutos y las noches segundos. Tuve que adentrarme en un bosque por el que parecía que no había pasado ni un solo humano. Pero cuando puse un pie dentro sentí como si el lugar me absorbiera.

Aparecí en un terreno cubierto de un césped brillante, recién cortado, y delante de mis narices tenía un muro de plantas que parecía cubrir algo. Lo escalé y pude ver lo que escondía. Dentro había un jardín precioso con todo tipo de árboles muy bien cuidados, y justo en el centro, un árbol con manzanas doradas colgando de sus ramas. Por fin había llegado al Jardín de las Hespérides. Justo delante del manzano estaba la criatura de cien cabezas, durmiendo. Prometeo me había dicho que solo los inmortales podían recoger aquellos frutos, pero eso era de las típicas cosas que no te crees hasta que las pruebas.

Salté al jardín y, sin hacer ruido, caminé hasta el árbol. Cuando llegué y vi la primera manzana, acerqué mi mano, muy despacio, para cogerla, pero la atravesé. No sentí nada, era como si no existiese tal cosa, pero la veía. Lo volví a intentar con otra manzana y sucedió lo mismo. Luego con otra, después con otra... y mi mano siguió atravesándolas; era muy frustrante. Al final lo dejé estar y decidí ir a pedirle ayuda a Atlas. Me di la vuelta para volver por donde había venido y pasé por delante del dragón. Era enorme y terrorífico, observé todos sus rostros que dormitaban en calma hasta que me topé con uno que tenía los ojos abiertos. De las cien, una estaba despierta. Me quedé petrificado. «Me iré sigilosamente para que no despierte a las otras», me dije. Mantuvimos contacto visual. Pero, entonces, la cabeza desvelada rugió y todas las demás se despertaron.

—Tranquilo... —murmuré.

Sus cien cabezas gruñeron y empecé a correr, pero me rodearon.

Estaba acorralado, así que no me quedó otra que enfrentarme a él y lo derroté. Salté de nuevo el muro del jardín y corrí hacia donde estaba Atlas. No quería pasar más tiempo del necesario haciendo este trabajo. No estaba muy lejos, no creo que tardase más de una hora en encontrarlo.

Verlo aguantar el cielo era un espectáculo. Atlas era mucho más grande que yo, sus músculos bombeaban como un lago de lava y las venas que le recorrían todo el cuerpo parecía que estaban a punto de explotar. Tenía las piernas flexionadas, los brazos estirados hacia arriba, las manos bien abiertas para sujetar el cielo y la cabeza inclinada con la mirada clavada en el suelo.

—¡Atlas! —grité.

El titán se sobresaltó y el cielo se inclinó hacia un lado; pero, rápidamente, recuperó el equilibrio.

—¿Pero tú eres tonto? ¿No has visto el cartel? —exclamó.

Hice un barrido con la mirada a mi alrededor y a pocos metros vi un cartel en el que ponía: «No gritar, que me asusto».

—Ostras... Perdóname. No lo había visto.

—¡Déjame en paz y sigue tu camino!

—No puedo. Necesito tu ayuda.

Se rio incrédulo.

—Ah, bueno, pues ahora mismo dejo de hacer lo que estoy haciendo y te echo una mano. Claro que sí —dijo con sarcasmo.

No había pensado en que si tenía que aguantar el cielo no iba a poder ayudarme. Ya sabéis que yo no tenía muchas ideas, pero las que tenía solían ser muy buenas, aunque en este caso no lo tenía tan claro.

—¿Y si aguanto yo el cielo por ti en lo que me ayudas?

Se rio de nuevo. Esta vez mucho más fuerte.

—Pero vamos a ver... ¡Ja, ja, ja! ¿Quién te crees que eres para verte capaz de sujetar el cielo entero?

Eso me ofendió. Me hirió el orgullo. Después de todo lo que había luchado y conseguido, me sentía más que capaz de aguantar el cielo en lo que él iba a por las manzanas.

—Mi nombre es Hércules —respondí erguido como un palo—. Soy hijo de Zeus y he derrotado al león de Nemea y a la Hidra de Lerna.

He capturado al jabalí de Erimanto, a la cierva de Cerinea y al toro de Creta, entre otras muchas hazañas. Todo con mis propias manos. Por supuesto que puedo aguantar el cielo durante un rato.

Atlas se quedó boquiabierto, rotó su cuerpo hacia mí, muy lentamente, y levantó la mirada para verme.

—Un hijo de Zeus... —murmuró—. ¿En qué te puedo ayudar, chico?

—Necesito que cojas las manzanas del Jardín de las Hespérides —respondí muy serio.

Sonrió.

—Hay un dragón...

—Está muerto —lo interrumpí.

—Vale. Puedo hacerlo.

Me acerqué a él y extendí los brazos para que me diera el cielo. Como él era más alto que yo, tuvo que arrodillarse para dármelo con mucho cuidado.

—Flexiona las rodillas —me aconsejó.

Obedecí.

—Lo tengo.

En cuanto las palmas de mis manos tocaron el cielo, un electrizante escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—¿Lo has sentido? —me preguntó.

—Sí...

—Es el cielo dándote la bienvenida. Ahora formas parte de él.

Atlas se alejó y pude sentir todo el peso. Pero no era como levantar una montaña. La fuerza no era para levantarlo: era para que no te consumiera. Algo como si el cielo y la tierra quisieran unirse y lo único que lo impidiese fuese yo.

—Coge... el saco... Está en... mi túnica... Detrás...

Apenas podía hablar. No sabía cuánto rato iba a soportar esto. El titán agarró el saco e hizo un gran estiramiento. Sonó un terrible crujido, como si una gran roca se partiese. Agitó sus piernas y brazos oxidados y, sin despedirse, se fue en dirección al jardín mientras suspiraba y seguía agitando todo su cuerpo. La espera fue agónica. Me temblaban todas y cada una de las articulaciones. Podía notar los

latidos de mi corazón en todas las partes del cuerpo, como si se estuviera expandiendo por todo mi ser. Quizá pasaron dos horas, pero yo las sentí como años. El dolor era insoportable. Finalmente, Atlas llegó, tranquilamente, caminando con el saco, dando vueltas sobre sí mismo, moviendo todas las partes del cuerpo que uno puede mover. Parecía que le estuviera dando algo.

—¿Las... tienes? —pregunté exhausto.

—Sí, mira.

Me enseñó el saco y estaba lleno de manzanas doradas. Suspiré aliviado.

—Genial, muchas gracias. Toma.

Hice el gesto para entregarle el cielo; pero, de pronto, Atlas retrocedió sonriente.

—Gracias, Hércules, pero estoy mejor así.

—No... me vaciles... por favor, Atlas...

Se empezó a reír muy fuerte.

—Atlas... —insistí.

Estaba furioso, pero no podía hacer nada. Toda mi fuerza iba destinada a aguantar el cielo.

—¿Sabes, Hércules? Tu padre me castigó con aguantar el cielo. Una condena injusta y desproporcionada por el mero hecho de defender a los míos durante la Titanomaquia, así que qué mejor que un hijo suyo para que coja el relevo.

Estaba muy confiado, muy convencido de que no tenía nada que hacer para librarme de estas. Pero las pocas fuerzas que me quedaban generaron otra idea. No había tenido una mala idea ofreciéndome para sujetar el cielo, era lo único que podía hacer, simplemente, ahora necesitaba otra, alguna más sencilla para un titán orgulloso.

—Está bien... Atlas... Tú ganas... pero... por favor... ayúdame a colocar el cielo en mis hombros... que mis brazos no pueden aguantar mucho rato más.

Suspiró sin borrar ni un milímetro de su gran sonrisa ganadora.

—Menudo flojo —murmuró acercándose—. Gira las manos hacia ti. Eso es. Ahora agacha la cabeza...

En un momento dado, puso una de sus manos en el cielo y

aproveché para soltarlo y quitarle el saco de manzanas de la otra mano. Entonces, el cielo cayó sobre él y se vio obligado a sujetarlo de nuevo.

—¡No! ¡No! ¡Maldito desgraciado! ¡No! —gritó babeando de la rabia.

Corrí, no quise regodearme. Simplemente, corrí mientras seguía gritando y no me detuve hasta llegar a Tirinto. Lo pasé tan mal en este trabajo, pero tan mal... Surgieron tantos problemas que pensé que no lo conseguiría, pero, contra todo pronóstico, pude hacerlo.

Cuando llegué, los soldados, rodeando a Euristeo, salieron a recibirme a las puertas de la ciudad. Euristeo quería que le trajera las manzanas, pero sabía que no se las podía comer, porque entonces yo también habría podido y hubiese conseguido la inmortalidad sin necesidad de terminar los trabajos. No pensó que fuera capaz de conseguirlas porque era una misión imposible. Su bello rostro de dulce decepción al mostrarle las manzanas me hizo sonreír.

—No me lo creo... son manzanas normales y las has pintado —dijo con su preciosa voz.

—Adelante —dije acercándole el saco—. Coge una.

Metió la mano en el saco y las atravesó. Retrocedió asustado.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo has hecho?

—Lo he hecho, que es lo único que cuenta. Ahora solo queda un trabajo —respondí plantándole cara.

Comenzó a dar vueltas en círculos sobre sí mismo, rascándose su preciosa y malvada cabeza hasta que se detuvo y me miró sonriente. Lo que iba a soltar por su dulce boca era mi duodécimo y último trabajo, pero parecía que me iba a decir que me quería.

—Tráeme a Cerbero, el perro de tres cabezas del dios Hades, y habrás cumplido todos los trabajos. Ahora bien... si fracasas, las Erinias te perseguirán durante el resto de la eternidad.

Por cierto, las manzanas se entregaron en un templo de la diosa Atenea y esta las devolvió al Jardín de las Hespérides.

51

Me fui de Tirinto con sentimientos encontrados. Por un lado, el trabajo era imposible a muchos niveles: para empezar, debía encontrar una de las pocas entradas al inframundo, después debía llegar hasta la guarida de Cerbero, secuestrarlo sin que ninguno de todos los seres que habitan en el reino de los muertos se enterase y, finalmente, salir con vida de allí, cosa que solo había conseguido Orfeo, y no iba con el perro de Hades.

Pero, por otro lado, si lograba entrar en el inframundo, podía centrarme en recuperar a mi familia y olvidarme del trabajo. Esto último me pareció lo más sensato. No podía pedirle a Hades que le devolviera la vida a mi familia después de robarle el perro. Me mataría, supongo, no lo sé. No tenía ni idea de cómo era. Además, ya le había fastidiado una muerte, bueno, no a él, directamente, sino a Tánatos, al que robé el alma de Alcestis. Y si a eso le sumas que maté a la Hidra de Lerna... Quizá había agotado cualquier posibilidad de recuperarlos cuando hice eso, pensé. Tenía la cabeza que me iba a mil, pero había llegado hasta aquí y ahora tenía la oportunidad que tanto había esperado y antes de lo que pensaba. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para revivir a mi familia.

En la ciudad de Eleusis, había un grupo de sacerdotisas y sacerdotes de Perséfone, la reina del inframundo, y, también, de su madre, Deméter, la diosa de la agricultura.

Uno de los soldados de Euristeo me dijo que en esa ciudad hacían ritos de iniciación en los que te adentraban en lo que llamaban «misterios eleusinos». Suena a secta porque era una secta. No podías contarle a nadie nada de lo que sucedía allí. Pero digamos que te ayudaban a encontrar una de las entradas al inframundo. No aceptaban a cualquiera en esos ritos, pero yo tuve el privilegio de no

ser cualquiera. Tenerme allí los beneficiaba, ya que así su reputación mejoraría. Me sorprendió ver la cantidad de gente que conocía esa entrada al reino de los muertos y no pude evitar preguntar.

—Si tantos conocéis esta entrada, ¿por qué el único que ha ido es Orfeo?

—El único que ha salido, Hércules —respondió una de las sacerdotisas—. Nosotras, si vamos, no es para volver.

Y ya no pregunté más. Viví un par de meses muy intensos en los que estuve rodeado de gente encantadora y bondadosa. Fue la primera y única vez en toda mi vida en la que estuve con un grupo de personas con las que no tuve ni un solo conflicto. Guardo un muy buen recuerdo de todos ellos. Me sentí querido, me ayudaron sin esperar nada a cambio y, sin preguntar mis motivos, me desearon la mejor de las suertes. Me despedí de ellos y viajé hasta la entrada del inframundo, que, al igual que con el Jardín de las Hespérides, no os diré dónde está, por si acaso.

La entrada era gigantesca, pero tenías que estar en un punto concreto para poder verla; podías pasar por delante y ni siquiera darte cuenta. En cuanto puse un pie dentro, todo se volvió oscuro. Al igual que desde fuera, desde dentro, no se veía la salida. Caminé, despacio, intentando ver algo dentro de lo posible, pero todo era negro como el rincón más remoto del universo. No se oía nada, tuve que dar un aplauso para asegurarme de que mis oídos funcionaban. Avancé con las manos por delante para no chocar con las rocosas paredes, que estaban húmedas. De pronto, escuché el sonido de unas gotas, me distraje al intentar averiguar de dónde venían y resbalé. Empecé a descender como si estuviera en un tobogán y caí de bruces en un suelo lleno de piedras pequeñas.

—¡Maldita sea! —exclamó alguien—. ¡Otro estúpido mortal con ganas de morirse!

Era una voz muy peculiar. Arrastraba las erres y las eses. Me incorporé y le vi el rostro. Era un anciano calvo, pero con una barba grisácea y larga hasta el ombligo. Iba vestido con una túnica muy vieja y roñosa y me miraba fijamente con unos ojos rojos como la sangre.

—¿Quién...? ¿Quién eres? —pregunté.

Levantó sus despeinadas cejas, pasó uno de sus largos dedos por debajo de su curvada nariz y con la otra mano sacó un remo de detrás de su espalda y me azotó en la cabeza.

—¡¿Que quién soy yo?! ¡¿Quién eres tú, pedazo de desgraciado?!

Me hizo mucho daño. «¡Maldito viejo!», me dije. Me levanté dispuesto a romperle el remo en la cabeza, pero en cuanto lo intenté me pegó en el estómago, obligándome a sentarme de nuevo.

—¡Responde! —insistió—. No pareces uno de esos *fans* inconscientes de la reina Perséfone.

—Mi nombre... —dije intentando presentarme. Me detuve del dolor que sentía en la tripa— es... Hércules.

—¡¿Cómo?! ¡¿El que decapitó a la Hidra?! —gritó dando saltos.

No me dio tiempo ni de responder. Estaba destrozado. Me sentía completamente indefenso ante él. Me agarró de la oreja con una mano y me levantó del suelo.

—Yo soy Caronte... —me susurró—. No sé qué pretendías hacer, pero tus planes han cambiado. —Me arrastró por el suelo atravesando un sinfín de almas que formaban una fila y me subió en una barca, la suya—. Voy a llevarte ante el amo Hades y él decidirá qué hacer contigo.

Era Caronte, el barquero del inframundo, el que llevaba a los muertos a su destino, siempre y cuando le llevasen una moneda. No se lo dije, pero no me cambió los planes. Al contrario, me estaba llevando exactamente adonde quería. Tuve la tentación de preguntarle si le llegaron las monedas de mi familia, pero me daba miedo su respuesta.

Estaba tumbado bocabajo en el suelo de su barca. Intenté levantar la cabeza para ver si lograba encontrar a Megara y a los niños; pero, en cuanto me moví, me pegó de nuevo en el cogote dejándome inconsciente. Me desperté estirado en un suelo gris de piedra brillante. Me dolía todo el cuerpo, pero poco a poco me incorporé sin dejar de mirar al suelo para no marearme. Cuando conseguí ponerme en pie, alcé los ojos y delante de mí, sentados en dos majestuosos tronos grises llenos de esmeraldas, estaban Hades y Perséfone. Me arrodillé

de inmediato.

—Dios Hades, diosa Perséfone, lamento molestarles.

La diosa hizo un gesto con la mano para que me levantara. Obedecí. Era tan preciosa como intimidante. Tenía el pelo trenzado, era de color verde con tonos rojizos y me miraba fijamente con sus preciosos ojos azules. Acto seguido acarició la mano de Hades y este la miró, y ella a él. El contraste de sus miradas, ella el azul del cielo y él el rojo del sangriento fuego, era un espectáculo. Perséfone fue secuestrada por él, pero había amor en su mirada. Estoy convencido de que no siempre fue así. Había pasado muchísimo tiempo desde aquello y seguro que habían tenido todo tipo de conflictos, pero ahora parecía serlo. Lejos de querer romantizar su historia, me moría de ganas por conocerla. Debía de ser tan interesante...

—Antes de nada, quiero pedir disculpas por... lo de... lo que pasó con Hidra...

—Le cortaste las cabezas y le quemaste los cuellos para que no salieran más —me interrumpió Hades acariciando su larga y roja barba.

—Sí, lo siento... La diosa Hera...

—¡¿Lo ves?! —exclamó Hades mirando a Perséfone—. ¡Te he dicho que contaría lo de Hera!

—Era obvio que diría lo de Hera... —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—Te da un poco de rabia cuando acierto las cosas. Igual deberíamos trabajarlo...

—¿Quieres que te diga las cosas que deberías trabajar tú, Hades?

—Tampoco es cuestión de discutir delante de él.

Tuve que mirar al suelo para intentar esconder mi cara de chismoso. No me imaginaba que su relación fuera así. Los visualizaba siendo muy introspectivos, comunicándose con miradas y bailes intensos llenos de tensión sexual, nada más.

—Hércules —retomó Hades—, el culpable de tus desgracias es Zeus, no Hera.

Perséfone suspiró.

—Pero... Hera hizo que...

—¡Sí! —me interrumpió—. Pero ¿por qué? Por tu padre. Zeus sabe que Hera persigue a sus amantes y a sus hijos; pero, aun así, sigue engañándola... ¡Piénsalo! Si él no la engañara nada de esto pasaría.

Me lo dijo como si fuera el mayor de los descubrimientos. Entendí su punto de vista, pero me estaba pidiendo que empatizara con la persona que había provocado la muerte de mi familia.

—Hades —dijo Perséfone—, no puedes decirle esto.

—¿Cómo que no? Debe saberlo. El malo aquí es Zeus. ¡Siempre lo es!

—Pero no por eso hay que exculpar a Hera —apuntó Perséfone.

—¿Por qué no? Si todos dirigiéramos nuestro odio hacia él nada de esto pasaría...

No pude soportarlo más y rompí a llorar interrumpiendo su conversación.

—Yo... yo solo... —sollocé— quiero recuperar a mi familia, Hades. Solo quiero eso. Siento lo de Hidra, siento lo del alma de Alcestis, siento... ¡no sé qué más siento! Yo vi monstruos y los maté. Pero era mi familia y desde entonces estoy haciendo lo que me dicen con tal de tener la oportunidad de bajar aquí y contar con una posibilidad, solo una, de poder recuperarlos. No quiero nada más, solo eso. Haré lo que sea. Seré vuestro esclavo, lo que queráis. Pero, por favor, os lo suplico... solo quiero a mi familia de vuelta.

Me arrodillé de nuevo y bajé la cabeza hasta apoyar mi frente en el suelo. Seguía llorando desesperadamente y no quería parar. Si no me iban a ayudar, no iba a parar hasta morir ahogado en mis propias lágrimas. Una mano se posó en mi hombro. Levanté la cabeza y vi que era Hades.

—Ven conmigo —me dijo.

Me puse de pie y lo seguí. Me giré un momento y vi a Perséfone despidiéndose con una sonrisa amigable desde su trono. Asentí confuso pero agradecido, y volví la vista hacia a Hades, que iba por delante y del que solo podía ver su hipnótica cabellera roja. Al cruzar varios pasillos y bajar unas escaleras enormes y elegantes, me di cuenta del sitio en el que estaba. Al salir lo corroboré: era el palacio de Hades y Perséfone. Y no tenían moqueta. Caminamos hasta llegar a

unos prados con flores blancas y Hades lo señaló con el dedo.

—Eso son los Campos de Asfódelos —dijo sin detenerse.

Paré un momento e intenté mirar a ver si veía a mi familia, pero no los encontraba. Había muchas almas comiendo flores, pero ninguna era de ellos.

—¡No te detengas! —exclamó Hades.

Hice un último vistazo y corrí hacia él.

—Hades... mi familia... Yo les di unas monedas, pero no sé si...

Se giró hacia mí e hizo un gesto para que me callara. Acto seguido, sujetó mis manos y se agachó un poco para ponerse a mi altura.

—Prométeme que no gritarás y que no te moverás de aquí —me dijo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Prométemelo, Hércules.

No entendí por qué me pedía esto, pero no me quedaba otra más que confiar en él.

—Lo prometo.

Soltó una de mis manos y señaló a un lado. Me giré, despacio, y, ahí mismo, había otro prado, mucho más bonito que el anterior, incluso más que el Jardín de las Hespérides. Tenía árboles de todo tipo, con frutas relucientes y arbustos hermosos recién cortados.

—Esto son los Campos Elíseos, Hércules.

Lo miré y asentí confuso.

—Vale, pero ¿por qué me has dicho que no grite?

—¿Ves ese manzano? —preguntó señalándolo.

—Sí...

—Mira quién está tumbado en el suelo.

Bajé los ojos y se me inundaron de lágrimas.

—Te... Terímaco... mi hijo...

—Y mira allí, debajo de ese arbusto.

—No puede ser... es... Creontiades... es él...

—Y allí, encima de ese melocotonero...

—Deicoonte... ¡Ay que se va a caer, Hades!

—Aquí nadie se hace daño, Hércules.

—Pero, pero ¿qué hacen aquí? ¿Por qué están aquí? Megara...

¿Dónde está Megara? —pregunté mareado de tanto llorar.

—Tranquilo, está todo bien. Están bien, son felices, Hércules...

Me temblaba todo el cuerpo. Había deseado tanto tiempo que llegara este momento... Estaba muy confuso y tuve que sentarme en el suelo porque estaba a punto de caerme. Hades se sentó a mi lado.

—Cuando supe quiénes eran y lo que había pasado, le dije a Caronte que los llevara aquí, tuvieran o no monedas y fueran o no héroes. Lo que te obligaron a hacer, Hércules... el dolor que te hicieron sentir... es inimaginable.

—Me... Megara...

—Megara también está aquí, pero antes de verla debes saber algo. Tanto ella como vuestros hijos llegaron gritando. Tenían la imagen grabada de ti matándolos y sus almas estaban reviviendo ese dolor una y otra vez. Sabía que tarde o temprano acabarías viniendo para reencontrarte con ellos, ya fuera vivo o siendo otra alma, pero tuve que tomar una decisión muy difícil para que dejaran de sufrir. Les di de beber agua de Lete, Hércules... las aguas del olvido.

52

Las aguas de Lete eran para que las almas de los Campos Elíseos tuvieran la opción de olvidar todo su pasado, tanto lo bueno como lo malo, y así poder volver a empezar en un lugar de ensueño. Fue devastador saber que mi familia no me iba a reconocer. Quería correr a abrazarlos sin que pensaran que era un desconocido, pero tampoco que pensaran que su padre había querido asesinarlos. No podía recriminárselo. Agradecía que les hubiera quitado ese terrible dolor de revivir cómo tu propio padre acababa con tu vida como si fueras un monstruo. Miré a mis hijos y estaban bien. Deicoonte bajó del melocotonero y corrió hacia Terímaco. El corazón me dio un vuelco.

—¿Se reconocen entre ellos? —pregunté.

—No... pero son los únicos niños.

Creontiades, al ver a sus dos hermanos, fue hacia ellos y los tres se tumbaron en el manzano. De pronto, por delante de ellos, pasó Megara. Tuve el impulso de levantarme, pero Hades me sujetó los hombros. Los niños ni la miraron. Su mera presencia llenó de vida el reino de los muertos. El ser más bello que paseaba por esos campos y por ningún otro, estaba deseando que Hades me soltara para correr hacia ella. Cómo echaba de menos sus abrazos, sus caricias, sus besos...

De pronto, un hombre corrió hacia ella y la besó... y ella lo correspondió con otro. También se abrazaron, se acariciaron e incluso se rieron, como solo ella lo hacía. El resto la miraron un poco incómodos, pero el hombre que la abrazaba no, a él le gustaba y más le valía, porque como no le gustara no la merecía. Hades me sujetó aún más fuerte porque tuvo miedo de que me invadieran los celos, y así fue, no os voy a mentir. Aunque verla feliz me pudo más que la envidia de poder ser ese hombre.

—Puedes quedarte el rato que necesites, Hércules.

—Creo que lo mejor es que me vaya —lo interrumpí—. Me tranquiliza y me alivia mucho que estén bien, pero no puedo seguir viéndolos si no puedo ir con ellos.

Asintió.

Mi plan de devolverles la vida ya no tenía sentido. No porque no se acordaran de mí, sino porque no recordaran a nadie. Llevarlos a la superficie sería quitarles, otra vez, una vida que habían construido desde cero.

—Por cierto —añadí secándome las lágrimas—, mi último trabajo es llevarme a Cerbero.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cómo se llama el rey este que te pone los trabajos?

—Euristeo.

—¿Y, por casualidad, sabes de alguna manera en la que se pueda sentir humillado?

—Por supuesto que lo sé —respondí de inmediato.

Hades me acompañó hasta la guarida de Cerbero mientras le explicaba el gran secreto de Euristeo y su obsesión por arrancarles los ojos a sus criados.

—Tengo información de sobra, Hércules. Gracias.

Silbó muy fuerte y apareció Cerbero corriendo con sus tres enormes cabezas jadeando. Era un titánico perro negro como la noche.

—Cerbe, escúchame, este es Hércules. Te vas a ir con él donde te diga...

Cerbero ladró.

—Sí, Hércules nos cae bien —añadió acariciándole la barriga.

Ladró de nuevo.

—Muchas gracias, Hades.

—De nada; pero, por favor, no olvides lo que te he dicho de tu padre...

Asentí, no muy convencido, pero lo hice. Cerbero agachó una de las cabezas y la acercó hasta a mis pies.

—¿Quiere que suba? —pregunté.

—Claro. Así iréis más rápido. No le gusta estar mucho rato fuera de casa.

Trepé por el cuello de Cerbero y me senté en su lomo. Sin previo aviso, el perro se dio la vuelta y empezó a correr tan rápido como una flecha de la mismísima Artemisa. En pocos segundos ya habíamos salido del reino de los muertos y estábamos atravesando montañas y valles.

Salimos del inframundo de noche y llegamos a Tirinto al mediodía. Esta vez no había nadie esperándome en las puertas, ni siquiera había soldados haciendo guardia.

Le pedí a Cerbero que se esperara un momento y entré en busca del rey. Las calles estaban vacías. No se oía a nadie. Seguí caminando hasta que llegué a la plaza de enfrente del palacio y ahí estaban todos, en silencio. Caminé entre la gente, que me ignoraba por completo, tenían la vista fija en las puertas del palacio. Miré hacia allí y vi a Euristeo, sin cubrirse, sin taparse, mostrándose tal y como era. No me lo podía creer.

—¿Qué está haciendo? —pregunté a un soldado.

—Dice que esta noche se le ha presentado la diosa de los fantasmas y le ha dicho que, si no se mostraba tal y como era delante de sus ciudadanos, perdería el control de toda la Argólida.

Eso tenía que haber sido obra de Hades, pensé. La diosa de los fantasmas era Melínoe, una hija de Perséfone que se lo pasaba bien asustando.

—Pero ¿cómo vas a ser tú Euristeo? ¡Si eres monísimo! —gritó una señora.

—¡A quien vuelva a negar mi identidad le arranco los ojos!

—¡Ay, por favor, pero con esta voz tan bonita que tienes podrías estar hablándonos todo el día, rey Euristeo! —exclamó un señor.

—¡No soy bonito! ¡Soy cruel! —insistió.

La gente empezó a cuchichear mientras Euristeo se desesperaba. Fue muy satisfactorio verlo, pero yo quería librarme ya de los trabajos, así que me acerqué a él.

—El que faltaba... —murmuró.

—Nadie tiene más ganas que yo de dejar de ver tu estúpido y

bonito rostro, Euristeo —dije señalando la muralla de su ciudad.

Las cabezas de Cerbero sobresalían imponentes y Euristeo se quedó petrificado.

—No puede ser... ¡Es imposible!

—Soy libre.

—¿Cómo lo has...?

—Soy libre. ¡Di que soy libre! —Euristeo suspiró resignado y asintió—. Dilo por esa preciosa boquita, Euristeo, rey de toda la Argólida. ¡Dilo! —insistí.

Euristeo cogió aire y dijo algo ininteligible en voz muy baja.

—Vale, ahora moviendo un poquito más tus hermosos labios para que se entienda lo que dices.

—Eres... eres... eso...

—¿Qué es eso, Euristeo?

El rey resopló frustrado.

—Va, que ya casi lo tienes... —reiteré.

—Eres... libre.

Levanté los puños en alto y, de nuevo, me deshice en un llanto. Acababa de cerrar una etapa de mi existencia, la más dolorosa, sin ninguna duda. Al final, lo había conseguido, y ahora tenía que rehacer mi vida.

53

Mi vida después de los doce trabajos de Euristeo no fue como esperaba. Recibí el perdón, pero ni rastro de la inmortalidad. Tampoco es que la necesitara, pero, no sé... Me sentía engañado. Entré en una etapa muy complicada. Estaba solo. La gente me quería para luchar a su lado en guerras estúpidas y derrotar a monstruos que les complicaban la vida, nada más. En eso se convirtió mi día a día. Lo odiaba, pero era mi única fuente de ingresos.

Conocí a una mujer, una princesa que se llamaba Íole, nos gustábamos, pero no salió bien. Su padre me tenía miedo y me acusaron de haberles robado parte de su ganado. Al final resultó que había sido un ladronzuelo, hijo del dios Hermes, llamado Autólico, pero eso no lo supimos hasta mucho más tarde. El hermano de Íole vino hasta donde yo vivía acusándome del robo. Nos peleamos y él acabó muriendo por mi culpa.

Acababa de cometer otro crimen, no por el hecho de ser el responsable de su muerte, sino porque se consideraba que este chico, al haber venido hasta mi casa, era un huésped, y tratar mal a un invitado era un crimen a la hospitalidad, o *xenia*, que merecía un castigo, así que, de nuevo, tuve que ir al oráculo de Delfos a que me dijera qué debía hacer ahora para ser perdonado.

Tuve que cumplir otros trabajos, pero esta vez no se trataba de realizar un número exacto de tareas, sino de hacer lo que se me pidiera durante un tiempo concreto: tres años. Y no, no fue Euristeo mi amo, fue una reina de Lidia que se llamaba Ónfale y, a diferencia del psico-rey, la reina me obligó a hacer tareas de casa. Me dio un uniforme de criada y me obligó a barrer el suelo, hacer la comida, lavar los platos, hacer los baños... mientras ella se paseaba por el palacio vestida con mi túnica y mi sombrero del león de Nemea.

Tuvimos una relación muy carnal. Nos enrollábamos por todas las esquinas del palacio y luego me obligaba a limpiarlo. Eso era lo que más disfrutaba la reina.

Cuando acabaron los tres años de tareas, nos seguimos viendo durante un tiempo, pero al final la relación se enfrió y cada uno siguió con su vida. Yo seguí haciendo más trabajos de héroe hasta que un día dije basta. Mi último trabajo, por voluntad propia, fue destronar al rey Augías, aquel rey de las vacas inmortales y ayudar a su hijo, Fileo, que fue desterrado, a hacerse con el trono. No fue hasta entonces cuando pude ver a mi madre.

Yo no era bienvenido en Tebas y mi madre cada vez estaba más mayor para salir, así que aproveché algunas noches para colarme en la ciudad sin que nadie me viera y visitarla, cosa que a Anfitrión no le gustaba, pero no me importaba lo más mínimo.

La primera vez que la vi estaba muy cambiada. Le fallaba bastante la memoria, pero pudimos ponernos al día. En las siguientes visitas vi cómo cada vez tenía menos visión, se despistaba cada vez más, le fallaban las fuerzas... Hasta que llegó el día en que nos dejó y me llevé su cuerpo para enterrarla al lado de su padre, en Micenas, la ciudad en la que se crio. De ninguna manera iba a permitir que la enterraran en Tebas.

Después de conocer a Hades, las muertes de mis seres queridos dolían menos porque sabía que sus almas estaban en buenas manos. Con Ificles no había dejado de hablar. Nos habíamos intercambiado cartas. Con los que sí que retomé el contacto fue con Filoctetes y Admeto. Los cuatro empezamos a vernos más y a forjar un nuevo tipo de amistad con nuestras nuevas vidas.

Estaba haciendo vida de mortal, me olvidé por completo de mi familia olímpica porque estos parecían haberse olvidado de mí en cuanto terminé los trabajos, pero al poco tiempo descubrí lo que estaba sucediendo.

Un día, el mundo se volvió oscuro, no hubo rastro de Helios ni de Selene, la luna. No había ni un rastro más de luz que las antorchas que encendían los mortales para poder seguir con su vida. El pánico se apoderó de todos y yo, en mitad de esta época oscura, recibí una

visita.

—¡Bu!

Mochi apareció en el comedor de mi casa.

—Mochi, ¿estás solo?

—Hércules, te necesitamos.

Mi hermana Atenea apareció por la otra punta de mi cabaña.

—¿Tiene que ver con que esté todo oscuro?

—Sí. Los gigantes nos están atacando.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

El titán Cronos, el padre de los dioses, o sea, mi abuelo paterno, le cortó los cojones a su padre, Urano, el cielo, y del chorro de sangre que salió de su entrepierna, al hacer contacto con la tierra, o sea, Gea, nacieron los gigantes.

—El oráculo de Delfos nos avisó —respondió asustada—: «Un día los gigantes se alzarán contra los dioses y estos no podrán vencerlos a no ser que un mortal luche con ellos.»

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo? —pregunté nervioso a la vez que ilusionado.

—Zeus dice que eres el único mortal capaz de ayudarnos.

—¿Zeus ha dicho eso? ¿De verdad?

Estaba muy emocionado, ahora entendía porque aún no había obtenido la inmortalidad. El motivo era este, que me necesitaban.

—¡No hay tiempo que perder, Hércules!

Atenea extendió la mano y la sujeté fuerte. Cerré los ojos y en cuanto los abrí me vi rodeado de guerra, humo y fuego. Estaba en el monte Olimpo y a mi alrededor estaban los dioses y las diosas luchando incansablemente contra los gigantes. Busqué a mi padre por todos lados, pero no lo vi. De pronto, un gigante vino corriendo hacia mí, saqué mi espada y lo atravesé. Se hizo el silencio. Todos dejaron de luchar y me miraron esperanzados. Era el primer gigante que moría desde que había empezado la batalla. De pronto, una nube descendió del cielo y, en ella, estaba un dios, enorme, con un cabello y una barba blancos como si fuera otra nube, con unos ojos más azules que el propio cielo. En su mano tenía un saco, en el interior había sus rayos.

—Padre...

—Yo los aturdo con los rayos y tú los rematas con las flechas, ¿qué te parece, hijo?

Me había llamado «hijo». Asentí tan fuerte que casi pierdo la cabeza. Hicimos un muy buen equipo, no fallamos ni una. Estuvimos días batallando con esa estrategia sin detenernos hasta que un día, cuando dimos por finalizada la guerra porque parecía que todo se había acabado y ya no había más gigantes en el Olimpo, justo cuando iba a bajar de vuelta a mi casa, escuché unos gritos. Corrí hacia el sitio del que venían y vi a la diosa Hera, en su cama, intentando librarse de un gigante que la estaba intentando violar. Se ve que los gigantes querían reproducirse con alguna diosa para así asegurar su especie o, incluso, hacerla más fuerte. Y este se había escondido para intentar hacerlo cuando estuviera sola y desprevenida, pero yo estaba allí. No me lo pensé ni un segundo. Perforé la cabeza del gigante con un flechazo y de la potencia de mi disparo cayó monte Olimpo abajo. La diosa Hera, al verme, se quedó helada. No sé si me quiso decir algo, o si llegó a hacerlo, pero yo me di la vuelta y me fui sin darle la oportunidad de contestar.

Volví a casa esperando que al día siguiente, cuando la luz volviera, mi padre, mi hermana Atenea o algún otro dios bajaría a buscarme para convertirme en inmortal, ya que ahora sí que podía. Pero la luz volvió y los días pasaron, las noches también y nadie bajó.

54

Tuve que seguir con mi vida. No podía seguir esperando la inmortalidad, porque cada vez estaba menos seguro de que ese momento pudiera llegar y en mi cabeza resonaban las palabras de mi madre y de Hades en contra de mi padre. Seguro que ahora que mi madre estaba en su reino ya debían ser amigos. Como ya he dicho, no hay nada que una más que odiar a la misma persona.

Yo nunca iba a encontrar a nadie como Megara. Eso lo tenía claro. Pero conocí a otra mujer con la que pude ser feliz, se llamaba Deyanira y era de Calidón. Era risueña, divertida, inteligente, generosa y guapísima. Aparecimos en la vida del otro en el momento exacto y nos hicimos mucho bien.

Nos casamos y tuvimos cuatro niños y una niña, sanos y hermosos. Fue una pena que nos conociéramos tan tarde. Estoy seguro de que mi madre habría sido muy feliz con más nietos, pero nos fuimos a vivir a Calidón con su familia, que también era maravillosa. A Deyanira y a mí nos encantaba viajar a caballo y un día dejamos a los niños con sus abuelos y decidimos ir a visitar a su hermano. Durante el trayecto, nos metimos por un camino muy complicado y nos encontramos con que teníamos que cruzar un río muy ancho. Era muy difícil cruzarlo los dos a lomos del caballo y estuvimos un buen rato pensando en cómo hacerlo. Pero, de pronto, apareció un centauro que, curiosamente, llevaba una camisa.

—Este río tiene mucha corriente para que vayáis los dos en el mismo caballo, ¿quieres que te ayude a cruzarlo y tú nos sigues? —dijo el centauro ofreciéndose a llevar a Deyanira.

—La verdad es que te lo agradeceríamos mucho —respondió ella.

—Sí, muy amable. Es todo un detalle —añadí.

—Para mí es un placer. No somos muchos centauros y hay que

aprovechar cuando te encuentras con uno —dijo con una risa un poco rara.

Deyanira se subió a lomos del centauro y yo encima de nuestro caballo. El centauro parecía conocer muy bien el río, ya que lo cruzó en un tiempo récord, mientras que yo iba con mucho cuidado de que nuestro animal no se hiciera daño. De pronto, el centauro pegó un acelerón y se adentró en el bosque con mi esposa a cuestas.

—¡Hércules! ¡Ayuda!

—¡Deyanira!

Salí como pude del río y cabalgué intentando atraparlos. El maldito centauro estaba intentando secuestrarla. El caballo cogió el ritmo y yo aproveché para sacar una flecha. Era muy difícil hacerlo, porque al haber tanto movimiento la flecha se podía desviar, pero no me tembló ni un solo dedo y disparé clavándosela en la espalda. El centauro cayó al suelo y Deyanira encima de él. Me detuve en seco, bajé para que el caballo descansara y seguí a pie hasta donde estaba ella.

—¡Deyanira! ¿Estás bien?

Me pareció un poco raro porque tardó bastante en levantarse y venir hacia mí, pero me dijo que se le había quedado atascada una pierna debajo y le había costado sacarla. La abracé muy fuerte, pensé que la perdía, fue como revivirlo todo de nuevo. De ninguna de las maneras iba a permitir que nadie me volviera a quitar a mi familia.

Por suerte, eso solo pasó una vez y en los siguientes viajes no nos encontramos con nada semejante, aparte de que ya íbamos preparados para desconfiar de cualquiera que se ofreciera a ayudarnos de manera altruista. Pero ya no viajábamos tanto, no por eso, sino porque nuestra relación pareció que se estaba enfriando: discutíamos más, nos soportábamos menos... Era normal, llevábamos mucho tiempo juntos y siempre hacíamos lo mismo. Era lógico que nos aburriéramos. Necesitábamos cosas nuevas y diferentes en nuestras vidas.

Es por eso por lo que, una noche, Deyanira me hizo una cena sorpresa. Invitó a su familia y a la que quedaba de la mía, o sea, Ifícles y Yolao y a mis amigos, Admeto y Filoctetes. No me lo esperaba y la verdad es que me hizo muchísima ilusión, pero la sorpresa no era solo

eso, también había que ir vestido de una manera concreta, con camisa. Cuando salí de la bañera, me encontré con una encima de la cama, la cogí para ponérmela, pero la volví a dejar, porque como siempre decía mi madre: «Vístete primero por los pies, nunca sabes cuándo tendrás que correr». Me puse las sandalias, después una túnica que hacía la función de pantalón y luego, ya sí, la camisa. Primero puse una manga y después la otra, pero en cuanto la tela tocó mi espalda me empezó a arder.

—¡Ah! —grité.

Deyanira me oyó y entró corriendo en la habitación.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No... ¡Ah!... Mi espalda... me arde...

Me quité la camisa de inmediato y eché un vistazo a ver si había algo en la tela que me produjera ese ardor.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando una mancha roja.

Por mucho que me hubiese quitado la prenda, me seguía quemando la espalda y el dolor cada vez era mayor.

—No... —murmuró Deyanira—. No, no, no.... El centauro...

—¿Qué dices del centauro...? ¡Ah! ¡Qué dolor!

—Esa camisa es del centauro que me ayudó a cruzar el río.

El dolor aumentaba, pero eso me dejó petrificado.

—No puedes estar hablando en serio, Deyanira... ¡En su camisa hay el veneno de la Hidra! —grité.

Se echó a llorar desesperadamente.

—Me... me dijo que... si perdías... el amor... por mí y te ponías su camisa... te volverías a enamorar... porque su sangre tenía ese poder...

—¡No! ¡No, Deyanira, no!

El maldito centauro la había engañado. Esa sangre estaba contaminada por el veneno de la Hidra que había en la punta de la flecha que le clavé. Y al entrar en contacto con mi piel ahora el veneno circulaba por mi sangre y mi único destino era la muerte.

—No puede ser que me haya engañado... ¡Me dijo que era verdad... y que te lo dijera...! ¡Que te dijera, que confiaras en él... que su nombre... te tranquilizaría...!

—¡Ah! ¡Joder! ¿Qué nombre?

—Me dijo que se llamaba... Neso.

Neso, aquel centauro que sobrevivió cuando maté a los suyos durante el trabajo del jabalí de Erimanto, se había cobrado su venganza y su muerte no había sido en vano. Mientras Deyanira lloraba desesperadamente, me fui corriendo de la habitación entre gritos de sufrimiento. Salí de nuestra casa y pasé por delante de todos los invitados, que me miraban horrorizados por mis andares y mis chillidos. Los únicos que me ayudaron fueron los míos. Me siguieron hasta el bosque, que es adonde me dirigía. Me gritaban, me preguntaban qué me pasaba, pero yo no contestaba. Estaba concentrado en soportar el dolor para tener una muerte digna. Con la fuerza que me quedaba, arranqué árboles, los amontoné y me coloqué encima del todo.

—¡Que alguien prenda esta hoguera! —grité a pleno pulmón.

—Pero ¿qué dices, Hércules? —preguntó Filoctetes.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Admeto.

Yolao e Ificles no dudaron de mi cordura, pero sí que esperaban más información antes de hacer nada de lo que se pudieran arrepentir.

—¡El veneno de la Hidra! ¡Ah! ¡Me... muero! ¡Si me queréis... quemadme vivo para que no sufra tanto...!

Ificles se vino abajo e intentó recoger un trozo de madera para usarla de antorcha, pero no podía, apenas se mantenía en pie.

—Hermano... no... —murmuraba entre sollozos.

Pero Yolao recogió el trozo que se le había caído a su padre y con la misma eficacia que cuando me ayudó con la Hidra de Lerna prendió la antorcha y la lanzó a mi hoguera, encendiéndola. El fuego subió muy rápido, como si quisiera acortar mi sufrimiento, y, por muy loco que parezca, las llamas consumiendo mi cuerpo aliviaban el dolor que me provocaba el veneno. Poco a poco fui perdiendo la conciencia, la vista, el oído, la fuerza, el oxígeno y el alma.

De lo que pasó después solo sé lo que me han contado: Tánatos vino corriendo a llevarse mi alma al inframundo. Me tenía especiales ganas teniendo en cuenta que le robé el alma de la esposa de Admeto, pero una nube eléctrica se le adelantó y me absorbió alzándome a los cielos dejando a la muerte a cuadros. Era mi padre. Me subió al

Olimpo y, junto con el resto de dioses y diosas, hicieron una ceremonia para resucitarme. Cubrieron mi alma con carne para que volviera a tener mi cuerpo, pero esta carne la sacaron, ni más ni menos, que de la túnica de la diosa Hera, fue su muestra de agradecimiento por haberla salvado. Acto seguido, mi padre me otorgó la inmortalidad, un poco tarde, sí, pero lo hizo, cumplió... bueno.

Al parecer, debía quedarme en el Olimpo, pero no tenían muy claro dónde porque solo podía haber doce olímpicos, y todos los puestos estaban ocupados. Mientras deliberaban conocí a una diosa que pululaba por ahí con una jarra y una copa en la mano.

—¿Quieres néctar? —preguntó al verme.

—¿Lleva alcohol? —pregunté yo.

—¿Qué es alcohol?

—Mmm... vale... No te preocupes. Ya beberé agua, pero gracias.

—De nada...

—... Hércules —le dije extendiendo mi mano.

—Tampoco sé que es eso.

Me reí.

—Mi nombre.

—Ah, vale. Ya me estabas empezando a caer mal con tantas exigencias con la bebida. Je, je. Yo me llamo Hebe.

Así fue cómo nos conocimos mi actual esposa y yo, con la que he formado una familia de inmortales. Al final no pudieron incluirme como un olímpico más, pero me ofrecieron un puesto que me permitía estar allí, con una gran responsabilidad. Me convertí en el portero del Olimpo. Nadie entra ni sale sin que yo me entere. Incluso antes ha venido un señor diciéndome no sé qué de una roca y un castigo, pero no le he dejado pasar. Por lo demás, no suele haber mucho movimiento, pero eso me permite hacer otras cosas como, por ejemplo, escribir mi historia.

Desde las escaleras del portal del Olimpo, sentado encima de una preciosa moqueta de color verde bosque, termino este relato no sin antes recordarte que no hay nadie mejor que tú mismo para contar tu propia historia. Que cuando alguien te haga sentir mal, haz como las

tortugas y, sobre todo, vístete siempre por los pies, nunca sabes cuándo tendrás que correr. Y ahora me despido como Hércules, pero no como héroe, porque eso nunca quise serlo.

Agradecimientos

A temas de hoy por la confianza y a Sandra Beltrán por su dedicación. A mi tío Lluís y a mi tía Tonis por haberme dejado la tranquilidad de su casa para escribir. A los lectores de *Hades* por vuestras bonitas palabras y a los nuevos por confiar en mi manera de explicar la mitología griega. A mis gatos por no pisar el teclado mientras escribía y a mis perras por obligarme a salir al bosque. A mi hijo por quererme sin condiciones y reírse por cualquier mueca y a Neus por el apoyo, la escucha, la estima, la paciencia y la ilusión por todo lo que hago; con más personas como tú, el mundo no necesitaría héroes.

Hércules, el héroe que no quiso serlo
Pol Gise
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04.
© Pol Gise, 2023
Corrección de estilo a cargo de Álex Herrero
Diseño de la cubierta: © Miriam Bauer
Fotografía del autor: © Massimiliano Minocri
© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2023
ISBN: 978-84-19812-15-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!